Lo que Angie creía que sabía

Bilogía Creencias 1



Araceli Samudio

LO QUE ANGIE CREÍA QUE SABÍA

Bilogía Creencias 1

Araceli Samudio

Para Lupe.
Nunca dejes de creer en ti.

“Cuando crees algo posible, ya lo estás haciendo posible”

365 CITAS CONTIGO - LAURA CHICA

CONTENTS

Title Page
Dedication
Epigraph
Introducción
Último primer día
Dulce
Creencias
Ayúdame
Normalidad
Primer beso
Platónico
Buena idea
Cita doble
Piolín y valija
Campamento
Traición
Soledad
Sorpresas
Más mentiras
Conversación
Lo siento
Cartas
Más cartas
Atrapasueños
Amistad
Beso
Preguntas
Enamorada
Diversión

Nuevo
Pacto
Futuro
Vulnerable
Temerosa
Un poco loca
Interesante
Cambios
Te amo
Juntos
Control
Impotencia
Amigos
Charla
Calor
Declaración
Futuro
Primera vez
Miedos
El cielo y las estrellas
Yo creo
Bromista
El plan
Amor
Despertar
Epílogo
Extra: La verdadera primera vez
About The Author

INTRODUCCIÓN

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Ut enim ad minim veniam, quis nostrud exercitation ullamco laboris.

ÚLTIMO PRIMER DÍA

El despertador de Angie sonó como siempre a las seis de la mañana, ella era metódica y organizada, le gustaba tener todo bajo control, por eso mismo, la noche anterior había dejado listo y planchado el uniforme del colegio, también había colocado algunos útiles en la mochila así al levantarse solo tendría que bañarse y luego despertar a Maxi, que siempre deseaba dormir un poco más.
Se metió a la ducha para disfrutar de ese momento y del agua tibia acariciando cada centímetro de su piel. Mientras tanto, soñaba con el nuevo y último año escolar, iba a ser un buen año, uno memorable, el último de la secundaria, el último antes de convertirse en adulto.

Salió de la ducha, ordenó su cabello en otra toalla y comenzó a secarse el cuerpo. Se miró al espejo. Había logrado perder un par de kilos en el verano, pero no era suficiente, jamás tendría el cuerpo escultural de sus compañeras de clases y eso la atormentaba en silencio, aunque nadie más lo supiera.

Le hubiese gustado ponerse un traje de baño de dos piezas, pero no, jamás lo haría, tenía celulitis en los muslos gruesos y algunas estrías en la cintura. Sus pechos eran más grandes que el de sus amigas y no importaba cuánto deporte hiciera, su cuerpo nunca sería terso y esbelto. Por eso mismo, hacía años había desistido con los ejercicios y no hacía más que lo mínimo, su pasión era la lectura y cultivaba su intelecto. Era una chica inteligente y perspicaz, mucho más que cualquiera de sus compañeras a las que solo les importaba la ropa y los zapatos.

Es que a esa edad cada uno debía buscar su espacio en el mundo y estaba claro que Angie no podía ser ni la deportista, ni la *femme fatale*, tampoco podía ser la fiestera porque las fiestas le aburrían y no era ninguna posibilidad para ella coronarse como la sociable que le caía bien a todo el mundo porque, si había algo en el carácter de Angie que le había traído problemas a lo largo de toda su vida, era su mordacidad y esa capacidad para la ironía que hacía que algunas personas la consideraran pesada, altanera o inaguantable. Lo único que podía hacer era jugar con las cartas que tenía y convertirse en la inteligente para poder ganarse el respeto entre sus iguales: un grupo de chicos que conformaba una pequeña sociedad en la cual si no tenías espacio reservado te exponías a las burlas y humillaciones.

Ser la cerebrito del grupo no era el mejor de los puestos, pero al menos era uno que merecía respeto, al final todos recurrían a ella siempre en busca de ayuda, desde la más plástica hasta el deportista. Además, tenía a Maxi como garantía. Él sí que era guapo y musculoso, uno de los mejores jugadores de baloncesto de la escuela, alto y elegante, y con mucho cerebro, combo que Angie pensaba era muy difícil de conseguir. Y todos sabían que los mellizos eran inseparables, si alguien quería salir con Maxi, jamás lo lograría despreciando a su hermana, por lo que no podía quejarse, había conseguido un buen puesto en aquella lamentable sociedad.

Pero también estaba Bestian, su némesis, su contraparte, aquel con el que luchaba por la atención de Maxi desde que tenían seis años y se habían conocido por primera vez. Él era como Maxi, alto, guapo y deportista, y también era todo un cerebrito por lo que ambos pujaban constantemente por los mejores puntajes en la clase. Era una batalla despiadada que Angie no tenía planeado perder y pensaba ese año coronarse como la mejor alumna de la promoción, aunque para eso tuviera que estudiar el doble y dejar de dormir por todo un año.

Hacía muchos años que ellos eran un trío, uno unido solo por Maxi, habían aprendido a tolerarse, siempre entre sus comentarios mordaces y sus bromas pesadas en las que su hermano había aprendido a quedar al margen, aunque de vez en cuando debía echarle un paño frío para evitar un asesinato.

Ah, y claro, a lo largo de los años surgieron algunos contratiempos y algunas situaciones que se guardaron bajo llave como secretos de estado en el corazón de cada uno. Situaciones de las que no se hablaba, nunca, en ninguna circunstancia.

Angie se puso el uniforme. Se secó el pelo con el secador y lo dejó en libertad para que sus ondas naturales se apoderaran de él. Miró su imagen en el espejo de su recámara y sonrió. No estaba mal.

Buscó la camiseta negra de la promoción que rezaba en letras plateadas las palabras que entre todos los compañeros eligieron como frase de despedida del último año y la guardó en la mochila. Luego salió a despertar a su hermano. Eran las siete, justo a tiempo.

—¡Maxi! ¡Maxi! —gritó una vez que llegó a su habitación, al otro lado del pasillo.

Su madre los había puesto en habitaciones separadas cuando comenzaron la adolescencia. Angie no comprendió por qué, a ella le encantaba pasarse horas hablando hasta que ambos quedaran dormidos, pero su madre dijo que ya era hora de que cada uno tuviera su espacio.

¿Espacio? Se preguntó Angie para sí, ni siquiera tuvieron un espacio propio en el útero. ¿Para qué necesitarían una habitación cada uno? ¿Cómo podrían dormirse sin hablar cada noche hasta la madrugada? ¿Por qué su madre quería separarlos?

Ella le explicó que en la adolescencia los niños y las niñas sufrían algunos cambios y era mejor que tuvieran mayor privacidad.

Angie no lo comprendió entonces, pero al retirar la sábana del cuerpo de su hermano para intentar que se despertara y ver aquello levantado, bufó y agradeció a su madre por aquella decisión.

—¡Maaaxiiiiii! —gritó.

—¿Qué demonios? —se quejó el chico al sentir el frío colarse por sus piernas y pronto se cubrió la entrepierna con una almohada.

—¡Es tarde! ¡No quiero llegar tarde al primer día de clases, Maxi! Es nuestro último primer día.

Maxi se acurrucó en la cama.

—¿Y? ¿Mañana será el último segundo y pasado el último tercero? ¿Qué lo hace tan especial?

—¡No voy a discutir contigo, levántate y prepárate para irnos! Bestian llegará en cualquier momento y aún no hemos desayunado —exclamó.

—¡Son las siete! —se quejó—. Bastian viene a las ocho, con suerte…

—¡Levántate! —ordenó.

Maxi suspiró con pesadez y se sentó en la cama.

—Ya, ya me desperté, sal de aquí —exigió—, me prepararé, lo prometo.

—¿Con quién soñabas? ¿Con Olivia? —quiso saber Angie con diversión.

—¡Sal de aquí!

La muchacha salió divertida y bajó a desayunar.

La mesa estaba servida y su padre ya estaba sentado.

—Buen día, pá —saludó con alegría.

—Qué bueno verte tan contenta —dijo su padre con una sonrisa—. ¿Y Maxi?

—Ahí baja en un rato. ¿Mamá?

—Ahí baja en un rato —respondió su padre.

> *Angie creía que ella había heredado la organización de su padre y Maxi la desorganización de su madre, pero en conjunto, eran una buena familia y se complementaban bastante bien. Y Angie creía en los complementos.*

DULCE

El timbre de la casa sonó a las ocho y un minuto, si había algo que Angie debía aceptar era que Bastian podía ser de todo, menos impuntual, y ese era el único punto que tenía a su favor. Maxi le abrió la puerta y lo dejó pasar, se sentó a la mesa en su lugar de siempre y saludó a la familia de su mejor amigo, que hacía muchos años atrás había pasado a ser también su familia.

—Buenos días, Bastian. ¿Cómo dormiste? —preguntó Dina, la madre de Maxi y Angie.

—Bien, Dina… no me puedo quejar —respondió—. ¿Qué hay de nuevo por aquí?

—Nada, lo mismo de siempre, Angie nerviosa por el primer día de clases y Maxi dormido —añadió la mujer.

—¿Yo? ¿Nerviosa? ¿Por qué habría de estar nerviosa? —inquirió Angie con el ceño fruncido.

—No arrugues la frente, corazón, te arrugarás muy pronto —dijo su madre con dulzura.

—Eso es lo que yo siempre le digo, Dina, tanta queja y pronto se verá como si fuera nuestra abuela —añadió Bastian divertido.

Angie puso los ojos en blanco y se decidió a comer. Aquella dinámica era así cada día desde hacía muchos años, y lo único bueno era que pronto acabaría. Solo un año más y todo cambiaría.

—El último primer día es lo que la tiene entusiasmada —explicó Maxi—, como si fuera que mañana no será el último segundo…

—Las últimas veces son importantes —añadió Angie mientras se llevaba un pedazo de pan tostado a la boca.

—¿No serán las primeras? —inquirió su madre.

—No, las primeras tienen su magia porque son el primer contacto de alguien con una experiencia, pero la última es la que se queda en la memoria —explicó—. Imagina que alguien de aquí muriera mañana —añadió y luego señaló a Bastian con el tenedor—, él, por ejemplo —rio y él hizo un gesto llevándose ambas manos al pecho como si se sintiera ofendido, Maxi se echó a reír mientras Dina y Mateo la miraban con diversión—. Si Bestian muriera mañana, en su velorio, todos diríamos algo como: «y pensar que ayer estábamos compartiendo nuestro último desayuno con él». No creo que nadie se acuerde del primero, ¿entienden mi punto?

—Tiene sentido —dijo Dina con una sonrisa—, pero las primeras veces también son importantes, marcan hitos, cambios en la vida —añadió—. El primer beso, tu primer novio.

—No, Dina, de esas cosas ella no sabe nada —bromeó Bastian con un gesto y Maxi volvió a reír.

—Es mejor así —añadió en el mismo tono de broma su padre, Mateo.

—Bueno, ¿alguien puede recordarme cuando me volví la diversión de esta familia? —quiso saber Angie con enfado—. Y —volvió a mirar a su madre—, ¿no es acaso aún más importante el último beso? Después de ese ya no hay otro más… ¿No quieres acaso ser el último beso de la persona que amas?

—¡Vaya! Nos volvimos románticas —bromeó Maxi.

—Necesitamos conseguirle un novio, ¡urgente! —añadió Bastian.

—Con ustedes no se puede hablar en serio —se quejó Angie y volvió a concentrarse en su comida.

—Yo creo que tienes mucha razón —dijo su padre con ternura—. Tienes un muy buen punto, hija —añadió con orgullo.

Un rato después, todos se despidieron para dirigirse a sus actividades y los chicos salieron camino al colegio que solo quedaba a unas diez cuadras del condominio y al que preferían ir caminando.

—¿Tienes tu camiseta, Bestian? —le preguntó.

—No, Mínima, no pienso ponerme esa cosa —respondió él—. ¿Quién la eligió? ¡Es horrible!

—No puedes ser más egoísta. ¿Qué importa? Tenemos que ponernos porque es un día especial para todos.

—¡El último primer día! —exclamaron ambos y ella solo negó y puso los ojos en blanco.

—Hablando de eso —dijo Bastian y miró a Maxi—. ¿Recuerdas la chica de la que te hablé? ¿La que conocí el verano en Punta del Este?

—¿Cómo no vamos a recordarla? —interrumpió Angie—. Nos la mencionaste unas ocho mil veces —se quejó y luego lo remedó—: Me enamoré de ella, fue amor a primera vista, nos quedamos flechados, tanto que hicimos el amor en la arena.

—¡Yo nunca dije que hiciéramos el amor en la arena! Dije que casi lo hicimos —corrigió.

—Sí, dijiste que solo pudiste sacarle la parte superior del traje de baño y luego alguien los interrumpió y por eso no pudieron seguir su idílico romance de una noche.

—¿Sabes, Mínima? Yo no tengo la culpa de que tú no tengas esta clase de historias y que tu mayor hazaña del verano sea masturbarte leyendo Orgullo y prejuicio.

—¡Asco, siempre has sido un asco! —exclamó ella.

—¿Cómo podría alguien excitarse con un libro que narra una historia de la época en la que la gente casi nunca se bañaba? —inquirió Maxi divertido.

—Otro asqueroso… Los hombres son todos unos puercos —zanjó.

—¿Qué pasó con la chica? —inquirió Maxi ignorando a su hermana—. ¿Te llamó? ¿Te escribió?

—No… pero me enteré de que será nuestra compañera… Su padre ha sido trasladado aquí y…

—Fantástico, una hueca más para la colección —susurró Angie.

—La señorita prejuiciosa ya ha dado su veredicto —dijo Bastian.

—Si alguien es tan idiota como para enamorarse de ti y encima a primera vista, no puedo esperar demasiado de esa persona —añadió.

—Al menos alguien es tan idiota para enamorarse de mí, ¿no? En tu caso ni los idiotas… —zanjó.

—¡Punto para Bastian! —exclamó Maxi que hacía años había tomado la costumbre de dar puntos virtuales a su hermana o a su amigo cuando consideraba que dejaba al otro sin palabras.

—¿Por ese comentario le vas a dar un punto? —exclamó Angie desconcertada y luego bufó.

—El caso —continuó Bastian—, es que debo lograr salir con ella, ese es mi objetivo este año. Jamás vi una mujer tan bella, tan perfecta…

—Dios, no sé si eres más patético cuando te enamoras o cuando… en cualquier momento —añadió Angie negando con la cabeza.

—No pretendo que comprendas la intensidad de mis sentimientos, Mínima, para eso deberías tener corazón —dijo él haciendo una reverencia y caminando de espaldas de forma burlona.

—Muero de ganas por conocer a tu mujer perfecta —zanjó con diversión—. ¿Estás seguro de que no es el resultado de una abducción? Solo un alien podría enamorarse de ti…

—Un alien precioso —afirmó orgulloso justo en el momento en que llegaban a la escuela.

Angie iba a responder a aquello, pero entonces la vio. La última vez que había visto a Dulce era cuando ambas tenían quince, aquel fatídico año en que por su salud mental prefería borrar de sus recuerdos. Sin embargo, si algo podía rescatar de aquel año era a ella, a Dulce, a la única amiga que había tenido alguna vez, a aquella joven a la que su nombre le quedaba tan bien, a aquella que le ayudó a atravesar una de las tormentas más grandes de su vida.

Claro, ella no había sido la única, pero Angie prefería olvidar algunas situaciones que no le convenían recordar.

Caminó con velocidad dejando atrás a los chicos para llegar hasta la chica y entonces se acercó a ella con emoción.

—¿Dulce? ¿Eres tú? ¿En serio eres tú? —inquirió.

—¡¿Angie?! —respondió la muchacha emocionada.

No necesitaron más palabras, ambas se fundieron en un abrazo que se veía y se sentía sincero, como si la separación y el tiempo no hubiese pasado entre ellas y de pronto fueran solo esas dos niñas lastimadas que de alguna manera se ayudaron a sanarse mutuamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando se separaron.

—Trasladaron a mi padre y, pues… no hay opciones, ya sabes —dijo y se encogió de hombros.

Angie supo, por la veta de tristeza en su mirada, que las cosas no habían cambiado mucho en la casa de Dulce y lo lamentó. Su caso había sido todo lo contrario y en ese momento comprendió muchas cosas.

—Bueno, es una buena noticia que estés aquí —dijo con sinceridad.

—Ahora que te veo, al final sí lo creo —añadió la muchacha.

Entonces, como si el tiempo ni la distancia las hubiera afectado, se tomaron del brazo e

ingresaron al colegio.

Maxi y Bastian quedaron boquiabiertos viéndolas, quizá por la sorpresa de que Dulce era una muchacha hermosa, o tal vez porque nunca habían visto a Angie con una amiga.

El caso es que, en ese mismo instante, Angie creía que iba a ser un año muy bueno.

CREENCIAS

No tuvieron mucho tiempo para hablar, el timbre que anunciaba el inicio de clases sonó apenas cruzaron la puerta y la voz de la directora Carmen inundó cada rincón de la escuela. Los alumnos de último año eran requeridos en la biblioteca, así que Angie guio a Dulce y una vez allí buscaron un espacio.
La mirada de Bastian se fijó en ellas, pero no había ningún sitio disponible cerca, así que tuvo que conformarse con un lugar al lado de la puerta.

—¿Me estás diciendo que la amiga de Angie es tu chica de Punta del Este? —inquirió Maxi con diversión—. Vaya, este sí que será un año interesante.

—Angie me tiene que ayudar con ella —zanjó Bastian con decisión.

—Eso es justo lo que quiero ver —respondió Maxi al tiempo que se sentaba—. Es realmente hermosa —añadió mirádola de lejos.

Dulce era delgada y alta, tenía el pelo negro azabache lo que resaltaba con más fuerza la profundidad de sus ojos verdes. A Maxi le parecía una chica triste, como si estuviera cansada, pero, ante todo, le pareció extraño que su hermana la conociera. Se suponía que entre Angie y él no había secretos y ella no le había contado nunca sobre esta amiga.

—¿Cómo la conoce? —inquirió en voz alta.

—Ahora que lo pienso, creo que se conocieron hace unos años, cuando ella fue a aquel campamento… ¿Lo recuerdas?

Maxi volteó a ver a su amigo.

—¿Tú cómo sabes eso? —quiso saber.

—Eh… bueno… fue un año complicado y tú no estabas… —explicó nervioso. Había pasado tanto tiempo que había olvidado todo aquello—, creo que me lo mencionó alguna vez —añadió para restarle importancia.

La directora Carmen ingresó a la clase y por unos instantes Bastian se perdió en sus recuerdos.

Angie nunca se había visto tan triste como aquel año, tenían quince, pero la perfecta vida de sus mejores amigos había dado un giro completo. Sus padres se habían separado y se habían llevado a cada uno a una ciudad.

—Nos intercambian como si fuéramos juguetes —se quejó Angie una vez.

Dina se había quedado en la casa con Angie y Mateo se había llevado a Maxi a mil doscientos kilómetros de distancia, a casa de sus abuelos, donde se refugió un tiempo. Aquel verano, Dina

había entrado en una especie de depresión, por lo que mandó a Angie a un campamento por un par de meses. Bastian aun recordaba cuando la vio regresar, era un fantasma, la tristeza había calado en su alma y se había llevado hasta el último resquicio de su alegría.

Él había creído que tener a Maxi lejos y tener que convivir con Angie iba a ser su peor pesadilla, sin embargo, cuando la vio así, supo que ese solo sería el menor de sus problemas. Algo se le rompió en el pecho y supo que debía actuar. Primero pensó que solo lo hacía por su amigo, después de todo era su hermana, su todo… pero luego… luego solo lo hizo.

Estuvo a su lado cada segundo durante esos meses, se convirtió en su paño de lágrimas y escuchó todos y cada uno de los secretos que probablemente le pertenecían a Maxi. Bueno, algunos, no todos, porque ciertas situaciones que se dieron entre ellos en ese tiempo nunca podrían darse con un hermano.

Sintió las mejillas calientes y perdió su vista en ambas mujeres. Dulce era bella, perfecta de la cabeza a los pies, pero Angie también lo era, de una manera mucho más real. Algo que él jamás admitiría delante de ella, por supuesto.

Maxi no sabía nada de aquella época, nadie lo sabía, era su secreto con Angie. Y por algún motivo que él nunca comprendería, a Angie no le gustaba que el mundo la notara vulnerable, y él había tenido el honor de ser el único que la pudo ver así.

—¿Por qué sonríes? —inquirió Maxi trayéndole de nuevo al mundo—. Sí que estás enamorado, ¿eh?

Bastian sacudió su cabeza, incómodo tras aquella afirmación, pero hizo un gesto para restarle importancia porque la directora Carmen había pedido silencio por lo que parecía ser la quincuagésima vez.

La directora esperó con paciencia a que el silencio reinara. Tras su último llamado todos los ojos se fijaron en ella y entonces sonrió.

—Parece que es un día especial, ¿no? —inquirió con su tan característica voz que era una mezcla perfecta entre firmeza y ternura—, comprendo que llevan días sin verse y que hay mucho que contarse, pero necesito que me escuchen un rato. No les voy a hablar sobre que este es su último año y que es un paso importante en sus vidas pues deben prepararse para la vida adulta, simplemente quiero compartir con ustedes un proyecto.

—¡¿Valdrá puntos?! —gritó Marcos, uno de los jóvenes más extrovertidos de la clase.

La directora sonrió y negó.

—A estas alturas, si haces algo solo por los puntos, Marcos, creo que te arriesgas a perder mucho. Hay cosas que se hacen porque es bueno, porque nos hace mejores personas, porque nos ayuda a crecer. ¿Acaso no es por eso por lo que vas al gimnasio cada día? —bromeó y todos comenzaron a reír.

La directora hizo un gesto para llamar de nuevo al silencio y todos callaron.

—Esto no valdrá puntos para los exámenes ni para los demás proyectos, pero les puedo asegurar que, si lo hacen bien, valdrá muchos puntos para la vida. Mi objetivo no es llenarles de actividades, solo es darles algunas herramientas que los ayuden a salir al mundo. Después de todo, en las clases aprenden las lecciones, pero ¿dónde aprendemos las lecciones de la vida? En la vida misma, ¿no? —añadió mirándolos con los ojos brillosos de emoción—. En cada lugar hay

un pequeño cuaderno, lo pueden buscar —dijo y todos revisaron los cajones para toparse con pequeñas libretas de distintos colores; la de Angie era rosa y la de Dulce verde, a Maxi le había tocado una roja y a Bastian una amarilla—. Es un regalo personal para ustedes, pero pretendo que lo usen y les explicaré cómo, pero antes les contaré una historia.

A la profesora Carmen le encantaban las historias y siempre las utilizaba para llegar a lo que quería decir. Los alumnos amaban aquella dinámica, cuando ella tenía algo para decir, siempre era importante y su magnetismo era contagioso.

—Una vez leí la historia del elefante en el circo —explicó—, dicen que, al acabar la actuación, el elefante era atado por una pata con una cadena cuyo otro extremo estaba ligado a una pequeña estaca metálica enterrada en la tierra. Uno diría, ¿y por qué no escapa? Un elefante es un animal grande capaz de derribar árboles enteros. ¿Por qué no se suelta y se va?

Todos hicieron silencio mientras la directora pasaba su vista por esos alumnos a los que tan bien conocía.

—Simple, cuando era un pequeño bebé elefante, asustado por haber sido separado de su madre y metido a este mundo de adultos, fue atado a una estaca similar. Al principio intentó escapar, pero luego de mucho intentarlo no consiguió la fuerza suficiente, se dio por vencido, se frustró. Desde ese entonces, el elefante no ha vuelto a intentarlo y ha preferido creer que no puede escapar de allí. Triste, ¿no?

Algunos chicos asintieron y unas cuantas muchachas tenían los ojos vidriosos.

—¿Cuántas estacas nos mantienen a nosotros atados al suelo? ¿Cuáles son esas estacas? —inquirió—. Las estacas son nuestras creencias, esas ideas que se nos fueron fijando en la mente desde pequeños y que están allí guiando nuestros caminos. Algunas están bien, otras, puede que estén equivocadas o que simplemente ya no nos sirvan y aun así sigan dominando nuestras decisiones. Como en el caso del elefante, que con su fuerza podría liberarse en un solo y simple movimiento.

»Es importante revisar esas creencias, saber qué tan ciertas son y qué tanto nos dominan, analizarlas y definir qué tan influyentes son en los caminos que estamos tomando y, sobre todo, ¿por qué? Todo lo que hacemos, lo que pensamos, cómo reaccionamos ante los demás… todo es una respuesta a un estilo de creencia. También las cosas que no logramos lo son. ¿Por qué no nos creemos capaces de alcanzar alguna meta? ¿Quién nos dijo que no podríamos? ¿Cuándo? ¿Es cierto?

La directora hizo un silencio y observó los rostros concentrados de sus alumnos.

—Es importante revisar esas creencias de vez en cuando, actualizarlas, como los *softwares* que utilizan nuestras máquinas —bromeó—, y este me parece un buen momento para hacerlo. Están por salir del colegio, algunos irán a la universidad, otros quizás se pondrán a trabajar… el caso es que se acaba una etapa y con ella viene otra nueva, una con muchas responsabilidades y decisiones en las cuales sus creencias serán muy importantes… Por eso les di el cuadernito de las creencias —dijo y señaló los que estaban en las mesas cercanas—, para que hagamos un proyecto juntos, aunque individualmente, claro. Quiero que anoten allí todo aquello que consideren una creencia, lo que sea, algo importante o trivial, no importa. Vayan anotando lo que piensan de las cosas de la vida, y si es posible, anoten también el por qué. Al final del año, deberán revisar esas creencias a la luz de los resultados y sus experiencias. ¿Qué tan fuerte son? ¿Qué tan grandes? ¿Qué tan importantes? ¿Qué tan limitantes? —inquirió—. Nos juntaremos

aquí el último día del año escolar y conversaremos de nuevo, me gustaría escucharlos, aunque no es obligatorio, claro…

—Y no dan puntos por esto… —añadió Marcos.

—Los puntos que puedes ganarte por este proyecto no se verán en tus notas, Marcos, se verán en tu vida —respondió la maestra—. Les deseo un buen año —añadió y con aquello dio por terminada la conversación.

Y en ese momento, Angie creyó que aquello sería interesante.

AYÚDAME

Angie salió del baño de chicas lista para ir a la clase de gimnasia, pero se encontró con Bastian esperándola en la puerta.

—Te has equivocado, este es el vestuario de chicas —añadió—, ¿lo recuerdas? Las que no tenemos «piolines» —bromeó haciendo énfasis en las comillas.

Bastian sonrió y negó con la cabeza.

—No olvidarás eso jamás, ¿no? —inquirió.

—Hay cosas que no se olvidan nunca —respondió la muchacha y echó a andar—. Ella no está allí —agregó.

—No venía a verla a ella, venía a verte a ti…

—Vaya, vaya, vaya… —dijo la muchacha deteniéndose y cruzándose de brazos.

—¿Me ayudarás con ella? Sé quién es, la chica del campamento, ¿no?

Angie se mordió el labio inferior algo nerviosa por recordar esa época con él, pero asintió.

—¿Qué quieres que haga, Bastian? —inquirió—. Se supone que es el amor de tu vida, ¿no? Dijiste que había sido amor a primera vista, pero por lo poco que convivimos esta mañana, ella no parece ni siquiera recordarte.

Bastian bajó la vista y suspiró.

—Solo háblale bien de mí…

—Me estás pidiendo demasiado —añadió Angie con diversión.

—Por favor…

—Lo pensaré —respondió ella disfrutando de aquel momento.

Justo entonces, Dulce se acercó a ellos.

—¡Angie! ¿Dónde te habías metido?

—En el baño —respondió y se encogió de hombros.

Dulce se acercó a ambos y sonrió.

—Hola —saludó y fijó su vista en Bastian—. Tú me tienes cara conocida —añadió.

—Hola, Dulce… nos conocimos en Punta del Este, ¿lo recuerdas? —preguntó galante.

—¡Ah! ¡Eres el de la gran banana! —exclamó.

—¡Vaya! Esa es una buena manera de recordarte —bromeó Angie—, pero no creo que la tenga tan grande, la verdad.

Dulce se echó a reír y Bastian frunció los puños, nervioso.

—No, tonta —explicó su amiga—, lo conocí en la banana inflable. Él iba tras de mí, y de pronto, cuando la cosa esa se sacudió, nos caímos. No pude subirme de nuevo porque en el movimiento se me desató la parte superior del traje de baño y pues… aunque tenía el chaleco salvavidas, no cubría mucho —admitió—. Pero él fue muy caballeroso y me ayudó a atármelo sin que nadie me viera.

—¡Ahhh! —exclamó Angie divertida tras aquella nueva versión de los hechos.

—Qué pena que nunca pude agradecértelo como te lo merecías —dijo Dulce encogiéndose de hombros—, es que estaba con mi novio en aquel momento…

—Sí, bueno… —Bastian se rascó la nuca nervioso, parecía haber perdido su capacidad de hablar.

—Me alegro de verte aquí. ¿Ustedes son…? —inquirió y señaló a ambos.

—¡No! Es el mejor amigo de mi hermano mellizo —explicó Angie— y por añadidura, es como un hermano molesto para mí…

Bastian sonrió, aquello era un poco mejor de lo que podía haberse esperado.

—Ahh —respondió Dulce—, un gusto…

—Bastian —comentó él.

—Sí, un gusto, Bastian… —dijo ella con una sonrisa dulce que a él le derritió las piernas—. ¿Vamos? La profesora Ana dice que haces falta en el equipo y me mandó a buscarte —explicó.

—Ya le dije que hoy no podía jugar —susurró Angie, pero se encaminó hasta el gimnasio tras su amiga, dejando a Bastian avergonzado en el pasillo.

En aquel momento, Angie creía que aquello que acababa de escuchar había rellenado todas sus municiones de próximos ataques para Bastian, y eso le hacía más que feliz, incluso aunque los cólicos menstruales le partieran en dos el cuerpo. Cuando llegó al gimnasio y le explicó a la profesora que le dolía mucho el vientre y por eso no podía jugar, se sentó en las graderías, buscó su cuaderno de creencias y escribió:

Creo que Bastian es un mentiroso.

◆ ◆ ◆

Más tarde, cuando Angie ingresó a su cuarto luego de tomar un largo baño, se encontró a Bastian acostado en su cama abrazando su almohadón de corazón con lentejuelas.

—¿Qué demonios crees que haces aquí? —inquirió enfadada y con la bata aún puesta.

—Vengo dispuesto a escuchar todo lo que tienes que decirme… —dijo él y se encogió de hombros como si fuera a escuchar un discurso aburridísimo.

—¿Yo? ¿Qué tengo que decirte? —inquirió distraída y toqueteó el moño de su bata para

asegurarse de que estuviese en su lugar.

—¿No vas a atacarme por toda la historia que conté de lo que sucedió en Punta del Este? —preguntó.

—No… Siempre supe que eras un mitómano, no hay nada nuevo en eso… es un trastorno, ¿sabes? —bromeó y se sentó en su tocador para comenzar a peinarse.

Bastian suspiró.

—Comprendo que tienes que mentir para salvaguardar tu falsa imagen de macho mujeriego —explicó ella con condescendencia—, no vaya a ser que descubran que solo fantaseas con todo aquello que dices que has vivido en realidad —añadió.

—Me gusta esa chica, Angie —dijo él llamándola por su nombre después de demasiado tiempo —. Dime lo que quieres y yo te lo conseguiré.

—¿Cualquier cosa? —inquirió la muchacha mirándolo por el reflejo del espejo.

—Lo que sea —añadió él.

—Pero no puedo hacer milagros —respondió la muchacha con diversión—, no sé cómo ayudarte…

—No te pido que hagas milagros, solo que hagas que me note… y también que la investigues, que me digas qué le gusta, cómo es… qué espera de los chicos… —suspiró—. A lo mejor así la puedo conquistar…

—Nunca pensé decirte esto —admitió Angie que volteó a verlo—, pero si tienes que convertirte en alguien que no eres para atraer o conquistar a otra persona, por ahí no es —añadió—. Aunque bueno, así como eres tampoco conquistarías a nadie, claro —bromeó, pero sin la fuerza necesaria.

Bastian sonrió, aquello parecía un cumplido disfrazado.

—Haré lo que me pidas, cuando me pidas… si me ayudas con ella —admitió y se levantó—, creo que nunca me había sentido así por alguien.

—¿Enamorado? —preguntó ella y lo miró con una intensidad que él no supo descifrar.

—Atraído… más bien —respondió él—. Es hermosa…

Angie se mordió el labio inferior y asintió, él percibió el destello de desilusión en sus ojos, pero prefirió no hablar de aquello.

—Haré lo que pueda —respondió la muchacha—, pero no te prometo nada…

Bastian se levantó y se encaminó hasta la puerta, pero justo antes de salir, se acercó de nuevo a ella y sonrió.

—Es una buena chica, Bas —dijo llamándolo como hacía tiempo no lo hacía—. Y ha sufrido mucho…

—Yo también, a ambas cosas… y lo sabes —susurró.

Angie asintió y volvió a morderse el labio, hacía eso cada vez que él le recordaba algo del pasado.

—Te traje esto —añadió él y sacó un chocolate del bolsillo—. Sé que son tus favoritos y sé que estás en tus días.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó avergonzada. Las mejillas se le tiñeron de rosa.

—Hoy dijiste que no podías jugar y eso es lo único que hace que no puedas jugar…o no quieras hacerlo —explicó y Angie bajó la vista asombrada por lo mucho que él la sorprendía a veces—. Vamos, disfrútalo, te hará sonreír —agregó y lo dejó sobre el tocador antes de salir.

Angie miró el chocolate y luego se miró al espejo en donde el tiempo pareció retroceder.

Tenía quince años y habían ido a una excursión de la escuela para investigar unas rocas. Hacía un buen rato que un par de chicas, las dos más desagradables del grado y que siempre se creían superiores, habían comenzado a señalarla y reírse de ella.

Angie no lo comprendía, si Maxi hubiese estado allí se hubiera refugiado en él, pero no estaba y se sentía sola. Bastian se acercó a ella y le rodeó con el brazo.

—Déjame —exclamó ella tratando de liberarse, pero él la llevó un poco más allá donde los chicos no los escucharan.

—Te estoy salvando —respondió.

—¿Sí? ¿De los leones? —inquirió y volteó fingiendo mirar con desespero a ambos lados.

—De la mancha de tu falda —exclamó—. Toma —añadió y le pasó su suéter—, amárratelo por la cintura.

—¿Qué? —preguntó la muchacha.

Bastian puso los ojos en blanco.

—Te está pasando la sangre —susurró—, ponte esto antes de que sea peor.

—¡Oh! —exclamó al tiempo que sintió que se le ruborizaba hasta el último poro de la piel.

—También te conseguí esto —añadió y le pasó una toallita—, me lo dio Melody…

Melody era una chica que llevaba años enamorada de Bastian y todo el mundo lo sabía.

—No te preocupes, ella no dirá nada —explicó—. Anda, cámbiate y ponte el suéter que aún nos quedan un par de horas por aquí —afirmó.

Angie volvió al presente y sonrió, tomó el chocolate entre sus manos y suspiró. Era cierto, Bastian no era una mala persona y ella lo sabía. Ella más que nadie lo sabía.

> *Y entonces, Angie creyó que ese podía ser un buen proyecto para el año, unir a Bastian con Dulce no parecía tan loco, conocía a ambos y los dos eran buenas personas que habían pasado por circunstancias difíciles, Angie creía que eso era algo que podría unirles, y que ella podría ayudarlos.*

NORMALIDAD

Los días posteriores fueron un poco distintos a los que todos esperaban en un inicio. Angie afianzaba su amistad con Dulce, lo que le dejaba muy poco tiempo para compartir con los chicos, y a pesar de que eso era lo que había hecho siempre, se sentía bien hacer algo distinto.

—¿Qué hay de nuevo en tu vida? —inquirió Dulce en aquel receso en el cual ambas se tumbaron sobre la hierba mientras se sentían acariciadas por la suavidad de la brisa matutina—. Tenemos mucho tiempo sin hablar…

—Nada, por inverosímil que parecía en aquella época que nos conocimos, mis padres se volvieron a juntar un año y medio después… y la cosa volvió a ser como siempre…

—Eso me alegra —dijo Dulce con sinceridad—, no habrías podido vivir mucho tiempo separada de tu hermano, ¿no? Esa era tu preocupación en aquella época…

—Sí… parece tonto mirándolo desde este punto —añadió ella—, y no sé si es cuestión de hermanos mellizos, pero para mí él es parte de mí y yo de él…

—Me gustaría sentirme así, ¿sabes? Como si fuera tan importante para alguien, como si fuera parte de alguien…

Angie no respondió.

—Yo, sin embargo, nunca me he sentido parte de nada ni de nadie —continuó Dulce con melancolía—. Ya sabes, para mi padre no existe otra cosa que su trabajo y mi madre solo tiene amor para su nueva familia…

—Ahora estás aquí, nos tienes a nosotros… —comentó Angie con ganas de subirle el ánimo.

—¿A ustedes? Apenas e intercambiado un par de palabras con Bastian, y con Maxi nada más que un saludo —rio Dulce con diversión—, pero me agrada saber que tú estás aquí, verte el primer día fue un alivio.

—Bueno, nosotros somos un trío de alguna manera indestructible, si me tienes a mí, los tienes a ellos —explicó con una sonrisa—, y quizá puedas venir a casa esta noche, solemos pasar el viernes por la noche en una velada familiar, mis padres nos acompañan un rato en la cena y luego siempre hallamos algo que hacer.

—No quiero molestar…

—No lo harás, me sentiré mucho mejor con alguien de mi lado, siempre es complicado estar entre Bastian y Maxi —añadió.

—¿Él y tú? Bastian… digo…

—No pasa nada con él, básicamente es mi némesis, nos pasamos incordiándonos todo el día, mi familia está acostumbrada a eso —añadió con diversión—, pero es una buena persona después de todo.

Dulce sonrió.

—Y guapo…

—Y guapo… —añadió Angie admitiendo aquello por primera vez en voz alta, aunque claro, lo hacía solo porque quería ayudarlo—. ¿Qué pasó del novio que tenías cuando lo conociste en Punta del Este?

—Nada, novio es una forma de decir, yo no… no quiero estar con nadie…

—¿A qué te refieres? —inquirió Angie confundida.

—Me gusta salir con chicos, conocerlos, divertirnos, pero no quiero nada serio, no me gusta formalizar…

—¿Y eso?

—Cuando metes los sentimientos en medio todo se complica —afirmó—. No creo en el amor…

—¿No crees en el amor? —preguntó con los ojos abiertos y cargados de sorpresa, Dulce negó—. Vaya… nunca me puse a pensar en que uno pudiera o no creer en el amor, para mí el amor es una fuerza que simplemente está… puede alcanzarte o no, pero siempre está…

—No dudo que a otros les funcione —comentó Dulce en medio de un suspiro—, pero a mí no… Nunca me ha funcionado. Amar a alguien para mí significa ceder mucho poder, y ceder ese poder me ha causado daños enormes en el pasado, por lo que prefiero no amar, no confiar… así mantengo el poder sobre mí.

Angie lo pensó por un rato y luego concluyó.

— Hasta cierto punto tiene sentido lo que dices, y lo comprendo, pero no puedes cerrarle las puertas al amor… puede llegar alguien que te quiera de verdad y te lo demuestre, ¿o no?

—Sí, pero cuando lo vea llegar me voy corriendo —añadió ella con diversión.

Angie no se rio de la broma, solo asintió y pensó que aquello ponía una traba a su misión de celestina.

◆ ◆ ◆

Esa misma noche, Dulce llegó a la casa para compartir uno de esos momentos que su reciente reencontrada amiga le había comentado. Iba más por curiosidad que por otra cosa, le costaba creer todo eso sobre la familia unida que Angie parecía tener y quería ver cómo funcionaba en realidad la dinámica entre ellos.

Al llegar, la madre de Angie, quien se presentó como Dina, la recibió y la abrazó como si fuera una persona que conocía desde hacía años. Pronto llegó Angie y la invitó a acompañarla a su habitación mientras su padre, que estaba preparando pizzas, terminaba de cocinar. Los chicos estaban en la habitación de Maxi, pero se encontrarían todos abajo en un rato más.

El padre de Angie las llamó para la cena, y así como su amiga le había mencionado, se sentaron y comenzaron a compartir. Hablaban de cualquier cosa, de todo y de nada, se reían y se divertían

tanto, que la muchacha se sintió a gusto.

—Dulce, nos dijo Bastian que ya se conocían. Él es como un hijo para nosotros —añadió Dina y miró al chico—. ¿También conocías a Angie?

—Sí, bueno… con Angie nos conocimos en el campamento de niñas —explicó ella—, y a Bastian me lo crucé en Punta del Este, en las vacaciones —comentó.

—Sí, al parecer quedó flechado —dijo Dina con diversión y a modo de broma, pues esa era la manera en que ellos solían tratarse, además, notaba a Bastian demasiado callado esa noche—. ¿No es así, Bastian?

—Yo… ehm… bueno…

—Ya saben, a Bestian le cuesta un poco hacer varias cosas al mismo tiempo, no fuercen sus neuronas —bromeó Angie para salvarlo de aquella incomodidad—. Está comiendo, no le pidan que haga otra cosa tan básica como pensar…

Maxi se echó a reír.

—¡Ya extrañaba esto! —exclamó—. Últimamente me sentía muy extraño con estos dos cuchicheando todo el rato sin echarse flores a cada segundo.

—Bueno… es que a veces tengo cosas más importantes que hacer que molestar a Angie —añadió Bastian que intentaba por todos los medios sonar natural.

Por suerte para él, el tema de cómo se conoció con Dulce pasó a segundo plano, todos en esa familia sabían que había vuelto enamorado de una misteriosa y hermosa muchacha, y aunque solo Angie y Maxi sabían los supuestos detalles de aquel pasional encuentro, Bastian les había dicho a todos que había salido con ella y no había pensado hasta ese momento, que uno de ellos podría hacerlo quedar en vergüenza.

—¿Y tú? ¿A qué se dedican tus padres? —quiso saber Mateo.

—Bueno, mi padre es empresario, tiene una cadena de hoteles y restaurantes —explicó—, por eso siempre andamos viajando… —añadió con un dejo de tristeza en la voz que a nadie le pasó desapercibido—. Mi madre… ella se volvió a casar y vive lejos…

—¿No tienes hermanos? —inquirió Maxi.

—No… soy hija única.

—Eso ha de ser genial, ¿eh? —bromeó.

Angie le arrojó un pedazo de pan que le fue directo a la frente.

—¡Ouch!

—No es tan divertido ser hijo único —dijo de pronto Bastian—, es un mundo muy solitario.

—Sí… —respondió Dulce—, yo pienso que tener un hermano ha de ser genial, el mundo ha de sentirse menos solo…

Un silencio incómodo acaparó un rato el ambiente, pero entonces Dina dijo que era un buen momento para el postre y trajo potes de helado para servir.

Al acabar la cena, los chicos salieron al jardín. Angie llevó una manta grande y la colocó sobre el césped donde ella y Dulce se sentaron, mientras Maxi y Bastian se acostaron y colocaron sus

brazos bajo sus cabezas.

—La noche está hermosa —murmuró Angie—. ¿Se enteraron de que hay fiesta en casa de Marcos?

—Sí, la bienvenida del año —comentó Bastian.

—Es raro que no hayas ido —dijo Maxi mirando a su amigo.

—Bueno, preferí comer las pizzas de tu papá —explicó el muchacho.

—¿No quieren ir ahora? —preguntó Dulce.

—¿A fiestas? ¿Angie? —inquirió Bastian divertido—. La última fiesta a la que fue debe haber sido el cumpleaños número ocho de alguna compañera, en aquella época en la que aún la invitaban a las fiestas —explicó.

—¿Crees que no me invitan? —respondió la muchacha ante la mirada divertida de Dulce y acostumbrada de Maxi—. No voy porque no quiero. ¿Qué es lo que hacen allí? ¿Tomar hasta perder la consciencia y besarse entre todos?

—Perdona, olvidé que los dioses superiores no bajan a participar de los rituales paganos de los impuros —añadió Bastian con diversión.

—Ir a fiestas es divertido —dijo Dulce—, conoces gente, bailas, compartes con amigos y… claro, conoces chicos guapos —explicó.

—Eso es cierto —añadió Maxi—, pero también es cierto que mi hermana no las disfruta.

—El problema con Angie es que analiza demasiado la vida —explicó Bastian—, y la vida hay que vivirla más y analizarla menos…

—Sí, claro… —respondió Angie y puso los ojos en blanco—. Esa manera cortoplacista de vivir será tu destrucción, Bestian. Pero claro, analizar es una actividad que requiere neuronas que funcionen.

—La verdad es que solo tienes miedo, Mínima —zanjó el muchacho que se incorporó para mirarla—. Las fiestas te dan miedo, interactuar te da miedo, la posibilidad de que un chico te lleve atrás de un árbol e intente besarte te aterra porque temes que te guste y pierdas tu autocontrol…

Todos quedaron viéndolo.

—¿Qué? ¿Ven? También puedo analizar cosas…

—¡Yo no tengo miedo! —zanjó Angie entre enfadada y ofendida.

—¿Por qué te daría miedo que un chico te bese, Angie? —preguntó Dulce confundida.

—¡No tengo miedo de que nadie me bese! ¡He besado a muchos ya! —exclamó.

—¿Ah, sí? ¿A cuántos? —quiso saber Maxi entre curioso y celoso.

—¡Eso no es de tu incumbencia! —añadió molesta.

—¿No que no teníamos secretos? —preguntó el chico.

—¡Basta! ¿Qué les pasa a todos hoy? Yo no tengo ningún problema de ir a fiestas, si no voy es porque no me gustan. Me aburren, no entiendo qué tan masoquista puede ser una persona para

emborracharse a sabiendas de que luego le dolerá la cabeza o se sentirá mal, tampoco veo la necesidad de andar intercambiando saliva con el primero que lo proponga… no espero que vean el mundo como yo lo hago, pero al menos respeten. Y para que vean que no tengo miedo, ¿por qué no vamos a la dichosa fiesta?

—¡Vamos! —exclamó Dulce con entusiasmo.

—¡Vamos! —añadió Bastian con la idea de que esa era una buena oportunidad para intentar un movimiento con ella.

—Y qué más puedo añadir… ¿vamos? —dijo Maxi poco convencido.

—Bien, vamos —añadió Angie ahora con menos efervescencia.

Luego de aquello, las chicas fueron a retocarse por pedido de Dulce, y mientras esta se pintaba los labios, Angie escribió en su cuaderno de creencias.

Creo que Bastian es un idiota que disfruta provocándome.

PRIMER BESO

Apenas llegaron a la fiesta, Maxi fue a saludar a Olivia, una chica que le gustaba desde hacía tiempo, pero con quien aún no había pasado nada.
—¿Bailamos? —inquirió Bastian y miró a Dulce.

—Yo, bueno… no lo sé —respondió y clavó la vista en su amiga.

—Por mí no se preocupen, vayan tranquilos —dijo Angie con un gesto.

—¿Vas a quedarte sola? —preguntó Dulce.

—¿Qué podría pasarme? Pasearé un poco y observaré el comportamiento humano —añadió—. En serio, vayan…

Dulce le regaló una sonrisa y aceptó la invitación de Bastian.

Angie los vio partir y pensó que hacían una buena pareja, aunque luego de recordar las palabras de Dulce dudaba que las cosas fueran a ser tan sencillas. Al parecer, ella solo quería divertirse un rato y, por la perseverancia de Bastian, él parecía querer algo serio.

Decidió hacer lo que dijo que iba a hacer y comenzó a caminar por la fiesta mientras observaba el comportamiento de sus coetáneos, por todas partes se respiraba sexo y alcohol, y Angie se sintió fuera de lugar.

Ese era el motivo por el cual ella no quería ir a las fiestas, esa sensación de no encajar que le acompañaba constantemente desde su infancia, se veía acentuada cuando se exponía a situaciones como aquellas. Hacía mucho tiempo que Angie se había acostumbrado a ser diferente, no sabía bien por qué y no quería pecar de engreída, pero lo cierto era que, en varias ocasiones, y en especial en esa clase de reuniones, ella se sentía a un nivel superior.

No podía decir aquello en voz alta porque seguro sería mal interpretada, no se trataba de sentirse superior a nadie, se trataba de sentirse diferente. No encontraba el motivo por el cual beberse la vida en una noche o la necesidad de compartir besos y caricias furtivas con alguien que no buscaba más que eso.

Pensó en su conversación con Dulce y lo que le había dicho de que no creía en el amor y recordó su libreta de creencias. ¿Qué creía ella que era el amor?

Nunca se había planteado esa pregunta, nunca había estado enamorada, o al menos eso había estado queriendo convencerse, y no es que no quisiera estarlo, simplemente aún no había llegado el momento y tampoco era algo que le preocupara demasiado.

Se sirvió un poco de algo que parecía jugo de durazno y se encaminó hacia una glorieta que se hallaba un poco alejada del lugar donde se concentraba la mayoría de las personas. Primero

pensó que seguro alguna parejita habría ya colonizado el sitio, pero cuando se acercó un poco más, notó que estaba vacío.

«Qué bueno», pensó. Ese era un buenísimo lugar para alejarse y pensar.

Se sentó en una banca y observó la tenue iluminación de unos focos que rodeaban la cúpula. En los espacios libres se veían las estrellas y la noche estaba fresca y serena.

«Perfecta».

Le gustaba la noche más que el día, ese momento en el que el silencio sumía al planeta y uno se encontraba solo con sus propios pensamientos.

Sí, Bastian tenía razón, a ella le encantaba analizarlo todo, los motivos, las palabras, las situaciones. Pensaba que así era más fácil entender la vida y que de esa manera tendría menos probabilidades de equivocarse. Angie creía que los jóvenes se equivocaban mucho porque no pensaban antes de actuar, se dejaban llevar por sus impulsos y por sus hormonas, y aquello no siempre terminaba bien. Y aunque consideraba que la juventud era ese espacio para aprender del error, algunos errores podrían terminar saliendo muy caro y habría que pagarlos toda la vida.

Entonces, ¿qué era lo que creía del amor? Pensó de nuevo.

Creía que era una fuerza que actuaba como cuando una tormenta se cierne sobre un pueblo, lo acapara todo, lo empapa todo, y a veces, hasta hace que todo se desborde.

¿Podría ella sentir esa clase de amor alguna vez?

Sonrió al imaginarse enamorada, la verdad era que no creía ser capaz de apagar su cerebro. No se veía capaz de dejar de pensar y analizar para poder simplemente entregarse al amor. Después de todo, por algo se decía que razón y corazón iban por separado. ¿Cómo podría dejar actuar al corazón si jamás podía apagar la razón?

Se quedó un rato en silencio y absorbió el fresco de la noche. Observó las estrellas y se preguntó cuántas cosas vio la luna aquella noche, a cuantos amantes encontró escondidos dándose besos furtivos, a cuantos otros vio pelear y distanciarse para siempre.

Pensó en Dulce y recordó lo que las unió en el campamento hacía varios años atrás, esa soledad que sentían ambas, ese desgano por la vida, esa tristeza. Ella porque sus padres se habían separado, pero más que nada, porque la habían obligado a alejarse de Maxi que era el único sitio al que creía pertenecer y en donde se sentía segura; Dulce porque su madre había descubierto su gran secreto y la había culpado a ella, abandonándola a su suerte con un padre frío y calculador.

—Es normal que no crea en el amor… —murmuró para sí misma.

—¿Quién no cree en el amor?

La voz de Bastian la hizo regresar al presente y se incorporó para buscarlo con la mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Y Dulce?

—No lo sé, estábamos bailando, luego le dije para tomar algo y después se escabulló con otras personas… Creo que es muy sociable —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no fuiste con ella? —inquirió Angie, pero él no contestó—. ¿Has visto a Maxi? —preguntó de nuevo tras su silencio.

—No, desde que llegamos no lo he visto… La fiesta está aburrida… —admitió.

—Cuando un sitio se vuelve aburrido lo mejor es encontrar la diversión en uno mismo —dijo la muchacha.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó sarcástico.

—Mucho… hace tiempo no pasaba una noche bajo las estrellas conmigo misma —añadió.

—¿Te molesto en tu cita? —inquirió sin comprender demasiado el espíritu de Angie, pero admirándola, como siempre.

—No, siéntate —dijo ella y le hizo un espacio.

Bastian se sentó y observó el cielo también.

—No será fácil —susurró entonces Angie—, no me corresponde a mí hablar de la vida de Dulce, si quieres saber su historia debe ser ella quien te la cuente, pero no quiere amar… no quiere enamorarse, solo quiere divertirse…

—Creo que ya lo noté…

—¿Tú quieres algo serio? —preguntó ella.

Bastian se encogió de hombros.

—No lo sé… —añadió—, me parecía una de esas chicas por las que vale la pena pelear para lograr algo un poco más serio que unos besos en la oscuridad de una fiesta…

—¿Hay chicas que no lo valen? —quiso saber Angie.

—¿Qué?

—¿Hay chicas que no valen la pena para ir más allá de esos besos? —preguntó.

Bastian suspiró y bajó la mirada.

—No es eso, pero no sé si tengo ganas de pelear…

—Quizá tengas razón —interrumpió Angie—, quizás hay algo en mí que aleja a los chicos…

—¿Nadie te ha invitado a bailar? —cuestionó él con sorpresa ante su cambio de tema.

—No, pero tampoco es que he estado esperándolo, me vine para aquí hace rato —añadió ella con una sonrisa dulce—, y aquí nadie vendría a invitarme…

Los dos hicieron silencio.

—No creo que haya nada malo en ti, Mínima —dijo él con un tono que le hacía sonar como si fuera su hermano mayor—, solo creo que eres muy lista… demasiado, quizá, para los tontos que nos rodean…

—Quién iba a pensar que ser inteligente alejaría a las personas —bromeó ella.

—Solo ahora, que somos jóvenes… Me imagino que eso cambiará un día… Serás el centro de atención y te robarás las miradas de todos… Maxi y yo observaremos orgullosos desde el fondo, como tus fieles escuderos que siempre hemos sido —añadió.

Angie sonrió, a veces disfrutaba mucho de sus conversaciones con Bastian y hacía demasiado tiempo que no tenían un momento así.

—No creo, la inteligencia no lo es todo, me falta belleza. ¡Qué hermosa es Dulce! Nadie puede

quitarle los ojos de encima, es como si te hechizara con su mirada —añadió.

—Cualquiera diría que te estás enamorando —bromeó Bastian y ella le golpeó el hombro con suavidad—. Yo creo que tú deberías mirarte al espejo, eres muy bonita y parece que no te das cuenta…

Angie se encogió de hombros.

—Según tú… ¿Qué tiene que tener una chica para que valga la pena luchar para que sea algo más que un beso furtivo? —inquirió entonces.

—No lo sé… debe hacerte sentir vivo, supongo… tienes que poder mirarla a los ojos y ver un futuro en ellos…

—¿Ves ese futuro en los ojos de Dulce? —preguntó curiosa.

—No… para serte sincero solo me gusta mucho físicamente… me atrae demasiado —admitió—, pero eso es un buen comienzo, creo…

Angie asintió.

—Sé que no eres de esos que juega con las mujeres, pero si se llegara a dar algo con ella, ten en cuenta que su corazón es frágil.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—¿Sabes qué es lo que nos unió alguna vez? —inquirió ella y él negó.

—Me lo he preguntado varias veces, no las veo similares…

—Nos une el miedo a mostrarnos vulnerables —explicó—. Cuando la conocí, ninguna de las dos estaba en su mejor momento, lidiábamos con problemas que nos parecían grandes y que nos hacían ponernos a la defensiva ante el mundo. Ambas nos mostrábamos cerradas y rebeldes, pero cuando nos encontrábamos en el cuarto, nos abríamos la una a la otra y llorábamos.

—Tú no lloras, Mínima… eres la única niña del mundo que no llora —explicó él con una sonrisa divertida. Podía contar con los dedos las pocas veces que la vio llorar en tantos años.

—Todos lloramos, pero algunos lo hacemos en secreto, no nos gusta que nadie nos vea, nos hace sentir inferiores, humillados… Nos hace sentir vulnerables, y al ser vulnerables perdemos el control sobre nuestra propia vida.

—Vaya… tiene sentido, pero es muy triste —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no ser vulnerable? Está bien serlo si tienes a la persona correcta al lado —afirmó.

—Puede ser, pero ¿cómo sabes que es la persona correcta? —preguntó.

—Sí, eso es cierto —asintió él pensativo—, y en cierta manera también comprendo lo de querer guardar un dolor muy dentro de uno para que nadie acceda a él…

—Bueno, cada uno tiene sus maneras de esconder esos temores o dolores, Dulce no quiere enamorarse porque piensa que si lo hace perderá el control y se volverá vulnerable…

—El amor de por sí hace que uno se vuelva vulnerable —añadió él.

—Y hay personas que prefieren cerrar sus puertas al amor antes que enfrentarse al miedo de perder el control —susurró ella y perdió su vista en el cielo.

—Dulce es una de esas…

—Así parece…

—¿Y tú? —quiso saber él.

—¿Yo? —preguntó sorprendida y Bastian asintió—. Yo creo… no lo sé… supongo que nunca me he enamorado, no puedo saberlo…

Bastian sonrió.

—Hacía mucho que no hablábamos así —dijo él luego de un silencio que a ambos se les hizo cómodo.

—Sí… ha pasado tanto tiempo que llegué a pensar que aquello fue solo un sueño —murmuró ella—. Tú y yo, sentados en el techo de tu casa, conversando hasta la madrugada.

—Viendo el amanecer juntos y divagando sobre los problemas que en esas épocas nos parecían tan grandes —dijo él.

—¿Qué nos pasó después? —preguntó ella con diversión.

—Volvimos a donde nos sentíamos a salvo y seguros —respondió él y la miró con tal intensidad que Angie necesitó bajar la vista.

—Donde mantenemos el control —añadió ella.

Bastian asintió y volvieron a hacer silencio.

—Escríbele una carta —dijo Angie entonces.

—¿Qué? —preguntó él cuyos pensamientos se habían detenido en el tiempo.

—Todavía recuerdo que escribías muy bien, Bas —añadió—, quizá sea más fácil llegar lentamente… Uno afloja sus barreras cuando la invasión no es tan directa. Ve por los costados, permite que ella confíe en ti y quizás así vaya cediendo lentamente… Dentro de poco comienza el mes de la amistad y se habilitarán los buzones en el colegio. Es un momento ideal para que le escribas, ¿no crees?

—Puede ser… —dijo pensativo—. ¿La firmo?

—No… será incómodo para ella verte si sabe que eres tú. Gánala primero, genérale esa duda…

—Lo pensaré…

Volvieron al silencio cómodo y la suave melodía que venía de la fiesta los envolvió.

—¿Bailamos? —inquirió Bastian.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí… no es justo que vengas a una fiesta y no bailes con nadie…

Angie sonrió al tiempo que el muchacho se levantaba y le pasaba una mano. Luego él coloco sus brazos en la cintura de ella y ella sus manos en los hombros de él.

—¿Qué diría Maxi si nos viera? —preguntó Angie divertida.

—Creería que el mundo ha llegado a su fin —bromeó—. Pero eso es solo porque no sabe nuestro secreto…

—¿Nunca se lo dijiste? —quiso saber ella.

—No, hicimos un pacto, ¿lo recuerdas? —preguntó él—. Soy un hombre de palabra… ¿Tú le dijiste?

—No…

—Pensé que no tenían secretos.

Angie se encogió de hombros.

—A veces una quiere guardarse algunas cosas para una misma… Y como dijiste hace rato, es más fácil cuando estamos en esa zona cómoda.

—Esta zona ahora mismo también me parece cómoda —dijo él.

—Lo sé… a mí también —murmuró ella—, pero ya estuvimos aquí una vez y…

—Y nos asustamos…

Ella asintió.

—Entonces, ¿a cuántos has besado? —preguntó él luego de un rato de silencio.

—¿Qué? —preguntó desconcertada por el cambio de tema.

—A cuántos has besado… hoy dijiste que habías besado a varios —añadió con una sonrisa divertida.

—¿A cuántas has besado tú? —quiso saber ella.

—Un caballero no puede revelar esos datos tan personales —bromeó.

—Una dama tampoco lo hace…

—Háblame de tu primer beso —quiso saber él—. ¿Fue bonito?

Angie tragó saliva y sintió un ligero cosquilleo en el estómago. Era una sensación conocida que la aterraba por completo, pero que a la vez le encantaba. Era como si un agujero negro amenazara con tragarla viva.

—Fue… un día como hoy —explicó ella—, una noche… —se corrigió—. Él era… un chico de mi edad, de mi realidad…

—¿Cómo? —preguntó él y la acercó un poco más mientras seguían moviéndose lentamente.

—Ambos estábamos confundidos, creo —añadió—. No lo sé, era esa edad en la que no sabes muy bien lo que haces… las emociones nos ganaron, las palabras nos envolvieron, los silencios nos acercaron y… se dio… Yo no lo había planeado, jamás lo habría planeado…

—Y eso que tú eres la que planea la vida entera —bromeó él y abrió su mano sobre el hueco de su espalda como si quisiera aferrarse un poco más a ella.

—Sí, pero te juro que eso no fue planeado… Lo juro —insistió.

—Te creo —respondió él.

—Solo se dio… y creo que nos confundió aún más…

—¿Se sintió bien?

—Sí… Se sintió perfecto…

Angie no dijo nada más, pero pensó que ese había sido uno de los pocos momentos en los que se sintió encajar.

—¿Cómo se sintió? —quiso saber él.

—Dulce… cálido… húmedo… Y eso que yo no tenía idea de qué hacer —admitió.

—¿No?

—No… —añadió con diversión—. Lo único que sabía de besos era lo que veía en las películas, así que me limité a hacer eso, mover los labios y dejarme llevar…

—¿Fue un beso con lengua? —quiso saber él.

—Bastian…

—¿Qué? Nunca hablamos de esto y yo quiero saber…

—Bueno, sí… Luego de un rato apareció la lengua —dijo ruborizada—. Y fue intenso…

—¿Terminaste húmeda? —inquirió.

—¡Bastian! —exclamó ella y le dio un golpe en el pecho. Él se echó a reír.

—Cuéntamelo —pidió con un susurro.

—¿Te excita saber esas cosas? —bromeó ella divertida.

—Puede que sí…

Angie negó y volvió a darle un golpecito en el pecho.

—¿Entonces? —preguntó él.

Angie solo asintió.

—Fue intenso, para la época, para el momento, para la situación…

—Comprendo —dijo él y suspiró.

—Tu turno —exclamó ella—. ¿Tu primer beso?

Bastian esperó un poco para hablar y luego lo hizo.

—Fue genial… Tampoco lo planeé —admitió—, solo se dio… luego de varios días de un acercamiento extraño que nos hacía sentir algo tontos y confusos…

—Comprendo…

—Era el primer beso de ambos —añadió—, tenía miedo de hacerlo mal. No sabes la presión que tenemos los hombres por no saber hacer las cosas…

—Eso es ridículo, nadie nace sabiendo y lo mejor del mundo es experimentar juntos…

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que eso es lo mejor del mundo? —inquirió.

—Bueno, me imagino —respondió ella nerviosa—. La experiencia está sobrevalorada… A las chicas nos hacen creer que es mejor que nuestro novio tenga experiencia, pero a los chicos les hacen creer que es mejor que la chica no la tenga. ¿Qué más da? No se necesita ni lo uno ni lo otro, creo que cada pareja es única y que las reacciones que se dan con una persona o con otra

son muy distintas… Puedes besar a alguien con experiencia y que no resulte bien para ti, pueden aprender juntos si ninguno tiene experiencia… da lo mismo —añadió—. Pero no te escapes del tema, tu primer beso.

—Sí… bueno, te contaré un secreto —dijo él y la miró a los ojos—. Sé que no vas a creerme esto, pero la mayor parte del tiempo siento que no encajo en ningún sitio. En realidad, los únicos que me hacen sentir en casa son Maxi y tú, bueno, más Maxi que tú, pero hasta pelear contigo es parte de lo que me hace sentir que soy parte de algo —añadió.

Angie lo miró con sorpresa y ambos dejaron de bailar.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió.

—El caso es que cuando la besé, sentí que encajábamos tan bien… Hasta antes de que mis labios tocaran lo suyos, yo pensaba en qué haría, cómo me movería, cómo sería, cuáles eran las técnicas… Y apenas la besé, todo eso se borró, fue como si lo hubiéramos hecho siempre, y al mismo tiempo, era la primera vez y era perfecta…

Angie no tenía palabras, estaba absorta en sus pensamientos y perdida en la mirada verde de Bastian cuyos ojos parecían titilar al igual que las estrellas.

—Pero tú dices que la primera vez no es la más importante, sino las últimas… —dijo él.

—Bueno… creo que, analizando esta conversación, podría ser que la primera también lo sea…

Bastian sonrió.

—Si la vieras de nuevo y tuvieras que decirle algo de ese beso, ¿qué le dirías? —preguntó Angie.

—Que me disculpe por lo que hice después…

—¿Qué hiciste después?

—Me acobardé… hui… me resguardé en una zona que me resultaba más cómoda y conocida. Era un chiquillo, no sabía cómo reaccionar ante la magnitud de lo que había sentido…

Angie rio con un dejo de tristeza.

—También le diría que fue el mejor beso…

—¿El mejor?

Él asintió y ella volvió a sonreír.

—¿Tú? ¿Qué le dirías al chico si tuvieras que decirle algo de ese beso?

—Que me pasé muchas noches sin dormir luego de aquello, confundida… Que incluso derramé algunas lágrimas de impotencia cuando luego fingió que no pasó nada… Que me sentí un poco usada…

Él no respondió, solo la miró con ternura. Angie se mordió el labio y sonrió.

—Pero le daría las gracias por haber sido el primero… Ahora que ha pasado mucho tiempo, me queda un buen recuerdo…

Bastian asintió y sonrió con dulzura.

—¿Vamos a casa? Es tarde y creo que ni Dulce ni Maxi aparecerán por aquí.

—¿Crees que a Maxi se le dio al fin con Olivia? —quiso saber Angie divertida.

—Espero que sí porque está como obsesionado.

—No hables mucho, que tú no estás lejos —añadió.

Bastian solo se encogió de hombros.

Caminaron en silencio las pocas cuadras de distancia y llegaron al condominio. Bastian acompañó a Angie hasta la puerta de su casa y entonces se despidieron.

—Fue bueno regresar a esta tregua y volver a hablar contigo… —admitió él.

—Lo sé, pero mañana regresamos a lo de siempre… Yo te odio y tú me odias.

—Yo no te odio, nunca —admitió Bastian con una sonrisa dulce.

—Lo sé, ni yo a ti…

Él la besó en la frente y ella cerró los ojos. El contacto duró un poco más de lo que debería, lo suficiente para que el estómago de Angie se alborotara de nuevo.

—Hasta mañana, Mínima —dijo él con una sonrisa.

—Hasta mañana, Bestian.

Angie dio un paso hacia la puerta de su domicilio y luego se volteó.

—Bas… —lo llamó.

—¿Sí?

—Te perdono… —dijo ella con dulzura—. Y gracias por ser el primero.

Él sonrió y suspiró como si se sacara un gran peso de encima.

—Fue el mejor, Ángeles, fue el mejor —añadió él antes de voltearse y caminar los pasos hasta su casa.

Angie subió a su cuarto sin poder sacarse la sonrisa de encima, sacó su cuaderno de creencias y escribió.

Creo que tengo miedo

PLATÓNICO

Bastian caminó los pocos metros que lo separaba de aquella casa e ingresó a la suya, silenciosa y oscura como siempre. Subió a su habitación y abrió la ventana para sentarse en el marco como le gustaba hacer desde niño. Su padre odiaba que lo hiciera, pero a él le daba igual.

Se sentía extraño, había estado todo el día inquieto porque Angie había invitado a Dulce a sus encuentros de los viernes y él no sabía bien cómo actuar, cómo hablar o qué decir. Le gustaba Dulce, le producía temblores en las piernas y no podía dejar de imaginarse cómo sería estar con ella. Pero las cosas habían dado un giro en el mismo instante en que la conversación con Angie se volvió profunda. No era la primera vez que le sucedía, le había pasado por un año entero y un poco más.

Perdió la vista en la noche y recordó. Los padres de sus amigos se habían separado de manera abrupta e inesperada, fue una sorpresa para todos que hasta un par de días antes los veían de lo más normales. Sin darle tiempo ni siquiera a empacar, Maxi fue llevado casi a rastras por su padre, Bastian lo recordaba, los vio despedirse desgarradoramente entre lágrimas. No sabían cuando se verían de nuevo, lo único que sabían en aquel momento era que sus vidas, tal como la conocían, iban a cambiar.

Dina no pudo encargarse de Angie, estaba demasiado triste para hacerlo, por lo que la mandó un par de meses a una especie de campamento de verano, sitio en el cual conoció a Dulce.

Bastian se había pasado esos meses en soledad, a él también le había sacudido la tristeza y vivía por segunda vez el derrumbe de un hogar. Podía ser que Dina y Mateo no fueran sus padres, pero Maxi y Angie eran como sus hermanos, pasaba más tiempo en su casa que en la suya, comía allí, dormía allí, desayunaba allí. Y ahora, se sentía de alguna manera apartado, aislado. Y si había algo que desmoronaba el corazón de Bastian era el abandono.

En aquellas madrugadas de insomnio, solía treparse al techo de su casa desde donde se quedaba en silencio, pensando en qué sucedería y cómo avanzarían las cosas. ¿Qué haría cuando Angie volviera? ¿Hablaría con ella como siempre? ¿Discutirían y pelearían como acostumbraban? ¿Solo se ignorarían como si no hubiesen pasado su infancia peleando por la atención de Maxi?

Bastian supo la repuesta el día que la vio llegar, se veía infeliz, triste, apagada. El completo contraste de la niña activa y audaz que solía ser, la que no paraba un segundo y se pasaba el día empujándolos a buscar nuevas actividades con las que llenar sus horas libres. Esa Angie era apenas la sombra, el caparazón vacío que había quedado de ella, y eso a Bastian no le gustó. Se lo debía a Maxi, debía cuidar de su hermanita como él mismo lo hubiese hecho, debía tratar de estar allí para ella. Después de todo, cuando los desconocidos preguntaban, muchas veces se habían presentado como trillizos. Y a Bastian le gustaba eso, le gustaba ser parte de esa familia.

Caminó hasta ella y le saludó. Angie solo movió la cabeza, pero no emitió palabra alguna. Él estuvo dos días enteros tratando de que reaccionara, pero no fue hasta la noche en que se metió por su ventana, trepando por el árbol que quedaba casi en frente, y que la invitó a subir a su techo para mirar las estrellas, que consiguió que se abriera.

Angie le mencionó lo del campamento y la amiga que había hecho allí, le dijo que sin ella habría sido horrible. Le contó que hicieron algunas travesuras juntas y que gracias a ello pudieron pasar un buen rato. Él le dijo que extrañaba a Maxi y ella se echó a llorar.

Ángeles Moyano nunca lloraba, ni siquiera cuando la rodilla se le abrió luego de haberse caído de la patineta, ni la vez que se resbaló de la rama a la que habían trepado y se dobló el tobillo, él nunca la había visto llorar y esa noche se desmoronó a su lado.

No lo dudó, pasado los dos minutos de sorpresa la rodeó con los brazos y le plantó un tierno beso en la frente, era como si supiera a la perfección como calmarla.

—Todo estará bien, ya lo verás —prometió.

—¿Lo crees?

—Sí, y mientras las cosas estén complicadas nos tenemos tú y yo… No seré Maxi, pero a veces somos trillizos, ¿lo recuerdas?

Angie sonrió y, en ese preciso instante, Bastian descubrió que ella tenía la sonrisa más hermosa que había visto en su vida, que cuando la miraba de cerca un pequeño hoyuelo se le formaba al costado derecho del mentón, casi bajo el labio. Que sus dientes —antes chuecos—, se habían acomodado en su sitio tras largos años de ortodoncia, que sus pestañas eran largas y parecían envolver con suavidad ese par de hermosos ojos oscuros que le resultaban tan familiar.

Esa noche las cosas comenzaron a cambiar, o quizá fue un paréntesis enorme entre lo que su relación había sido y lo que sería después, pero en aquel momento no sabían nada, solo que se tenían el uno al otro y que eran lo único que les quedaba de una niñez en la que no había habido más que momentos felices y divertidos. Se aferraron el uno al otro y las rencillas del pasado se convirtieron en conversaciones divertidas y punzantes que, entre risas y empujones, los acercaba cada día más, los hacía inseparables y los tenía constantemente buscándose el uno al otro.

Pero no fue hasta la última noche, la noche antes de que Maxi volviera y de que Mateo llamase a Dina para decirle que necesitaban hablar y que llegarían al día siguiente, en que sucedió aquello para lo que no estaban del todo preparados.

—¿Crees que vuelvan? —le preguntó ella.

—Yo pienso que sí, tus padres se aman, sea cual sea el problema que tuvieron, quiero creer que lo resolverán… Ellos eran un ejemplo para mí… me gustaría tener una relación como la suya cuando sea adulto —añadió.

Angie sonrió.

—Mañana regresa Maxi y no veo la hora de poder abrazarlo y compartir todo lo que no pudimos este año. ¡Quizá podríamos ir a nadar! —exclamó con entusiasmo.

—Sí, es una buena idea, Angie —respondió él pensativo.

—¿No estás contento?

—Claro que sí… solo… extrañaré esto también —admitió.

—No tiene por qué cambiar… —dijo ella y el rubor se le subió a las mejillas. Bastian adoraba cuando eso sucedía.

—¿No?

Se miraron a los ojos y el silencio pareció tragarlos, estaban cerca, muy cerca, y hacía días que él sentía cosquillas en el cuerpo cuando la piel de ella rozaba con la suya o cuando al acercarse un poco podía oler el aroma de su cabello.

Angie no se creía una chica linda, le había contado aquello en esos días como una confesión, pero él pensaba que estaba equivocada, no sabía cómo no la había visto antes a pesar de haber crecido a su lado, pero ella tenía una belleza especial que la hacía única.

El cuerpo volvió a cosquillearle y sus ojos bajaron a los labios de la muchacha, ella solía mordérselos cuando estaba nerviosa, y en ese momento lo hacía. La marca de sus dientes en sus labios inferiores logró hacerlos ver más apetitosos, él deseaba probarlos y, de pronto, la mente se le apagó.

Quizá fueron las hormonas de la adolescencia, quizá fue el momento, quizá fue la intensidad de los meses vividos a los que ya se habían acostumbrado y que volvería a cambiar desde el día posterior, quizá fue todo o quizá no fue nada, pero su mente se apagó y él se acercó a ella peligrosamente, solo para comprobar que ella también lo hacía.

Ninguno de los dos había besado antes y lo sabían porque habían hablado de ello, pero en ese momento no importó nada más. Sus labios se juntaron y ella dio un suave suspiro que envolvió a Bastian e hizo que se perdiera, comenzó a mover sus labios sobre los de ella y Angie no tardó en responderle. La niña llevó sus manos a su cuello y lo atrajo más hacia sí, gesto que hizo que Bastian la abrazara por la cintura y se animara a dejar que su lengua pidiera permiso para explorar la boca de aquella chica que sabía a las fresas más dulces, al helado de vainilla más delicioso o al chocolate más exquisito que hubiera probado en su vida.

Cuando el beso acabó, ninguno de los dos dijo nada. No hablaron, se quedaron allí temblando por dentro, cada uno perdido en sus pensamientos. Bastian no sabía lo que ella pensaba o sentía, pero él pensó que se enfadaría y no quería pedirle disculpas porque no se arrepentía.

Él no sabía que, en ese mismo instante, Angie pensaba que a él no le había gustado y por eso no le decía nada.

Se levantaron un rato después, nerviosos y toscos. Él murmuró un lo siento errático y ella un olvídalo. Ella se marchó a su casa y él la vio partir.

Y de ese beso no se habló jamás.

Hasta esa noche.

¿Por qué? No lo sabía. El Bastian inexperto de quince años pensó que ella había huido y que lo mejor sería que las cosas volvieran a ser como antes. A la mañana siguiente, cuando Maxi llegó, él se acercó y lo abrazó, y de pronto todas las piezas de aquel rompecabezas que se habían movido de un lado al otro durante ese año, volvieron a encajar.

Dina y Mateo regresaron y ellos volvieron a sus rutinas. Él necesitó hacerlo porque si las cosas entre ellos no funcionaban dañaría a Angie, y en aquel entonces ya estaba demasiado lastimada como para causarle más dolor. Pensó que volver a lo de siempre era una manera de protegerla, y no le costó mucho, Angie era más distante e irónica que al principio y él continuó con su rol de

molestarla.

El tiempo pasó, el beso quedó guardado en un secreto del que nadie hablaba, justo como el resto del año y de las ocasiones que la noche los encontró en la madrugada conversando hasta el amanecer en el techo de su casa. Y de pronto, aquello solo pareció un viejo sueño, algo que ninguno de los dos estaba seguro si realmente sucedió o si solo se lo imaginaron.

Hasta esa noche.

Y entonces Bastian supo que el beso le había gustado, que incluso la había excitado, que ella se había sentido mal y usada tras su silencio, y que le agradecía por ser el primero. ¿Cómo lo hacía sentir todo eso luego de casi tres años?

¿Por qué de pronto no estaba pensando en Dulce y solo deseaba correr y volver a besar a Angie para ver si seguía sabiendo a fresas dulces, vainilla y chocolate?

Suspiró y se metió a su habitación, Angie no era una chica a la que él pudiera conquistar. Las cosas cambiarían dmasiado entre ellos y ya nada sería como lo conocían. Eso ya había pasado una vez y solo había hecho que todo se sintiera inseguro. Él no quería romper con esa monotonía que tanta paz le había dado y que le había salvado muchas veces de los agujeros negros de la soledad.

No. Intentaría conquistar a Dulce y dejar a Angie donde pertenecía, como un amor platónico, algo que nunca sería, algo que nunca se daría, algo que estaba prohibido.

BUENA IDEA

Esa noche Angie no pudo dormir, los recuerdos del año en el que Bastian fue su único aliado y su paño de lágrimas le llenaron los pensamientos. Una punzada de temor la invadió, era como si hubiese abierto la caja de Pandora y todo aquello que con tanto cuidado había guardado en el fondo de su corazón, pujara por salir.
Le había costado mucho comprender el porqué Bastian no le había dicho nada de aquel beso que compartieron, le costó mucho aceptar que él volvía a ser el mismo tras ese momento que para ella había sido uno de los más bellos de su corta historia, pero tuvo que dejarlo allí, tuvo que guardarlo todo y volver, como él había dicho, a la zona donde se sentían cómodos y seguros.

Con el tiempo lo comprendió, ellos no podían jugar a ser novios, las cosas podrían salir muy mal y estaban mejor como estaban, con Maxi y Bastian como mejores amigos, con ella como aliada de Maxi y en medio siempre de ambos.

Al día siguiente, como si los dos fueran conscientes de que esa noche había sido peligrosa, }se mostraron como si nada. Angie le recordó que pronto tendrían prueba de matemática y que ella estaba dos puntos por encima de él en esa asignatura. Él le dijo que no se preocupara, que ya pronto se encargaría de superarla y que se fuera preparando para ser la segunda ese año, pues él no pensaba cederle su lugar.

Esa pequeña discusión fue en el desayuno; Maxi y sus padres, acostumbrados a sus riñas, no le dieron importancia; pero ambos se regalaron una sonrisa al acabar la conversación. Y no era una sonrisa irónica ni competitiva, no era una sonrisa de superioridad ni una de burla, era una sonrisa en la que ambos se decían de manera tácita que así estaban mejor.

Maxi, por su parte, les comunicó que Olivia al fin había aceptado ser su novia, por lo que se ganó una ola de aplausos y vítores. Angie pensaba que Olivia era una buena chica para su hermano, era agradable, estudiosa y no era una de esas chicas que se pasaban de fiesta en fiesta y de chico en chico, ella no quería que le rompieran el corazón a su hermano porque, aunque se mostrara fuerte, sabía que era tierno y romántico.

Esa misma mañana, Angie pensó que era momento de planificar su función de cupido, tenía que lograr que Dulce y Bastian salieran, quizá podría organizar una cita doble con Olivia y Maxi. Esa parecía ser una buena idea.

Pero la organización de aquella cita duró casi un mes, Dulce no parecía interesada en salir con Bastian, incluso aunque Angie le había hablado muy bien de él. Ella le decía que le parecía guapo, pero que no creía que hubiera química, y Dulce creía que eso era primordial para iniciar algo con alguien. Angie insistía en que era cuestión de salir y conocerlo un poco más, y Bastian, se había concentrado más en su entrenamiento para los partidos de la temporada que en chicas en

aquella etapa.

Maxi no tenía problema de ayudar a su hermana y a su amigo con la cita doble, pero si Dulce no ponía de su parte no había nada que Angie pudiera hacer.

A no ser, claro, que aceptara salir con Lucas, un chico que llevaba mucho tiempo invitándola a salir.

Uno de esos días, lo hizo de nuevo. Apareció al final de una de las clases y se acercó a Angie con su sonrisa sesgada. Angie creía que Lucas era atractivo, no era el más guapo, estaba lejos de tener el estado físico de su hermano o de Bastian que eran deportistas, pero no se veía nada mal. Era un chico normal cuyos ojos grises y mirada gatuna lo hacían ver bastante interesante y no era para nada desagradable. Hacía tiempo había mostrado su interés por Angie, se le acercaba siempre e intentaba darle conversación, pero ella nunca le había tomado demasiado en serio. Quizá porque no le gustaba lo suficiente, o a lo mejor porque no tenía ganas de enredarse en ninguna clase de relación.

Angie no comprendía por qué los jóvenes de su edad cambiaban de pareja casi como de ropa interior, un día estaban con uno y al otro con otro. Ella creía que era mucho mejor esperar a conocer al indicado que meterse con cualquiera solo por el hecho de tener novio. Era cierto que ya tenía diecisiete y su experiencia se reducía a su primer beso y a una corta relación de dos meses con un chico llamado Pablo que había conocido el verano anterior y que le había gustado muchísimo, sin embargo, no era como otras chicas que se desesperaban por eso y aceptaban cualquier cita con tal de ampliar su repertorio de chicos, para ella era mucho mejor enfocarse en otras cosas y esperar que el amor le sorprendiera un día, cuando al fin conociera a alguien que la hiciera soñar, que con solo rozarle la piel la hiciera sentir viva, en cuyos ojos podría perderse hasta leer su alma y dejar que él leyera la suya.

Sí, debía admitirlo, Angie era una romántica empedernida, amaba leer novelas rosadas en las cuales las chicas se enamoraban de chicos perfectos que solo lograban subir sus estándares y le hacía más difícil conocer al indicado.

Y Lucas no era el indicado, no tenía nada de malo en realidad: era un buen alumno, se veía respetuoso, no parecía ser uno de esos terribles mujeriegos que solo usaban a las chicas y las intercambiaban como figuritas coleccionables, es más, era parte del club de ajedrez de la escuela, por lo que hasta tenía un cierto aire intelectual que le hacía más atractivo. Pero no le despertaba nada, no le hacía sentir mariposas en el estómago ni la piel se le erizaba si por casualidad su mano le tocaba el brazo cuando estaba sentado a su lado en una de las clases.

Pero ese día, Lucas le invitó al cine. Le dijo que ella podía elegir la película, pero que por favor ya no le dijera que no. Y Angie tuvo una gran idea.

—¿Me vas a hacer el favor? —le preguntó a Dulce.

—¿Te gusta Lucas? —inquirió la muchacha.

—Bueno, sí, un poco, quizás —respondió haciendo un gran esfuerzo de parecer creíble—. Pero no quiero ir sola con él porque no estoy segura de que me guste del todo. Me sentiría más cómoda si fueras conmigo…

—¿Por qué no se lo pides a Maxi y Olivia? —inquirió la muchacha.

—Maxi y yo no tenemos secretos, pero me parece incómodo y me da vergüenza salir con un

chico y que él esté ahí. ¿No lo crees?

Dulce se encogió de hombros.

—¿Imaginas que quiera besarme? No me gustaría que Maxi me viera así… al menos no al principio… Por favor, Dulce… —insistió.

—¿No será una estrategia para hacerme salir con Bastian? —inquirió.

—No, Bastian me debe un favor y le pediré que nos acompañe para que estemos entre cuatro. Lucas está de acuerdo y me dijo que él compraría las entradas. ¿Por favor? —insistió.

—Hmmm —Dulce suspiró—. Está bien, Angie, lo haré por ti…

—Gracias —respondió la muchacha y luego exclamó con más emoción—. ¡Gracias!

Esa misma tarde caminó hasta la casa de Bastian y golpeó. Su padre le abrió y le dijo que ingresara, que él estaba en su cuarto pues acababa de llegar de su entrenamiento.

Angie pasó, la mayoría de las veces se veían en su casa porque por algún motivo Bastian así lo decidía. Él y su padre no tenían muy buena relación y él decía que estaba más tranquilo en la casa número cinco que en la número ocho, donde vivía.

—¿Bastian? —golpeó—. Te tengo buenas noticias.

—Pasa…

Bastian la vio entrar y le regaló una sonrisa. Estaba recostado en su cama escuchando músicas y descansando un poco, aún traía el pelo mojado y el torso desnudo, luego de haberse duchado al llegar del entrenamiento.

No era la primera vez que Angie lo veía así, pero sin comprender bien por qué, su corazón comenzó a acelerársele en el pecho.

—Escucha —dijo ignorando esa extraña señal—, conseguí la cita doble, solo que no será con Maxi.

—¿No?

—No, será conmigo…

—¿Cómo? —inquirió Bastian sacándose los auriculares.

Sabía que Angie estaba tratando de concertarle una cita doble con Dulce, Maxi y Olivia, pero nunca resultaba pues, supuestamente, Dulce estaba muy ocupada.

—Bueno, Lucas… ya sabes, insiste e insiste… Y se me ocurrió pedirle a Dulce que me acompañara a una salida doble para no tener que ir sola con él… Ya sabes, le dije que no sabía si me gustaba o no y que preferiría no estar sola —añadió con diversión.

—Pero ¿te gusta Lucas? —inquirió él sin pensarlo.

Angie frunció el ceño como si no comprendiera qué tenía que ver esa pregunta.

—No… o sí, bueno… no lo sé… pero la idea de aceptar su invitación fue para conseguirte la cita con Dulce —añadió.

—Ya… —respondió él y luego se recostó por la cabecera de su cama llevando ambas manos atrás de su cabeza.

Sus músculos se tensaron y Angie necesitó tragar saliva.

—Es el viernes… a las siete, en el cine del centro comercial —explicó—, él comprará las entradas y nos encontraremos todos allí…

—Bien…

—Ha sido difícil conseguir esta cita, haz lo mejor que puedas para conquistar a Dulce, para mantenerla interesada, ¿okey? —preguntó—. No estoy segura de poder conseguirte otra… Dulce es… especial —añadió y puso los ojos en blanco.

—No le gusto a Dulce —repuso él.

—¿Por qué lo dices?

—Desde que iniciamos las clases ha salido ya como con cinco —comentó—, pero a mí me evita a toda costa… —dijo y se encogió de hombros—. Estoy seguro de que esto lo aceptó por ti.

—Puede ser, pero cuando te conozca cambiará de opinión —añadió Angie y se encogió de hombros.

—¿Lo crees? —preguntó él con diversión.

—Pon de tu parte —respondió ella—. Muestra tu mejor versión, si es que tienes una —dijo y él se rio.

—¿Tú crees que tengo una? —preguntó.

—Pues… supongo que en el fondo debe estar… muy en el fondo, claro… pero…

—¿Por qué me ayudas? —quiso saber.

—¿Acaso no me lo pediste?

—¿Acaso alguna vez has hecho algo de lo que yo te he pedido? —inquirió con diversión.

—Si quieres cancelo la cita —dijo ella nerviosa.

—No, solo quiero saber por qué me ayudas…

—Porque creo que Dulce y tú tienen mucho en común. No sé, ambos se han criado con sus padres y no tienen buena relación con él, creo que podrían entenderse y, sinceramente pienso que a ella le haría bien enamorarse de alguien —suspiró—, no me gusta mucho cómo maneja su vida.

—¿No te gusta que salga con tantos chicos? —preguntó.

Angie se sentó en la cama y suspiró.

—No —admitió—, creo que lo hace porque siente que no merece nada bueno…

—Los chicos dicen muchas cosas…

—¿Cosas como qué?

—Como que Dulce es muy fácil —admitió—. Hablan de que llevarla a la cama es… sencillo…

Angie volvió a suspirar.

—¿Es cierto? —quiso saber él.

—¿Cambiaría lo que sientes por ella? —preguntó.

—No siento nada por ella, Angie, solo me gusta…

—Pero dijiste que te gustaba mucho —respondió ella.

—Sí, claro… me atrae mucho y me gustaría conocerla más…

Ambos quedaron en silencio.

—Creo que ella ve el sexo solo como diversión —admitió Angie—, pero también pienso que está muy confundida y se siente muy sola. No lo sé, solo… ¿Acaso no la tomarías en serio por ser así?

—No, yo no he dicho eso —respondió él—. No soy esa clase de persona… solo quería saber si era cierto…

—En cierta forma sí, pero quizá si conociera a alguien que la viera más allá de eso…

—¿Y cómo sabes que yo soy ese alguien? —preguntó él.

Ambos hicieron silencio hasta que él completó la frase.

—Solo quieres que las personas que son importantes para ti sean felices…

Angie sonrió.

—Puede ser —admitió.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —inquirió él y ella sintió que las mariposas comenzaban a aletear en su interior.

—¿Qué? —preguntó.

—Que nunca juzgas a nadie y das todo por aquellas personas que quieres… Hoy en día, en un mundo en el que todos critican a todos y la gente es cada vez más egoísta y solo se preocupan por sí mismos, eso es una cualidad casi en extinción.

Angie rio nerviosa.

—Bueno, gracias, es bueno saber que hay algo de mí que te gusta…

Él no contestó, pero pensó que había muchas cosas más que le gustaban, por ejemplo, la manera en que se mordía el labio inferior cuando estaba nerviosa, como en ese momento.

El silencio acaparó la habitación hasta que Angie sintió la urgencia de llenarlo.

—¿Qué se hizo de tu atrapasueños? —inquirió y señaló el clavo vacío sobre la cama. Allí, Angie recordaba que había un bello atrapasueños que él le había contado que le había regalado su madre antes de morir.

—Estaba muy viejo —respondió.

—Pero te gustaba mucho… Dijiste que atrapaba tus pesadillas…

—Ya no las tengo —afirmó y se encogió de hombros.

Angie recordó las noches de insomnio y pesadillas que solían aquejarlo de niño. Una vez le había pasado cuando se quedó a dormir en su casa, tenían como doce años y Angie lo pilló llorando asustado en una esquina de la habitación.

Él le había contado que había soñado que estaba en un bosque con su madre y que ella se perdía

y él se quedaba solo. También le comentó que como solía tener esas pesadillas, su madre le había tejido un atrapasueños cuando era pequeño y lo había colgado sobre su cama. Ese era un bonito recuerdo de ella, su más preciado tesoro.

—Bueno, eso es bueno… —dijo Angie encogiéndose de hombros.

—El viernes… saldremos el viernes —dijo como si quisiera zanjar la conversación.

—El viernes… —respondió ella—. No arruines tu oportunidad.

—Intentaré no hacerlo —admitió con diversión.

Angie se despidió sacudiendo una mano y salió de la habitación. Sentía que el corazón le latía con más fuerza que cuando ingresó recién.

Bastian la vio marcharse y se cubrió la cabeza con una almohada. Esa salida iba a ser difícil, intentar conquistar a Dulce, que parecía no tener ninguna pizca de interés en él no iba a ser sencillo; pero ver a Angie con Lucas, sería peor.

Angie salió al patio común del condominio y caminó hasta su casa, la brisa la envolvió y necesitó respirar hondo para recuperar la calma. ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

Angie creyó que estaba enloqueciendo.

CITA DOBLE

Angie se vistió con una falda negra y una blusa verde esmeralda. No solía usar faldas cortas, le parecía que le marcaba demasiado los muslos gruesos y dejaba ver su tan odiada celulitis, pero esa no estaba mal, le agradaba la manera en que le alargaba las piernas y la hacía ver esbelta.
Se observó al espejo, estaba nerviosa y no tenía idea el porqué. Salir con Lucas no podía ponerle así ya que no tenía ningún interés en él, quizás era porque le ponía nerviosa que la situación entre Dulce y Bastian no avanzara. Esperaba que no pasaran una noche incómoda.

A pesar de sus nervios, le gustó la imagen que le devolvió el espejo. Por supuesto, al lado de Dulce ella no era más que una chica normal, o quizá mucho menos que eso, era como poner una piedra preciosa al lado de una piedra de jardín, pero no le importaba. ¿Qué más daba? No había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Salió de su casa y caminó hasta encontrarse con Bastian en el jardín. Él estaba vestido con un jean ajustado y una camisa al cuerpo de color bordó. Ese color le resaltaba el tono canela de su piel y su cabello aún estaba húmedo. Angie pensó que era guapo, realmente guapo.

Al acercarse, él sonrió.

—Siempre puntual, Mínima.

—Es lo único que me agrada de ti —admitió ella—. ¿Vamos?

—Vamos.

Una brisa sopló en aquel momento e hizo que Angie percibiera el aroma de su colonia. Era algo familiar para ella, Bastian la usaba en todos los eventos especiales o salidas, y ella creía que era deliciosa. Era una mezcla de aromas cítricos y dulces que a ella siempre le pareció agradable y que le quedaba muy bien a él, sin embargo, nunca hasta ese momento le había despertado aquella sensación. Angie sintió como si ese aroma ejerciera una especie de magnetismo, como en esos dibujos animados en los cuales el perfume de la comida lleva al personaje hasta la fuente del olor, normalmente haciéndolo volar mágicamente atraído por el mismo.

Angie se imaginó a sí misma pegándose a Bastian como si fuera una abeja que se acerca a una flor, como si fuera un bicho cayendo en las redes de una araña, como si fuera un personaje de dibujo animado acercándose a él para olerlo mejor, para saborear esa mezcla de perfume y piel.

—¿Mínima? ¿Estás bien? —preguntó él cuando dos pasos adelante ella no lo siguió.

—¿Eh? Sí, perdona… —dijo sacudiendo su cabeza y dándose cuenta de que aquel lapsus la había hecho detenerse.

¡Y menos mal! Pensó Angie, porque hubiese sido vergonzoso encontrarse a sí misma oliendo el cuello de Bastian. ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

—Si estás nerviosa por salir con Lucas, no te preocupes. Mira, solo déjale bien claro que solo te interesa su amistad —dijo él cuando ella caminó a su lado—, no le des mensajes erróneos.

—¿Cómo se dan mensajes erróneos? —inquirió ella ahora con diversión.

—Por ejemplo, no te toques mucho el pelo, no juguetees con las puntas —dijo y señaló su cabello—, no te acerques mucho a él, no más de lo que te acercarías a cualquier amigo o amiga. Y, sobre todo, no muerdas tu labio inferior.

—Yo nunca hago eso —comentó y negó con la cabeza.

—No, claro —respondió él con diversión, ella lo observó con curiosidad—. Lo haces, cuando estás nerviosa… —mencionó y ella cerró los puños enfadada.

—Te crees que sabes todo de las mujeres, ¿no es así, Bestian? A ver qué tan bien te va con Dulce —zanjó molesta.

—No lo sé todo, pero debes aceptar que no me va tan mal… Normalmente siempre consigo a la chica que quiero —añadió.

—Nirmilminti simpri consigo i li chica qui quiero —remedó con mímicas.

—¿Volvimos a tener ocho años, Mínima? —respondió él con diversión.

Ella puso los ojos en blanco.

—Creo que esto va a ser más difícil de lo que creí, eres insoportable —añadió—. Ahora dudo de que sea buena idea que te metas con Dulce. Primero tendría que soportarte más a menudo, y segundo, ¿por qué le estoy haciendo esto a mi mejor amiga?

—Porque sabes lo que es bueno —respondió él y se señaló con orgullo a sí mismo—. ¿No estoy guapo? No me has dicho nada.

—No lo logro, no logro verte con esos ojos, no puedo verte guapo ni aunque lo intente —mintió —, pero supongo que no estás tan mal —añadió y suspiró.

Bastian no dijo nada, solo sonrió con diversión y luego volteó a mirarla.

—Yo, sin embargo, sí puedo verte —dijo y se detuvo de golpe, haciendo que ella se girara a mirarlo—, puedo verte —añadió con la voz grave y mirándola de arriba abajo. Angie sintió que él podía ver mucho más allá de sus ojos y que aquello lo decía de manera literal, se estremeció —. Y puedo ver lo hermosa que estás. No estoy seguro de que Lucas se merezca tu belleza.

—¡Ay! ¡Por Dios! —exclamó ella más por nervios que por otra cosa—. ¿De veras crees que voy a creerte lo que me dices? No soy bella, Bastian, lo sabes, lo sabemos todos… pero bueno, supongo que gracias…

—Tienes que aprender que cuando alguien te hace un cumplido como ese no debes discutir, solo aceptar y agradecer —respondió él y siguió caminando.

—No me gusta que me mientan —zanjó ella con decisión—, no me gusta que hagas bromas sobre mi cuerpo o me ridiculices.

—¿Estás loca? —inquirió—. Lo que hice fue todo lo contrario.

—Viniendo de ti no puedo creerte —respondió y de pronto se sintió enfadada sin saber bien el porqué—, lo siento.

Bastian no dijo nada más. Caminaron en silencio hasta casi llegar al cine y cuando les quedaba solo una manzana para llegar, él la tomó del brazo.

—No dejes que Lucas haga nada que no quieras —susurró.

—¿Quién te dijo que no quiero? —preguntó ella aún molesta.

—¿No era que no te gustaba?

—No lo sé, puede ser que sí me guste al final de todo —añadió.

Bastian asintió y la soltó. Caminaron hasta el cine y allí estaba Lucas, vestido con un jean y una camiseta azul, no tan ajustada como la de Bastian, pero se veía guapo de todas maneras.

Los saludó, a Bastian le pasó la mano y a Angie le dio un beso en la mejilla. Dulce llegó diez minutos después, vestía un vestido violeta al cuerpo y corto, traía el cabello negro recogido y unos zapatos de taco que la hacían ver más alta y esbelta. Ambos chicos perdieron su vista en la recién llegada y Angie se sintió torpe y un poco idiota al creer que su vieja falda negra le hacía ver las piernas más largas. Sus piernas parecían patas de pollo al lado de las de Dulce tan delicadas y firmes. Suspiró.

—¿Entramos? —quiso saber.

Quizá en la oscuridad de la sala de cine se sintiera mejor.

Lo cierto era que Angie se sentía rara, no comprendía por qué estaba molesta si todo había salido como planeaba. Dulce y Bastian se veían muy juntos, ella los observaba de reojo y notaba que sus manos estaban a punto de tomarse. Él le susurraba cosas al oído y ella sonreía como tonta, pero por algún motivo, Angie se había enfadado cuando él le había hecho un cumplido y se había enojado aún más cuando Dulce llegó tan bella.

Se sintió mala amiga, eso no estaba bien.

De pronto, sintió que Lucas acariciaba con suavidad el dorso de su mano. Unas cosquillas suaves se extendieron desde el sitio del contacto y lograron tranquilizarla un poco, él la observó como pidiéndole permiso y ella sonrió dándoselo. Lucas la tomó de la mano y se acercó para hablarle al oído.

—Gracias por esto —dijo con dulzura—, y, por cierto, te ves muy hermosa.

Angie sintió que se ruborizaba y que de pronto se sentía en paz. El enfado se escapaba al contacto con la ternura de Lucas. Quizá no era tan fea, quizá no era tan tonta, quizá no era tan ridícula después de todo.

La película acabó y luego decidieron ir a comer a una pizzería. Eligieron un sitio y las chicas se sentaron mientras los chicos fueron a hacer el pedido.

—Bastian es muy muy guapo —dijo Dulce—. Y qué bien huele…

—Al final ¿sí hay química? —inquirió Angie.

—Al parecer —respondió ella encogiéndose de hombros—. Es galante y sexy —afirmó—, y creo que tenías razón, quizá sí hacemos una buena dupla, ¿no?

—¿Solo quieres estar un rato con él o te interesa para algo más? —preguntó.

Angie nunca había increpado a Dulce sobre sus gustos y su manera de divertirse con los chicos, pero la repentina idea de Bastian y ella besándose en soledad le generó un impulso que la hizo hablar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confundida.

—Nada… lo siento —dijo ella en un suspiro—. Solo… no quiero que nadie salga herido…

—¿Y crees que él puede salir herido, Angie? —preguntó la muchacha.

—Bueno… ni él ni tú —intentó ella al darse cuenta de que se había equivocado.

—Llevas semanas intentando que salga con él, Angie. Si no lo hice no es porque no me guste, es porque no quiero problemas. Sabes que no deseo enamorarme y no quiero meterme en medio de ustedes…

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Bastian, Maxi y tú son un trío perfecto, es cierto que ustedes dos pasan de estar bien a discutir en segundos, pero eso es parte de la perfección que los une. No quiero destruir eso, no quiero meterme en medio y que luego, si no funciona, nos apartemos. Eres la única amiga que tengo, la única que me acepta y me respeta, y no quiero perderte. Tampoco quiero que pierdas a Bastian o te pelees con él.

—Me peleo con él todo el día.

Dulce sonrió.

—Sí, pero no quiero que se peleen en serio —añadió—. Solo por eso he estado huyendo…

—Él es un buen chico y tú una buena chica —respondió Angie—, creo que ya somos grandes como para separar las cosas. Si no funciona, tú seguirás siendo mi amiga… y Bastian seguirá siendo… Bastian —añadió.

—¿Estás segura? —preguntó Dulce.

—Sí… —respondió ella—. No habría invertido tanto tiempo en unirlos si no lo creyera.

Bastian y Lucas regresaron y Angie sintió como si acabara de cometer un gran error. No sabía bien porqué, pero ya estaba hecho.

Bastian se sentó al lado de Dulce y ella observó a su amiga sonreír con picardía, tomó un mechón de su cabello y se lo ordenó tras la oreja, Bastian se acercó a ella y le susurró algo al oído.

Ahí estaba ella haciendo lo que el chico le había dicho. Le estaba dando mensajes que él podía leer.

—¿Angie? ¿Te sirvo la de margarita?

La voz de Lucas la trajo de sus pensamientos.

—Sí, esa está bien —asintió.

Entonces, cuando él le sirvió, ella hizo lo mismo. Lo miró, le dio las gracias casi en un susurro y se mordió el labio inferior de manera deliberada. Luego, se arregló el cabello de la forma más

delicada y natural que pudo sin dejar de mirar a Lucas y se dispuso a comer.

Bastian observó aquello y sintió que se le cerraba el estómago, quizá no tenía tanta hambre como pensaba. Dulce era la mujer más hermosa de aquel lugar, pero él tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirar a la que tenía en frente y que, claramente estaba flirteando con Lucas.

Las salidas dobles con Angie no eran buena idea, debía recordárselo para la próxima vez.

Esa noche, Dulce y Bastian se despidieron después de la cena y decidieron caminar por el centro. Lucas acompañó a Angie a casa y cuando estaban por despedirse, la besó en los labios. Ella se dejó porque él le parecía guapo y porque su presencia le era agradable, se dejó porque creía que era una tonta y ya estaba harta de serlo. Se dejó besar porque de pronto todas sus teorías sobre esperar al indicado comenzaron a parecerle idiotas.

El beso le gustó. Se encontró a sí misma respondiéndole y se dejó llevar. ¿Qué sentido tenía esperar y negarse a disfrutar de esas experiencias? Al final podía ser que por negarse a probar, cuando llegara la persona adecuada no se diera cuenta. ¿Y qué tal si Lucas era esa persona?

Él se alejó, le acarició el cabello colocando un mechón tras su oreja y luego siguió dejando que el dorso de su mano rozara su mejilla derecha. Angie cerró los ojos y entreabrió los labios. Aquello era delicioso.

—Me gustas mucho, Angie. Eres hermosa e inteligente, eres una chica dulce y decidida, no sabes cuánto he soñado con este momento —dijo él—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella y abrió los ojos para mirarlo. De pronto sus ojos grises eran perfectos y profundos, la miraban con adoración, ternura y hasta algo más. Angie se sintió poderosa, se sintió mujer, se sintió hermosa—. Estoy bien… ha sido una velada muy bonita.

—Espero que se repita, y espero que ya no tengas miedo de estar a solas conmigo —dijo con dulzura—. Yo no voy a hacerte nada malo, tú eres especial para mí.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque siempre he soñado con una chica como tú, inteligente y bella. —Ella sonrió—. Porque me gustas desde hace mucho —añadió—, porque esta noche me siento el chico más feliz del planeta solo porque al fin me has hecho caso.

Angie se movió nerviosa en su sitio y se mordió el labio, esta vez sin darse cuenta de que lo hacía.

—Gracias… Tú eres muy guapo —dijo ella.

—¿Volveremos a salir? —quiso saber él.

—Sí, claro que lo haremos…

Él volvió a besarla, esta vez el beso fue más apasionado e intenso y Angie lo disfrutó. Se alejaron, él se despidió y salió del condominio.

Esa noche, Angie se acostó en su cama y sacó su libreta para anotar lo siguiente:

> *Creo que las personas pueden sorprendernos y que no debemos cerrarnos a las experiencias que nos tocan vivir.*

Cerró la libreta y se recostó en la cama, se imaginó el beso de Lucas y acarició sus labios que aún sabían a él, a su calidez, a su aroma a menta. De pronto, la imagen de Lucas se difuminó en sus pensamientos y el aroma a menta se convirtió en aroma a cítricos. De pronto quien la besaba era Bastian y sintió que miles de mariposas aleteaban en su interior.

Abrió los ojos, asustada tras aquel pensamiento, entonces se lo imaginó a él besando a Dulce, quizás a esas alturas estaban desnudos entre las sábanas de algún cuarto enredándose. Después de todo ella sabía que así acababa Dulce casi siempre sus citas, y Bastian no era un santo, todos sabían que tenía varias conquistas.

Aquello le generó un dolor en el estómago. No le gustaba esa imagen, no le gustaba esa idea, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Mejor intentaba concentrarse de nuevo en sus recuerdos con Lucas, en sus besos.

Suspiró.

> *Aquella noche Angie creía que solo era cuestión de organizar sus pensamientos, pronto lo lograría, pronto se convencería de que las cosas así estaban muy bien y dejaría de lado aquella extraña y molesta sensación que le generaba una punzada interior cada vez que imaginaba a Bastian con Dulce.*

PIOLÍN Y VALIJA

Y el tiempo pasó entre exámenes, trabajos prácticos y nuevas relaciones, las cosas encontraron una nueva normalidad. Angie, Maxi y Bastian ya no estaban tan juntos como antes ni pasaban tanto tiempo uno al lado del otro, cada uno estaba sumido en sus propias historias y en sus propios problemas.

Maxi y Olivia andaban enamorados, envueltos en una burbuja en la que no existía nada ni nadie más. Angie, en circunstancias normales, se habría puesto celosa y le habría demandado que casi ya no compartía nada con ella. Pero eso hubiese sido si no estuviera a su vez enredada en una relación de amigos especiales con Lucas, que había demostrado ser fascinante, inteligente y divertido. Mientras tanto, Bastian y Dulce se habían dedicado a pasar mucho tiempo juntos entre besos, abrazos y caricias algo subidas de tono.

Lo cierto era que con tanto amor adolescente rondando en el aire, el único tiempo que compartían eran los desayunos, la caminata hasta la escuela y los encuentros en clases, en los cuales no podían hablar demasiado.

Angie y Dulce tampoco tenían mucho tiempo para ellas, en los recesos estaban con sus respectivos chicos y no intercambiaban más que un par de palabras mientras esperaban que los profesores ingresaran al aula.

—Este fin de semana iremos al campo —susurró Angie—. ¿Vendrás?

—Me hubiese encantado, pero mi padre quiere que hagamos un viaje para ver a mi abuela, es su cumpleaños —dijo Dulce encogiéndose de hombros—. No hay ninguna posibilidad de que diga que no a eso —añadió.

—Ahh, al final creo que estaremos solo los tres… Olivia tiene un examen importante el lunes y Lucas debe cuidar a su hermanita ya que sus padres se irán a un fin de semana romántico, así que… estaremos solteros —bromeó.

—Bastian me dijo que es un viaje que hacen cada año —comentó Dulce—, es como una tradición de la familia… de tu familia…

—Sí, así es, y él nos acompaña desde siempre —añadió encogiéndose de hombros.

—Él se siente parte de tu familia… dice que a veces le gusta pensar que son trillizos —comentó.

Angie sonrió, Bastian había dicho eso muchas veces cuando eran chicos y ella lo odiaba. No quería un hermano más y menos ese hermano. Pero oírla a Dulce decir aquello le golpeaba algún sitio que no era capaz de reconocer, no quería ver a Bastian como un hermano.

—Lo es, supongo…

—Las cosas entre nosotros están bien —explicó Dulce—, nunca me sentí así con nadie —admitió—, quizá tengas razón, quizás el amor es algo que está y de pronto te atrapa…

—¿Estás enamorada? —preguntó Angie.

—No lo sé… pero me siento a gusto con él, me siento protegida y querida… eso… eso es diferente. Nadie nunca me trató así…

—Me alegro —dijo Angie con una sonrisa que más bien se veía triste.

El profesor ingresó en ese momento y ambas hicieron silencio. Angie dejó que sus pensamientos vagaran a las palabras de su amiga. Estaba bien, estaba bien que se sintiera así, estaba bien que las cosas funcionaran entre ellos, estaba bien que fueran felices, pero entonces ¿por qué ella se sentía triste?

Suspiró.

Estaba bien volver a un fin de semana del pasado, a uno en el que solo estuvieran los tres. Angie no se quejaba por todo lo que estaban viviendo, pero no podía negar que los cambios eran rápidos y que a veces mareaban un poco.

—El proyecto por el mes de la amistad será así —explicó el profesor y aquello llamó la atención de Angie—. Vamos a poner un buzón en cada clase, allí podrán dejar sus cartas.

—¿Las cartas deben ser anónimas? —inquirió una chica de nombre Liza.

—Ustedes pueden escribir las cartas que quieran para quienes quieran, lo ideal es que sean cosas positivas, ¿sí? Si reciben algo de mal gusto no duden en acercarse a alguno de los profesores —comentó—, si quieren las pueden firmar, si no, pueden enviarlas de manera anónima. El objetivo de este proyecto es fomentar la comunicación de una manera diferente. Ustedes están muy acostumbrados a todo lo que es urgente, las redes sociales hacen que todo suceda de manera inmediata. Creemos que volver a las cartas escritas al menos por un mes los animará a conocerse un poco mejor a ustedes y a sus compañeros. Escribir siempre libera, nos permite ser nosotros mismos.

—¿Eso da puntos? —inquirió Marcos y todos comenzaron a reír.

—Es solo por diversión, Molina —explicó el profesor con una sonrisa—. Nadie te obligará a escribir una carta, pero puedes aprovechar la oportunidad para decirle a alguna chica lo que sientes por ella sin que nadie lo sepa —bromeó—, puede que eso te sume puntos con ella, ¿no?

Marcos Molina se ruborizó al tiempo que todos comenzaron a reír y a emitir sonidos de emoción. Todos sabían que Marcos estaba enamorado de Laura desde siempre, pero ella nunca le había hecho caso.

—Bueno —dijo el profesor llamando a silencio de nuevo—, aprovechen esta oportunidad que puede ser muy divertida —zanjó—. Ahora abran sus libros en la página ochenta y cuatro.

Se oyó un quejido general, pero todos obedecieron.

***

El viernes, luego de salir de clases, Angie fue directo a su casa a preparar sus maletas para acampar. Amaba el fin de semana de campo que todos los años hacía junto a su familia, era una tradición que había impuesto su madre porque ella pensaba que de vez en cuando era importante desconectarse del mundo.

En el campamento había reglas: no se podían usar los celulares, cada quién armaba su carpa y estaban prohibidas las peleas. Esta última regla se había impuesto el año en que Angie y Bastian habían discutido porque él le había puesto un grillo dentro de la bolsa de dormir y ella, en venganza, lo había empujado para que cayera sentado sobre un hormiguero.

Por las noches, hacían una fogata y conversaban. A veces, se quedaban despiertos hasta muy tarde observando las estrellas y sintiendo el fresco de las montañas. Lo cierto era que luego de aquel viaje, venían recargados, como si tuvieran más fuerzas para continuar con las obligaciones de cada uno. Y su madre decía que eso era bueno.

A pesar de que ese año las parejas de los tres estaban invitadas, el universo conspiró para que ninguno pudiera ir. A Angie eso le parecía bueno, extrañaba un poco a Maxi, y quizá, solo quizá, también un poco a Bastian.

El sábado temprano, se dispusieron a subir a la camioneta de Mateo, la noche anterior habían cargado las carpas, bolsas de dormir y las mudas de ropa. Angie estaba emocionada, casi como cuando era pequeña, le gustaba muchísimo la idea de pasar un tiempo sola con los chicos, y, además, había momentos en que deseaba que las cosas volvieran a ser un poco como antes. No es que estuvieran mal, pero a veces, se sentía algo agobiada.

Durante el trayecto, Dina repitió las reglas —que ellos ya conocían de sobra—, y les recordó que los celulares se quedarían guardados en el auto durante el tiempo que estuvieran en el campo. Además, les leyó el itinerario de actividades que ella había planificado para toda la familia.

—Sé que a la edad de ustedes es un poco difícil separarse de sus novias y novio, pero, intentemos disfrutar este momento, extrañar también hace bien de vez en cuando —añadió con diversión.

Cuando llegaron al lugar, se dispusieron a bajar todo y encontrar un buen sitio para acampar. Era un parque ecológico con un espacio amplio en donde la gente podía hacer camping. Había lugar para hacer senderismo y un lago que quedaba bastante alejado. No era época de vacaciones, así que no había mucha gente, pero habían tenido suerte, el clima estaba templado y eso resultaba agradable.

Mateo y Dina colocaron su carpa cerca del ingreso del camping. Los chicos se alejaron un poco más y buscaron un sitio más alto en el cual era costumbre que se colocaran uno al lado del otro. Antes, tenían una sola carpa para seis personas, pero hacía dos años que esa se había roto, así que cada uno llevaba uno para dos y las colocaban una al lado de la otra.

—Hubiera sido romántico que viniéramos en pareja —dijo Maxi mientras acababa de colocar la suya. Él era experto y lo hacía muy rápido.

—Ahhh, no exageres, también es bueno estar solo nosotros —añadió Angie—, era hora de que volviéramos un poco a las bases… ya casi no los veo.

—Mínima tiene razón —dijo Bastian—. Hemos estado un poco alejados.

—¿Ustedes dos de acuerdo en algo? —inquirió Maxi con sorpresa—. Si esa no es una señal de que estamos llegando al final de los tiempos entonces no sé qué más puede ser.

—Listo —dijo Bastian y observó su carpa que había quedado un poco chueca—. Esto de acampar no se me da bien… —añadió con un suspiro resignado.

—Muchas cosas no se te dan bien, pero es bueno que lo admitas —dijo Angie divertida—. La

mía quedó perfecta —corroboró mirándola orgullosa.

—¿Vamos a caminar? —preguntó Maxi.

—Vamos —respondió Angie y los tres enfilaron hacia el inicio del sendero.

—Me hacía falta respirar aire fresco, los exámenes estuvieron complicados —dijo Maxi.

—¿Ya sabes tu nota de Literatura, Bestian? —preguntó Angie—, creo que te gano por dos puntos —añadió con orgullo—. Anda olvidándote de llevar la bandera este año.

—El que ríe último ríe mejor, Mínima —respondió él—. Mira que, si no te pones las pilas en las clases de biología, perderás todos tus puntos, yo te gano por casi diez.

—Ahora sí, el mundo ha vuelto a girar —añadió Maxi con diversión.

—No cantes victoria, prepararé un proyecto único que me ayudará a levantar esa nota. La culpa es de la profesora, creo que no le gusto…

—Típico de los mediocres culpar a los maestros —bromeó Bastian.

—Oigan… dejen de hablar de la escuela —interrumpió Maxi justo cuando Angie iba a responderle—. Tengo algo importante qué decirles…

Los dos se voltearon a mirarlo, Maxi se había detenido y miraba el horizonte como si allí encontrara las respuestas a sus cavilaciones.

—¿Qué sucede? —quiso saber Angie.

—Olivia y yo… lo hemos hecho —admitió.

Angie lo miró con los ojos bien abiertos mientras procesaba la información.

—Bien ahí, hermano —dijo Bastian dándole una palmada por la espalda—. ¿Cómo ha sido?

—Bonito… —respondió él—. Ha sido bonito…

—Bueno, ahora solo nos queda Angie, ¿no? —inquirió Bastian.

—¿Yo qué? —preguntó ella aún confundida.

—¿Cuándo vas a hacerlo con Lucas? ¿O ya lo hiciste? —preguntó.

—Eso no es de la incumbencia de ustedes —zanjó con decisión.

—Pero se supone que no hay secretos entre nosotros —se quejó Maxi.

—Sí, pero últimamente me he dado cuenta de que… no puedo contarles todo. Ustedes no sienten ni piensan igual que yo, son chicos… no es lo mismo…

—¿No? —inquirió Bastian con diversión.

—No… —zanjó Angie con decisión—. ¿Te has cuidado?

—Claro, tonta… no soy tan idiota —respondió Maxi.

—Hmmm no sé qué les pasa a todos con el sexo. Es como si llegáramos a esta edad y a ustedes el cerebro se le bajara al pene —añadió.

Los dos se echaron a reír.

—Tienes la envidia del pene, eso es lo que pasa —respondió Bastian—. La profesora de

psicología habló de eso, ¿te acuerdas? —preguntó a Maxi.

—No, pero suena divertido —añadió él. Ambos comenzaron a reír.

—Yo no les envidio nada, es más, me dan pena los dos —zanjó Angie molesta.

—¿Será que Lucas no logra excitarte? ¿Será que eres frígida? —inquirió Bastian.

Angie lo miró con furia y se acercó a él como si le fuera a pegar.

—Lucas es mucho más hombre que tú, pero yo no reacciono a mis instintos como si fuera un animal. Sé que no puedes comprender eso porque el cerebro se te secó hace tiempo, pero yo puedo decir que no, puedo pensar, puedo controlar mis hormonas y aguantar hasta sentirme lista.

—Tú puedes controlarlo todo, se me olvidó ese detalle —respondió Bastian.

—Escucha —dijo Maxi mirando a su hermana—. Yo creo que lo que dices está bien, pero tampoco está mal sentir un poco. Pienso que intentas controlarlo todo y hay cosas que no se pueden controlar. Tu problema, hermanita, es que tu razón le quiere dominar a tu corazón.

—Puede ser que tengas un poquitito de razón —concedió Angie ahora con la vista fija en Maxi —, pero no veo que en qué está mal eso, me gusta sentirme segura de lo que hago, de lo que digo, de lo que pienso y de lo que siento. Cuando me acueste con alguien será porque lo he decidido así y estaré segura de no arrepentirme.

—Eso está bien… solo… déjate llevar un poco más —insistió Maxi—, a veces estás muy tensa…

—Muy frígida —añadió Bastian.

—Contigo no hablo, porque a ti no te maneja la razón ni el corazón, te maneja eso —señaló su entrepierna—, y yo no hablo con penes ambulantes —zanjó.

—Punto para Angie —dijo Maxi y Bastian lo miró con reproche—. Es que eso fue simpático —añadió.

Angie caminó unos pasos y dejó a los chicos más atrás, prefería recoger flores silvestres y concentrarse en otra cosa. La idea de que su hermano y Bastian crecieran tan rápido le asustaba, la hacía sentir rezagada, como si de pronto ella ya no tuviera nada de qué hablar con ellos.

—¿Amas a Olivia? —inquirió Bastian.

—Sí… —respondió Maxi—, estoy enamorado. ¿Tú?

—Hmmm… no lo sé —respondió él.

—Pensé que Dulce te gustaba mucho…

—Me gusta, pero no sé si estoy enamorado…

Angie observó de lejos a los chicos conversar y los dejó allí mientras ella meditó aquella situación. Sin darse cuenta había llegado al lago, así que se sentó en la orilla y metió los pies en el agua.

Recordó entonces una escena que había sucedido muchos años atrás, cuando ellos tenían como siete años.

Los tres estaban en el agua junto con Dina cuando Bastian anunció que iba a ir a orinar. Angie,

indignada, le reclamó que allí no había baño, pero él insistió que no necesitaba uno.

Angie lo siguió y lo vio pararse de espaldas a un árbol.

—¿No estarás orinando por ese árbol? Eres un animal asqueroso —zanjó.

—¿Qué tiene de malo?

—Para eso está el baño, somos gente civilizada —dijo ella.

—¿Quieres jugar quién apunta más lejos? —preguntó él ignorándola—. Saca tu piolín y juguemos.

—¿Qué es un piolín? —inquirió ella confusa.

—Esto —dijo él señalando sus partes íntimas—. ¿No lo sabes?

—Eres un tonto, eso que tú tienes se llama pene y yo no tengo un pene —respondió.

—¿No? ¿Por qué? ¿Se te cayó? —inquirió con toda la curiosidad y la inocencia que podía tener un niño de siete años que había sido criado por un hombre—. Mi papá dice que si lo tocas mucho se termina cayendo…

—No, tonto… No tengo porque soy una niña. ¿Acaso no sabes las diferencias entre los niños y las niñas? —preguntó ella.

—Sí, tú tienes pelo largo.

—Sí que eres tonto, Bastian, los niños tienen pene y las niñas tienen vagina. El pelo lo pueden usar largo o corto las niñas o los niños —afirmó orgullosa de saber aquello.

Angie se había criado con su hermano mellizo y su madre desde pequeños les había hablado de esas diferencias, por lo que para ella era perfectamente normal.

—¿Y cómo es eso que tienes tú? ¿La valija?

—Vagina, tonto —exclamó ella y puso los ojos en blanco—. Pues… no lo sé, no es como un pene —respondió.

—¿Me lo muestras? —inquirió—. Yo te muestro el mío.

—¡No! —exclamó—. Mi madre dice que las zonas íntimas no se le muestran a nadie ni debemos dejar que nadie nos toque allí.

—¿Y cómo haces pis si no te tocas allí? —preguntó.

—Yo puedo tocar, pero nadie más —respondió ella al borde del hartazgo.

—Pero yo quiero ver, anda, muéstrame cómo es —insistió.

—No, le diré a mamá que te muestre su libro de cuentos donde explican esas cosas.

—Qué mala eres —respondió él—. ¿Qué de malo tiene que me muestres tu valija?

—¡Vagina! —exclamó.

—¡Eso! —añadió él—. ¿Y no te sirve para jugar quién apunta más lejos?

—No… —respondió ella.

—Qué aburrido, qué bueno que no tengo una —añadió él.

—¡Chicos! ¿Dónde están? —Dina los llamaba.

Esa misma tarde, Angie le pidió a su madre que le enseñara a Bastian las diferencias entre los niños y las niñas porque él no sabía y quería verle sus partes. Dina llamó a Bastian y le contó algunas cosas, prometiéndole que cuando volvieran a la casa les mostraría el libro.

Angie sonrió con diversión tras aquel recuerdo tan lejano. Bastian ahora sabía mucho más que ella de anatomía masculina y femenina. Dulce le había dicho que era muy detallista y sexy, pero ella no quiso saber más, así que le pidió que por favor no le hablara de ese lado de Bastian pues le daba asco.

Aunque la realidad era que…

—Ey… —Era él.

—Ey… —respondió ella al tiempo que él se sentaba a su lado—. ¿Maxi?

—Volvió al campamento para ayudar a tu padre a hacer el asado, tú sabes que eso le encanta…

—Sí…

—¿Estás enojada conmigo? Solo estaba bromeando…

—¿Por qué perdería mi valioso tiempo en enfadarme contigo? —inquirió ella—. En realidad, estaba recordando cuando tú creías que yo tenía un piolín y que podíamos jugar a quién apuntaba más lejos —añadió—. Sí que eras un niño tonto…

Bastian sonrió.

—No, no era tonto, era inocente y me criaban como una planta silvestre… Mi padre no me hablaba jamás, no me abrazaba, no me besaba, no se preocupaba por mí. ¿Cómo iba a saberlo? Pasé mucha vergüenza ese día —admitió.

—¿En serio? —preguntó ella.

—Sí, tú siempre sabías todo… hablabas como si fueras mayor y yo me sentía muy tonto… —admitió.

Angie lo miró con dulzura.

—Lo siento…

—No lo sientas, gracias a ti tu madre me explicó muchas cosas y me dijo algo que jamás podré olvidar, me dijo que podía hablar con ella de lo que fuera, siempre… ¿Sabes lo que eso significó para mí? —respondió.

—Lo imagino…

Angie sabía que la madre de Bastian había muerto cuando él tenía cuatro años, no la recordaba mucho y jamás hablaba de ella, lo único que sabía era que ese atrapasueños que antes estaba en su cama había sido un regalo de ella.

—Ahora tú sabes más que yo en ese ámbito, si eso te hace sentir mejor —añadió ella.

—¿Eso te hace sentir mal? —inquirió él.

—No… solo… ustedes están avanzando y yo… sigo siendo una niña tonta y controladora, ¿no? Es lo que tú y Maxi creen…

—No —respondió él—. Yo no creo eso… cada uno tiene su tiempo, Angie… llegará tu momento. Y no tienes que sentirte menos por eso, sabes que yo solo bromeo… —añadió.

Ella lo observó.

—Las cosas están cambiando mucho y muy rápido —admitió—, me asusta.

—Lo sé…

—Maxi casi ya no pasa tiempo conmigo y tú… tampoco —explicó—. Me siento un poco sola a veces y… no quiero perderlos…

—No nos vas a perder, Angie… Él siempre será tu hermano, tienen esa conexión que solo pasa con los mellizos, y yo… yo siempre estaré para ti, pase lo que pase —prometió.

—Eres el trillizo, ¿no? —dijo con más frustración de la que quiso expresar—. Eso me dijo Dulce —añadió como si así pudiera arreglar un poco aquello.

Bastian no respondió.

—Me alegro de que las cosas con ella hayan funcionado —zanjó ella.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —inquirió él luego de un silencio sorprendiendo a Angie que solo negó—. Tu inocencia…

—¿Te refieres a que aún no…

—No, tonta, claro que no —interrumpió él—. Me refiero a que sigues siendo una niña…

—Justo lo que dije que me molestaba, que ustedes crecían y yo me había quedado atrás…

—No, Angie —replicó él—, nosotros no siempre estamos creciendo, a veces hacemos tonterías, nos dejamos llevar por el momento, por las modas, por lo que se ve bien ante nuestros pares. Tú, sin embargo, eres auténtica, eres como una niña grande, haces y dices lo que piensas, peleas por lo que quieres, intentas organizarnos a todos y mantenernos a salvo… Me gusta, me divierte verte caminar por la vida como lo hacías hoy por el sendero, tomando las flores silvestres que te regala el camino para tejerte un bello collar.

Angie miró el collar de flores que caía ya casi marchito de su cuello y sonrió.

—A veces pienso que ese es mi mayor defecto, soy muy… infantil… inmadura, quizás…

—Yo no lo veo así, lo veo más como un tesoro… Qué hermoso guardar esa inocencia interior en un mundo donde eso ya casi no se ve ni siquiera en los niños, ¿no?

—Me ves como a una hermanita menor —zanjó ella ante aquel descubrimiento y lo miró a los ojos.

—No… ¿por qué lo dices? —preguntó.

—Es así como me ves… Jamás dirías eso de Dulce, ella no es una chica inocente y casta para ti, ella es una mujer a la que miras con deseo y admiración…

—Es mi novia, ¿no?

—Sí…

—¿Quieres que te mire de esa manera? —inquirió con una sonrisa sesgada.

—No, claro que no, solo… estoy pensando en voz alta —añadió con nervios y luego se mordió

el labio.

Bastian sonrió y perdió la vista en el lago.

—Lucas me ve como una mujer, ¿sabes? Me mira con deseo y con ganas… yo lo noto.

Bastian sintió que aquella confesión le golpeaba el estómago, claro que sabía que eso era algo normal, pero no le gustaba oírlo de ella.

—¿Y tú a él? ¿Lo deseas? —quiso saber.

—Puede que sí —afirmó ella y volvió a morderse el labio.

—Entonces, ¿qué esperas para avanzar?

—El momento ideal —respondió.

—No creo que haya un momento ideal, no busques tanta perfección. Las cosas no son perfectas, Angie… solo son…

—Me molesta que sepas más que yo —respondió ella con orgullo—. Me molesta que me trates como si supieras más que yo. Me molesta que me mires como si fueras mi hermano mayor dándome consejos.

—Lo estás malinterpretando todo —añadió él—. No te estoy dando consejos… solo… no tiene caso, volvamos al campamento —zanjó.

Angie no dijo más, le pareció una buena idea. Caminaron en silencio hasta el campamento, los dos con la sensación de que alguien les apretaba el pecho, los dos con ganas de gritarse mutuamente, de decirse cosas que ni siquiera ellos sabían que querían decirse.

Bastian quería derramarle agua helada por la cara para que ella comprendiera al fin lo que él había intentado decirle, Angie quería golpearlo por creerse superior a ella y, sobre todo, por mirarla como si ella fuera su hermana.

¿Qué significaba eso? Angie no lo sabía bien, pero creía que era envidia por haberse sentido derrotada en algo.

Llegó al campamento y se metió a su tienda, sacó su libreta y anotó.

Creo que hay personas que sacan lo peor de nosotros.

CAMPAMENTO

La incomodidad se sintió en el ambiente por el resto de la siesta y parte de la tarde. Durante el almuerzo, Angie permaneció en silencio y sumida en sus pensamientos. Un rato después, los varones decidieron ir a dar una vuelta mientras que Angie y Dina optaron por tumbarse al sol sobre una de las mantas que habían llevado.

—Te noto extraña —dijo su madre—. ¿Pasa algo?

—No… —respondió.

Dina no habló, dejó que el silencio las inundara, sabía que si había algo que hacía hablar a Angie era la sensación de vacío, el silencio. Era como si ella necesitara llenar ese agujero.

—Bueno… creo que… todo está cambiando muy rápido —afirmó. Dina sonrió.

—La vida es cambio constante, hija, y si lo ponemos en perspectiva, sí… todo cambia muy rápido.

—¿Alguna vez sentiste que el resto del mundo va más de prisa? Es como si… como si no pudieras seguirles el ritmo… —suspiró.

Dina la tomó de la mano.

—Todos tenemos distintos tiempos y lo importante es no compararnos con el resto. Si la gente comprendiera eso la vida sería mucho más sencilla —musitó—. Los niños, por ejemplo… Los padres de niños pequeños creen que deben hacer tal o cual cosa a tal o cual edad, los presionan para que dejen los pañales, para que se sienten o se paren solos, para que caminen… no se dan cuenta de que cada niño tiene su tiempo y su proceso —explicó. Dina era psicóloga y trabajaba con niños—, presionarlos o intentar forzar el aprendizaje solo crea frustración…

—¿Pero no hay un punto en el que te das cuenta de que vas más lento? Es decir, si tienes un niño de seis años que no habla es que algo pasa, ¿no? ¿Hasta dónde es normal?

—Sí, si hablamos de la infancia existen esos parámetros, son una guía para orientarnos, pero en la vida no es tan así, Angie. Escucha, debes aprender a conocerte y respetar tus tiempos, tú no eres igual a Maxi ni a Bastian, tampoco a Dulce o a Lucas. Tú eres tú y tienes tus tiempos para experimentar y aceptar los cambios que la vida te propone. El problema es que intentas controlar la vida, hija, y eso genera mucha frustración.

—¿Por qué todos me dicen que quiero controlarlo todo?

—Porque siempre has sido así, está bien que seas organizada y ordenada, pero no todo en la vida lo puedes organizar, planificar y ordenar.

Angie suspiró.

—Me da miedo la incertidumbre… —admitió—. Planificar me aleja de ella…

—Claro, pero la vida siempre tendrá cierta pizca de incertidumbre. Puedes planificar la manera que estudiarás para el examen del miércoles, pero no puedes planificar de quién te enamoras —añadió con una sonrisa—. No puedes controlar esos sentimientos y, aunque lo intentes, no funcionará, terminará explotando en algún punto… ¿Comprendes?

—Ajá…

—Deja que la vida te sorprenda, suéltate el pelo, disfruta de tu juventud porque los años pasan rápido y un día miras atrás y solo recuerdas todo lo que no te animaste a hacer…

—¿Me estás incitando a portarme mal? —inquirió con diversión.

—Mal o bien, lo que quiero es que disfrutes… que cometas errores, que aprendas de ellos, que sonrías mucho, que corras, que bailes bajo la lluvia, que te enamores y pierdas la cabeza…

—Es muy extraño que una madre le desee eso a su hija, yo diría que lo normal es que te preocupe que no pierda la cabeza.

Dina sonrió.

—Quizá me preocuparía si fueras distinta, pero todos los extremos son malos, la vida no es tu libro de matemáticas —añadió.

Los muchachos llegaron y se acercaron a ellas, se recostaron también en el suelo y por un buen rato, jugaron a buscar formas en las nubes, como cuando eran pequeños.

Cerca de las cinco de la tarde, Angie decidió que quería dar un paseo en soledad, así que se encaminó hacia el sendero para poder recoger flores silvestres y aspirar el aroma del campo. Al fin su corazón parecía tranquilizarse un poco, la conversación con su madre le había hecho bien. Quizá no tenía que preocuparse, quizá Dina tenía razón y podría tratar de soltarse un poco más, de ser menos rígida con sus cánones y de abrirse más a lo inesperado.

Quizás hasta podía dejar que Lucas la sorprendiera, que la sedujera, dejarse llevar sin preguntarse si era o no el momento, si estaba o no lista, si él era o no el adecuado. Dejar de analizar cuántas mariposas sobrevolaban su estómago cuando él le acariciaba el brazo o le regaba besos en el cuello.

Sonrió, le gustaba Lucas y lo que le hacía sentir, quizá solo faltaba que se soltase un poco más.

Volvió al campamento y los encontró preparando la fogata. La tradición era que se sentaran alrededor y compartieran una cena divertida. Ese día no hacía mucho frío, pero de todas maneras la harían.

Ocupó un sitio en medio de Dina y Maxi, justo enfrente a Bastian. Mateo comenzó a contarles una historia que habían escuchado un millón de veces y luego comenzaron a recordar momentos de su infancia.

—¿Se acuerdan la vez que Angie se quedó encerrada en el baño? —inquirió Maxi divertido—. Lloraba y gritaba como una loca.

—Me asusté, pensé que nadie me oiría —exclamó—. No te rías porque luego de eso tardé como dos meses en poder cerrar la puerta para dormir… Me quedó una especie de claustrofobia.

—¿Y se acuerdan de la vez que Bastian llegó a casa como sonámbulo? —rio Maxi.

—Tenías muchos problemas para conciliar el sueño cuando eras un niño —dijo Dina con cariño —. Eso ha mejorado, ¿verdad?

—Sí, Dina… por suerte sí —sonrió él con cariño.

—¿Cómo te va con Dulce? —quiso saber la mujer y Angie se encogió en su sitio.

—Bien, nos llevamos bien y tenemos muchas cosas en común —explicó y luego miró a Angie —. Ha sido una buena idea de Mínima juntarnos…

—Esa niña tiene algo… —dijo Dina pensativa—, creo que necesita mucho amor… Pórtate bien con ella.

—Yo siempre me porto bien —respondió él con diversión y Angie puso los ojos en blanco.

—¿Te pasa algo, Angie? Te noto muy callada —dijo Maxi intentando que su hermana reaccionara a los comentarios de Bastian.

—No, solo… estoy madurando, supongo…

Bastian se echó a reír y ella le miró mal.

—Qué aburrida —zanjó Maxi—. Le daré un punto a Bastian solo porque tú ni siquiera le has peleado en todo el día.

—Tengo cosas más importantes que hacer —añadió y se levantó—, por ejemplo, ir a dormir.

Angie se marchó luego de despedirse, se puso un pijama blanco con estrellitas plateadas y se metió a su tienda, con la esperanza de que todos se durmieran temprano para que ella pudiera salir a ver las estrellas.

Un par de horas después ya no había fuego y el silencio había acaparado todo el ambiente, Angie abrió su tienda y al ver que no había nadie, sacó su linterna y se encaminó hacia el sendero. Si había algo que Angie amaba era la noche en el campo, cuando las estrellas eran tantas y parecían tan cerca como si se les fueran a caer encima en cualquier momento.

TRAICIÓN

No le llevó mucho a Angie llegar al lago, era lejos, pero conocía el sitio como la palma de su mano y era un lugar seguro. La noche estaba cálida, por lo que metió los pies en la orilla y buscó una piedra que sobresaliera para sentarse. Le hubiese gustado tenderse en el suelo, pero los bichos sí le daban miedo.

Un crujir que parecía de alguna pisada rompió el silencio que la envolvía.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó asustada.

—¿Estás loca para venir a la noche sola por aquí? —inquirió una voz conocida.

Angie puso los ojos en blanco y suspiró.

—Quería estar sola y siempre vengo. ¿Me seguiste?

—No, te vi salir de tu tienda cuando venía del baño y me pregunté qué demonios harías. ¿No se te ha ocurrido que puede haber alguien por aquí?

—No… Bastian, no exageres, siempre hago esto cuando venimos aquí.

—Que siempre lo hagas no quiere decir que esté bien, es peligroso, Angie, no deberías ser tan inconsciente —zanjó.

Angie suspiró y no dijo nada. Él se acercó a ella y la observó. La luz de la luna llena se reflejaba en su piel y a él le pareció adorable. Se sentó a su lado y metió los pies en el agua.

—Está tibia… —susurró.

—Sí… deliciosa —respondió ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí… ¿tú?

—Sí…

Quedaron en silencio de nuevo mientras ambos movían los pies en el agua.

—¿Quieres hacer una locura? —preguntó él.

—No, yo no hago locuras —respondió ella.

—Dale, Angie, vamos… ¿Nos metemos al agua?

—No tengo traje de baño…

—¿Quién lo necesita?

Bastian se sacó la camiseta y el short, quedándose en bóxer y se metió al agua.

—¿Qué demonios? —inquirió ella al verlo tirarse al lago.

—Ven, está deliciosa —añadió llamándola.

—¿Y si te sale el monstruo del lago? —preguntó divertida.

Mateo solía decirles que a la noche allí vivía un monstruo, lo hacía para sacarlos del agua en las tardes, cuando ninguno tenía ganas de salir.

—No le tengo miedo… —respondió y se zambulló.

Angie esperó a que saliera a la superficie, pero el tiempo pasó y no lo hizo. Un temor la tomó presa y se levantó para observar.

—¿Bastian? ¿Bastian? No es divertido, ¿dónde estás?

Entonces, él se acercó a ella por debajo del agua y salió casi a su lado.

—¡Ahh! —gritó asustada.

—Soy el monstruo del lago —exclamó él con diversión.

—Eres un idiota —zanjó.

—Vamos, ven conmigo —dijo y le pasó la mano.

—No tengo traje de baño —respondió ella.

—En ropa interior estarás bien…

—Nunca uso dos piezas para el agua, eso incluye la ropa interior —zanjó.

—Estás llena de reglas. ¿Por qué no te dejas llevar? ¿Por una noche? —insistió.

Angie suspiró y recordó las palabras de su madre.

—Entraré así, con mi pijama —dijo.

Bastian sonrió y asintió, ella se largó al agua y sintió que esta estaba mucho mejor de lo que podía imaginar. Bastian se acercó a ella y comenzó a nadar a su alrededor, los dos reían y se echaban agua como si de pronto volvieran a tener diez años.

—¿Cuándo dejamos de divertirnos así? —inquirió Bastian.

Angie se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que cuando las hormonas nos hicieron su presa.

—Angie… —dijo él luego de un rato.

—¿Qué? Preguntó ella acercándose un poco más a él.

—Me agrada estar aquí contigo ahora —dijo y ella sonrió.

Desbocadas, las mariposas que ella creía haber controlado, se aceleraron en su interior. Ambos se habían sentado en una zona playa, por lo que el torso de Bastian quedaba fuera del agua y Angie no pudo dejar de observar las gotas que caían pesadamente por su cabello y se deslizaban por su piel.

Sintió ganas de tocarle el hombro, de bajar sus manos por sus brazos y pasarlas por el centro de

su pecho. Una idea más loca apareció entonces en su mente, tenía ganas de lamer esas gotas. ¿Qué demonios? ¿Quién era esa persona que le hablaba desde su interior y le arrojaba ideas delirantes?

El silencio era profundo y ninguno de los dos se dio cuenta de que sus respiraciones sonaban agitadas. Bastian se había perdido en las facciones de la muchacha, y cuando había bajado la vista, esa tela blanca estaba pegada a sus pechos, no traía sostén y los pezones estaban duros por el viento fresco que soplaba sobre su piel húmeda. Él necesitó tragar saliva e intentar calmar sus pensamientos y sus deseos de acariciarla.

Angie volvió en sí y siguió con la vista la mirada de Bastian, entonces se cubrió con los brazos de inmediato. Sintió el rubor subir por sus mejillas y hasta tuvo ganas de llorar.

Él no dijo nada, se acercó más y colocó ambas manos sobre sus brazos, la miró a los ojos y volvió a separarle los brazos del cuerpo. Angie no se negó, dejó que lo hiciera como si con su mirada él pudiese controlarla.

Bastian volvió a mirar sus pechos.

—¿Te he dicho alguna vez lo hermosa que eres? —susurró con la voz grave.

Angie no respondió. Sentía que estaba mareada y en un mundo paralelo que se tambaleaba de un lado al otro como si caminara sobre un puente colgante, no podía pensar con claridad, no podía ordenar sus ideas, no podía controlar sus impulsos.

La piel se le estremeció y bajó su vista para observar sus pechos redondos y excitados.

—Son muy grandes… —dijo en un susurro.

—Son… hermosos —respondió Bastian—. No sabes el esfuerzo que estoy haciendo para no tocarlos…

Angie sintió un fuego que la consumió en instantes, sentía un deseo enorme de ser tocada, uno que jamás había sentido, uno que ni siquiera podía explicar. Las mariposas ahora se dirigían al sur y ella necesitó apretar los muslos para controlar aquella sensación.

Su respiración comenzó a agitarse y con eso su pecho subía y bajaba casi como si hubiera corrido una maratón. Bastian acercó la mano y con el dorso de sus dedos acarició su mejilla.

—No puedo verte bien, pero sé que estás sonrojada —susurró—. Me gusta cuando te sonrojas…

Angie se mordió el labio inferior y él lo liberó con el pulgar.

—Me gusta cuando te muerdes el labio, me dan ganas de morderte también.

—¿Por qué estás diciéndome estas cosas? —inquirió ella confundida.

—Porque las siento, Angie, por eso…

—No podemos, Bas… no podemos…

—Me encanta cuando me dices Bas —dijo él acercándose aún más.

Su aliento cálido bañó su rostro y aceleró aún más los latidos de su corazón.

—Dime que no estás sintiendo nada, Angie, dime que esto está solo en mi imaginación —pidió él como si aquello fuera una súplica.

Angie no respondió.

—Dime qué sientes… por favor…

—No sé…

—Inténtalo…

Angie respiró profundo y cerró los ojos.

—Siento algo muy intenso y no sé bien cómo manejarlo. Quiero detenerme y salir corriendo, pero a la vez no deseo hacerlo… es como si estuviera a punto de arrojarme a un precipicio, sé que será mi destrucción, pero no puedo alejarme…

—Yo no quiero ser tu destrucción —dijo él acercándose más. Sus pieles ya casi se tocaban—, quisiera ser todo lo contrario, Angie…

—Esto está mal…

—No estamos haciendo nada —dijo él.

—Me estás mirando como… como no se mira a una hermana…

—Nunca has sido mi hermana —respondió él con una sonrisa sesgada.

—Tampoco se mira así a una amiga —reclamó ella.

—Cúbrete de nuevo entonces, si no quieres que te siga mirando.

Angie no lo hizo, se quedó allí, quieta, observando sus pechos tras la tela traslúcida y luego mirando a Bastian que la miraba con hambre.

—Tócate —pidió él.

—¿Qué? —inquirió ella confundida.

—Hazlo, acaríciate para mí…

—Estás muy loco —dijo ella sintiendo que las piernas se le aflojaban.

Bastian se levantó del agua y Angie vio su erección luchando por escapar de su bóxer, abrió los ojos grandes, sorprendida, asustada, y, aun así, complacida. Se sentía bien saber que era ella quien lograba aquello y de pronto se sintió poderosa. Sonrió.

—¿Te gusta lo que logras en mí? —preguntó él.

Ella asintió.

Bastian comenzó a acariciar su propio torso y cerró los ojos, bajó con suavidad los brazos por su abdomen hasta que encerró su erección en su mano derecha. Ambos emitieron un gemido.

—Imagino que eres tú —dijo él—, ¿te gustaría?

Angie tenía la boca abierta y estaba segura de que su sangre se había transformado en lava. Le punzaba la entrepierna con una necesidad que nunca había experimentado.

—Hazlo, acaríciate tú para mí —pidió él de nuevo.

Ella se levantó. El short de su pijama se pegó a su cuerpo. No sabía qué hacer, pero no conseguía conectar los cables de sus pensamientos, sus manos comenzaron a pasearse por su abdomen y subieron a su pecho. Los apretó con fuerza y fijó la vista en Bastian, se imaginó por un momento

que era él quien la estaba tocando y sin poder evitarlo comenzó a gemir.

—Déjate ir, sigue… —suplicó él—. He soñado con verte así desde que tenía trece o catorce años —añadió.

Angie sonrió ante aquella confesión y todo el temor que podría haber sentido desapareció en el acto, sus manos se abrieron paso entre sus pechos y bajaron por su cuerpo hasta localizar aquel punto donde sus piernas se unían y que tanto le ardía.

Bastian la observó. Angie parecía un ángel, iluminada por la luz de la luna brillaba envuelta en una nube de pasión. La escuchó gemir y comprendió que había llegado cuando su cuerpo comenzó a convulsionarse. Se acercó a ella, la abrazó, dejó que se relajara en su abrazo y luego la sentó en el agua sin soltar el abrazo.

—Gracias por eso —susurró en su oído y la besó en la mejilla.

Angie respiraba con dificultad, nunca había tenido un orgasmo y no sabía que podría alcanzar uno tan fácilmente.

—Esto está muy mal —susurró apenas.

—No, no puede estar mal algo que se siente tan bien —respondió él.

—Yo no soy así, Bas —dijo ella.

—¿Así como? Eres una muchacha hermosa por dentro y por fuera, no tiene nada de malo que disfrutes de tu cuerpo. No hemos hecho nada…

—No comprendo tu concepto de no hacer nada —dijo ella al tiempo que la razón comenzaba a aclararse—. Acabo de verte prácticamente desnudo y tú a mí, acabo de tener un orgasmo por acariciarme mientras me mirabas y yo me imaginaba que eras tú. Acabo de desear estar contigo, de una manera en que nunca he deseado estar con alguien. Pero tú, tú tienes novia, y esa novia es mi mejor amiga.

—Tú también tienes novio —dijo él.

—Sí, exacto… Soy una mala persona —zanjó y se llevó las manos a la cabeza—. Soy una persona horrible, una de esas que yo odio, gente que traiciona, gente que engaña. ¡Por Dios!

—Angie —la llamó Bastian y la tomó de la mano.

Llevó sus manos a sus labios y besó con ternura cada parte de su palma como si así pudiera saborear la piel antes acariciada.

—Voy a terminar con Dulce.

—¿Por qué? ¡No! ¡Le vas a romper el corazón! —exclamó.

—No puedo seguir, tienes razón, tampoco soy esa clase de persona. No puedo continuar con ella luego de esto… Además, no estoy enamorado, Angie… No quiero lastimarla.

—¿Crees que no lo hemos hecho ya? —susurró ella al borde de las lágrimas—. ¿Crees que si ella supiera lo que acaba de pasar estaría contenta?

Bastian suspiró.

—Lo siento, perdóname por haberte orillado a esto… No pretendo que lo entiendas, pero ya no podía más, Angie… y verte así hoy… No puedo enamorarme de Dulce, compréndelo… Lo he

intentado, he intentado enamorarme de ella, de Lucía, de Jazmín, de todas las chicas con las que he estado…

—Ah, qué bien —respondió ella con ironía—. Qué fácil decirlo, ¿no?

—No, no es fácil decirlo y mucho menos sentirlo, lo he intentado, de verdad… Cuando me gusta una chica intento sentir algo más —zanjó él alejándose y levantándose del agua—. Pero no puedo. No puedo enamorarme de nadie porque ya estoy enamorado… siempre lo he estado y ya no aguanto seguir callándolo.

—¡No lo digas! ¡No digas eso! —pidió ella casi gritando y se llevó instintivamente ambas manos para cubrirse los oídos.

—¿Qué no quieres que diga? ¿Qué estoy enamorado de ti, Ángeles? —inquirió—. ¿Que te amo desde el día que nos besamos hace ya casi tres años y que probablemente desde antes?

—¡No! ¡No digas eso! —gritó ella y se apretó más fuerte los oídos como si así pudiera evitar escucharlo.

—¿Qué te asusta tanto? ¿Por qué no podemos decirles a todos que estamos enamorados?

—¡No estoy enamorada de ti! —exclamó—. ¡Nunca lo he estado!

—¿No? —preguntó él y se acercó peligrosamente.

Angie se encogió un poco, pero no se alejó. Él acarició su mejilla y bajó su mano por su cuello, ella cerró los ojos y movió la cabeza hacia atrás. Él siguió su camino, con el dorso de sus manos rozó apenas su pezón derecho y Angie dejó de respirar. Él bajó un poco más y abrió las manos en su cintura, atrayéndola hacia sí.

—Dime que no te gusto, dime que no sientes nada, dime que no estás enamorada de mí —susurró juntando sus labios a los suyos.

Angie negó, buscó palabras en su mente, pero no salía ninguna.

—Por favor no me beses —suplicó.

—¿Por qué?

—Porque he tardado mucho en ocultar todo lo que el primer beso que me diste causó en mí —susurró.

Él sonrió.

—No lo ocultes más, digámosles a tus padres, a nuestros amigos, a Maxi…

—No… no podemos, Bastian —dijo ella con tristeza en la voz—. Lastimaremos a demasiada gente…

—No, lo terminarán por comprender —afirmó.

—No… no podemos empezar algo sobre el dolor de otras personas… Dulce está enamorada de ti y ella nunca se ha enamorado antes… Lucas está enamorado de mí… Y… por si todo esto fuera poco, si esto no funciona nuestra amistad, nuestro triángulo con Maxi terminará para siempre, y yo apenas pude aguantar estos meses lejos de ustedes… los he extrañado mucho…

—¿Prefieres a Lucas entonces? ¿Quieres que me quede con Dulce por lástima? ¿Te importa más tenerme como amigo que como pareja?

—No estoy lista para tantos cambios, no estoy lista para enfrentarme a la traición que acabamos de hacerle a nuestras parejas… Me desconozco, Bastian, esta no soy yo y tú me orillas a ser alguien que no soy, a hacer algo que no quiero, a traicionar… eso no puede estar bien.

—¿Y esto? ¿Esto no está bien? —preguntó él acariciándole el brazo—. Puedo ver que te estremeces con mis caricias, que también deseas besarme, Angie. Admite que no sientes con Lucas lo que has sentido esta noche.

—No, no lo siento, pero eso no significa que esté bien, compréndelo…

—Te amo, Angie… esto no es una pasión pasajera, no es el calor de la noche… Esto es un amor que me consume lentamente desde hace años y si no hice nada antes es porque estaba seguro de que tú te negarías a intentarlo. No porque no sientas igual que yo, sino porque esto no lo puedes controlar —añadió—, y por eso tienes miedo…

Angie cerró los ojos y suspiró.

—Vamos a olvidar esto… —pidió.

—Sí, claro, como olvidamos nuestro primer beso, ¿no? —dijo él con tristeza.

—Has podido estar con muchas chicas después de eso, lo podrás hacer ahora de nuevo.

—No quiero a nadie que no seas tú —susurró él.

—No voy a hacerle eso a Dulce —zanjó ella—. Ni siquiera sé cómo lidiaré con lo que acabo de hacer.

—No has hecho nada…

—¿No? ¿En serio?

—Técnicamente no —respondió él.

—Encima quieres que confíe en ti, ¿no? No puedo confiar en un hombre que cree que esto que hicimos no es traición. No necesitas tocarme para que lo sea, no necesitas besarme… En tu mente esta noche has traicionado a tu novia y yo he traicionado al mío, y, además, a mi mejor amiga…

Él puso los ojos en blanco.

—Angie, por favor… mañana terminaré con ella… le diré la verdad. Gritaré la verdad si me lo pides.

—Lo que te pido es que te olvides de mí y que te alejes, Bastian… esto no puede ser, no puede ser —zanjó con decisión y luego caminó hasta el campamento mientras las lágrimas se le derramaban por el rostro.

Se envolvió con una toalla y fue al baño a cambiarse, regresó intentando hacer el menor ruido posible, lo que menos necesitaban era despertar a alguien, se metió a su tienda y buscó su cuaderno. Rayó una hoja varias veces, buscando sacar su rabia a través de esa tinta oscura, luego regresó a la página de las creencias y escribió.

Creo que soy una malísima persona, creo que no merezco que nadie me quiera, que nadie confíe en mí ni me regale su amor ni su amistad.

SOLEDAD

Hay un antes y un después de momentos como el que Angie había vivido, y cuando lo analizó una y otra vez, supo que las cosas ya nunca volverían a ser como antes. No importaba que nadie los hubiera visto allí aquella noche, bastaba con que ella supiera lo que había pasado, bastaba con la culpa que cargaba sobre su hombro, el enfado, la rabia y, sobre todo, la decepción que sentía hacia sí misma.
Angie observó por la ventanilla empañada del vidrio de la camioneta. Como un símbolo de la debacle que se cernía sobre ella, el domingo amaneció lluvioso y decidieron adelantar el regreso. No dijo nada, no emitió un solo sonido durante el camino, sus lágrimas estaban atascadas en su garganta, formando un nudo que hacía que casi se le secara el aliento, pero no iba a llorar, ella nunca lo hacía.

Se sentía la peor persona del universo y cerró los ojos para fingir que dormía y evitar posibles preguntas complicadas. El ambiente estaba cargado y eso podía notarse. Nadie dijo nada, quizás el peso era demasiado, quizá todos lo podían leer en sus ojos, era una mala persona, una mala amiga, una mala novia. ¿Cómo podrían perdonarle? ¿Cómo podría perdonarse ella?

Bastian también tenía la mirada perdida en la ventanilla, pero sus pensamientos iban por otro lado. Él quería luchar por ella, quería hacer las cosas bien, se sentía culpable por haberla puesto en esa situación, pero todo se le salió de las manos. Jamás hubiera querido hacerle sentir mal y eso lo hacía sentir peor. Lo único que podía ahora era tratar de poner las cosas en su lugar, iba a hablar con Dulce e iba a terminar esa relación.

Por otro lado, sentía una calma que no había experimentado antes, había huido de esos sentimientos por Angie desde hacía años, convenciéndose de que ella no era para él, de que ella no sentía igual, de que no quería interponer una relación amorosa y perder a su familia, porque eso eran ellos, su familia. Había tratado de amar a otras muchachas, pero siempre acababa encontrándola de nuevo a ella, su mundo iniciaba y acababa en ella, y al fin lo había dicho en voz alta, para ella, para él mismo, para las estrellas y la luna de esa noche. Había aceptado que la amaba, y sabía que a ella no le era indiferente, la había visto mirarlo, había visto el temblor en sus labios, el deseo en su piel. Pero Angie era demasiado perfecta, demasiado correcta, y sabía que lo que había sucedido entre ellos la estaba matando por dentro.

Ojalá pudiese acercarse a ella, ojalá ella se lo permitiera, ojalá pudiera decirle que todo estaría bien y que lo solucionarían juntos. Pero Angie ni siquiera le había mirado aquella mañana, y por lo que podía adivinar con lo bien que la conocía, no lo miraría en mucho tiempo.

◆ ◆ ◆

El lunes siguiente, Angie no sintió ganas de levantarse. Se imaginó que ir al colegio iba a ser

como meterse al foco de un huracán y no encontraba fuerzas para ello. No hallaba motivos para seguir con su rutina, levantarse, bañarse, despertar a Maxi, bajarse a desayunar y verlo a él.

Se levantó quince minutos más tarde, se dio una ducha rápida, se vistió, se peinó y le pidió a su padre que se encargara de Maxi por ella. Luego, tomó una manzana y caminó hacia el colegio para evitar cruzarse con Bastian.

Al llegar, vio a Lucas correr hacia ella, la envolvió en sus brazos y la levantó del suelo. Ella sintió que su corazón se rompía en miles de partes, ¿cómo podía haberle hecho algo así a alguien que solo le había dado bondad y respeto? Sin embargo, no pudo contenerse, en ese momento se sentía muy sola, lo abrazó y metió su cabeza en su cuello para aspirar su aroma, como si así pudiera olvidar todo lo sucedido.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Te he extrañado.

—Sí, estoy bien —mintió—. También yo —volvió a mentir.

—Tengo un examen a primera hora, una prueba sorpresa al parecer —dijo él encogiéndose de hombros—, voy a darle un vistazo a los apuntes. ¿Nos vemos en el receso? Tengo una invitación que hacerte —añadió.

—Sí… nos vemos —respondió ella como autómata.

Caminó por los pasillos del colegio y fue a su salón de clases, se sentó en su silla y dejó caer la cabeza sobre sus brazos. Estaba agotada, y sabía que todo comenzaba recién. Por suerte no vería a Dulce hasta luego del primer receso, pero, aun así, no podía imaginarse mirándola a los ojos.

Las horas pasaron lentas al tiempo que la tortuosa mente de Angie la castigaba con pensamientos culposos. Dulce llegó a ella en el receso justo antes que Lucas, que al verla llorar no se acercó a ellas.

—Bastian terminó conmigo —dijo la muchacha. Angie la observó sintiéndose aún peor—. Te dije que el amor no era para mí… te lo dije…

—Lo siento mucho —respondió Angie sin más palabras.

—Dice que no soy yo, que él me quiere mucho y me respeta, que soy una gran chica y que me merezco algo mejor…

—Es cierto… Te mereces lo mejor —susurró Angie con la culpa apretándole la garganta.

—Eso es lo que dicen todos, siempre… Pero siempre soy yo… no quieren estar conmigo porque ya he estado con varios, no me toman en serio por eso, solo soy un pasatiempo…

—Él no es así —dijo Angie confundida por estar defendiéndole—. Digo… yo sé que él no piensa de esa manera…

—Sí, eso dijo. Le pregunté por qué y me dijo que estaba enamorado de alguien más, que siempre lo había estado, pero que era cobarde y no quería aceptarlo. Dijo que no tenía nada que ver conmigo, y que era consciente de que me estaba lastimando, que había lastimado a varias personas, pero que ya no podía seguir lastimándose a él mismo, que necesitaba aceptar sus sentimientos, aunque estos no fueran correspondidos…

Angie suspiró.

—¿Cómo te sientes? —preguntó entonces.

—Mal… pero en cierto modo valoro su sinceridad… Supongo que se me pasará, ¿no?

Sonrió entre lágrimas.

—No sé qué decirte, Dulce, lo siento mucho. Me siento culpable porque yo…

—No fue tu culpa intentar unirnos —dijo ella con una sonrisa que a Angie le hizo sentir peor—, tenías buenas intenciones… Y no fue del todo malo, ¿sabes? A su lado he aprendido a valorarme más… a sentir que sí tengo derecho a ser querida…

—Estoy segura de que es así, Dulce…

—¿Tú? ¿Cómo estuvo el fin de semana? —inquirió limpiándose las lágrimas—. ¿Te divertiste?

—Sí… un poco —respondió ella.

—Te noto rara, Angie. ¿Estás segura de que está todo bien?

—Sí… —suspiró.

—Si necesitas hablar, sabes que cuentas conmigo —dijo ella y Angie bajó la vista.

¿Podían las cosas hacerla sentir aún peor? Ahí estaba ella, su mejor amiga, la misma que acababa de romper con su novio porque él estaba enamorado de otra, que casualmente era ella. Allí estaba Dulce, la chica a la que ambos habían traicionado el fin de semana, ofreciéndole su amistad incondicional, ciega de lo mala persona que ella era en realidad.

Lucas se acercó a ambas cuando vio que Dulce estaba mejor.

—¿Todo bien por aquí? —inquirió.

—Los dejo —dijo Dulce y se levantó para alejarse.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

—Terminó con Bastian… o Bastian terminó con ella —admitió.

—¿Y eso? Hacían buena pareja…

Angie solo asintió, no tenía ganas de hablar de eso.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó ella.

—Que este fin de semana estaré solo en casa. Todos irán a casa de la abuela, pero como yo tengo un examen… —dijo y sonrió con picardía—. ¿Quieres ir a estudiar a casa? Podrías quedarte a dormir… si quieres… y digo… dormir, no pienses mal.

Angie volvió a sentir la daga de la traición en su corazón.

—Lo pensaré… —respondió.

—¿Estás bien? Te noto triste —insistió él.

—No, solo… estoy un poco cansada, el fin de semana fue bastante pesado… no descansé mucho… y ahora hay que estudiar y…

—Tranquila, te irá bien, siempre te va bien —dijo él y la besó en la frente.

El timbre que anunciaba el inicio de clases sonó y Lucas se despidió para ir a su aula. Angie tomó aire, si fuera por ella se pondría a correr y huiría de aquel sitio, correría hasta que los pies se le agotaran, hasta que la culpa se evaporara, hasta que el dolor se le extinguiera por el

cansancio.

Levantó la vista y lo vio, estaba a unos metros de ella, observándola como si quisiera ir a consolarla. Angie se mordió el labio, era guapo y con solo mirarlo todo su cuerpo reaccionaba. Recordó de nuevo la noche en el lago y sintió que las piernas se le aflojaban. Se perdió en sus ojos por un instante y pudo leer su alma. Bastian se sentía culpable también, y estaba preocupado por ella, por un momento ella deseó correr hasta él y que la envolviera en sus brazos, que la protegiera y le prometiera que todo iba a salir bien. Pero eso era solo un sueño, un estúpido sueño.

Él dio un paso hacia ella, pero Angie reaccionó de golpe, se levantó, cortó el contacto visual y caminó hasta su aula.

Allí ya estaba dispuesto el buzón para las cartas y ella solo pudo pensar en lo sola que se sentía. Su mundo se había convertido en un lugar árido y desértico, ya no podía hablar con Dulce, ni con Lucas, tampoco con Bastian ni con Maxi. No podía contarle a Maxi lo que había sucedido, no podía porque él no lo comprendería y se enfadaría con Bastian. Y la culpa no era toda de Bastian. Angie podría haberle culpado aquella noche, pero sabía muy bien que ella había participado activamente de aquella vergonzosa situación.

Y si no podía contar con Maxi, ¿con quién podría?

Angie creyó entonces que aquello era lo que se merecía, al final, cada acción tiene una reacción, una consecuencia. Eso era lo que siempre decía su padre, añadiendo también que madurar era asumir las consecuencias de los propios actos. Y eso que ella estaba viviendo, esa soledad, esa culpa, esa tristeza, no era más que las consecuencias de sus propios actos y de su egoísmo.

SORPRESAS

Dina estaba preocupada por sus hijos, Angie no salía de su cuarto en casi todo el día, y aunque ella decía que estudiaba, Dina sabía bien que desde que habían regresado del campamento, algo había cambiado.

Y ella sospechaba qué podía ser, lo sabía desde siempre, y lo comprobó cuando, sin que su hija se diera cuenta, la vio llegar a la madrugada, mojada desde el lago, seguida un rato después por Bastian. Dina sabía que tarde o temprano aquella bomba de tiempo iba a explotar, solo esperaba que la explosión no dejara demasiados heridos a su paso.

Por otra parte, algo le sucedía a Maxi, algo que no sabía bien qué era. Estaba silencioso y esquivo, tan sumido en sus pensamientos que era incapaz de darse cuenta de lo que pasaba alrededor. Dina creía que él sería el primero en notarlo, pero algo le impedía ver más allá de sus propias narices.

Las viejas tradiciones se habían diluido en semanas, Bastian no llegaba a desayunar y los viernes en familia se habían llenado de escusas para no encontrarse. Se acercó varias veces a sus hijos y les dijo que podían contar con ella, pero ninguno de los dos se había abierto aún, no importaba, ella sabía que recurrirían a ella cuando así lo creyeran conveniente y decidía confiar en ellos y en lo que ella les había enseñado.

Dos semanas después, las cosas no parecían cambiar, Bastian y Angie no cruzaban ni miradas ni palabras, y Maxi finalmente anunció la ruptura de su relación con Olivia, aunque no mencionó motivo alguno.

El viernes, Maxi decidió salir de fiesta, necesitaba distraerse y dejar de pensar en que Olivia le había pedido tiempo, le preguntó a Bastian si quería ir con él, después de todo él también estaba pasándolo mal luego de que terminó su relación con Dulce. Pero este se negó, dijo que no se sentía nada bien y que en otra oportunidad iría.

—¿Por qué terminaste con Olivia? —quiso saber el chico.

—Ella terminó conmigo, dijo que no estaba segura de lo que sentía…

—Bueno… espero que pronto mejoren las cosas, estos últimos meses han sido complicados —añadió.

—Nos vemos luego —dijo Maxi antes de despedirse y marcharse hacia la fiesta.

Esa noche, se sentó solo en una de las esquinas de la casa, se sirvió una cerveza, y luego otra más, y pensó acerca de su tristeza. Repasó las palabras de Olivia una y otra vez y recordó su mirada fría cuando le dijo que necesitaba un tiempo.

El problema era que Maxi no creía en los tiempos, siempre había pensado que cuando alguien

pide tiempo es porque ya no está enamorado. ¿Qué sentido tiene pedir tiempo si no es así? Para él era señal de que el amor se había acabado o, al menos, estaba agonizante.

Alguien se sentó a su lado y él supo quién era sin siquiera voltearse a verla, le pasó una cerveza que Dulce tomó de inmediato y se llevó la botella a la boca.

—Mal de amores, ¿eh? —inquirió la muchacha.

—Sí… Dime al menos que el dolor menguará —pidió.

—Sí, irá calmándose, aunque ahora no lo parezca —respondió ella—. ¿Quieres bailar?

—No… no tengo ganas de nada, menos de bailar… no sé ni siquiera qué hago aquí.

—Ahogando las penas —respondió ella—. Es bueno, pero mañana, además del corazón te dolerá la cabeza.

Maxi sonrió.

—¿Vamos a dar un paseo? —ofreció él.

—Vamos —respondió ella y ambos se levantaron.

Caminaron hacia las afueras de la casa donde era la fiesta y se alejaron del bullicio. Las calles de la ciudad estaban en silencio, pero ninguno de los dos sentía miedo.

—¿Qué pasó con Bastian? ¿Qué excusa te dio? Olivia dijo que necesitaba un tiempo —comentó con ironía.

—¿Tiempo? Eso sí que está gastado —añadió la muchacha con una sonrisa—. Cuando alguien pide tiempo es porque tiene a alguien más en la cabeza…

—¿Lo crees? —preguntó con un dejo de temor.

—Al menos en mi experiencia —respondió ella y se encogió de hombros—. Bastian fue un poco más sincero, me dijo que estaba enamorado de alguien más. ¿Tú sabes quién es?

—No, la verdad es que me sorprendes —comentó—. Pensé que estaba enamorado de ti, desde el verano solo habla de ti… Y para serte sincero, nos hemos alejado un poco… ha sido un año diferente.

Dulce asintió.

—¿Amas mucho a Olivia?

—Sí… Eso creo… —respondió—. Es la primera vez que me enamoro. ¿Tú?

—Pensé que me había enamorado de Bastian, pero ahora que lo he pensado y analizado mucho, creo que solo estaba enamorada de la idea de tener al lado mío un chico como él, alguien que me respete y que mire más allá de mi reputación o de mi cuerpo… —suspiró—. Me gusta encontrarle el lado bueno a las cosas malas, así que he estado buscando los aprendizajes…

—Muy optimista… —respondió él.

—Alguien que ha pasado por las cosas que yo he pasado, Maxi, debe serlo… es la única manera de sobrevivir.

Maxi la observó y le regaló una sonrisa.

—¿Y cuáles son los aprendizajes que has sacado? —quiso saber.

—Bueno… he aprendido a quererme y valorarme más. ¿Sabes? Yo tengo un gran problema de autoestima… y…

—¿Por qué? Eres una de las chicas más bellas de la escuela… —interrumpió él.

—La autoestima no está dada por la belleza, Maxi, sino por la autovaloración que cada uno tiene de sí mismo. Eso nace de un montón de cosas, de cómo nos hemos sentido a lo largo de nuestras vidas y como nos han hecho sentir cuando éramos pequeños… Tú, por ejemplo, tienes una familia hermosa, una madre y un padre que siempre te han amado y te han hecho sentir especial, una hermana para la que lo eres todo. Eso construye una relación sana contigo mismo, Maxi… Yo, por mi parte, he sido criada en un ambiente demasiado hostil… he sufrido…

Se calló.

—Puedes confiar en mí —dijo Maxi con una mirada tierna.

Dulce se detuvo y lo observó, la única que sabía su verdad era Angie, nunca se había animado a decirle a nadie más, ni siquiera a Bastian. ¿Por qué de pronto ese chico con la mirada triste le generaba tanta confianza?

—He sufrido abusos, Maxi… Mis padres se divorciaron y yo fui a vivir con mi madre, era pequeña… tenía como diez años, su nueva pareja…

Maxi asintió un poco aturdido por aquella confesión.

—Cuando se lo dije a mi madre no me creyó, y cuando pedí ayuda a mi tía, ella me llevó a casa de mi padre. Él le sacó la tenencia a mi madre y crecí en su casa, pero con un padre ausente y ocupado, yo más bien sentía rechazo de su parte. Mi tía es la única que siempre estuvo allí —admitió—. Ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto, nadie lo sabe… nadie más que Angie.

Maxi la tomó de la mano y le regaló una sonrisa.

—Valoro muchísimo que me estés contando esto, Dulce, y puedes estar segura de que nadie lo sabrá.

Ella asintió y luego volvió a hablar.

—¿Cómo puedo quererme a mí misma? Eso era lo que Bastian y yo teníamos en común —añadió—. Ambos habíamos sido rechazados… Nos unimos y nos lamimos las heridas, encontramos un refugio el uno en el otro, pero era solo eso. Yo me sentía cómoda con él porque sabía que él me entendía…

—Lo comprendo… tiene mucho sentido —dijo él cuando retomaron la caminata.

—Desde el inicio de mi adolescencia, busqué en los chicos eso que me faltaba. Soy linda y lo sé, y me encantaba atraer al sexo opuesto y lograr sus atenciones. Era una manera de sentirme querida e importante, pero es una mentira… una mentira que yo creía. Con cada relación frustrada me sentía más vacía. Nunca me enamoraba porque en el fondo sentía que no merecía ser amada por quien soy en realidad…

—¿Y todo esto lo aprendiste con Bastian? —inquirió confuso.

—No, lo aprendí este año, con Bastian, con Angie, contigo incluso —admitió—. Es la primera vez que tengo amigos como ustedes, sanos y con valores. Me mostraron un mundo diferente y me hicieron creer que yo podía aspirar a eso también. Angie nunca me juzgó, aun cuando somos

muy distintas… todas las chicas siempre me juzgaron —añadió—, ella, sin embargo, me invitó a tu casa a compartir con ustedes… Me permitieron ser yo misma y, al final, descubrí que no era tan malo…

—Me alegro mucho por eso —dijo Maxi.

—Y Bastian… con él aprendí que sí podía ser amada por quien yo era en realidad… Quizás al final él no me ame a mí y esté enamorado de su misteriosa musa —bromeó—, pero el tiempo que estuvo a mi lado me hizo sentir bien, me respetó y se preocupó por mí, me cuidó…

—Bastian es una buena persona —afirmó Maxi.

—Así que, Maxi… quizás ahora romper con Olivia te esté doliendo mucho y es normal, pero si ella es para ti seguro que encontrarán la manera, y si no, tendrías que buscar qué aprendizajes puedes sacar de esta situación…

—Me gusta hablar contigo —dijo él—. Me gusta tu manera de ver el mundo…

—Me gusta escuchar, no siempre soy muy buena con los consejos —añadió—, pero, aun así, aquí estoy cuando me necesites…

—Gracias… y yo también… y gracias por la confianza.

Siguieron un rato más hasta que Maxi la acompañó a su casa.

—Has transformado mi patética noche en una experiencia agradable —dijo Maxi con una sonrisa —, te debo una.

Dulce sonrió.

—Anda a casa y acuéstate a dormir, no pienses mucho esta noche, ¿sí?

—Okey —respondió él.

—Que descanses…

—Igual tú.

Dulce le dio un beso en la mejilla e ingresó a su casa. Y Maxi caminó a la suya con la sensación de sentirse un poco más liviano.

MÁS MENTIRAS

Angie llegó a casa de Lucas dispuesta a estudiar. Iban a hacer el trabajo de matemáticas y prepararse para la prueba de la semana entrante. Los exámenes sumativos estaban a punto de empezar y si había algo que Angie tenía claro en medio de la tormenta que atravesaba era que no iba a permitir que nada de eso influyera en sus notas.
Luego de un par de horas acabaron la tarea, comieron algo y se pusieron a estudiar, eran casi las diez de la noche cuando terminaron, y ambos se sentían agotados.

Lucas puso música y se recostó en el sofá.

—Me duele el cerebro —susurró y cerró los ojos.

Angie pensó que a ella también, pero agradecía la sensación. Al menos le dolía la cabeza por haber estado analizando números y fracciones, no por haber estado pensando sobre relaciones y traiciones.

—Ven aquí —dijo Lucas y la llamó.

Angie se acercó a él, que le hizo un espacio a su lado. Se quedaron allí un buen rato en silencio, hasta que el chico comenzó a darle dulces y pequeños besos en la mejilla, los labios y el cuello. Angie apretó los dientes, nerviosa, ansiosa. Las sensaciones eran agradables, pero no se parecían en nada a lo que había experimentado en el lago, ni siquiera se parecían a lo que experimentaba cada vez que Bastian la miraba.

Se sintió mal porque su cerebro estaba haciendo comparaciones odiosas. ¿Por qué simplemente no podía dejar de pensar y disfrutar? Era tan injusto, el pobre Lucas hacía de todo para conquistarla y ella solo podía pensar en otro chico.

Bastian… no había pensado en él en todo ese tiempo. No quería hacerlo, organizaba sus pensamientos y los dirigía siempre hacia la culpa por haber traicionado a su novio y su mejor amiga, pero cuando aquello derivaba en sus sentimientos por Bastian, enviaba su atención a otra cosa, a lo mala persona que era o a lo poco que se merecía el respeto de sus seres queridos.

No quería pensar en Bastian porque eso significaba analizar lo que ella sentía o lo que ella pensaba. Eso significaba abrir una caja que se había esforzado por cerrar. Se imaginó a sí misma sobre una maleta repleta de ropas desordenadas y ella sentada encima como si así pudiera cerrarla y ordenarla.

Eso no iba a funcionar, la única manera de ordenar esa maleta era abriéndola y viendo qué había adentro. Pero ella no quería hacerlo.

—¿Estás bien? Te noto distraída —dijo Lucas incorporándose para verla a los ojos.

—No… solo…

—No temas, no sucederá nada… solo quiero pasar un buen rato contigo… haremos solo lo que tú quieras —susurró.

Ante aquella confesión Angie supo que las cosas se tornarían más candentes. ¿Quería ella que algo así sucediera? Quizás unas semanas atrás se habría dejado llevar. ¿Podría intentarlo ahora?

Lucas acarició su mejilla con el dorso de su mano y luego se acercó para besarla. Angie respondió el beso como un intento de demostrarse a sí misma que podía controlar la situación, que si ella deseaba podía disfrutar, que si se dejaba llevar podría incluso olvidar por un rato todo lo malo que había en su interior.

Y entre besos, caricias y suspiros, lo intentó de verdad. Se dejó llevar sin oponer resistencia al ritmo que su novio imponía. Ella también lo acarició y lo besó, buscando hacerlo sentir bien. Pero aún había en el fondo de su mente una pequeña luz roja que se encendía y le alertaba de que no debía seguir.

¿Por qué simplemente no podía ser como algunas de sus compañeras y no pensar? ¡Actuar sin pensar por una sola vez en su vida!

Cuando peleaba con esas ideas, la mano de Lucas se coló bajo su blusa y ascendió hasta encontrarse con uno de sus pechos.

¿Actuar sin pensar? ¡Pero si eso es lo que has hecho y te ha traído hasta aquí!

Su misma mente se respondió recordándole la locura de la noche en el lago. Era la única vez en su vida que había apagado su mente y qué consecuencias había tenido. ¿Valía la pena en realidad?

Lucas ajustó el agarre y Angie se perdió en sus recuerdos. La mirada de Bastian sobre sus pechos, sus deseos de que él la acariciara, el de ella de acariciarlo.

Se apartó de golpe. La traición tomaba sus pensamientos de nuevo y ella estaba engañando a su novio en sus pensamientos. ¡Estaba con él y pensaba en otro!

Demonios. ¿Cómo era que Bastian se había metido allí?

—Lo siento —dijo Lucas al darse cuenta de que ella rechazaba su mano y se alejaba.

—No, no lo sientas… solo… no estoy lista… —susurró con temor.

Lucas asintió. Se levantó y se apartó un poco para tratar de normalizar la agitación que sentía.

Angie suspiró. ¿Por qué Lucas no podía ser un odioso chico que la obligara a estar con él? ¿Por qué él no podía hacerle una escena en la cual le decía que ya era hora de pasar al siguiente nivel? Eso le daría una perfecta excusa para ponerse a gritar y culparlo de su insensibilidad y falta de respeto.

No, pero Lucas era un chico perfecto, se había apartado respetuoso al primer indicio de que ella no quería seguir. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía más difícil?

Se sintió ridícula por estar pensando así y se planteó cuántas mujeres la odiarían por ese pensamiento. La lucha feminista era por el no es no y ella estaba deseando que su novio no respetara su no.

Pero no era eso lo que quería, en realidad solo quería una excusa para poder romper una relación

sin tener que cargar con la culpa. Solo quería una excusa para no tener que llevar una nueva culpa encima.

¡Qué mala persona era! ¡Qué mal se sentía consigo misma!

—¿Estás bien? —preguntó Lucas.

—Me siento una mala persona —admitió—, tú no mereces que yo sea así…

—No digas tonterías, Angie… Escucha, fue mi culpa, no debí acelerar tus tiempos.

¡Encima él se estaba echando la culpa!

Angie negó y se odió a sí misma un poco más.

—Debo volver a casa, es tarde… —dijo y él asintió.

—¿Te acompaño?

—No… no es necesario —zanjó la muchacha.

Se despidieron con un beso que Angie sintió más por compromiso que por gusto y se dirigió a su casa. Cuando llegó, ingresó a su cuarto e intentó dormir.

Cerca de las tres de la mañana escuchó un ruido, salió a mirar y vio a Maxi llegar con Bastian.

—¿De dónde vienen? —inquirió, pero solo miró a Maxi.

—De una fiesta… —respondió él—. Me encontré a Bastian llegando a su casa y decidimos conversar un poco. ¿Te unes?

Angie asintió y se metió con ellos al cuarto de su hermano.

No sabía muy bien porqué, pero estar cerca de Bastian parecía ser la verdadera razón, aunque ella no iba a aceptarlo ni siquiera para sí misma.

—Qué año de porquería —zanjó Maxi que se recostó en su cama. Angie buscó una almohada y se tiró a los pies de la cama, sobre la alfombra peluda de su hermano, Bastian se sentó en el suelo y se recostó por la pared, justo cerca de la ventana, donde perdió la vista—. Daría todo porque volviéramos a tener diez años y nuestra preocupación fuera a dónde iremos a nadar mañana o qué jugaremos.

—Crecer es complicado —dijo Bastian—, al menos eso siempre dice el profesor de ética.

Los dos rieron.

—Espero no volverme a enamorar en mucho tiempo —susurró Maxi—. Por cierto, ¿de quién se supone que estás enamorado? Me encontré con Dulce y me lo contó…

Bastian movió las manos, nervioso y miró a Angie de reojo.

—No tiene importancia —zanjó—, es un amor no correspondido…

—Ahh… ¿Se lo has dicho y te ha rechazado? —inquirió.

—Algo así… —respondió Bastian—, o quizá solo no tiene el coraje suficiente para aceptar lo que siente —añadió.

—O quizá sabe que no eres un buen partido —dijo Angie más para insidiar que por otro motivo. Le molestaba que la estuviera llamando cobarde.

—Ahh, ya me parecía que estabas demasiado callada —dijo Maxi divertido.

—Sé que tienes tu autoestima allá por las nubes —añadió Angie y miró a Bastian—, que crees que eres el más guapo y el mejor partido, pero no necesariamente todas las chicas tienen que morirse por ti, puede que haya chicas a las que no les gustes.

—Lástima que ella sea una de esas —dijo él y Angie frunció el puño.

La verdad era que quería que le peleara, que le discutiera como solía hacerlo, para así sentirse mejor consigo misma, pero él no le seguía el juego.

—A lo mejor solo es cuestión de que te conozca mejor —dijo Maxi inconsciente de lo que su amigo y su hermana se decían entre líneas.

—A lo mejor es que te conoce demasiado y no quiere nada con alguien como tú —zanjó Angie.

—¿Alguien como él? —inquirió Maxi confuso—. Entiendo que ustedes dos no se soporten, Angie, pero no creo que él sea un mal partido. Dulce me habló maravillas de él hoy… me dijo que le debía mucho…

—¿Vas a salir a su favor? —inquirió ella dándose cuenta de que estaba actuando como si volviera a tener doce años, pero simplemente no se podía controlar.

—Estás un poco alterada, hermanita. ¿Será que quieres contarnos qué te pasa? —preguntó Maxi.

—Nada… no me pasa nada —zanjó y suspiró.

—¿Todo bien con Lucas? —preguntó su hermano—. Después de todo eres la única que sigue de novia —rio.

—Bien… estudiamos hoy y… —suspiró…

—¿Y? —quiso saber Maxi.

—Lo hicimos —mintió solo para ver la reacción de Bastian.

Él, que estaba con la mirada perdida en la ventanilla volteó la cabeza de una forma tan brusca que hasta le asustó. Pensaba que iba a ver rabia en sus ojos, esperaba ver eso, quería ver que la odiaba así le hacía más fácil el proceso, pero solo vio tristeza. Vio un dolor que pudo sentir en su propio pecho, como si el corazón se le hubiese roto en pedazos.

—¡Vaya! —exclamó Maxi con diversión—. ¿No deberías estar contenta entonces? ¿O es que estuvo tan mal?

Angie rompió el contacto visual con Bastian y miró a su hermano.

—Sí, supongo que debería sentirme mejor… Solo estoy, un poco asustada… —respondió.

—Comprendo… los cambios asustan —dijo Maxi—, pero solo cuídate, ¿sí? —dijo con ternura.

Angie asintió.

—Bastian, ¿no vas a decirnos quién es la afortunada entonces? —preguntó Maxi.

—No… no tiene caso —zanjó—. Creo que me iré a dormir, estoy agotado…

—Bueno, nos vemos mañana, ¿sí? —dijo Maxi cuando su amigo se levantó y le pasó la mano para despedirse.

—Sí. Nos vemos —dijo y se retiró.

Angie cerró los ojos y suspiró.

¡Bravo! Ahora también había logrado romper el corazón de Bastian. Andaba con buena racha, claro, si de romper corazones se tratara.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser la muchacha de Bastian? —preguntó Maxi a Angie.

—No —mintió—. Y mejor que lo dejes así, se nota que le afecta…

—Sí… nunca lo había visto así, se ve triste…

—Ya… También me iré a la cama —dijo Angie fingiendo un bostezo.

—Buenas noches, Angie.

—Buenas noches. Maxi.

CONVERSACIÓN

Angie no salió de su habitación al día siguiente, y durante la semana solo salió para el colegio. Se sentía mal, muy mal, nunca se había sentido así en toda su vida. Ya no podía lidiar con la pesadez de la culpa y con la sensación de ser una persona horrible.

Alguien golpeó a la puerta.

—No estoy —respondió creyendo que era Maxi.

Pero quien entró fue Dina, le traía un postre y un vaso con refresco.

—¿Quieres? Traje pastel del cumpleaños de una de las compañeras del consultorio y pensé que te agradaría comerlo, sé cuánto te gustan —dijo y lo dejó en la mesa de noche.

—Gracias —comentó la muchacha que estaba tendida boca abajo en la cama.

—¿Qué sucede, Angie? Pensé esperar hasta que acudieras a mí, pero no lo haces… Ahora ya no sales de aquí y temo por tu salud mental. ¿Estás bien?

—¿Crees que estoy loca? —respondió.

Dina sonrió y le acarició con ternura la cabeza.

—Sabes que no, solo… estoy preocupada porque estés atravesando algo grande y no tengas fuerzas para lidiar con ello. A veces una se siente así, ¿no? Y es bueno que sepas que estoy si necesitas ayuda, al menos para conversar… Sé que ya no puedo espantar a los monstruos del armario ni curar el corazón como si fuera una rodilla raspada, pero al menos puedo escucharte…

Angie no respondió.

—Está bien, pero recuerda que aquí estoy —susurró y se levantó para marcharse.

—¿Has sentido alguna vez que eres una mala persona, mamá? —quiso saber.

Dina se detuvo y volvió hasta ella, sentándose a su lado.

—No eres una mala persona, Angie.

—Lo soy…

—¿Por qué lo dices? —preguntó su madre.

—Porque he causado mucho daño a gente buena… y eso solo lo hacen las malas personas.

Dina sonrió.

—En el mundo maravilloso de Angie todo es blanco o negro, todo es lindo o feo, todo es bueno o malo, todo es alto o bajo… pero en la vida real, hay muchos tonos de grises, hay cosas que ni

son tan lindas ni tan feas ni tan malas ni tan buenas, ni tan altas ni tan bajas… Tú mides el mundo con una regla que no existe, Angie…

—Hay cosas que no están bien en ningún mundo, la traición por ejemplo…

—¿A quién has traicionado? —quiso saber Dina.

—A mucha gente, pero en especial, a mí misma… He traicionado mis propios principios y valores y eso me hace sentir como si fuera una porquería… Ya ni siquiera me reconozco —añadió.

Dina volvió a acariciarle el cabello y Angie se volteó para quedar boca arriba y perder la vista en el techo.

—No sé qué es lo has hecho y por lo que tanto te estás autoflagelando, pero puedo decirte una cosa, Angie. Todos cometemos errores y todos nos sentimos mal con nosotros mismos cuando nos damos cuenta de esos errores. Lo importante es aprender de ellos y no hundirse en ellos…

—¿Qué sucede cuando ese error es demasiado grave?

—¿Has matado a alguien, Angie? —inquirió su madre con cierta seriedad que hizo que Angie sonriera.

—Claro que no… —respondió.

—Entonces no sé qué puede ser tan grave… —bromeó.

Angie negó y su madre se acercó para besarla en la frente.

En ese momento, el nudo que hacía tantos días se apretaba en la garganta de Angie cedió y se convirtió en lágrimas que comenzaron a fluir. Se sentía como una niña pequeña en medio de un capricho, enfadada, impulsiva, agitada.

—Cariño, cariño —dijo su madre y secó sus lágrimas—. Debes dejar de ser tan dura contigo misma, Angie, ya te lo he dicho…

—También me has dicho que haga algo sin pensar tanto, que haga alguna locura y eso… eso no ha traído buenos resultados…

Dina supo que eso tenía que ver con el lago.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho? —quiso saber.

—No del hecho en sí, pero sí de las consecuencias…

—Entonces toca analizar las acciones por separado. ¿Por qué has hecho aquello? ¿Qué has sentido? ¿Qué sientes al respecto? Porque si no te arrepientes es que no ha sido malo, ¿no?

—Pero las consecuencias son nefastas… He lastimado a mucha gente… gente que amo… y eso hace que me sienta muy mala persona y no pueda soportarme a mí misma.

—Te contaré un secreto, cariño —dijo Dina y se acercó como si fuera a susurrarle algo—. Es una verdad gigante que los seres humanos, en nuestro proceso de crecimiento y aprendizaje, lastimaremos a muchas más personas de las que nos gustaría, muchas de esas personas serán aquellos que más amamos.

—Pero ¿cómo puedes vivir con eso?

—Porque gracias a Dios también tenemos el remedio: el perdón… Parte de madurar es aprender a pedir perdón y a perdonar, pero la lección más difícil es perdonarse a uno mismo…

—No puedo hacerlo…

—Sí puedes, pero para hacerlo debes aceptar que no eres perfecta, que la vida no es perfecta y que las personas no son perfectas. Debes aceptar que puedes equivocarte y que los demás también lo pueden hacer, y, sobre todo, debes aceptar que no puedes controlar lo que los demás hacen, dicen o piensan, como tampoco algunos eventos o situaciones que se te presentarán a lo largo de la vida. Esto no es una película en la cual tú repartes el guion de lo que todos dirán o harán, no puedes manejar las reacciones de los demás ni lo que dirán o harán. Y cada persona importante para ti, hará o dirá algo que incidirá en ti, y el mismo peso tendrás tú en la vida de tus seres queridos. Siempre habrá alguien a quien lastimarás y alguien que te lastimará, incluso aunque no lo quieras.

—Pero ¿eso no es horrible? ¿Qué clase de amor lastima?

—A ver… tú y Maxi son mis tesoros más preciados, ¿no? —Angie asintió—. Aun así, te lastimé cuando tuve problemas tan complejos que no pude darte lo que necesitabas en ese momento. ¿Lo recuerdas?

—Sí… —respondió Angie—, pero eso es distinto, estabas pasando por un momento difícil para ti…

—Exacto… eso es casi siempre lo que sucede. Esta gente a la que dices que lastimaste, ¿lo hiciste a propósito para verlos infelices? ¿Fue intencional? ¿O solo fue una consecuencia de una etapa difícil o alguna confusión de tu parte?

—Fue lo segundo, pero eso no es excusa… es egoísta pensar así.

—Otra verdad del universo es que los seres humanos somos egoístas —dijo Dina—, si estamos atravesando una situación complicada no es tan fácil olvidarse de uno mismo para pensar en los demás. A lo que voy, Angie, es que, si no los lastimaste adrede, no debes ser tan inflexible contigo misma como para no poder perdonarte un momento de debilidad. Todos tenemos momentos de flaqueza, todos merecemos cometer errores… —añadió—. Ahora, debes saber también que las consecuencias de los errores a veces pueden ser muy graves… Una persona a quien lastimaste puede decidir no perdonarte…

—Las acciones siempre tienen consecuencias —dijo ella repitiendo la frase de Mateo.

—Así es, y madurar no es renegar contra esas consecuencias, sino tomar consciencia del daño e intentar revertirlo, y si no se puede, al menos demostrar arrepentimiento y pedir perdón. Pero, ante todo, pequeña, tienes que perdonarte primero a ti misma.

—Eso es muy difícil…

—No lo es, te miras al espejo, aceptas que eres humana, que las cosas se te fueron de las manos y que te equivocaste. Te perdonas por ese error y luego piensas en cómo podrías arreglar las cosas… y si no pueden arreglarse, al menos mejorarlas un poco…

—Hmmm —murmuró Angie.

—Ya te dije que crecer es como actualizar constantemente el *software* que tenemos dentro, pero no puedes actualizar el tuyo si te niegas a aceptar tus propios errores y solo te la pasas

reprochándote una y otra vez lo malo que hiciste. ¿De qué sirve que cargues con la culpa? ¿Acaso eso cambia el pasado o lo que ya se ha hecho?

—No… pero al menos me siento menos mala si soy consciente de que soy mala.

Dina sonrió.

—Todos somos buenos y malos, diciéndote todo el rato lo mala persona que eres solo logras aferrarte a la culpa y mientras cargas con ella no avanzas. Cuando te das el permiso para comprender que haber tomado una mala decisión no te hace mala persona sino una persona real e imperfecta, como lo somos todos, te liberas de la culpa y logras avanzar… crecer… madurar…

Angie asintió, pero no dijo nada.

—Estás en un pozo ahora, y mientras sigas allí adentro lo único que haces es hundirte más. Así las cosas no mejoran y es una rueda, porque como todo sigue mal o empeora, te vas más al fondo del pozo y la salida cada vez se ve más distante y lejana…

—Eso mismo me pasa —admitió ella.

—Entonces, es hora de que salgas de ese pozo…

—¿Cómo?

—Mira hacia arriba, deja de cavar y esconderte, dirígete hacia la luz, busca la salida…

—Esas son metáforas que no me llevan a acciones concretas…

—¿Quieres una acción concreta? Muy bien —dijo su madre con una sonrisa—, habla contigo misma y pregúntate qué es lo que quieres… acepta eso que quieres y actúa en concordancia con ello… Piensa qué es lo que te haría feliz y persigue esa felicidad… Perdónate eso que ha sucedido que no te perdonas y acércate a las personas que has lastimado, habla con ellas, ábreles tu corazón. Perdónate y pide perdón… Con suerte, ellos lo comprenderán.

—¿Y si no es así? ¿Si pierdo a personas importantes para mí?

—Ellos tienen derecho a vivir sus propios procesos, si les has fallado, puede que te perdonen, o puede que no, o puede que lo hagan más adelante… Eso es algo que no puedes controlar, pero si haces bien las cosas, te sentirás mejor contigo misma, que al final, es lo importante…

Angie asintió y suspiró.

—Y Angie… —añadió Dina—, todo pasa, cariño, y esto también pasará.

LO SIENTO

Como no podía ser de otra manera, Angie organizó su semana. Lo primero que debía hacer era hablar con Lucas, pero lo haría luego de la prueba de matemáticas, para asegurarse de que su conversación no lo afectaría en el examen. Iba a terminar con él, porque, aunque le tenía mucho cariño, no estaba enamorada, y no le parecía justo pensar en otra persona mientras estaba con él. No iba a decirle eso, no creía que fuera necesario, pero sí iba a decirle que no podían seguir. Al menos se sentiría un poco mejor si no siguiera engañándolo.
Luego, se tomaría un espacio para sí misma, necesitaba perdonarse como le había dicho Dina y encontrar de nuevo su centro, saber quién era en realidad. Todo lo sucedido le había llevado a sentir que se desconocía, y eso no era bueno, le hacía sentir insegura y confusa. Debía aclararse. Quizás era momento de rever un poco su manera de encarar la vida, por algo todos le decían que era muy controladora, quizá tenían razón… aunque no sabía bien cómo cambiar eso.

Y después estaba Bastian, necesitaba aclarar lo que sentía por él, necesitaba comprender dónde se había originado todo, cómo y por qué.

Entonces, y a pesar de sentirse acobardada, cuando Lucas la buscó luego del examen para compartir con ella cómo le había ido, Angie lo miró a los ojos y sin rodeos le dijo que necesitaban hablar.

—No me gusta cómo suena eso —dijo él y suspiró.

—Lucas… lo siento —respondió ella.

—¿Qué sientes? —inquirió confuso.

—Siento no poder darte y tratarte como te mereces…

—¿Qué quieres decir? Me estás asustando —preguntó él.

—Que necesitamos… que necesito terminar nuestra relación —zanjó—. Lo siento, de verdad… no sabes cuánto me gustaría…

—¿Cómo? —inquirió interrumpiéndola—. ¿Por qué?

—Porque no siento lo mismo que tú —dijo ella.

—Pero… pero puedes llegar a sentirlo, Angie… déjame enamorarte, déjame lograrlo.

Angie negó y sintió que le apretaba el pecho tras la tristeza y desesperación con que sonaban las palabras de Lucas.

—No, escúchame —dijo y lo tomó de la mano—. Tú eres un gran chico, mereces alguien que te ame con locura, no deberías conformarte con menos…

—Pero… ¿es por lo de la otra noche? Perdóname… por favor…

—No, no es por eso —dijo ella e intentó sonar sincera—. En serio, no es por eso… es…

—Hay alguien más, ¿no? —inquirió él.

Angie lo pensó, esa parecía una buena opción para que él lo comprendiera.

—Sí… —susurró—. Es decir, no hay nadie ahora… conmigo… pero sí en mi mente… y no me parece justo para ti…

—No hay nada que yo pueda hacer, ¿verdad? —preguntó él.

—Preferiría que no…

Lucas bajó la vista y asintió. Angie sintió un dolor enorme al no poder darle más, al no poder abrazarlo y sacarle esa mirada de tristeza, pero pensó en lo que le dijo su madre y eso era lo mejor. Tenía que ser sincera y arreglar las cosas de la mejor manera.

—Te amo, Angie —dijo Lucas—. Espero que seas feliz y que esa persona sepa valorarte.

Angie no respondió, lo vio alejarse y suspiró.

Caminó entonces en silencio y fue a sentarse bajo un frondoso árbol, recostó la cabeza por él y respiró. A pesar de lo mal que se sentía causarle dolor a alguien, comprendió que aquella decisión había sido la mejor, a la larga dolería menos, además ella se sentía un poco mejor consigo misma.

Cuando Angie regresó a la clase, el profesor estaba repartiendo cartas del buzón. A ella le llegó una, era un sobre de color rojo. Angie lo tomó con sorpresa, con todas las situaciones que estaba viviendo se había olvidado por completo de aquella actividad. Algunos compañeros sacaban sus cartas y las leían, otros, como ella, las guardaron para leerlas en algún momento más privado.

Y eso hizo, al llegar a su casa se fue a su habitación y se sentó en la cama, buscó el sobre en su mochila y lo abrió.

«Mínima:

No sabía si escribirte o no, pero recordé que alguna vez me dijiste que lo hacía bien y que podría ser una manera de acercarme a alguien. No era a ti precisamente, pero pensé que podía aplicar tu consejo para contigo misma. No pretendo que me respondas, con que me leas ya estoy a gusto.

Este tiempo ha sido difícil, debo pedirte perdón. No sé qué me pasó esa noche en el lago, quiero que sepas que mi idea no fue ir hasta allí para que sucediera nada en específico, yo solo temía por tu seguridad y por eso decidí seguirte. Y de pronto, tú allí, a la luz de la luna, con esa perfección tan tuya que me vuelve loco… y todo se me fue de las manos.

Sé que es difícil que lo comprendas porque tú no funcionas así, tú siempre lo tienes todo perfectamente controlado y nunca dejas que las situaciones te superen. Te admiro mucho por eso, pero yo no soy así. Soy impulsivo y me dejo llevar con facilidad por las situaciones que me alteran de alguna manera u otra… para bien o para mal. Lo único que te pido es que me creas, yo no quería hacerte daño, jamás lo hubiese querido… preferiría cualquier cosa antes que verte mal, Angie…

Me siento muy mal por haberte puesto en aquella situación, y, sobre todo, porque las cosas entre nosotros cambiaron y temo que ya no regresen a ser lo que alguna vez fueron. Tú has estado allí

siempre, me has hecho reír y me has hecho enfadar, tú eres la única que tiene esa capacidad para sacarme de mis casillas con una sola palabra… y eso me hace sentir vivo, me hace sentir especial. Puede sonar hasta masoquista, pero saber que siempre me llevas la contraria me hace sentir importante en tu vida… me hace sentir parte…

Ahora no nos queda nada, un espacio vacío, un silencio eterno. Ahora las palabras afiladas ya no son por broma o por pasar el rato, son de verdad dolorosas y con intención. Y más que esas palabras, duele el vacío, duele el que te cruces a mi lado en el colegio y no me veas…

Me siento culpable, si hubiese callado todo hoy no estaríamos así, pero ¿sabes qué? Ya no podía callarlo… Ojalá algún día puedas perdonarme y podamos volver a lo que siempre fuimos, porque te prefiero intentando ganarme puntos en Literatura que ignorándome por completo.

Que tengas un buen día, Angie.

Bestian».

Angie leyó la carta muchas veces y analizó cada palabra, luego, decidió que le escribiría una respuesta. Buscó un papel de color rosa y unos bolígrafos en varios tonos y se dispuso a escribirla, incluso sin saber bien qué iba a decirle.

Aquellas palabras de Bastian sonaban sinceras y habían hecho que su corazón latiera con fuerza. Ella también extrañaba la interacción, así que las cartas parecían una buena opción mientras tanto.

Esa tarde, mientras escribía, Angie creyó que incluso aunque aún no supiera qué iba a pasar, la nube negra sobre su cabeza había dejado de llover.

CARTAS

«¡Hola, Maxi!

Cuando me puse a pensar a quién podía escribirle en este estúpido proyecto, no se me ocurrió nadie mejor que tú. Digo, no sería muy buena idea que le escriba a Bastian, ¿no? Y a Angie creo que le escribiré luego… Tengo que ser sincera, no tengo a nadie más a quién escribir.

Tampoco sé muy bien qué decir… es raro, te he contado como si nada uno de mis más grandes secretos y me he quedado toda la noche pensando al respecto. He guardado eso tan dentro de mí que creo que ha juntado telarañas allí, me daba miedo quitarlo, me daba vergüenza. Es muy estúpido si lo piensas, he sido una víctima, no debería sentirme culpable, ¿no? Pero me he sentido así toda la vida… culpable porque quizá yo, de alguna forma inconsciente, atraje a ese hombre hacia mí, ¿no? Mi madre me dijo eso una vez, que odiaba que fuera tan bella. ¿No es irónico?

En fin, no deseo aburrirte con mis problemas, solo me detuve a pensar por qué me generas tanta confianza. Supongo que es algo genético, ¿no? Porque me pasa lo mismo con Angie.

Hablando de Angie… ha terminado con Lucas… al final creo que todos estamos solos de nuevo, deberías armar una de esas reuniones que solíamos hacer en tu casa al inicio del año, cuando las cosas aún no estaban tan complicadas.

Si quieres, escríbeme… me gustaría saber de ti, cuéntame algún secreto que me haga sentir menos vulnerable al contarte todos los míos…

Un beso,

Dulce».

◆ ◆ ◆

«Hola BEstian:

Ha sido agradable leerte, te agradezco por escribirme y sobre todo por tu sinceridad. Quiero dejar algo en claro: yo no te culpo de nada. Sí, puede que esa noche te haya dicho que tú me habías orillado a hacer ciertas cosas que no son muy propias de mí, pero eso fue porque me sentía demasiado apabullada por todo lo que había pasado. Lo cierto es que yo estuve allí y que, aunque aún no me explico cómo ni porqué, yo tomé la decisión de hacer lo que hice… o no sé si la tomé, pero no me detuve tampoco.

Es irónico, creo que es la primera vez que hago algo sin pensar… todos dicen que analizo demasiado las cosas y que debo dejarme llevar. ¿Pero no crees que eso es peligroso? La única

vez que me dejé llevar y que mi mente pareció apagarse, terminé… bueno, tú sabes cómo.

También sé que sabes que en este momento estoy completamente ruborizada… Parece que pudiera verte aquí, burlándote por eso.

En fin, Bastian… no han sido días fáciles, nada ha salido como he planeado este año. Por el contrario, siento como si hubiese hecho con cuidado un perfecto castillo de naipes y luego vino un viento y lo hizo volar. Me encuentro de pie ante todas las cartas desparramadas por el suelo.

Me he sentido muy mal, es horrible no reconocerse a una misma, es muy feo mirarse al espejo y sentir repulsión… Tengo una idea de cómo soy y cómo quiero ser, y en estos últimos tiempos al parecer me he esmerado para alejarme de ese ideal de Angie que tengo en la cabeza.

La Angie que quiero ser no traiciona.

La Angie que quiero ser no miente.

La Angie que quiero ser no pierde los estribos con un chico que no es su novio en medio de un lago.

La Angie que quiero ser no se siente tan perdida y confusa porque siempre sabe qué hacer o qué decir, cómo reaccionar…

Tú dices que eso es lo que admiras de mí, y eso es lo que menos he sido en este tiempo.

Estaba enfadada conmigo misma por defraudarme, creo que sigo un poco así, pero mamá me ha dicho que todas las personas cometemos errores y que es normal perdernos un poco mientras nos estamos buscando. No sé si tendrá razón o no, pero decidí confiar en sus palabras porque no hacerlo me da mucho miedo.

Uno, cuando conoce a alguien, sabe lo que esa persona es o no capaz de hacer… al menos lo supone, ¿no? ¿Quién podría pensar que yo haría lo que hice? ¿Qué pensarían todos si lo supieran? ¿Qué pensaría Maxi o Dulce? ¿Qué piensas tú, Bastian?

Yo también extraño nuestra dinámica, extraño verte llegar a casa a las ocho en punto y buscar motivos para reñirte en el desayuno. Extraño correr a avisarte que he obtenido un mejor puntaje en Matemáticas (cosa que ha pasado, por cierto). Extraño que nos sentemos los tres, los viernes por la noche, a hablar de cualquier cosa… Pero siento que no puedo forzarlo, no te ignoro. ¿Crees que me pasas desapercibido cada vez que te cruzas conmigo en el colegio? Puedo sentir tu presencia, aunque estés a mucha distancia, Bas… siempre ha sido así, solo que nunca me había hecho consciente de ello.

Estoy intentando lidiar conmigo misma, y eso me saca toda la energía. Quizá sí tenías razón, quizá siempre la tuviste, soy una niña malcriada y egoísta, soy una chica molestosa y pesada… y todas las cosas que alguna vez me dijiste… quizá tú me viste antes, y ahora que me veo, toca aceptarme e intentar encontrar un camino, estoy buscando ser una mejor persona, y creo que estoy fallando catastróficamente… ¿Me entiendes?

No sé por qué te estoy diciendo esto, podrías usarlo en mi contra en próximas discusiones, pero estoy cansada también…

Espero que tú también tengas un buen día…

Mínima».

◆ ◆ ◆

«Dulce…

No creas que solo tú te has pasado aquella noche pensando en la conversación que tuvimos. Lo que voy a decirte no es muy galante, pero gracias a tu secreto, no pensé en nadie más que en ti durante la noche. No me malinterpretes, lo que digo es que no pude evitar pensar en ti como en una niña pequeña atravesando una terrible tormenta y haciéndolo todo sola.

¡Qué fuerte eres! Me siento un estúpido a tu lado, mis mayores problemas en mi infancia eran que mi hermana quería jugar a las muñecas y me obligaba a hacer el papel del padre, nos vestíamos con ropas de mis padres y yo me moría de vergüenza ante Bastian, que se burlaba de nosotros… Pero es que mi madre nos obligaba a jugar media hora del juego que cada uno elegía, y Angie siempre optaba por jugar a la casita, aunque a veces también me obligaba a tomar el té vestido con una corona… se suponía que era un té de princesas.

¿Te das cuenta? Y tú contándome lo valiente y fuerte que has sido… No puedo más que admirarte… Y discúlpame, pero qué ganas me dan de ir a buscar a tu madre y decirle muchas cosas… y de paso, darle una patada en sus partes íntimas a aquella persona que te dañó el alma… Y a tu padre, de paso, por no abrazarte más… como debiste haber sido abrazada…

¿Sabes? Me gustan los abrazos… puedo darte uno siempre que lo necesites… No quiero que vuelvas a sentirte sola, yo sé que no tengo ningún derecho a decirte esto, pero si te sirve, yo aquí estoy y estaré cada vez que te haga falta un hombro para llorar, un abrazo… o tomar un helado.

Repito: Te admiro, mujer… No deberías sentirte mal contigo misma, mucho menos culpable. No tienes culpa de nada, absolutamente de nada.

Con respecto a que sientes confianza conmigo, me siento honrado… y quiero que sepas que lo que tú me dices se queda conmigo… jamás traicionaría esa confianza que tanto valoro de una mujer tan valiente como tú. Eso ya lo dije, ¿no? Que eres valiente, pero ¡vamos, Dulce! Esa es la verdad…

Bueno… sobre Angie y Lucas… no sé qué decir, pensé que las cosas entre ellos estaban bien… pero al parecer no es así. Parece que esto de las relaciones es más difícil de lo que pensábamos, ¿eh? Y sobre las reuniones en casa, no creo que Angie y Bastian se nos unan ahora, pero tú y yo podríamos hacer algo. ¿Qué tal si el fin de semana hacemos algo? ¿Quieres ir a la playa? Podría ser divertido… olvidarnos un poco de todos los demás…

Es solo una idea, no te sientas obligada a decirme que sí… Por cierto, no te preocupes por sentirte vulnerable conmigo, estás a salvo…

Gracias por escribirme, Dulce.

Cariños,

Maxi».

◆ ◆ ◆

«¡Ay, Mínima, Mínima:

Eres tan exigente contigo misma que terminas siendo la única persona incapaz de valorarte como te mereces. Todos los que te conocemos sabemos lo buena persona que eres… Sí, pude haberte

dicho miles de cosas cuando nos discutimos, pero no soy ciego, eres una chica con un corazón enorme.

Todavía recuerdo cuando llegaste del campamento y me hablaste de Dulce, me dijiste que te sentías muy triste porque ella había tenido que vivir cosas que ningún niño debería atravesar. Y lo decías en serio, tus ojos, tu corazón, toda tu alma lloraba por ella.

También recuerdo lo mucho que te preocupaste cuando Maxi y yo nos enfermamos de varicela, no te importó contagiarte, nos cuidaste a ambos. Le decías a tu madre que me prepare comida y tú misma me la llevabas a casa cada día. ¿No lo recuerdas? Me dijiste que haríamos una tregua por mi bien. Nunca me sentí más feliz de estar enfermo… me cuidaste y me protegiste como nadie lo había hecho…

Y eso sin hablar de las veces que recogiste animales silvestres lastimados y los curaste para liberarlos de nuevo, o esa ocasión en la que armaste una rifa para ayudar a Mercedes, esa niña cuya madre estaba enferma. O cuando nos hiciste juntar ropas y juguetes que ya no usábamos para donar a los niños del orfanato.

¿Aún puedes decir que eres una mala persona? ¿Aún puedes juzgarte por un momento de flaqueza?

Tú no mentiste ni traicionaste, o quizá sí… lo hicimos ambos. Es cierto, no debimos… teníamos pareja y lo que hicimos estaba mal, no por lo hecho en sí (porque no creo que algo que se sintió tan perfecto estuviera mal de ninguna manera), pero por el momento en el que lo hicimos… Comprendo, y te juro que también me he sentido mal por ello, pero no puedes permitir que un error borre todo lo bueno que tienes. Tu madre tiene razón, todos nos equivocamos y tú también puedes hacerlo. No por eso la gente que te quiere va a dejar de hacerlo.

No queremos que seas perfecta, Angie, queremos que seas feliz. Y lo que deberías pensar es qué es lo que te hará feliz hoy y cómo lograrlo…

Deberías dejar de ponerte reglas y plantearte una sola cosa: Que la Angie que quieras ser sea una mujer feliz y plena.

Eso es lo que yo deseo para ti, ver de nuevo esa tu sonrisa cargada de inocencia y oír tus gritos cuando nos pones a seguir órdenes a Maxi y a mí, me gustaría que lograras todo lo que deseas en la vida, pero sobre todo, me gustaría verte feliz… Sé que esto parece una mentira y que tú crees que yo soy un mentiroso, siempre me lo has dicho… Sé que piensas muchas cosas de mí que quizá nunca tenga la oportunidad de desmentir… pero si hay algo que deseo de verdad es que seas feliz, que brilles mucho, como lo has hecho siempre.

Y yo, yo solo espero poder seguir viéndote de lejos, sintiéndome orgulloso de que Angie es la persona que quiere ser…

Perdóname si alguna vez sentiste alguna especie de presión por mi parte, aún siento que te presioné la otra noche y no logro perdonarme por eso…

También estoy lidiando conmigo mismo y con lo que siento, y también deseo llegar a ser una mejor persona… A veces amo la historia que tenemos juntos, pero a veces me pregunto si no hubiese sido mejor que nos conociéramos ahora… Quizás hubiese tenido más chances, ¿no?

De todas maneras, Angie, quiero que te sientas tranquila. Comprendo a la perfección lo que has querido decirme y sé que necesitas encontrarte a ti misma y para eso, necesitas estar lejos de

mí… Y quiero que sepas que yo jamás interferiría en tu proceso para ser mejor persona, al menos no si no puedo ayudarte en positivo.

No sé qué más decir… solo que no seas tan dura contigo misma…

¿Te puedo enviar un abrazo por este medio?

Cierra los ojos y siéntelo.

BEstian».

◆ ◆ ◆

«Maxi:

Me ha hecho reír la imagen de ti tomando el té con una corona de princesa. Qué ternura. No sabes cuánto daría por haberlos conocido en aquella época. Ustedes tres son increíbles, quizá si nos hubiésemos conocido antes podríamos haber sido cuatro, ¿no?

Sobre lo de la playa, me parece una idea perfecta. Hace mucho que no voy y amo el mar. Creo que será perfecto desconectarnos de todo y de todos por un rato. Podríamos hacer un ritual de esos para deshacerse de las cosas que nos pesan. ¿Has oído alguna vez de ellos?

Pensarás que estoy loca, pero me encantan esas cosas…

Por cierto, no le he dicho a Angie sobre estas cartas. Me ha preguntado quién me escribe y le he dicho que era un admirador secreto que no me ha dicho el nombre. No sé, me gusta que seas mi pequeño secreto. Pero si crees que debemos decirle, lo haremos, no hay ningún problema.

De todas maneras, ella tampoco me ha dicho nada de las cartas que recibe, y siempre sonríe cuando el profesor le llama para dársela. ¿Te has dado cuenta? ¿Sabes quién le escribe?

Creo que soy un poco curiosa.

Nos vemos el fin de semana… Ya estoy ansiosa…

Dulce»

◆ ◆ ◆

«Bas:

Estaba teniendo un mal día, llevo noches sin dormir con unas extrañas pesadillas… Sueño que estamos todos en el campamento, y de pronto se van, desaparecen, y me quedo sola… y no sé cómo volver, es como si todo fuera un laberinto del cual no puedo salir…

Pero entonces, leí tu carta… Seré mala… la tuve que leer un par de veces porque aún me cuesta creer que tú pienses tan bien de mí. No tiene sentido, no es que dude de ti, es que… no he sido la mejor contigo… Te hice caer sobre un hormiguero en uno de los campamentos, desinflé tu pelota favorita haciéndola caer sobre un clavo que yo misma coloqué en el suelo… pretendía que dejaran de jugar al futbol y dejaras de llevarte a Maxi contigo cada vez que yo quería jugar a la mamá y al papá. Te corté mientras dormías aquella estúpida y minúscula trenza que te dejaste una vez crecer cuando teníamos unos doce años… Creo que aún la guardo en algún lado (ja ja ja)

y me burlé de ti incontables veces. ¿Cómo es que eso lo has olvidado y hablas de mí como si fuera la Madre Teresa de Calcuta?

Lo admito, me da miedo… porque por un lado tengo al Bastian que siempre pareció odiarme y por otro, ese que me admira y me dice cosas tan bellas. ¿Quién eres en realidad?

No odio ese año que pasamos juntos, no lo odio en lo más mínimo… Cierto, los naipes del castillo se cayeron, pero tú las recogiste una a una y armaste uno nuevo en el que me sentí protegida cuando todo lo demás falló.

Te agradezco por alentarme a ser feliz… pareciera algo tan sencillo… La gente habla de la felicidad como si se tratara de una medicina que se consigue en la farmacia. Las redes sociales, las publicidades, todo te lleva hacia la felicidad… pero esa parece una búsqueda sin sentido. La felicidad no está en las cosas que nos compramos o las que poseemos, no está tampoco en las notas del colegio… está en sentirnos bien con nosotros mismos y con la persona en la que nos hemos convertido.

Y ese pensamiento me ha hecho comprender por qué ha sido tan difícil todo últimamente.

Pero tienes razón, debería intentar ser menos estricta conmigo mismo y disfrutar un poco más. Mamá me hizo la misma pregunta, ¿qué es lo que deseo ahora mismo? ¿Qué es lo que me haría feliz?

Siento que sé lo que es, pero que está escondido en algún lugar en mi interior y no logro descubrirlo. ¿Te ha pasado alguna vez que se te pierde algo y tienes una clara idea de dónde debería estar o dónde podría estar, pero lo buscas y no lo hallas allí? Eso confunde, ¿no?

A lo mejor es que no quiero aceptarlo… como tú dijiste la otra noche… quizá soy muy cobarde…

Nunca me he planteado aquello que mencionas… lo de conocernos recién ahora y no cargar con toda la historia que traemos. ¿En qué nos beneficiaría? ¿Sería buena idea?

¿Cómo crees que sería si nos conociéramos hoy? ¿Qué clase de relación tendríamos? A lo mejor es que nos conocemos demasiado… y al final es que no nos conocemos en realidad… ¿No has pensado que tanto nos hemos escondido tras los roles de pelearnos y discutir que al final no sabemos quién es el otro de verdad?

Todo es tan confuso… ojalá encontráramos respuestas en los viejos libros de la biblioteca del colegio…

Pero la vida no trae manuales, dice siempre mi padre…

Ojalá cuando tengamos como cuarenta años nos riamos de esta etapa de nuestras vidas.

Me agrada esto de las cartas, me ayuda a poner mis pensamientos en orden… y ya sabes, que soy la friki del orden.

¿Cómo imaginas que sería si nos conociéramos ahora por primera vez?

Besos,

Angie».

MÁS CARTAS

«Angie:

Hace días que quiero escribirte una carta, no sé bien qué decirte en ella, supongo que todo te lo digo en persona, siempre… pero hay algo que probablemente no te he dicho. Tu amistad es importante para mí, sé que somos muy distintas, pero a la vez eso es lo que más me gusta de nosotras. Tú eres tan perfecta que me haces sentir en orden, como si a tu lado nada pudiese salir mal. Eres como un sol, Angie, brillas mucho y encandilas a todos los que estamos a tu alrededor.

Este fin de semana no estaré por aquí, tengo que ir con papá a la ciudad… pero me gustaría que tuviéramos una salida de chicas… hace mucho que no lo hacemos, ¿no? Entre exámenes y chicos la vida se nos complicó.

Espero que no te sientas tan mal por lo de Lucas, sé que lo quieres y que te duele verlo mal, pero ha sido lo mejor, Angie, si no estás enamorada de él no es bueno que sigas a su lado porque lo ilusionarías. Yo lo he comprendido hace poco.

¿Sabes? Me gusta la persona en la que me estoy convirtiendo, al fin estoy hallando un norte… creo que mucho de eso te lo debo a ti.

Te quiero,

Dulce».

◆ ◆ ◆

«Dulce:

No ha sido fácil engañar a mi madre y a mi padre, y no es que me guste hacerlo, pero no estoy seguro de que quedaría bien que les diga que voy a pasar el fin de semana contigo en la playa en la casa que tu padre tiene allí. Además, no sé qué pensaría Angie si se lo contara, es probable que me riña, y a Bastian… bueno, no me pareció contárselo tampoco.

Es la primera vez que tengo un secreto de esta magnitud. ¿Por qué no podemos simplemente decirlo? Por un lado, me hace sentir mal, porque no sé qué tiene de malo ni por qué tenemos que ocultarlo… Por otro lado, me hace sentir bien, me agrada sentir que tú y yo tenemos un secreto, es como… como si… no sé explicarlo…

Me preocupa un poco Bastian, no es que tengamos nada tú y yo… ni que piense que vayamos a tener nada… pero no sé cómo se lo tomaría si supiera que somos amigos y que estaremos juntos todo el fin de semana. ¿Crees que me estoy preocupando demasiado? A lo mejor la psicosis de Angie ya se me ha pegado un poco.

En fin, nada de eso hará que posponga nuestra aventura. ¿Estarás tú tan entusiasmada como yo? Me siento como niño pequeño el día de Reyes.

Con cariño,

Maxi».

◆ ◆ ◆

«Mínima:

Creo que todos somos varias personas a la vez, cada persona que conocemos saca un lado de nosotros, es como si esa persona fuera el o la dueña de esa parte de nuestra personalidad. Tú sacas de mí mi peor y mi mejor parte, esa es la realidad. La peor ya la conoces de sobra, es ese BEstian que te molesta desde el día en que te conoció, cuando estabas tan deslumbrante con ese vestido que te quedaba enorme, esos tacones y ese labial corrido. El mismo que te llenó la cara de pasta dental cuando veníamos del viaje de la escuela en sexto grado, o aquel que escondió tu libro de Inglés justo antes de que diéramos la prueba final y que casi infartaste… el mismo que se burlaba de cualquier cosa que dijeras cada mañana en el desayuno o el que una vez puso una culebra de goma bajo tu almohada…

Así que, si miro en retrospectiva, creo que ambos somos culpables de los infortunios del otro en alguna etapa de nuestras vidas, ¿no?

También sacas mi mejor parte, y esa sí que no la conoces del todo… Aunque ya te he dado algunos indicios, ¿no? Aquel año en el que nos besamos por primera (y única vez) o esa vez que le rompí la nariz al bobo de Joselo por haber intentado levantarte la falda en cuarto grado… Creo que esa no la sabías…

En fin… Cambiando de tema, me preocupan tus pesadillas, yo las odio… me persiguieron por tantos años que hasta llegué a tener miedo de dormir. ¿Lo recuerdas? Me descubriste una vez, cuando quedé a dormir en tu casa… Lo único que puedo decirte es que quizá se deban a lo nerviosa que estás y a las cosas que estás atravesando, si sirve de algo, nunca estarás sola… no creo que Maxi jamás te abandone, pero, en cualquier caso, yo estaré siempre rondándote… para bien o para mal… Es irónico, ¿no? Cuántas veces me dijiste a mí que yo era tu peor pesadilla…

Y hablando de Maxi. ¿En qué anda? Está un poco perdido y me dijo que iría de pesca el fin de semana con Luis Gamarra. ¿En serio? ¿Con Luis? ¿Desde cuándo son amigos? Hmmm, ¿parezco celoso? Sí, ya lo sé, es casi como si pudiera escucharte burlándote de mí por sentirme celoso de mi mejor amigo… No lo estoy, solo, me da un poco de curiosidad esa rara amistad y me siento excluido…

Bueno… y con respuesta a tu pregunta… Si te conociera hoy, creo que primero me quedaría mirándote un buen rato, me perdería en esos ojos y esas pestañas que tienes, después te miraría a los labios y me diría a mí mismo que se ven muy besables, a lo mejor incluso me preguntaría a qué saben… después miraría el resto de tu cuerpo y esas curvas que mejor no dejo por escrito ninguna evidencia de lo mucho que me alteran, pero creo que tú ya tuviste una idea de eso la noche del lago… Entonces, me acercaría a hablarte, quizá diría algo estúpido porque debo admitirlo, no se me da bien eso de las primeras conversaciones, nunca sé bien qué decir. Tú te darías media vuelta, me mirarías y levantarías las cejas con un gesto como preguntándote qué demonios quiere ese estúpido que te habla. Luego, cruzarías los brazos, ya que a mí no me

saldrían las palabras. Yo me pondría a temblar, pero para que no te dieras cuenta es probable que diga otra tontería… Y tú entonces reirías, y se formaría bajo tu labio, un poco a la derecha, ese pequeño hoyuelo que se te hace al sonreír, y si lograra ponerte nerviosa, capaz te morderías el labio, lo que haría que yo mirara hacia ellos y volviera a preguntarme a qué saben.

Me imagino que algo así sería nuestro primer encuentro, pero no sé cómo continuaría desde allí porque me da miedo pensar que te pondrías a gritarme, me llamarías Bestian y me mandarías a que me fuera bien lejos…

En fin… ¿Cómo lo imaginas tú?

Cariños,

BEstian».

◆ ◆ ◆

«Dulce:

No te imaginas lo contenta que me puse al recibir tu carta, ya me estaba poniendo un poco celosa porque no me habías escrito y porque últimamente andas muy misteriosa.

Oye, me he enterado de que Maxi irá de pesca el fin de semana con Luis Gamarra… creo que les tocó hacer un trabajo juntos y han hecho buenas migas… ¿Debería preocuparme? ¿Te acuerdas aquello de lo que habíamos hablado una vez? Sé que los intereses de Maxi no van por esas zonas, pero… es extraño, de todas formas…

En fin, también extraño un momento de chicas y me parece muy buena idea lo de hacer algo. Espero que pases bien este fin de semana, aunque sé que no pasas tan bien con tu padre… Yo no tengo nada planeado, creo que estudiaré un poco para adelantar las materias que faltan rendir… ¡Qué divertida, ¿no?!

También eres especial para mí, Dulce. Eres mi única amiga mujer, eso ya te lo dice todo, ¿no? Y sabes, nunca te fallaría adrede… quiero que tengas eso muy claro, ¿sí? Si alguna vez hago algo que te pudiera lastimar, quiero que estés segura de que no lo hice a propósito… Y ojalá tengamos una de esas amistades que son inmunes al tiempo y a los problemas…

Te quiero,

Angie».

◆ ◆ ◆

«Maxi:

Tengo algo que contarte, me estoy riendo sola en mi habitación, cualquiera que me viera diría que estoy loca de remate. No te lo contaré por aquí porque quiero dejar algo para hablar el fin de semana… no es que crea que no tendremos tema de conversación, pero siempre es bueno tener un AS bajo la manga… También estoy nerviosa… y ya me enteré de que todos creen que irás de pesca.

Estoy contando los minutos para nuestra aventura.

Besitos,

Dulce».

◆ ◆ ◆

«Bastian:

¿Fuiste tú? ¿Tú rompiste la nariz del idiota de Joselo? Yo creí que fue Maxi, pero con razón que él me juro y rejuró que no había sido él. Ahora todo tiene sentido. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Te regañaron por eso? Creo que te debo una, ese niño era insufrible.

Bueno… lo de Maxi no lo sé, también lo veo muy extraño. Creo que todos lo estamos en estos días, se pasa muchas horas en su habitación y lo vi escribiendo cartas un par de veces. Me agrada que estés celoso también, me gustaría poder hacer burlas al respecto, sería un montón de información para burlas, ¿no? Me rio sola cuando pienso en todo lo que habría dicho si esta conversación no se hubiese dado por escrito.

Ah, definitivamente extraño nuestra dinámica.

Sin embargo, me ha agradado tu idea de cómo nos conoceríamos por primera vez. Ni siquiera me había fijado que tenía un hoyuelo que se marca cuando sonrío, tuve que ir al espejo a mirarlo. Pensé que te equivocabas, pero allí estaba… Nunca me he mirado demasiado, ¿sabes? Por eso me sorprende eso de mis curvas… bueno, en realidad creo que tengo demasiadas para el tipo de chicas que están de moda hoy ¿o no? Y no sé por qué vengo a contarte a ti de mis inseguridades respecto a mi cuerpo… Casi muero en el lago… y mejor dejo aquí esos puntos suspensivos y cambio de tema…

Con respecto a la historia de cómo nos conoceríamos, luego de todo lo que dijiste, creo que me parecerías tierno. Me gustan los chicos que se ponen nerviosos, me hacen sentir que no se la saben todo de la vida y las mujeres. Sé que tú tienes mucha experiencia con las chicas, pero esa no es una cualidad que yo valore… No entiendo en qué momento nos hicieron creer que eso estaba bien. En todos los libros de romance de época que he leído, es una cualidad fantástica que el chico (que ya ronda como los treinta) tenga mucha experiencia para poder así tratar correctamente a la virginal chica (que ronda los dieciocho). Siempre hacen énfasis en que él sabía cómo y dónde tocarla y llevarla al éxtasis porque ya era un hombre que había estado con muchas antes.

O sea, ¿qué clase de locura desigual es esa? ¿Por qué las mujeres tendríamos que valorar o no la experiencia de un chico? Es decir, ¿por qué no podríamos los dos aprender juntos? ¿No sería eso mejor? No estoy diciendo que esté mal tener experiencia, lo que estoy diciendo es que no me gusta esa valoración. Por ejemplo, si una chica tiene mucha experiencia ella no sería catalogada como una buenísima amante, sino como una mujer de vida fácil, ¿no? Pero si un chico tiene mucha experiencia entonces es un gran amante. ¿¡Qué demonios!?

Yo preferiría estar con un chico sin experiencia, porque así no me sentiría tan torpe. Bueno, ya sabes que tengo ese extraño complejo de superioridad en el sentido de que no soporto que nadie se sienta superior a mí, o, mejor dicho, yo no soporto sentirme inferior a nadie. Odio ser la que menos sabe de algo o la ignorante a la que miran como si fuera tonta. No me gustaría estar con un chico que ya tiene un posgrado en relaciones y que yo me sintiera como si estuviera en preescolar. ¿Tiene sentido?

Bueno, me divagué mucho sobre esto y al final me perdí de lo que te estaba diciendo. Luego de

que tú te pusieras nervioso y dijeras alguna tontería, sobre todo luego de que viera que me miras los labios… creo que me acercaría un poco a ti, solo un poco, y te miraría a los ojos… y te diría algo como: ¿piensas invitarme a salir o te quedarás balbuceando como tonto?

Ja, ja, ja.

Dios sabe que jamás me animaría a hacer algo así con cualquier chico, pero la idea de imaginarte a ti en esa escena hizo salir mi lado malo, ese que solo sale contigo… ¿Será eso algo bueno? Nadie nunca me saca de mis casillas como lo haces tú. Soy la persona más controlada del planeta, incluso cuando no estoy controlada finjo estarlo, pero entonces tú… haces que me ponga a gritarte como una loca, que te empuje, que te pelee o que… me… en el lago…

Dios, estoy sonrojada y lo sabes… ¿Bastian? ¿Qué es lo que me pasa?

…

Angie».

ATRAPASUEÑOS

Cuando Angie llegó a su casa ese viernes, no traía una carta en su mano, sino un sobre de color madera con algo adentro.

Llegó a su habitación y se encerró para revisar aquel extraño paquete. Lo que había adentro la hizo sonreír.

Era un atrapasueños similar al que Bastian tenía sobre su cama antes, pero un poco más grande. Había una nota adjunta que decía:

«Angie:

Este es un presente que espero que te guste, colócalo en la cabecera de tu cama para que atrape los malos sueños y las peores pesadillas… Incluso si yo soy uno de ellos… ¿Sabes? No sé qué es lo que te pasa, apenas puedo descifrar vagamente lo que me pasa a mí, lo que sí sé es que no quiero hacer nada que te haga mal…

Bastian».

Angie fue a buscar un clavo y un martillo entre las herramientas de su padre para poder colocar aquello sobre su cama.

—Alguien se ve muy contenta hoy —dijo su madre al verla.

Angie solo se encogió de hombros y sonrió.

Cuando regresaba a su habitación, escuchó algunas voces en el cuarto de Maxi que se suponía iría en un par de horas a encontrarse con Luis para ir de pesca. Era Maxi al teléfono.

—No puedo esperar a vernos, ya lo tengo todo listo. La pasaremos bien, yo lo sé…

Angie pegó más el oído a la puerta.

—No, nadie lo sabe… no te preocupes, este seguirá siendo nuestro secreto… y nunca tuve uno, ¿sabes? Es excitante —admitió.

Angie se cubrió la boca con la mano y se volteó para ir a su habitación, pero entonces se chocó con alguien más.

—Bastian —susurró—. ¿Qué demonios?

—¿Qué espiamos? —inquirió él.

—Creo que Maxi no va de pesca como dice —susurró—, al menos no va a pescar peces…

—¿No? ¿Por qué lo dices?

—No lo sé… intuición de melliza —murmuró—. ¿A qué venías?

—Me escribió para que le prestara mis lentes de sol —dijo y mostró que los traía en las manos —. Ya sabes que los ama.

—Sí —respondió Angie y suspiró—. Bueno, voy a mi cuarto —añadió nerviosa.

—¿Te gustó? —preguntó él—. Lo conseguí en la feria de arte callejero…

—Lo voy a colgar ahora —dijo ella y mostró que traía el martillo y el clavo en las manos.

—¿Quieres que te ayude con eso?

—No lo necesito —dijo Angie—, pero igual me gustaría —admitió.

Bastian la siguió hasta su habitación y una vez dentro, los dos se sintieron nerviosos. No era la primera vez que él entraba a su cuarto, pero de pronto algo se sentía distinto.

Angie le pasó el martillo y los clavitos y él se dirigió a la cama, subió arrodillado sobre la misma y se dirigió hacia el centro.

—¿Aquí? —inquirió señalando un punto en la pared.

Angie asintió.

Lo vio allí, de rodillas sobre su cama, y de pronto todas las imágenes de la noche en el lago explotaron en su interior. Bastian era guapo y le atraía como nadie nunca lo había hecho, y no sabía desde cuándo era consciente de ello… ni cuando había comenzado.

—Listo —dijo él y luego colgó el atrapasueños por el clavito—. Ahora ya no habrá pesadillas.

Entonces bajó de la cama como para salir de la habitación, y volteó a mirarla.

—¿Por qué estás tan callada? —quiso saber—. No es típico de ti.

—Las palabras se me hacen bolas en la mente y no logran llegar a mi boca —admitió ella.

—Eso suena divertido. ¡Me encanta tener ese poder sobre ti! —rio con diversión—. Creo que con esto me he ganado todos los puntos y te he ganado, Mínima. Sin tus palabras, te he dejado desarmada.

Angie pensó que le gustaría que le dejara desves… ¡Rayos! ¿Qué demonios fue ese pensamiento y de dónde salía?

Sacudió la cabeza.

—¿Pasa algo? —inquirió Bastian con preocupación y se acercó a ella que no podía hablar.

Solo negó con la cabeza.

Él le regaló una sonrisa y se acercó aún más, rozó sus mejillas con el dorso de su mano derecha y Angie tuvo que cerrar los ojos para suspirar.

—Eres hermosa… me voy… no quiero ser tu peor pesadilla y sé que no estás buscando esto —susurró—, solo no puedo… perdóname.

Angie lo vio dirigirse a la puerta y lo llamó.

—Bas…

—¿Sí?

—No eres mi peor pesadilla, ¿sabes?

Él sonrió.

—Me alegra saber eso… iré con Maxi…

—Bien.

Cuando él salió, ella necesitó sentarse en su cama. Perdió la vista en el atrapasueños y pensó que sus pensamientos deberían verse más o menos como ese tejido de hilos entramados. Se imaginó que, si tuviera un pensadero, como en Harry Potter, ese era uno de esos momentos en los que le gustaría sacarse los pensamientos y ponerlos en el pensadero para poder ordenarlos, para organizarlos de nuevo y conseguir un poco de paz.

Estaba toda liada, las ideas se le mezclaban en la mente sin coherencia. Algunas eran recuerdos, otras eran verdad, otras eran ideas raras que no sabía de donde provenían, y también estaban esas escenas de tintes sexuales que de pronto le acaparaban un poco los sentidos.

Suspiró y cerró los ojos, tenía ganas de ir a la habitación de Maxi solo para estar un rato más al lado de Bastian, durante semanas se habían escrito cartas, pero ya casi no pasaban tiempo juntos y si lo hacían luchaban por mostrarse normales.

Caminó hasta la puerta y casi tomó el pomo en sus manos cuando escuchó su voz del otro lado de la puerta.

—¿Quién eres? —inquirió—. No te conozco.

Silencio.

—No… no puedes… no quiero…

Silencio.

—Nadie puede obligarme… y menos tú…

Angie oyó pasos y supo que Bastian se alejaba. Abrió la puerta sin saber qué hacer, o le seguía o iba junto a Maxi. En la primera opción no sabría qué le diría, ¿qué había escuchado su conversación y tenía curiosidad de saber qué sucedía? No, era mejor ir con Maxi a ver si sabía algo.

—¡Max! —inquirió al entrar de golpe.

—Eh… Angie —respondió él que guardó un papel con velocidad en su bolsillo.

—¿Qué es eso? —quiso saber.

—Nada… —respondió.

Angie se cruzó de brazos y lo miró como para que él supiera que a ella no podría engañarla.

—¿Bastian estaba contigo?

—Sí, me prestó sus lentes de sol… pero alguien le llamó y salió al pasillo. ¿No está allí?

—No, creo que se fue… ¿Quién lo llamó? —preguntó ella con curiosidad.

—No lo sé, Angie… estoy retrasado, ya debo irme…

—¿Es en serio que vas de pesca con Luis? ¿Qué tan amigo tuyo es?

—Es un amigo nuevo y es buena onda —respondió—. ¿Cuál es el problema?

—No, ninguno… cuídate y diviértete —admitió.

Angie se fue de vuelta a su habitación y vio desde su ventana, pero no había rastros de Bastian. Se preocupó, caminó de un lado al otro. Por un lado, quería saber si estaba bien, era como si pudiera sentir que algo no estaba en orden y era raro, porque eso solo le sucedía con Maxi. Sin embargo, no se animaba a hacerlo. ¿Qué iba a decirle?

Esa misma tarde, mientras tardó un par de horas en decidir si iba o no a preguntarle qué le sucedía y mientras recordaba todo lo que se habían dicho en las cartas y todo lo que ella sentía cuando él estaba cerca, Angie creyó que no lo conocía en verdad.

Tomó su libreta y escribió.

> *Creo que la gente puede sorprenderte siempre y que no debemos asumir que conocemos a nadie, porque en realidad ni siquiera nos conocemos nosotros mismos.*

AMISTAD

Maxi llegó puntual a la casa de Dulce y ella le recibió con una sonrisa, ninguno de los dos sabía muy bien por qué les embargaba tal emoción, pero se sentían como dos niños a punto de hacer un viaje a Disney. Dulce tomó su bolsa y salió.

—¿A dónde vas? —inquirió su padre.

—Salgo —respondió ella.

Caminaron hasta el sitio donde tomarían el bus sin decir mucho, pero mientras aguardaban, Maxi preguntó.

—¿Tu padre no se preocupa?

—No, la verdad nunca lo hizo y ahora ya es tarde —explicó.

—Estarás a salvo conmigo —dijo él y ella sonrió.

Lo sabía, sabía en su interior que al lado de él nada malo podía pasar, quizás era por eso por lo que se sentía tan a gusto.

—No quiero que me malinterpretes, pero me gustaría dejar en claro lo que puedes esperar de este viaje —dijo entonces cuando ya se habían sentado en el bus—. No vamos a tener sexo, Maxi, por favor —pidió.

—Nunca pensé que lo tendríamos —dijo él con sorpresa—. ¿Por qué me dices eso? Somos amigos, Dulce.

Ella bajó la vista avergonzada.

—Todos los chicos buscan eso, Maxi, al menos conmigo… y he decidido cambiar, quiero intentarlo al menos… No quiero volver a tener sexo —admitió.

Maxi sonrió con dulzura.

—¿No es eso un poco radical?

Dulce levantó la vista para encontrarse con un par de ojos que la miraban con una mezcla de ternura y diversión, así que sonrió.

—Me refiero a que quiero cambiar mi estilo de vida. Ya lo intenté con Bastian y funcionó, quiero seguir así…

—¿Bastian y tú no…?

—No… —admitió la muchacha—, no llegamos hasta allí…

Maxi no dijo nada, si se ponía a pensar, Bastian nunca había sido muy directo acerca de con qué

chicas había estado y ahora eso le parecía injusto, ya que él si le había contado que había estado con Olivia. Sin embargo, tenía algo de sentido, porque él nunca le había preguntado, simplemente había asumido que había estado con ella y con las otras con las que salió antes…

—Lo que pasa… —dijo Dulce llamando su atención de nuevo—, es que como ya sabes, mi pasado y mis problemas de autoestima me han llevado a cometer muchos errores. El sexo era para mí una forma de obtener un poco de atención, sentirme deseada me hacía sentir bien, como si importara para los demás… los chicos hacían de todo por conseguirme —afirmó—, pero nadie se quedaba conmigo después… y yo me quedaba todavía más vacía…

—Lo siento tanto… —admitió Maxi.

—Yo también, pero puedo pasarme sintiéndolo o haciendo algo al respecto. Debo trabajar en mí, en mi autoestima, en mi visión de mí misma y en mi amor propio, para eso debo respetarme primero… respetar mi cuerpo y no utilizarlo como un imán para atraer la atención esporádica de los demás y así sentirme un poco mejor para luego volver a sentirme peor que en el inicio. La próxima vez que decida estar con alguien, quiero que sea por amor… Nunca he hecho el amor, ¿sabes?

Maxi asintió.

—Sé que suena trillado, pero me gustaría que fuera con alguien que me viera más allá de mi belleza externa y se enamorara de mí por mi forma de ser o de pensar… alguien a quien no le importara si me salieran escamas…

Maxi rio.

—Me parece una buena decisión, Dulce —dijo él—, y no tenía planes de tener sexo contigo hoy, solo quiero que seamos amigos… me siento realmente bien a tu lado y hablar contigo es delicioso —admitió.

—Entonces perdona por haberte dicho esto… yo…

—No tienes que pedir perdón por nada, me agrada que seas sincera y que digas las cosas como las sientes y como las piensas.

Quedaron en silencio un rato más hasta que ella volvió a hablar.

—¿Dijiste que ibas de pesca con Luis Gamarra? —inquirió.

—Sí, es lo único que se me ocurrió y lo más creíble, después de mi trabajo con él nos hicimos un poco amigos y bueno, todos saben que él suele salir de pesca…

—También todos saben que a él le gustan los chicos —dijo Dulce con una sonrisa divertida—. Angie me lo comentó, dijo que estaba algo preocupada.

—¿Es en serio? —Maxi se echó a reír—. ¡Yo no lo sabía!

—Bueno, no es seguro, pero todos lo sospechan —admitió la muchacha.

Maxi levantó las cejas con diversión.

—Podríamos divertirnos con esto, Angie anda muy seria últimamente, creo que le vendría bien un poco de diversión ya que Bastian no anda muy activo con sus bromas para con ella —susurró.

—¿Qué planeas?

Maxi levantó y bajó las cejas varias veces.

—Que Angie se muera de la curiosidad por saber si en realidad tengo algo con Luis Gamarra me haría pasar unos días de diversión y locura.

—¡Qué malvado eres! No podría hacerle eso a mi mejor amiga —admitió—, aunque, podría ser en realidad divertido.

Los dos sonrieron y cuando se dieron cuenta, ya habían llegado a la playa. Bajaron en la estación y buscaron la casa de verano del padre de Dulce, entraron por la puerta trasera, porque esa era la llave que ella consiguió sacar del llavero de su casa.

—¡Es enorme y bonita! —dijo Maxi al ingresar—. Deberíamos venir todos juntos algún día —añadió.

—Sí, sería genial —comentó ella—. Hay tres cuartos arriba, puedes ocupar el que más te agrade.

—Vamos a verlos —dijo él con emoción.

Una vez que se ubicaron y dejaron sus cosas cada uno en un cuarto, se pusieron los trajes de baño y fueron al agua. Estuvieron allí todo el resto de la tarde, jugando con la pelota, caminando por la playa, haciendo castillos de arena como si fueran un par de niños y bañándose un rato en el agua.

Luego, regresaron a la casa, cada quién tomó un baño y pidieron una pizza por *delivery*. Iban a ver una película para completar la noche y después, probablemente saldrían de nuevo a caminar por la playa para ver las estrellas.

Todo estaba planeado, menos lo que cada uno experimentaba en su interior. Maxi creía que Dulce era especial, divertida, sincera, espontánea y bella, tanto por fuera como por dentro. Estar con ella le hacía sentir una extraña comodidad, como si encajaran dos piezas de un rompecabezas, como si no necesitara en el mundo nada más que estar con ella para sentirse feliz y pleno.

Dulce, por su parte, se había olvidado por completo de todos sus temores al lado de ese chico que parecía un niño pequeño, tan espontáneo, tierno y real como nadie. Estar a su lado era cómodo, como si estuviera caminando con sus viejas pantuflas, como si él se adaptara por completo a ella. Se sentía a gusto, no temía a que él le juzgara, sabía que no lo haría, no tenía en sí ninguna pizca de maldad, solo inocencia y un corazón enorme, parecía verla a través de su piel, parecía ver quién era en realidad y no fijar su mirada en toda esa basura que tenía encima.

Ambos se sentían de manera similar, pero ninguno de los dos fue tan sincero como para decírselo al otro. Maxi no quería que ella sintiera que él deseaba algo más y se asustara, ella no quería que él la malinterpretara y terminara pensando mal de ella.

BESO

Cerca de las ocho de la noche, Angie no lo aguantó más, avisó a su madre que iría a casa de Dulce, pero se dirigió a casa de Bastian para ver qué era lo que sucedía.

Al llegar, golpeó, pero como siempre, la puerta estaba abierta, así que ingresó. No había nadie por ningún lado, todo estaba a oscuras y casi pensó en regresar a su casa, aunque luego lo meditó mejor y decidió subir a ver si, por si acaso, Bastian estaba en su habitación.

Golpeó la puerta que estaba medio abierta.

—No quiero ver a nadie…

La voz de Bastian sonaba congestionada.

—Soy Angie… ¿estás bien?

—Angie —respondió él—, vete… por favor.

Angie dio un paso hacia atrás como para marcharse, pero luego lo pensó mejor.

—¿Estás bien? —inquirió.

—No y no quiero hablar con nadie…

Angie ingresó. El cuarto estaba a oscuras y lo único que pudo ver gracias a la luz exterior que se colaba por la ventana fue el cuerpo de Bastian, en medio de su cama, recostado por la pared y con las piernas abrazadas entre sus brazos, en posición fetal. Se veía pequeño, perdido.

—Vete… no quiero que tú me veas así —pidió.

—Un poco tarde para eso, ya te vi —respondió ella.

Sintió entonces una punzada en su pecho, no le gustaba verlo así, por lo que caminó y se sentó a su lado.

—Te dije que no quiero hablar…

—No hablaremos, pero me quedaré a hacerte compañía, algo me dice que no es bueno que estés solo hoy.

Bastian no respondió, se quedó allí en silencio y sintió como una lágrima caía por su mejilla. Odiaba sentirse así, odiaba sentirse perdido e indefenso, como si volviera a ser un niño lleno de miedos.

Angie notó las lágrimas, por lo que acercó la mano y las secó. Sin saber qué hacer o qué decir, se acercó un poco más a él y acarició con dulzura sus ojos y sus mejillas para sacar de allí los rastros de las lágrimas. Le hubiese gustado hacer algo más, pero no tenía idea de qué podía hacer

o decir.

—¿Tienes hambre? —inquirió.

Bastian negó con la cabeza.

—¿Tu padre? —preguntó.

Bastian se encogió de hombros.

—Escuché que recibiste una llamada hoy… ¿Está todo bien?

Bastian negó.

—Puedes contarme si lo deseas, yo no diré nada…

Él negó y cerró los ojos, se incorporó, recostó la cabeza por la pared y suspiró. Angie lo observó, se notaba que sufría y ella deseaba hacer algo para no verlo así.

—Te mentí… —dijo Bastian con la voz ronca, sacando a Angie de sus pensamientos.

—¿Sí? —preguntó ella porque no sabía a qué se refería ni qué quería decir.

—A todos en realidad —añadió—… A mí mismo incluso…

—No sé qué decir… —susurró ella ante el silencio del chico.

—Yo tenía como cinco años la última vez que la vi —explicó—. Estábamos en casa, papá había salido a trabajar y mamá me había buscado de la escuela. Era el medio día, íbamos a comer, ella preparó mi comida favorita —añadió.

—¿De quién hablas? —inquirió Angie confusa.

—De mi madre…

—¿Ya estaba enferma en esa época?

Bastian no respondió, esperó un poco y prosiguió.

—Nos sentamos a la mesa, solo ella y yo —continuó—, me preguntó qué tal la escuela y me dijo que tenía un regalo para mí —añadió y suspiró, Angie notó que le costaba seguir con la historia así que aguardó—. Me dio el atrapasueños… me dijo que no tuviera miedo, que eso me protegería… Yo no entendía muy bien de qué hablaba, pero la notaba nerviosa…

Angie no dijo nada, lo miró a la cara y volvió a secarle las lágrimas que comenzaban a brotar otra vez.

—Papá no iba a llegar hasta las seis de la tarde… Mamá me dijo que iba a suceder algo que yo no iba a comprender, pero que un día cuando fuera grande, quizá lo entendería… Yo le pregunté qué era, ella hizo silencio y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dijo algo sobre la importancia de ser feliz y hacer lo que a uno le hace feliz porque la vida era corta… es todo lo que recuerdo… Luego se acostó conmigo para dormir la siesta, me cantó una canción y me dijo que me amaba…

—Oh… Bastian… —susurró Angie con ternura.

—Y cuando desperté ella no estaba…

—¿Cómo? —preguntó sin comprender.

—Se fue… Asustado la busqué por toda la casa, no estaba… y vi que la mitad de sus ropas tampoco estaban… Y estuve solo hasta que vino mi padre, casi a las siete… fue el día más largo de mi vida. Tenía tanto miedo… no comprendía nada y me sentía desamparado. Lloré mucho, muchísimo… me aferré al atrapasueños que me había dado… Yo la amaba, Angie…

—Por supuesto que sí —dijo la muchacha aún confusa—. ¿No murió?

Bastian negó.

—Se escapó con su amante… prefirió a un hombre por sobre su hijo… Se fue con él y no volvimos a verla. Papá llegó, no comprendía nada, encontró una carta y luego se enfadó. Rompió cosas, tomó mucho, me mandó a dormir y se encerró en su habitación.

—Por Dios… y tú que estabas tan asustado…

Bastian asintió.

—Nunca había dormido solo hasta esa noche, ella siempre me hacía dormir… No comprendía… me preguntaba cada día si se había enfadado conmigo por eso se había ido, si yo había hecho algo malo, si era mi culpa… —susurró.

—No lo era, claro que no… —respondió Angie con mucha tristeza.

—Papá nunca fue cariñoso, me mandó a vivir con la abuela un tiempo y luego me buscó. Dijo que haríamos una vida nueva y que teníamos que pensar que mamá había muerto. Me dijo que eso era lo que le diríamos a todos los que preguntaran… Entonces nos mudamos aquí —añadió —, y comenzamos de nuevo…

—Oh… Bastian… —dijo Angie acercándose a él y abrazándolo.

Bastian se dejó ir en ese abrazo y lloró como si fuera un niño pequeño hasta que consiguió hablar de nuevo.

—Me aferré a ese atrapasueños porque era lo único que me quedaba de la madre que me amó… o que yo creía que me amaba… hasta que comprendí que nunca lo hizo… Soñaba con ella todas las noches, y luego me quedaba solo, como ese día… me despertaba en llanto, asustado… una y otra vez… —suspiró e hizo un minuto de silencio para luego continuar—. Y hoy me llamó, como si nada, como si nunca se hubiese ido, para pedirme hablar. ¿Lo puedes comprender? ¡Yo no! ¿Qué cree que soy? ¿Su juguete? ¿Qué piensa, que me reuniré con ella y la abrazaré como si otra vez tuviese cinco años y ella no se hubiera ido?

—Bastian… no tienes que reunirte con ella si no lo deseas…

—¡No! ¡No lo deseo! ¡Mi madre para mí está muerta! —exclamó.

Angie se apartó ante el énfasis de aquella afirmación, pero volvió a acercarse.

—Escucha… —susurró ella y lo miró a los ojos—. Si no quieres verla está muy bien, estás en todo tu derecho… pero si quieres hacerlo, no estás solo, yo puedo ir contigo…

Bastian la miró con curiosidad.

—¿Harías eso por mí? —quiso saber.

—Claro… tú hiciste mucho por mí cuando mi mundo se desmoronó, Bastian, y eso yo no lo olvido —añadió.

Él sonrió y ambos quedaron un buen rato en silencio.

—¿Quieres comer algo? —inquirió ella.

—Pediré pizzas. ¿Te quedas? —preguntó.

—Sí, claro… no pensaba ir a ningún sitio hasta verte mejor.

Bastian buscó su teléfono e hizo un pedido, luego regresó a la cama y volvió a sentarse en su sitio, ella estaba al lado, ambos recostados por la pared en medio de la oscuridad.

—¿Por qué has venido? —preguntó él.

—Porque sentí que no estabas bien… no podía estar tranquila…

Él sonrió.

—Gracias…

—No hay de qué…

—Ustedes siempre han sido mi familia —dijo él—, tus padres, Maxi… incluso tú —añadió con una mueca y luego suspiró—, pero siempre me he sentido muy solo… estaba todo el día en tu casa, lo hacíamos todo juntos… los trillizos, ¿no? —inquirió más bien para sí—, pero por las noches, volvía a ser yo… solo yo… en una casa siempre a oscuras y en silencio. Solía mirar por la ventana las luces prendidas de tu casa e imaginar que yo era uno más… incluso por las noches…

—Bas… —susurró ella y lo miró—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Me daba vergüenza, Angie… Cuando era niño yo creía que había sido mi culpa, mi madre se había ido y mi padre parecía rechazarme… Temía que si decía la verdad ustedes también me rechazarían, pensaba que había algo malo en mí. Cuando fui mayor él me explicó los verdaderos motivos de mi madre. Lo engañaba con un compañero de trabajo y él la descubrió…

—Lo siento tanto… Y ahora también siento haber sido tan mala contigo —murmuró.

Él sonrió.

—No, eso era algo que me divertía… incluso me hacía sentir más en casa… era como pelear con una hermana… me hacía ser parte, Angie…

—¿Y cuándo cambió eso? —quiso saber ella.

—¿Cuándo cambió qué?

—¿Cuándo dejaste de verme como a una hermana?

Bastian suspiró y pensó lo que diría.

—No recuerdo cuándo exactamente… supongo que en algún momento del tiempo que compartimos juntos. Cuando Maxi se fue con tu padre, me sentí en la obligación de velar por ti, de ser el hermano que él era para ti… Sabía lo inseparable que eran y sabía lo que ibas a sufrir… y, como te habrás dado cuenta ya, sé de abandonos… y aunque él no te estaba abandonando, el estar lejos iba a sentirse así de todos modos…

—Comprendo…

—Y pasando tiempo contigo fui conociendo el otro lado de Angie… siempre te consideré muy

inteligente, claro, pero por encima de las ironías y las bromas pesadas, había una muchacha extremadamente dulce y sensible… y mis sentimientos fueron para otro lado… Sé que odias sentirte vulnerable y mostrarte así a los demás, pero a mí me encanta conocer ese lado tuyo, y más aún haber estado allí para contenerte… Pero teníamos solo quince y yo no sabía muy bien cómo enfrentar aquello. No sabía si tú sentías lo mismo y temía que te enojaras…

—Pero nos besamos y debiste saber que no fue así, ¿no? No te rechacé…

—Claro…

—¿Entonces? ¿Qué sucedió? ¿Por qué nunca me dijiste nada más después?

Bastian perdió la vista en la ventana.

—Al día siguiente, papá me dijo que había visto llegar a tu padre y a Maxi, me dijo que traían muchas maletas y que quizá las cosas se habían solucionado entre tus padres… Yo salí ansioso para ver si era cierto, pensando en lo feliz que te haría esa noticia… Y justo antes de que saliera de casa, él me dijo que se alegraba por mí, porque ya había asumido que yo era parte de tu familia y que seguro aquella noticia me haría sentir bien. Yo lo miré confuso, y él sonrió y me dijo que se alegraba de que en ustedes hubiera hallado la familia que nunca tuve y que les estaría eternamente agradecido por amarme como a un hijo…

—Oh…

—Y eso me hizo pensar… Caminé hasta tu casa y supe que todo volvería a la normalidad. Éramos chicos, Angie, tenía miedo… ¿y si no funcionaba? Me quedaría solo… otra vez…

—Comprendo, Bas…

Ella lo tomó de la mano y él se aferró a sus dedos.

—Perdóname, quizás he sido un cobarde…

—No lo eres… nunca lo has sido —dijo ella con dulzura—, no digas eso de ti… Yo solo aguanté un año lo que tú toda la vida.

La pizza llegó en ese momento y ambos bajaron para recibir al *delivery* y buscar platos y vasos para regresar a la habitación. Encendieron la luz, se sentaron en la cama y abrieron la caja. Se sirvieron un pedazo cada uno y comieron en silencio.

Cuando acabaron, Bastian dejó la caja en el suelo y los vasos sobre la mesa de noche y volvieron a la posición inicial, uno al lado del otro sentados en el extremo de la cama y recostados por la cabecera, de nuevo tomados de las manos.

—Yo no lo sé… lo he pensado mucho —dijo Angie y cerró los ojos.

—¿Qué cosa?

—No sé cuándo comenzó… en qué momento exacto fue… qué hizo que las cosas cambiaran… Yo también te veía como a un hermano molestoso… y de pronto…

—¿Y de pronto?

—Supongo que fue ese año también… —continuó ella—, me gustaba mucho estar contigo… hablar contigo, pasar el tiempo juntos… El beso fue perfecto —añadió—, y luego no supe qué pasaría, cuando te mostraste como siempre me enfadé, pero luego todo volvió a la normalidad de nuevo…

—Incluso quisiste buscarme novia…

—Sí…

—¿Entonces?

—No lo sé… lo he analizado mucho… muchísimo… y no llego a nada…

—Me encanta esa cabecita analizadora tuya —murmuró Bastian y apretó el agarre de su mano—. Cuéntame qué has analizado —bromeó.

—No te burles, pero hice mi lista mental de pros y contras…

—¿Cuáles son los contras? —quiso saber.

—Bueno… el mayor es ese mismo miedo que tú has dicho… Si no funcionáramos, ¿qué tan afectada se vería la realidad que conocemos? Yo no quiero que dejes de ser amigo de Maxi, y ahora mucho menos quiero que dejes de ser parte de mi familia… Pero no sé cómo sería ser tu ex y tener que verte en el desayuno cada día…

—Sería incómodo, supongo…

—Ajá… Además… No sé cómo se lo tomaría Maxi… no sé si le gustaría o le parecería extraño que tú y yo… ¿Y Dulce? Eres su ex y encima yo fui quién los unió… te quiso mucho… No quisiera perder a mi única amiga…

—Comprendo… ¿Y los pros?

—Bueno… —hizo un silencio para buscar las palabras—, supongo que me gustas mucho —admitió y sintió que su rostro se convertía en un tomate—, ya no hay caso negarlo, ¿no? —sonrió nerviosa.

Bastian acarició con suavidad su mano y sonrió.

—Tú también a mí —susurró.

Angie observó sus manos unidas y comenzó a mover su dedo índice e hizo trazos sobre el dorso de su mano.

—Me haces sentir cosas que no he sentido nunca… Tu presencia, puedo sentirla siempre, sé cuando llegas a la casa o cuando estás cerca. Últimamente, y a pesar de que he estado evitándote, cada vez que estás con Maxi quiero inventar una excusa para ir a su cuarto… y… releo mil veces tus cartas… Aún estoy haciéndome la idea de que eres el Bastian que conozco de siempre, el Bestian con el que siempre peleé… pero haces que las mariposas revoloteen aquí —señaló su estómago—. Y ni hablar de lo del lago —añadió—, eso me da miedo… porque no conozco a esa Angie y me hace sentir insegura.

—¿Y eso es un pro o un contra? —inquirió con diversión.

—No te burles —dijo ella dándole un codazo—. Es un pro porque me gustó sentir todo eso, pero es un contra porque tampoco me gusta perder el control.

—A mí me gusta cuando lo pierdes un poco —sonrió él—, cuando te enojas o cuando… te excitas como esa noche…

—Muero de la vergüenza —dijo ella y cerró los ojos.

—¿Entonces? ¿Cuál es la conclusión de tu exhaustivo análisis de pros y contras? —inquirió él

para cambiar de tema y hacerla sentir más segura.

—Ninguna…

—¿Y eso por qué?

—No lo sé…

—Yo sí lo sé —dijo él.

—¿Ah sí?

—Sí… Es fácil… No puedes analizar con la mente —dijo y colocó su dedo índice en su sien—, lo que pasa en tu corazón —añadió señalando el pecho con el mismo dedo.

—Es una teoría interesante… —susurró ella.

Bastian acarició con ternura sus mejillas y luego volvió a tomarla de la mano. Él se había movido para quedar frente a ella.

—¿No viene siendo tiempo de que renovemos ese beso? —quiso saber.

—¿Lo crees? —preguntó ella.

—Te diré lo que creo —dijo él con una sonrisa—, creo que tú y yo estaremos juntos… no sé si ahora o mañana… o cuando tú lo desees… es tu decisión en verdad, porque yo ya no lo dudo —añadió.

—¿No tienes miedo de que no funcione? —interrumpió ella.

—Sí, pero ya no es suficiente para detenerme. Mis ganas de ti son mayores… —sonrió, ella se sonrojó—. Entonces, voy a besarte… y no quiero que pienses, quiero que sientas —susurró al tiempo que se acercaba a ella—, no busques respuestas en tu mente, deja que tu cuerpo te hable.

Ella asintió.

Bastian se acercó con ternura mientras Angie sentía que todo su cuerpo comenzaba a temblar ante la expectativa. Sus alientos se tocaron y ella cerró los ojos, él la observó dejarse ir y tocó sus labios con ternura, tal como lo hizo la primera vez.

El beso fue suave al principio, Angie le correspondió enseguida. Los dos eran un poco más expertos ahora que aquella primera vez, pero sus labios seguían enganchándose como si se pertenecieran el uno al otro, como si solo juntos funcionaran bien. Y esta vez Angie apagó su mente, se dejó llevar por un mar de sensaciones que la inundó por completo, y fue ella quien envolvió el cuello de Bastian con ambas manos para acercarlo más, para que no se le ocurriera alejarse, y fue ella quien permitió que su lengua cruzara la frontera primero. Y el beso subió de intensidad de un minuto a otro, hasta que él se alejó, con lentitud, como si le costara, como si no quisiera.

Ninguno de los dos abrió los ojos, pegaron las frentes y respiraron el mismo aire mágico que los envolvía.

—¿Qué dice tu análisis ahora? —susurró él.

—Que no quiero perderme todo esto —admitió ella.

Y él volvió a besarla…

Y en ese momento, Angie creyó que tocaba el cielo con las manos.

PREGUNTAS

Dulce y Maxi estaban tendidos en la arena blanca y cálida de la playa, la cabeza de uno al lado de la cabeza del otro y los cuerpos extendidos en direcciones opuestas. Casi pegados, oreja con oreja.

—¿Estás cansada? —inquirió él.

—No, estoy relajada… me siento en paz.

—Sí, ¿verdad? Qué hermosa sensación…

—Cuéntame algo… no sé, cosas de ti.

—Bueno… Creo que soy un tipo demasiado transparente —sonrió—, mi mayor secreto es que todos creen que estoy pescando —añadió.

Dulce sonrió con diversión.

—Me gusta ser tu mayor secreto —susurró—. Juguemos a las preguntas…

—Bien… ¿Tu color favorito? —preguntó él.

—El azul… ¿El tuyo?

—El verde… ¿Comida favorita? —inquirió.

—Me gusta comer, cualquiera podría ser mi comida favorita —añadió ella con diversión.

—En eso pensamos igual —rio él—. ¿Cocinas?

—Un poco… he tenido que aprender para sobrevivir —añadió—, ¿tú?

—Soy muy malo para eso…

—¿Tu persona favorita? —inquirió ella mientras jugaba con la arena que quedaba sobre sus manos.

—Angie —respondió él sin dudar—. Es mi otra mitad, es buena en las cosas que yo no, me cuida y se preocupa por mí de una manera que, aunque a veces quisiera matarla, no podría vivir sin ella… ¿La tuya?

—Creo que Angie también… Es la primera persona que vio más allá de mí… la conocí cuando teníamos quince y ella sufría mucho porque tú no estabas a su lado… se sentía muy sola, como si le faltara algo. Admito que en ese momento no la comprendí, me pareció una niña mimada… Sin embargo, ella se preocupó tanto por mí, a pesar de ser tan distinta… Angie miró más allá de la máscara que yo siempre llevo, más allá de lo que todos veían… me encontró a mí…

—Angie es así, para bien o para mal —sonrió él—, va por la vida organizándolo todo,

recogiendo los desórdenes de los demás, diciéndonos qué hacer… es como si a ella todo le resultara fácil y obvio, como si nunca se cuestionara nada, como si tuviera todas las respuestas…

—Pero no las tiene… yo creo que a veces se exige demasiado —dijo Dulce—, me gustaría que se dejara ir un poco más…

—Tienes razón… —suspiró Maxi.

Los dos hicieron silencio un rato hasta que él preguntó.

—¿A qué le temes?

—Vaya, saltamos a las más difíciles —susurró—. Es un poco irónico, pero mi mayor miedo es la soledad… Y no tiene mucho sentido, porque he estado sola toda mi vida. Cualquiera diría que debería estar acostumbrada, y ¿sabes qué?

—Qué…

—Siempre me he jactado de ser autosuficiente y no necesitar de nadie, pero este año algunas cosas han cambiado. Quizás es tenerlos a ustedes en mi vida, quizás es que dejé que mi lado vulnerable asomara un poco… pero comienzo a sentir que no quiero estar sola y me aterra la idea de que nunca encuentre a alguien que me vea y me ame como realmente soy…

—¿Cómo eres? —inquirió él.

—Son dos preguntas —respondió divertida.

—Luego te respondo dos y empatamos… —susurró él y volteó la cabeza para verla mejor.

Dulce fijó la vista en el cielo e hizo silencio por un rato, como si buscara las palabras exactas.

—Soy una persona que se ha echado mucho maquillaje por años.

—¿Eh?

—Imagina que hoy te miras al espejo y ves que te ha salido un grano, lo tapas con maquillaje, mañana tienes otro, haces lo mismo… y sigues así, cubriendo cada imperfección que ves en el espejo, creyendo que la gente pensará que eres fea o asquerosa si te viera en realidad…

—Ah… comprendo —dijo él encontrando ahora el sentido a sus palabras.

—Bueno, he hecho eso por demasiado tiempo. Primero queriendo agradar a mis propios padres, queriendo sentirme amada… y luego con mis pares… por el mismo motivo. Me he llenado de maquillaje el alma porque creía que algo estaba mal conmigo por eso me merecía todo lo que me sucedía… me sentía sucia… Me convertí en lo que los demás querían que fuera. Para mi padre soy la hija perfecta, estudiosa, respetuosa, la que no dice groserías ni habla fuerte… si él supiera… —añadió e hizo de nuevo un silencio largo—, para los chicos soy la mujer hermosa con la que fantasear… nadie se preocupa más allá de eso… Para la mayoría de las chicas el simple hecho de ser linda, las llena de prejuicios, que seguro soy mala o engreída… cosas así…

—Pura envidia —admitió Maxi, Dulce sonrió.

—Al final cada quién decide quién soy y yo solo me adapto…

—¿Quién eres ahora, aquí… conmigo?

—Tres preguntas…

—Vamos… por favor… —pidió.

—Soy solo yo, Dulce, y me siento libre… me agrada no tener que ponerme una máscara contigo y no me preocupo por esconderte nada… Al no haber esa presión de que me gustas o que yo te gusto, no necesito mostrarte mi mejor versión ni temo cometer un error.

Maxi sonrió.

—Me gusta como suena eso —admitió—. Ahora tus preguntas… tienes tres…

Dulce se volteó para mirarlo y ambos quedaron de costado, cara a cara.

—¿A qué le temes? —preguntó.

Maxi levantó las cejas como si analizara sus repuestas.

—Al fracaso…

—¿Cómo?

—Bueno… es que… mi familia —añadió—, no sé, todos parecen tener un propósito o un camino, todos parecen saber quiénes son y a dónde van. Mis padres, mi madre supo desde muy chica que deseaba ser psicóloga, mi padre también decidió su profesión cuando tenía un par de años menos que yo. Angie ya sabe quién es, a dónde va y lo que quiere ser… ¿Yo? Yo no tengo idea de nada… Me siento un poco atrás, y temo defraudarlos, temo no estar a la altura de ellos. No sé si tiene mucho sentido…

—Claro que lo tiene —dijo Dulce y lo miró con ternura—, y mucho… tienes una familia que parece muy perfecta y temes no estar a la altura… Pero ¿sabes? Nadie es perfecto en realidad. Tu madre y tu padre tuvieron sus tormentas y sus batallas, lo sé porque yo estuve con Angie cuando eso —explicó—, y Angie… creo que quizá la idealizas un poco. No digo que no sea genial, lo es, claro que sí… pero solo tiene nuestra edad y aunque finja tener el control de todo… eso, Maxi, es más maquillaje…

—¿A qué te refieres?

—A que ella también tiene miedo y también se siente un poco perdida, a que se exige mucho a sí misma y eso es peor, porque le da mucho más miedo a equivocarse que a cualquiera de nosotros… Esa capa de autocontrol es solo una máscara con la que se protege… al igual que todos nosotros… cada quién se esconde como puede —añadió.

Maxi sonrió.

—Hablas muy bonito, Dulce, no deberías esconder esto que eres a las demás personas —susurró.

—Da miedo ser uno mismo cuando desde siempre te han dicho que todo lo que sale mal ha sido tu culpa —admitió.

—Claro, pero llega un punto en el que debes comprender que los demás te han culpado porque fueron cobardes y no asumieron sus propias culpas, siempre eligen al más débil y tú eras una niña… Ahora debes comenzar a verte como eres en realidad y estar orgullosa de ti misma… ¡Vaya! Somos amigos hace muy poco y ya me siento orgulloso de ti y de tenerte en mi vida, comprendo a Angie y porqué eres tan querida para ella —añadió.

Dulce sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué sucede? —inquirió Maxi con temor.

—Nadie nunca me dijo que estaba orgulloso de mí —aclaró y una lágrima se derramó por su mejilla.

Maxi la secó con ternura.

—Me alegra ser el primero —susurró—. Te quedan dos preguntas…

Ella sonrió.

—¿Por qué Olivia dejó ir a alguien como tú?

—Esa pregunta deberías hacérsela a ella —bromeó Maxi—, pero creo que se cansó de que la quisiera tanto —añadió y luego bufó—. ¿Puedes creerlo? Me dijo que no estaba preparada para una relación tan real… No lo comprendí en ese momento… ¿quería un holograma?

Dulce sonrió.

—Supongo que hoy en día todo es demasiado… —buscó en su mente las palabras exactas—, superficial. ¿No? Quién diría que yo estaría pensando así —agregó con ironía—, he estado envuelta en muchas relaciones superficiales… Pero creo que ese es el mensaje del mundo en que vivimos y terminamos por caer en ese error, relaciones pasajeras sin sentimientos profundos, conversaciones triviales por redes sociales, egocentrismo… las personas son descartables y nadie importa más que uno mismo… sexo por todos lados… hedonismo puro y duro —afirmó.

—Puede ser… quizá se haya referido a eso…

Maxi la miró a los ojos.

—Podría pasarme la noche entera hablando contigo y nunca me cansaría —afirmó.

Dulce sonrió.

—¿Qué es lo más loco que has hecho en tu vida? —preguntó—. Tercera pregunta.

—Nunca he hecho algo demasiado loco —añadió—, creo que soy un aburrido tipo promedio y que pienso demasiado las cosas, se me pega de andar con Angie —bromeó.

—¿Qué es lo más loco que te gustaría hacer? —inquirió.

—Ahh, ya son cuatro preguntas —añadió con diversión.

—Vamos, me la merezco —bromeó ella.

—¿Sabes? Tengo una curiosidad muy morbosa… ¿Te la cuento?

—¡Claro! —exclamó con demasiado entusiasmo.

—Cuando era chico, escuché a un amigo de mi padre que había ido a casa, preguntarle sobre una playa nudista. Me entró la curiosidad y me puse a buscar en internet… Desde entonces siempre he querido conocer una, pero no me animo… me da miedo —rio con nervios—. Creo que no podría contener a mis hormonas y terminaría por ser bochornoso.

—¿Y si vamos a una? ¡Mañana! —añadió Dulce con emoción—. Yo también siempre quise ir…

—¿Estás loca?

—¡Sí! ¡Y ya lo sabes! —exclamó.

Maxi negó, pero sonrió ante su efusividad.

—¿Tú? ¿Qué te gustaría hacer que no hayas hecho nunca?

Dulce bajó la vista y el entusiasmo pareció diluirse en la arena.

—Te parecerá tonto, pero me gustaría ir a una feria o a un parque de diversiones… Cuando chica siempre quise ir… y nunca me llevaron.

—¿Nunca?

—No…

—Pues mañana iremos —dijo él.

—¿Después de la playa nudista? —inquirió ella con un brillo de diversión en los ojos.

—Bien, suena demasiado tentador como para decir que no —afirmó.

Esa noche. Dulce se recostó en la cama y sonrió ante el recuerdo de la reciente conversación, sentía un calor en el pecho que nunca había experimentado, una sensación de bienestar y seguridad que le brotaba en el corazón y se le expandía por el cuerpo. Esa noche Dulce creyó que la sábana que cubría su cuerpo estaba hecha de las mismas estrellas que el cielo en la playa, esa noche Dulce sintió que tocaba el cielo.

ENAMORADA

Angie estaba recostada por el cuerpo de Bastian y él la rodeaba con su brazo mientras hacía suaves caricias en el de ella. Luego del primer beso, que en realidad para ellos venía siendo el segundo, siguieron unos cuantos más. Hasta que ella se apartó y se sentó en silencio. Bastian no dijo nada, solo la abrazó y esperó con paciencia.

—No estoy segura de que esto esté bien —murmuró al fin—, aunque se siente muy bien…

—Maxi lo comprenderá y Dulce también —dijo él.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó ella—. Además, está Lucas, hace muy poco tiempo que corté con él, no estaría bien visto que yo…

—Deja de guiarte por el qué dirán, Angie…

Ella negó.

—¿No podría ser solo un producto de nuestras hormonas alborotadas por la adolescencia? —inquirió.

—¿Qué adolescente dice algo como eso? —preguntó él con diversión—. Ahhh, claro, déjame adivinar: Mínima —agregó.

Ella lo miró y frunció el ceño. Él pasó su pulgar por las arrugas y las hizo desaparecer.

—Te vas a arrugar demasiado pronto y no me gustaría tener cuarenta años y que parecieras de sesenta, Angie. Me vería más joven y más guapo que tú y te enfadarías conmigo. Además, ¿qué dirían nuestros amigos? ¿Qué pensarían los padres de los compañeros de escuela de nuestros hijos?

—¿Estás loco? —inquirió ella.

Él se encogió de hombros y ella se echó a reír.

—¡Estás loco! —exclamó convencida.

—Lo sabes y amas eso de mí —dijo él acercándose para besarla.

Ella se apartó.

—¡Hablemos en serio! —exclamó recobrando la calma.

Bastian puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga?

—Dime —susurró ella y luego habló muy bajo, tanto que él no comprendió más que un

murmullo y la palabra lago.

—¿Qué? ¡Habla más fuerte!

Ahora fue ella quien puso los ojos en blanco.

—¿No crees que lo que pasó en el lago fue un… momento de…

Como no encontraba las palabras adecuadas él completó la frase.

—¿Calentura? —inquirió.

—¡Bastian! —exclamó ella horrorizada y sonrosada, él se echó a reír.

—Me encantas —murmuró.

—Es imposible hablar contigo, esto no va a funcionar —se quejó.

Bastian suspiró y luego se sentó frente a ella, casi pegado a su cuerpo y tomó su rostro con ambas manos.

—Escúchame… No puedo hablar por ti, pero yo no he dejado de soñar con ese beso que nos dimos a los quince años y de culparme por todo lo que pudo haber sido distinto si me hubiese animado a decirte lo que sentía… Me gustabas, me gustas, me tenías loco, me tienes loco… ¿Estoy enamorado? Es muy probable… porque nunca me he sentido con nadie como me siento contigo, Angie.

—No mientas —bufó—. Has salido con más chicas de lo que alcanzas a recordar.

—¡Siempre exagerada! —exclamó él y negó—. Pero está bien, es mi culpa…

—¿Qué quieres decir? —inquirió con curiosidad.

—Me ha tomado un tiempo crear esa reputación, hacerte creer que estaba con una y con otra… cuando en realidad no era así… Lo único que deseaba era una reacción tuya, algo que me hiciera ver que estabas muriendo de celos… No lo sé… pero en realidad no he salido más que con un par…

—¿Y Dulce? ¿No que estabas perdidamente enamorado?

—Me hiciste esa pregunta una vez, Angie, y te dije que estaba atraído. No usé la palabra enamorado —añadió—. ¿Quién podría evitar sentirse atraído por Dulce? ¡Vamos! ¡Hasta podría asegurar que despierta tu lado lésbico! —exclamó.

—¡Bastian!

—Podríamos hacer un buen trío —añadió él como si sopesara la idea.

—¡Bastian! —exclamó Angie, suspiró, pero luego sonrió.

El negó y la miró con ternura.

—Ya, en serio, me había gustado cuando la conocí, pero sabía que nunca seríamos nada. No pensé que la volvería a ver jamás, y cuando todo se dio como se dio y de pronto ella era real y era nuestra compañera, yo creí que esa atracción podría convertirse en algo más y hacerme olvidar por completo de ti, después de todo tú habías accedido ayudarme a estar con ella. ¿Qué más prueba quería de que a ti te daba lo mismo? —inquirió.

—Bueno, ahí tienes un buen punto…

—Lo cierto, Angie, es que puedes pensar que el beso de hace unos años no fue más que una etapa complicada y confusa, o puedes afirmar que nuestro momento en el lago fue intenso, porque lo fue… Y no sé qué sientas tú, pero sí sé que yo llevo tres años esperándote…

—Eso suena hermoso, pero no caigo tan fácil —añadió ella—, durante estos tres años te has esmerado en pelearme a diario.

—Quizá tanta tensión debía salir por algún lado —exclamó él divertido—. ¿No lo crees?

Ella puso los ojos en blanco.

—Vamos, Angie, admítelo. Nunca te gustó lo fácil, y si algo es muy fácil te encargas tú de complicarlo, ¿no? Si tu misma madre siempre cuenta que luego de que nació Maxi, el parto se complicó porque te habías liado con el cordón. ¿Ves? Lo haces todo más difícil desde siempre —añadió divertido, sabía que ella no iba a molestarse pues su tono de voz era conciliador—. ¿Crees que habría llegado a gustarte si me comportaba como un tranquilo y aburrido compañero de clases?

—¡Lucas era así! —exclamó a la defensiva.

—Y terminaste con él —añadió él con una media sonrisa como si aquello no hubiera hecho nada más que confirmar su teoría—. Te gustan los retos, los desafíos y tener el control… Pero, aunque aún no lo admitas, te gusta perder el control solo conmigo.

—Te crees que sabes mucho de mí, ¿no? Acuérdate que, si te pones en ese plan, lo más probable es que salga corriendo de aquí, no me gusta sentirme en desventaja… te lo dije, ¿lo recuerdas? No me gustan los chicos que me hacen sentir tonta…

—¡No eres tonta! —añadió y luego acarició con ternura su mejilla con el dorso de su mano—. Eres inteligente y perspicaz y me encanta eso de ti, tu corres mientras los demás caminamos, todos gravitamos a tu alrededor… es tu fuerza la que nos mantiene así…

—¿Entonces?

—Entonces, Angie, no sé mucho más que tú. No sé cómo se lo tomarán Maxi o Dulce, no sé qué dirá Dina si nos ve juntos… o tu padre… Tampoco tengo mucho más conocimiento que tú sobre relaciones, aunque tú creas que es así… Lo que pasó en el lago me descolocó tanto como a ti, fue algo que no pude manejar, me dejé llevar porque cuando estoy cerca de ti de esa manera, o como ahora, cuando estoy cerca de esa Angie que me hace creer por un solo instante que también me ve un poquito como yo a ella, que parezco gustarle, atraerle… agradarle… también me pongo nervioso, también pierdo el control y tampoco sé qué hacer o qué decir…

Angie suspiró.

—Lo único que sí sé es que estoy enamorado de ti, lo sé porque lo descubrí hace años y aunque también quise negarlo por demasiado tiempo, al final hay cosas que por más que luchemos contra ellas, salen a la luz tarde o temprano… Así que un día volví de tu casa, de uno de nuestros viernes… uno en el que habíamos visto una película, no recuerdo cual fue, pero te sentaste en medio, entre Maxi y yo… y por momentos reías, luego llorabas, y después ponías ese rostro de enamorada que tanto me encanta… y te mordías el labio ante las escenas subidas de tono… Y yo no pude pegar un ojo en la pantalla porque no quería perderme lo que pasaba en ti… y tú estabas tan concentrada y la sala tan a oscuras, que me permití observarte de reojo toda la noche… Y me deleité en tus expresiones y me atajé las ganas de secar tus lágrimas, reírme contigo o besarte

igual que el protagonista a la protagonista… quería susurrarte cosas al oído y atraerte hacia mí, y besarte en la frente y protegerte… y supe que no podría ocultarlo más, no para mí… Al menos si quería seguir ocultándoselo a los demás, y sobre todo a ti, debía aceptar lo que sentía de una buena vez…

—Bastian… —susurró ella.

—Sí, Bastian llegó esa noche a casa y se miró al espejo… se habló en tercera persona como ahora y se dijo a sí mismo que aceptara de una vez que estaba loco por ti…

Angie sonrió.

—¿Qué te da risa? —inquirió él mirándola.

—Me gusta oírlo…

—¿Qué? ¿Qué estoy loco por ti?

—Sí, me levanta el ego hasta la punta del Everest —añadió ella divertida.

—Yo aquí tomando mi corazón en las manos y ofreciéndotelo como un sacrificio y tú burlándote —suspiró él con aire divertido—. El caso, Mínima —añadió y volvió a mirarla—, es que puedo callar esto el resto de mi vida y seguir preguntándome o culpándome por no haberme animado a avanzar por miedo a… mil cosas que ya sabemos… pero, no tengo ganas. Estoy cansado y quiero que sepas lo que siento y ya…

—¿Así de simple? —inquirió ella.

—Así de simple —zanjó él—. Y ahora, la pelota está en tu cancha —añadió—, haremos lo que quieras, podemos fingir que esto nunca sucedió y mañana estirarnos del cabello como siempre, o… no sé, me da lo mismo, yo solo quería decírtelo de una buena vez…

Bastian se alejó y caminó por la habitación para luego fijar su vista en la ventana. Ya había pasado la media noche y afuera estaba silencioso y oscuro.

Angie se acercó a él y se paró a su espalda.

—Podemos fingir que esto nunca sucedió —dijo y Bastian asintió, pero entonces ella continuó —. O podemos… dejarnos llevar a ver a dónde llegamos…

Añadió y lo abrazó por la cintura.

Bastian sonrió ante el contacto y luego volteó. La miró a los ojos y ella se mordió el labio.

—¿Angeles Moyano ha decidido dejarse llevar? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Angie? —bromeó con diversión.

—Siempre puedo arrepentirme y volver a odiarte —zanjó ella colocando sus manos sobre el pecho de Bastian, como para empujarlo cuando estuviese desprevenido.

—Puedo asegurar que jamás en tu vida me has odiado —murmuró él.

—Demasiado ego… no sé si podré con eso…

—No, no es ego… te conozco, tienes el corazón más bueno del mundo, no eres capaz de odiar… ni siquiera a mí, tu archienemigo mortal de la infancia —susurró acercándose a ella.

—Cuando hablas así haces que se me aflojen las piernas —admitió en un hilo de voz.

—Ahhh ¿qué más logro? —quiso saber él.

—El resto no te lo diré porque se te subirán los humos —bromeó ella—. Y no queremos eso…

—¿Qué queremos? —quiso saber él.

—Besarnos, ¿no? ¿Te tengo que hacer dibujitos, Bestian? —dijo con ironía y se acercó más aún —. Queremos besarnos, y mucho, y dejarnos llevar… —añadió y juntó sus labios para un beso corto.

Bastian sonrió aún con sus labios pegados a los de ella.

—Me gusta mucho mucho esta Angie —susurró y luego le dio otro beso.

Se perdieron en un beso cargado de pasión que lo llevó a él a acercarla a la cama y dejarla sobre la misma para luego subir encima y continuar besándola.

—Basta… necesitamos bajar la temperatura de este momento —dijo ella alejándolo.

—¿Por qué?

—Porque vamos a quemarnos —susurró.

—¿Y eso es malo?

—Cuando el fuego es muy fuerte las cosas se consumen muy rápido, una vez que todo se consume, el fuego se apaga… Es mejor ir despacio, encender un buen fuego y que este dure mucho tiempo —añadió ella.

—Me gusta cuando dices fuego —susurró.

Angie se echó a reír.

—Eres un caso perdido, Bestian.

—Pero te gusto…

—Un poco…

—Un poco mucho…

—Casi…

—Demasiado como para dejarte llevar… y eso, para alguien como tú, Mínima, es una actividad de alto riesgo.

Ella volvió a reír.

—¿Se lo diremos a los demás? —quiso saber ella.

—¿Qué le diremos? —preguntó él.

—No sé… Dímelo tú.

—Yo no tengo problemas, Angie, por mí que el mundo se entere… pero haremos lo que tú desees, lo que te haga sentir mejor y más feliz…

Ella sonrió.

—Entonces quiero ir con calma… ¿podemos probar un poco de esto antes de decírselo a todos? No es que no quiera decirles, es que…

—Quieres estar segura —completó él.

—Me conoces muy bien… —admitió ella.

—No es típico de ti ocultar cosas y menos a Maxi —susurró acercándose de nuevo.

—Tú me haces hacer muchas cosas que no son típicas de mí, por si no lo sabías…

—¿Ah sí? ¿Cosas cómo cuáles? —preguntó él con diversión.

—Cosas como apagar mi mente… —Bastian frunció el ceño sin comprender, ella sonrió y le separó las arrugas con el pulgar—. Cuando estoy contigo no puedo pensar, y pensar es algo que hago todo el tiempo… Eso me asusta, bastante, pensar es mi arma y mi forma de protegerme… tú puedes ser mi gloria o mi perdición, si dejo de pensar se activan algunas partes de mi cuerpo que me incitan a ser un poco más… insensata —añadió sonrojada—, pero también podría ser muy peligroso… podría sufrir demasiado… y esa incertidumbre me asusta mucho.

—Angie —dijo él con un tono de voz que ella pensó nunca haberle oído antes, era tierno, dulce, y a la vez firme y cargado de promesas—, yo no quiero hacerte ningún daño, no quiero que tengas miedo… yo quiero cuidarte y protegerte… —Ella abrió la boca para decir algo, pero él colocó un dedo sobre sus labios con dulzura—. Ya sé que tú no necesitas de nadie que haga eso por ti, que no eres una princesa desvalida y que no esperas que un príncipe te rescate y bla bla bla —añadió y ella sonrió—, pero cuando uno está enamorado, se preocupa por la otra persona y desea que esté bien, que sea feliz, quiere cuidarlo y protegerlo… no tiene que ver con príncipes ni princesas ni roles impuestos por la sociedad, no tiene que ver con ser más o menos que el otro, solo con darse al otro… Yo quiero eso para ti y sé que tú, aunque no lo aceptes, también lo quieres para mí… porque si no, ¿por qué más habrías venido aquí esta noche?

—Estaba preocupada por ti…

—Exacto, te preocupaste por mí, viniste a escucharme, a darme tu apoyo, a ofrecerte a acompañarme… a cuidarme, a protegerme… a ver si estaba bien, ¿no?

Angie asintió y luego sonrió.

—Me gustas mucho mucho, Bastian —admitió—. Y tampoco quiero seguir negándolo… al menos no para mí y tampoco para ti…

Él la besó con dulzura y ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche? —preguntó él cuando se alejaron.

—Eso es correr antes de caminar —añadió ella con diversión—. Es tarde, debo regresar…

—¿Tu mamá sabe que estás acá? —quiso saber él.

—No, cree que estoy con Dulce…

—Entonces llámala y dile que te quedas a dormir con ella… —susurró mientras le besaba la mejilla, la nariz, el mentón, la frente…

—No, es peligroso…

—No voy a hacerte nada… y, sobre todo, no dejaré que tú me hagas nada —añadió con diversión—, solo vamos a dormir… abrazados…

—Suena tentador…

—Llámala…

Angie colgó el teléfono luego de unos minutos. Bastian le pasó una camisa y le dijo que se cambiara para dormir.

—¿Qué? No… ni loca.

Él se encogió de hombros y se fue al cuarto de baño para ponerse un short y una camiseta de dormir, luego se metió a la cama.

Angie suspiró y fue al baño para ponerse la camisa y sacarse el jean que traía. Se sentía extraña, entre emocionada y excitada, entre atontada y entusiasmada, entre aletargada y eufórica. Se acostó a su lado y él la envolvió con sus brazos, la espalda de ella contra el pecho de él.

—Si sientes que se despierta el «piolín» no le hagas caso, no puedo evitarlo teniéndote así —murmuró él.

—¡Bastian! —rio ella entre nerviosa y divertida—. ¿Por qué tienes que ser tan directo?

—Nos conocemos desde siempre, Angie —susurró él—, no tengo nada que ocultar contigo —añadió.

Angie sonrió, en cierta forma comprendía sus palabras. Estaba allí, pegada al cuerpo ardiente del chico con el que había peleado toda su vida, con su boca susurrándole al oído cosas que jamás imaginó escuchar de él y con todo su cuerpo encajando a la perfección con el de él. Como si fueran dos piezas de un solo rompecabezas, como si fuera su casa.

Angie nunca había estado así con nadie, ni siquiera con Lucas, era una posición demasiado íntima para dos personas que recién se conocían, pero comprendió las palabras de Bastian, ellos se conocían desde siempre, y no solo al nivel que un amigo conoce a una amiga, sino como si sus almas en realidad se hubiesen conocido antes… y sería por eso que se sentía tan cómoda, quizás era por eso que aquella locura pintaba tan bien, quizás era por eso que no le molestó cuando sintió la erección de él contra su trasero.

—Lo siento —murmuró él.

—No lo sientas —respondió ella—, me agrada tener ese poder sobre ti…

—Lo has tenido siempre, pero no es momento para hablar de eso… estoy tratando de controlarme —bromeó.

Ella sonrió, le encantaba esa naturalidad con la que fluían. Se pegó a él sin darse cuenta.

—No ayudas… —murmuró él.

—Lo siento… —dijo ella con diversión, no lo sentía en realidad.

—Hasta mañana, Mínima.

—Hasta mañana. Bestian.

Y Angie tardó en conciliar el sueño aquella noche, se sentía muy feliz y emocionada. La respiración de Bastian se hizo más pesada y ella supo que dormía. Y en ese mismo instante, sintiéndose tan cómoda como jamás pensó sentirse ante la idea de dormir con un chico, Angie creyó que eso debía ser estar enamorada.

Entonces se relajó, sabiéndose segura en los brazos de Bastian se dispuso a descansar, y, cuando

estaba a punto de quedarse dormida, Angie tuvo una revelación.

No, no creía estar enamorada, sabía que lo estaba.

DIVERSIÓN

Cerca de las nueve de la mañana, Dulce preparó un desayuno ligero y fue a despertar a Maxi. —Despierta, dormilón —dijo ingresando al cuarto—. Tenemos muchos planes para hoy, ¿lo recuerdas?

Maxi murmuró algo ininteligible y se cubrió la cabeza con la almohada.

—¡Arriba! —dijo Dulce insistiendo.

—¿No podemos dormir un poco más? —pidió.

—No… tenemos que ver la forma de llegar a la playa, que no queda muy cerca, luego almorzar algo y vamos a una feria que está cerca. Hoy será un día muy especial.

—Dulce —dijo Maxi sentándose en la cama y tallándose los ojos—. No creo que lo de la playa nudista sea buena idea, lo he estado pensando y se me ha ocurrido que quizá podríamos dejarlo en una de esas fantasías que no se cumplen nunca…

—¿Qué? ¡No! Yo también quiero conocer ese sitio y no me animaría a ir sola.

—No es lo mismo para ti —se quejó—. ¿Qué sucede si…? —dijo y señaló sus partes íntimas.

—Mira, lo que he leído en internet es que no está muy bien visto que suceda, pero a la vez es algo natural. Si llegara a suceder puedes ponerte boca abajo.

—Vaya… eso sería incómodo —murmuró y Dulce se echó a reír.

—Lo sé, pero también puedes ir al agua… Eso sería lo mejor, nos quedamos allí y esperamos que pase —respondió con naturalidad.

—No lo sé…

—También he leído que no debemos quedarnos mirando fijo a nadie, eso es como mala educación… hay que mostrarse de los más natural…

—Sí, pero… o sea… no sé cómo explicarte esto, pero… el simple hecho de verte desnuda a ti será… muy fuerte… —susurró y se tapó la cara con la almohada, sentía las mejillas coloradas.

A Dulce ese gesto le pareció más que tierno y sonrió.

—Digo lo mismo —añadió—, pero qué más da. Será un secreto entre los dos que nunca le contaremos a nadie —murmuró—. Vamos, nos divertiremos, además solo somos amigos y eso le quita tensión al asunto.

—Sigues siendo una chica hermosa —añadió él.

—Y tú un chico guapísimo —respondió ella y le guiñó un ojo—. No me hagas rogarte más…

—Está bien —aceptó Maxi finalmente—. No sé cómo logras hacerme hacer todas estas cosas…

Dulce sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Eres genial, Maxi. He preparado desayuno, te espero en el comedor —añadió antes de salir.

Maxi negó con la cabeza y la vio partir, Dulce era divertida, espontánea, arriesgada, cariñosa y tan dulce como su nombre. Le gustaba mucho su compañía, pero no estaba seguro de que la hazaña que vivirían esa mañana fuera a salir bien. Suspiró y se levantó para prepararse, cargó algunas cosas en la mochila y se imaginó que en un par de horas más estaría completamente desnudo en una playa junto a una de las chicas más hermosas que había conocido en su vida, y por más alentadora que parecía esa idea, en el contexto de la playa y con personas también desnudas rodeándolos, no iba a ser algo demasiado cómodo.

Ya estaba, que sucediera lo que tenía que suceder.

Bajó a desayunar y la vio preparada para la playa. Traía un sombrero grande y un vestidito de algodón en varios tonos. Abajo tenía el mismo bikini amarillo que había usado el día anterior y eso él lo deducía por las tiritas que abrazaban su cuello. Ella le sonrió y él se sentó a su lado, desayunaron mientras Dulce le iba contando lo que había leído del funcionamiento de las playas nudistas. Luego salieron para tomar un bus que le acercara a la zona.

Casi una hora después, un cartel señalaba que la playa estaba cerca y unos pasos más al frente otro cartel ponía las reglas. Algo sobre no tomar fotografías, no acosar a nadie, no quedarse mirando, usar objetos personales sobre todo en sitios públicos (no sentarse en sillas públicas sin colocar una toalla), no usar binoculares y mantener el buen comportamiento.

—Listos, llegamos —dijo Dulce que traspasó aquella línea invisible que avisaba que desde ese punto podrían encontrarse con bañistas desnudos.

—¿Estás segura?

—Muy segura —respondió ella que corrió hacia un lugar libre y se dispuso a colocar la sombrilla de playa que había traído de la casa.

Maxi trató de no mirar a nadie, caminó derecho hacia ella, pero un señor mayor se cruzó por el frente y él no pudo evitar darse cuenta de que iba completamente desnudo con una bebida en la mano derecha.

Suspiró, eso no iba a ser sencillo. Llegó hasta el sitio y ayudó a Dulce que ya iba colocando la parte superior y abría la sombrilla. Maxi buscó las toallas y las depositó sobre la arena, luego se sacó la camiseta y se sentó, quedando con el short de baño mientras tomaba un poco de coraje para continuar.

La gente, que no era mucha, andaba por ahí con tanta naturalidad que Maxi pensó que no tenía que ser para tanto, al final, no eran más que cuerpos desnudos en sus diferentes medidas, formas y colores, al final todos tenían lo mismo, ¿no? O al menos eso quiso pensar para convencerse de que todo saldría bien.

De pronto sintió la cercanía de un cuerpo, el de Dulce, que se había sentado a su lado. Los dos perdieron la vista en el horizonte, para no fijarla en ninguna persona.

—Me vas a tener que pasar el bloqueador, Maxi, porque si no quedaré como un cangrejo.

—No voy a poder hacerlo… —afirmó él.

—Vamos… todavía no me he sacado el bikini.

Maxi suspiró, el día anterior ya lo había hecho, no iba a ser tan difícil. Tomó la crema y se la pasó por la piel de los hombros y la espalda mientras su mente lo llevaba a imaginar lo que sucedería un poco después. Se sentía nervioso y lo único que deseaba era salir corriendo de allí o al menos, conseguir una capa de invisibilidad, para pasar desapercibido cuando su cuerpo lo traicionara, porque era imposible que no lo hiciera cuando Dulce acabara de desnudarse.

Ella también le pasó la crema por la espalda y los hombros y luego acabó de ponérsela por la panza y el rostro. Después, sin que Maxi pudiese hacer nada, se despojó de la parte superior de su bikini con tanta rapidez que él se quedó tieso.

—Dulce…

—¿Qué? —inquirió ella mirándolo.

Maxi se sentó sobre la toalla y volvió a perder la vista en el horizonte, o eso es lo que fingió hacer, porque en realidad buscaba alguien a quien mirar, alguien muy feo, muy desagradable, con un cuerpo deforme y si era posible con granos purulentos y toda la clase de cosas que pudiesen lograr que le diera asco, para así borrar la imagen de los perfectos pechos de Dulce mientras ella se disponía a echarse crema encima.

No se dio cuenta cuánto tiempo pasó, pero ella se sentó de nuevo a su lado.

—No es tan difícil —murmuró—. Todos tenemos lo mismo, ¿no? —inquirió con diversión. Maxi no comprendía como era tan fácil para ella.

—Bueno, técnicamente sí, pero no todos nos vemos igual —afirmó.

—Vamos, es tu turno —dijo ella dándole un pequeño empujón.

—Dulce… —susurró él con la voz acongojada, no volteaba a verla, pero la sentía sonreír.

Maxi se puso de pie y se sacó el short sin mirar más que la arena que estaba sobre sus pies, luego casi se echa de nuevo al suelo en el mismo sitio, cubriendo sus partes con el short que se había quitado.

—¿Lo sientes? Se siente muy hermoso —dijo ella antes de aspirar una buena bocanada de aire —. La naturaleza abrazándote por completo.

—Siento que la vergüenza me abraza por completo —respondió él.

—¿De qué te avergüenzas? No has hecho nada malo, nos estamos divirtiendo, haciendo algo que nunca hemos hecho. ¿Sabes? A mí me cuesta más desnudar el alma que el cuerpo —dijo de pronto—, y contigo lo he hecho como si nada… te he contado mis secretos sin pensarlo…

Maxi volteó a mirarla y le regaló una sonrisa, enfocándose en solo observarla a los ojos.

—Lo valoro mucho —añadió—. Y tienes razón, no debería avergonzarme, pero es que tengo miedo…

—¿De qué?

—No quiero que te sientas incómoda si llega a pasar que… bueno, que… ya sabes —murmuró —, sé cómo te sientes con respecto a eso de que los chicos te tratan como un objeto y yo no quisiera que sintieras que yo…

Dulce se emocionó al escuchar aquello.

—Pero es probable que suceda… y es algo que…

—Es algo que no me ofendería —respondió ella y lo tomó de la mano—, es algo normal en este contexto —bromeó—. ¿Qué tal si vamos al agua? Quizá así te sientas más tranquilo, y si no te relajas en un rato, nos vamos, se supone que esto debe ser divertido —dijo ella con ternura y luego se levantó y se dirigió a la orilla.

Maxi la vio caminar de atrás y suspiró, era realmente hermosa. Fue entonces que se volteó para llamarlo. El mundo pareció congelarse para Maxi, la vio allí, completamente desnuda con el océano de fondo y sintió que su cuerpo se calentaba con velocidad. La vio hacerle un gesto con una mano y luego voltearse para seguir rumbo al agua. Maxi supo que era demasiado tarde para evitar que su cuerpo reaccionara, así que no le quedó de otra que esperar un poco.

Dulce le hacía gestos desde el agua y un buen rato después, comprendiendo de que aquello no iba a volver a la normalidad, decidió caminar lo más rápido que podía hasta el agua, aunque la gente lo mirara, aunque muriera de vergüenza, aunque ella lo viera.

Y lo vio, Dulce lo llamaba y fue testigo del momento en el que se levantó y caminó veloz hasta prácticamente arrojarse al agua. Maxi supo que ella lo había visto por la sonrisa que se pintó en su rostro, no era de burla, era más bien de diversión, pero lo que él no supo es que ella tuvo que pelear contra sí misma para zambullirse y dejar de verlo. Él era guapo, atlético y… su cuerpo estaba tan listo… que ella no pudo evitar imaginarse cómo sería…

Pero entonces se obligó a meter la cabeza en el agua fría para ver si así no se le quitaban esos pensamientos.

—Dios, está muy fría… Esto ayudará —dijo él acercándose al sitio donde estaba ella—. Qué vergüenza, pero bueno, ahora ya no hay nada que ocultar —añadió.

—¿No es eso genial? —inquirió ella con diversión y la intención de no mostrarse nerviosa.

—¿Qué cosa? ¿Qué me hayas visto en ese estado o que toda esta gente me haya visto?

—Nadie te vio —respondió ella arrojándole un poco de agua.

—Tú sí…

—Y eso es lo genial, ahora ya no tenemos nada que ocultar —respondió—. Siempre he pensado que todo este tema del sexo es escabroso —añadió—, es como cuando el pavo real abre su cola llena de plumas coloridas para atraer a la hembra… Todo ese flirteo, toda esa galantería, todo ese ir y venir de sensualidad hasta llegar al momento en el que la pareja se encuentra por fin en la intimidad…

—No te sigo… —dijo él y negó con la cabeza.

—Nosotros somos amigos, pero en cualquier momento eso de que tú eres un chico y yo una chica nos puede nublar la razón y las hormonas nos pueden jugar una mala pasada… Ahora, ya nos hemos visto, ya no hay misterio… ¿Comprendes? Somos como dos hermanos pequeños que se bañan juntos en una bañera.

Maxi se echó a reír.

—La última vez que me bañé con Angie tendríamos como cuatro años —dijo él con diversión—, pero esto, definitivamente no se parece a ese recuerdo —añadió.

Ella le volvió a tirar agua y negó.

—¿No lo comprendes? Ahora no habrá tensión sexual entre nosotros y eso es bueno, porque podremos ser verdaderos amigos.

Maxi comprendió su gran temor y dejó de reír para mirarla a los ojos.

—No necesitaba verte desnuda para ser tu amigo, Dulce, ni tú necesitabas verme correr por la playa con el cuerpo excitado para saber que puedes confiar en mí —admitió.

—Confío en ti, Maxi, pero no sé… es algo que no puedo controlar… Creerás que soy una tonta, pero me siento tan bien a tu lado que no quiero perder lo que tenemos…

—No lo vas a perder —dijo él con dulzura, se hubiese acercado a ella si no estuvieran desnudos —, me agrada tu compañía y tu amistad, hace mucho que no me siento tan libre… estar contigo es refrescante.

—¿Sabes? Eres el primer chico al que le preocupa que me sienta un objeto —dijo ella con casi un hilo de voz y mientras perdía la vista en el horizonte para que decir aquello no demostrara que tenía un nudo en la garganta—, la mayoría solo tiene un objetivo. Yo lo sé, no soy tonta, veo cómo me miran y adivino lo que piensan… También sé que, al día siguiente, cuando todo haya sucedido, no me volverán a llamar, o lo harán solo si quieren más… hasta que se aburran… Es como si no vieran en mí nada más, como si yo fuera solo este cascarón vacío que me cubre…

—Dulce… —dijo él acercándose un poco, pero ella continuó.

—Ya no quiero ser así, ya no quiero eso… Angie me ayudó a creer que podía ser algo más que mi cuerpo, que quizás había alguien que quisiera mirar adentro de la cáscara…

—Claro que puedes, pero escúchame —dijo él y ella volteó a mirarlo.

—¿Qué?

Maxi se obligó a mirarla a los ojos y a obviar que la marea los había traído un poco más hacia la costa y sus pechos quedaban más expuestos.

—El problema no está en que tú busques alguien que vea más allá de tu cuerpo, hay miles de chicos que estoy seguro de que se enamorarían de ti, aunque fueras un monstruo —añadió y ella negó con una sonrisa—, la cuestión es que tú debes ver más allá de tu cuerpo, aceptar que eres valiosa, divertida, inteligente, audaz… aprender a quererte más y sentirte orgullosa de ti. Cuando veas lo hermosa que eres por dentro, tanto como por fuera, ya no aceptarás en tu vida a personas que no te vean de la misma manera y entonces te sentirás tranquila de que nadie querrá huir de tu lado, ni siquiera tú querrás hacerlo —añadió.

—Es muy hermoso eso que dices…

—A mí me encanta estar contigo, me río mucho, me siento libre, me gusta escucharte y mirar el mundo como lo miras tú. Haz hecho que me dejara de doler el corazón en muy poco tiempo y que olvidara la tristeza —añadió—. No vas a deshacerte de mí tan fácilmente —sonrió.

—Eres genial —añadió ella—. Ahora comprendo por qué Angie hablaba tantas cosas bellas de ti…

Estuvieron mucho rato allí compartiendo sueños y confesiones hasta que la piel se les arrugó y el estómago comenzó a avisarles que ya era hora del almuerzo, salieron del agua entre risas y obviando mirarse caminaron hasta el sitio donde dejaron sus cosas para vestirse con velocidad e

ir en busca de almuerzo.

Y mientras caminaban hasta una hamburguesería al otro lado de la calle, Dulce pensó que Maxi tenía razón, que debía trabajar más en su amor propio para ser una mejor persona, alguien más feliz y plena.

Maxi, por su parte, se sentía ligero, como si al lograr desnudarse físicamente y despojarse de ese nivel de vergüenza que lo poseyó por un buen rato, hubiese dejado de lado algo que le pesaba mucho, y no sabía bien qué era, pero sentía que pronto lo descubriría y que se trataba de algo importante.

NUEVO

Cuando Angie abrió los ojos pensó que todo había sido un sueño, quizás un dulce y empalagoso sueño. Sin embargo, las sábanas que la rodeaban no eran las suyas, la habitación tampoco lo era, y el aroma a Bastian que impregnaba el ambiente, le recordó que todo era real y que ella había dormido con él toda la noche.
Y no es que no hubiesen dormido cerca antes, pero nunca en la misma cama, nunca tan cerca, nunca rodeada por sus brazos y pegada a su cuerpo. Y se había sentido exquisito, perfecto, sublime.

Angie se cubrió la cabeza con la almohada, su mente, que había dejado de trabajar desde hacía varias horas, comenzaba a tirarle ideas alocadas, frases sueltas en las que le reprochaba sus acciones, su falta de coherencia.

—Te traje un sándwich y un café con leche, con más leche que café como a ti te gusta —dijo la voz de Bastian desde la puerta—, me hubiese gustado traerte algo más, pero aquí nunca hay nada, por eso siempre voy a tu casa —explicó con diversión.

Ella se sacó la almohada de la cara y lo observó.

—Te ves preciosa cuando te despiertas recién —admitió él y ella levantó las cejas.

Angie no contestó, se limitó a beberse el café y a mirarlo por encima de la taza.

—Ya sé, tu mente te está diciendo que esto es una locura, que no debiste quedarte anoche, que no vamos a funcionar y bla bla bla…

Angie bajó la taza y sonrió. ¿Cómo era que la conocía tan bien?

—¿Es así? —inquirió él para estirarle la lengua, su silencio lo volvía loco.

—Algo así… —respondió ella.

Bastian dejó la bandeja y se recostó en el suelo, colocó su espalda sobre la cama y perdió la vista en la ventana. Se bebió su café sin decir nada, decidido a que ella fuera la próxima en hablar.

—Te diré lo que pienso… —suspiró.

—Te vas a ir, me vas a decir que olvidemos todo, que estamos mejor así…

—Eso sería lo más lógico, pero no quiero hacerlo —dijo ella y se acercó a él.

Acarició con dulzura su cabeza y enredó sus manos en sus cabellos. Bastian recostó la cabeza sobre el colchón y la miró.

—Mi mente me está diciendo todo eso que ya sabes, pero mi corazón me dice otra cosa… Mi mente habla y habla, está a punto de explotar, emite sonidos de alarma… pero mi corazón late

muy fuerte, tanto que no lo oigo —sonrió—. Es una locura, Bastian, pero cuando estoy contigo… todo se vuelve tan incierto y desconocido, y, sin embargo, todo parece tan seguro y conocido…

Bastian dejó la taza en el suelo y subió a sentarse a su lado, acarició su rostro con su mano y delineó sus labios con su pulgar. Angie cerró los ojos y suspiró.

—¿No te vas a ir? —inquirió.

—No… o sea, eventualmente debo volver a casa —bromeó—, pero de esto —y se señaló a ambos—, no me quiero ir…

Bastian juntó su frente a la de ella, cerró los ojos y sonrió.

—Pero vayamos con calma, ¿sí? No quiero que compliquemos todo mucho más, no quiero lastimar a Dulce ni a Lucas, tampoco quiero complicar las cosas entre tú y Maxi, o entre tú y mi familia… no me lo perdonaría, Bas…

—Me encanta tu familia y ser parte de todo eso, Angie, pero tú me importas mucho más —admitió.

Ella sonrió.

—Ahora tengo que ir al baño —susurró.

—¿Quieres ayuda?

—Tonto —respondió ella empujándolo.

Se levantó y caminó hasta el baño, se lavó la cara y se enjuagó la boca con enjuague bucal que encontró entre las cosas de Bastian. Se ordenó el cabello con los dedos y se miró al espejo. Su cabello desordenado y suelto era una metáfora de su vida, por primera vez no tenía un plan, no había trazado un camino a seguir y no tenía la más mínima idea de cómo iba a terminar todo. Y a pesar de que aquello le producía incertidumbre, también la hacía sentir emocionada, audaz y, sobre todo, viva. Sentía que ahí frente al espejo, veía por primera vez a una nueva Angie.

Salió del baño y regresó a la habitación.

—Ven aquí —llamó Bastian y le señaló un espacio a su lado en la cama.

Angie se acercó y se sentó a su lado, los dos se miraron y no pasaron ni dos segundos para que comenzaran a besarse. Al principio aquello parecía un gesto dulce, pero al instante el fuego se les subió por las venas y el beso comenzó a tomar otros matices. Las manos de Bastian recorrieron su espalda y ella enrolló sus brazos en su cuello. Angie no se reconocía en aquella muchacha hormonal que perdía el control de sus pensamientos, pero ni siquiera tenía tiempo para meditar mucho al respecto, lo único que deseaba era continuar explorando aquellas emociones que la desbordaban.

Bastian se apartó con las mejillas sonrosadas.

—Vamos a detenernos —susurró—, te conozco y cuando comiences a analizar esto, te asustarás y querrás huir.

—Ah, ¿sí? —inquirió ella divertida.

—Sí, y no quiero eso…

—¿Crees que no soy capaz de detenerme? —preguntó, pero no había maldad en su voz, Bastian notó que solo bromeaba.

—Claro que puedes detenerte, pero no estoy seguro de que quieras hacerlo —le siguió el juego.

—Porque tú eres muy irresistible, ¿no? —inquirió ella acercándose de nuevo.

—Por supuesto, y al fin te has dado cuenta —susurró él con los labios muy cerca a los de ella.

—Ajá… claro —murmuró antes de mordisquear con ternura el labio inferior del chico—. ¿Y yo? ¿No te parezco irresistible? —inquirió.

—Por supuesto, de hecho, llevo demasiado tiempo resistiéndome y ya no quiero hacerlo —susurró y luego comenzó a besarla.

Angie le siguió por unos minutos, pero entonces se apartó bruscamente. Bastian casi cayó, pues ella se levantó de golpe.

—¿Qué sucede?

—Nada, estaba probándote que puedo detenerme cuando quiera —respondió con diversión.

—¿Me lo probabas a mí o te lo probabas a ti? —dijo él que ya se había levantado y se acercaba a ella para volver a abrazarla.

—A ti, por supuesto —replicó ella volteándose—. No quiero que se te suban los humos a la cabeza, Bestian.

—¿A mí? Mínima, podría apostar a que no aguantas veinticuatro horas sin mis besos, no luego de probarlos…

—He vivido casi tres años sin tus besos —dijo ella y cruzó los brazos—. Sin embargo, hay algo que no hago hace mucho y que muero de ganas por hacer —añadió con un destello de luz en su mirada.

—¿Sí? ¿Algo como lo del lago?

—No, algo mucho más divertido —respondió ella.

Y cuando Bastian estuvo a punto de envolverla en sus brazos, ella se arrojó sobre él y comenzó a hacerle cosquillas.

—¡No! —gritó él—. Sabes que lo odioooo —se quejó mientras ella ya lo había empujado en la cama y se subía sobre él para seguir con el juego.

—Por eso mismo a mí me encanta —prosiguió.

Los dos reían sin parar y se esquivaban el uno al otro mientras intentaban atacar y defenderse. Solían jugar así cuando eran niños, pero hacía años que ya no lo hacían. De pronto, Bastian tomó la cabeza de la chica con ambas manos y le plantó un beso. Angie, que aún estaba sobre él, dejó caer su torso y se acomodó mejor para seguir aquello. Se besaron con intensidad, con las respiraciones agitadas por el juego y por el beso.

Se apartaron solo unos centímetros, los suficientes como para mirarse a los ojos y se quedaron allí, contemplándose en silencio. Bastian la abrazó y ella recostó su cabeza sobre su pecho, escuchó su respiración agitada y su corazón acelerado y sonrió.

—Dios, esto se siente tan perfecto, Angie —dijo él con dulzura—, he soñado tanto con este

momento… Dime que te sientes igual que yo, por favor —pidió.

—Sí… me siento igual —respondió ella y luego comenzó a besar el pecho del muchacho por sobre la camiseta que traía—. ¿Qué me haces? No me reconozco y me siento tan bien…

—Lo mismo que tú a mí —dijo él—, no sé bien qué es, pero lo que sí sé es que me gusta.

Angie sonrió y se incorporó para volver a besarlo.

—Creo que me he vuelto loca —dijo en medio del beso.

—¿De amor por mí? —inquirió él.

—Hmmm —Fue todo lo que respondió.

—Me gusta esta chica… no te imaginaba así —dijo él mientras le besaba el cuello.

—¿Así cómo?

—No lo sé, pensé que serías más aburrida.

—Me dijiste frígida un montón de veces —se quejó ella mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

—Quedó claro en el lago que no lo eres —dijo él y ella le dio un golpe.

—¡Olvida eso! Muero de vergüenza —exclamó apartándose un poco.

—¿Por qué? Lo que quiero es que lo repitamos tantas veces que no lo olvides nunca.

—¡Bastian! —exclamó ella como si se quejara, pero la sonrisa en su boca decía otra cosa.

—Admítelo, admite que quieres repetirlo —bromeó él.

—En algún lejano momento —dijo ella un poco avergonzada.

Bastian la abrazó y la besó en la frente con dulzura, ella se dejó caer a un lado de la cama y ambos quedaron de costado uno frente al otro.

—Entonces, ¿pensabas que era aburrida? —preguntó ella.

—No… Desde que nos besamos supe que la energía entre nosotros es muy fuerte, muy explosiva, por eso peleamos tanto —susurró mientras acariciaba con su mano las mejillas de la muchacha—. Lo del lago fue una confirmación de eso… pero pensé que… no te enojes, solo creí que sería más difícil que te soltaras… es que eres tan racional… Pero me encanta este lado tuyo…

Angie suspiró.

—No me enojo, me gusta que seas sincero… la verdad es que no me conozco, es como si alguien hubiese invadido mi cuerpo y acallado mi mente. Me encanta todo esto —dijo y se señaló a ambos—, lo que sentimos… lo que me haces sentir —admitió—, me da un poco de miedo porque temo perder el control… o más bien creo que ya lo perdí… —suspiró.

—No, tú tienes el control, Angie. Sentir y experimentar lo que estamos viviendo no es perder el control… no tienes que ser ni hacer nada que no desees, toda tú, seas como seas, me encantas…

—¿Incluso cuando te hago bromas pesadas o te peleo por los puntajes de Matemática? —inquirió ella con diversión.

—Incluso así —respondió él y la besó con dulzura—. Y me encanta ser yo quien te ayude a descubrir a esta nueva tú… Y antes de que me digas que me creo superior por eso, también tú me estás ayudando a descubrir una parte de mí que desconozco…

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—Esta…

—Tú has salido con muchas chicas antes, no mientas…

—¿Y crees que con otras chicas me he sentido así? Contigo puedo ser yo mismo, conoces mis luces y mis sombras y mi secreto más grande. ¿No te das cuenta? Eres única para mí, siempre lo has sido…

Angie sonrió.

—No sé si creerme todo eso, pero por el momento lo haré, me gusta cómo suena.

—Lo que no creas te lo demostraré… —añadió y luego volvió a besarla.

Y las horas de aquella mañana pasaron entre besos, promesas y nuevos descubrimientos, entre una nube de estrellas y mariposas furiosas aleteando en sus estómagos, entre pieles erizadas tras caricias suaves, entre suspiros ahogados y corazones agitados.

Y Angie creyó que… Angie no creyó nada porque por primera vez en su vida, su cerebro estaba en silencio.

PACTO

Eran cerca de las tres de la tarde cuando Dulce y Maxi llegaron a la feria. Se llamaba Las piedras y era una pequeña a la que Maxi, Angie y Bastian solían ir seguido cuando eran chicos y en ocasiones también de adolescentes, pero Dulce nunca había estado en una, y a Maxi le pareció una obra de arte el brillo de sus ojos y la ilusión en su rostro cuando ingresaron al sitio.

—Me siento como una niña pequeña —exclamó con algarabía—. ¿Sabes cuántas veces quise venir? ¿Cuántas veces le rogué a mi padre que me trajera? Siempre me decía que estaba ocupado y que no tenía tiempo. Sé que creerás que soy una tonta, pero me siento tan feliz.

—Oye… yo no creo que seas ninguna tonta —dijo él y la tomó de la mano—. ¿Y sabes qué? Me siento feliz de ser yo quien te acompañe hoy aquí. Mira, voy a llevarte a pasear por todos los sitios que Angie, Bastian y yo solemos visitar.

—¡Sí! ¡Sí! —añadió feliz.

Empezaron entonces por la casa del terror, donde se divirtieron un montón entre telarañas falsas y fantasmas demasiado obvios para asustarlos.

—Hasta ahora me pregunto cómo es que esto me asustaba tanto de chico —comentó Maxi cuando salieron—. Recuerdo que Angie no quería entrar, pero una vez perdió una apuesta con Bastian y no le quedó otra que hacerlo. Al salir, dijo que no le había asustado, pero yo más bien creo que no quería dar su brazo a torcer, o a lo mejor no quería sentirse tan tonta, porque a mí sí que me daba miedo —añadió con diversión.

—Cuando somos pequeños vemos las cosas desde otra perspectiva, todo parece demasiado grande, ¿no? Supongo que era eso —agregó ella.

—Vamos al carrusel, ¿quieres? Y si no le temes a las alturas luego podemos subir a la rueda.

—¡Por supuesto! —añadió ella con una sonrisa.

Maxi la tomó de la mano y corrieron como si fueran dos niños pequeños, subieron al carrusel a pesar de que el encargado de los tiques los miró raro ya que la fila estaba compuesta por niños de entre cuatro y seis años.

—Creo que somos los más grandes aquí —rio Dulce.

—No importa, tú te mereces experimentar todo lo que no pudiste de niña —respondió él y a ella esa frase le calentó el alma.

Bajaron del carrusel y caminaron en silencio hasta la rueda de Chicago, subieron y mantuvieron esa calma y quietud que traían desde un momento atrás. Dulce se sentía a gusto, tanto que de

pronto sintió unas tremendas ganas de llorar, y no sabía el porqué. Un enorme nudo se le hacía en la garganta e intentaba tragarlo sin éxito.

—¿Estás bien? —inquirió Maxi tomándola de nuevo de la mano—. ¿Tienes miedo? No pasa nada…

—No… no es eso —dijo ella y ya no pudo contener las lágrimas.

—¿Qué pasa, Dulce? Me asustas…

—No sé… —respondió ella que entre lágrimas comenzó a sonreír—. Me siento muy feliz… ¿tiene sentido? Me siento libre y a gusto… No recuerdo cuando fue la última vez que me sentí así, Maxi… y no sé tampoco si sucedió alguna vez.

—Entonces ¿las lágrimas son de alegría? —inquirió él aún preocupado.

Ella asintió y él se las secó con ternura.

—Me tranquilizo entonces…

Pasó un brazo por los hombres de Dulce y dejó que ella recostara su cabeza sobre su hombro. La noria se había detenido para que subieran algunas personas y ellos estaban hacia uno de los lados.

—Mi madre dice que a veces necesitamos llorar, liberar todas esas cosas que guardamos dentro por mucho tiempo… es como la limpieza interior —susurró—. Puedes llorar en mi hombro, Dulce —añadió y le dio un pequeño beso en la frente.

Aquello fue como si abriera las compuertas de una represa, las lágrimas de Dulce ya no pudieron detenerse. Lloró por esa niña que algún día fue y que tan triste y sola se encontraba en algún recóndito rincón de su alma, por esa pequeña criatura que había sido dañada en su inocencia y que, para colmo, no había recibido el amor suficiente para sanarse; lloró por sus sueños infantiles, por sus miedos, por los monstruos que le arrebataron la sonrisa; lloró porque en su interior ella tenía una casa del terror que la asustaba mucho más que la que acababan de visitar y porque la Dulce adolescente y casi adulta que ahora era, había dejado a esa pequeña olvidada en esa casa.

—¿Sabes? —dijo cuando un buen rato después bajaban de la rueda y caminaban entre la gente. Maxi le había comprado palomitas y un refresco y ella ya se sentía más calmada.

—Dime —dijo él mirándola. Aún tenía los ojos rojos y las mejillas sonrosadas por el llanto, pero a él le parecía que se veía hermosa.

—Hoy he conectado con esa parte de mí que he abandonado hacía tanto tiempo —susurró—, no sé si lo vas a comprender, pero cuando una sufre algo muy fuerte o doloroso, lo que uno hace es esconderse, sentir incluso vergüenza de una misma… culparse… y cuando te toca crecer, para poder sobrevivir, lo que haces es lo que todos los adultos de tu vida hicieron: abandonarte.

—Sí, lo comprendo, Dulce. Mi madre siempre nos habla de la importancia de no olvidarnos de ese niño que vive en nosotros…

—Así es, me olvidé de ella, o más bien la abandoné también…

—Pero es solo porque intentaste ser fuerte, salir adelante… y lo lograste, ¿sabes? Eres una chica increíble…

—Yo no me veo así…

—Mira… sígueme —dijo Maxi y la tomó de la mano.

Caminaron hasta un sitio que decía que era la casa de los espejos. Ingresaron y Maxi la llevó hasta un salón que tenía muchos tipos de espejo.

—Mira lo que pasa ahora —añadió y comenzó a caminar entre los mismos—. Me veo gordo, flaco, alto, bajo… me veo partido por la mitad, con las piernas muy cortas o los brazos muy largos… pero sigo siendo yo… sigues siendo tú. ¿Comprendes mi punto? —inquirió cuando llegó a un extremo.

Dulce asintió.

—Ahora ven tú —la llamó.

Dulce caminó y fue sonriendo ante las distintas imágenes de su cuerpo, distorsionadas por los espejos, hasta llegar a Maxi.

—Todas esas imágenes que viste fueron solo el reflejo de lo que en realidad eres… y cada una se vio distorsionada por un espejo que tenía una propiedad, la de aumentarte la estatura, agrandarte los ojos… o cualquiera de esas… Pero tú sabes cómo te ves —dijo y la guio hasta el último espejo—. Mira, este nos alarga la cabeza —añadió con una risa divertida mientras hacía muecas —, pero tanto tú como yo sabemos que en realidad no nos vemos así, ¿no?

—Claro… —respondió ella.

—Bueno, pues lo que pasa es que tú por demasiado tiempo has creído lo que te decían de ti estos espejos… que en la vida real vienen a ser tus padres, tus seres más cercanos, incluso los chicos con los que salías… Pero tú no eres eso, Dulce, tú no eres nada de eso…

Los ojos de Dulce volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Quién soy entonces? —inquirió.

—Eso es lo que tienes que descubrir tú, pero yo pienso que eres la persona que desees ser, que te hará feliz. ¿No es fantástico? Siempre podemos ser lo que en realidad soñamos ser, solo hay que trabajar un poco —suspiró—. Creo que mi madre estaría muy orgullosa si me escuchara hablar así —bromeó para alivianar la tensión.

Dulce rio tras su comentario y asintió.

—También lo creo —añadió—. ¿Quién soy para ti? —quiso saber.

—Para mí eres una chica hermosa por dentro y por fuera, alguien con quien me encanta pasar el rato, tanto que ni me doy cuenta de que el tiempo pasa… alguien con quien me animo a hacer locuras como la de esta mañana y que me ha ayudado a transitar un momento que pensé sería mucho más oscuro. Pero ¿qué importa quién eres para mí? ¿Quién eres para ti? Es lo que en realidad importa, Dulce.

Dulce suspiró.

—Tienes razón… tienes tanta razón —dijo ella y lo miró con agradecimiento—. Toda la vida creí que no merecía ser amada ni respetada, lo asumí por todo lo vivido, pero quizás eso solo fue un espejo distorsionado por las cosas que me sucedieron.

—Por supuesto que solo fue un espejo distorsionado. Mereces ser amada y respetada por quién

eres y quién deseas ser, Dulce. A ver… dime, ¿qué te gusta de ti?

—Me gusta que soy directa, espontánea, que no juzgo a las personas y que soy alguien en quien se puede confiar.

—Pues puedes empezar por allí entonces —sonrió él—. Por todo lo bueno que tienes…

Ella se detuvo en seco, ordenó aquellas frases en su mente y por primera vez pensó de forma positiva sobre sí misma. Maxi tenía razón, ella tenía muchas cosas buenas y se sentía orgullosa de todo lo que había logrado superar. Cerró los ojos y se abrazó mentalmente, y sintió como si de pronto hiciera las paces consigo misma.

—Hoy es un día trascendental —dijo en un susurro—. Hay un antes y un después de este día.

Maxi sonrió, no dijo nada, pero le encantó verla, ser testigo de esa metamorfosis que se estaba dando delante de él, como si pudiera ver a una mariposa salir de su crisálida y extender las alas.

Dulce abrió los ojos y lo abrazó, como una niña abraza espontáneamente a un ser querido, no como los adolescentes que eran. Lo abrazó fuerte y le dio un beso en la mejilla. Y ese beso despertó cosas en él, cosas que no sabía que tenía dentro, emociones que parecían chocar en su interior contra las paredes de su alma como si alguien librara varias pelotas de ping pong en un espacio reducido. Había bullicio, había silencio, había música, había magia, había escalofríos y calor… ¿Qué era eso?

—Gracias, Maxi, eres el mejor amigo del mundo.

Y de pronto esa palabra resultó molestosa para Maxi, pero trató de evadir todo aquello, le regaló una sonrisa y le besó en la frente.

—Gracias a ti por este momento tan inolvidable —susurró él.

Y no sabía bien porqué, pero sabía que lo era… uno de esos momentos que lo cambian todo, que delinean el futuro, el presente y el pasado… como ella había dicho antes, un momento trascendental, un antes y un después.

Maxi sacudió la cabeza para sacarse esos pensamientos inapropiados y la invitó a los juegos de puntería, jugaron juntos y ganaron unos cuantos premios. Después de eso, fueron a un lugar donde podían sentarse, compraron un helado y se lo tomaron mientras hacían un recuento de su día y de los premios obtenidos. Sin darse cuenta, eran cerca de las seis de la tarde cuando decidieron que era hora de regresar. Apenas les daría tiempo para pasar por la casa, darse un baño, recoger sus cosas y volver a sus casas.

—No puedo creer que se acabe —se quejó Dulce—. Quisiera quedarme aquí para siempre —añadió.

—Lo sé… ha sido un fin de semana perfecto —respondió él.

—Lo repetiremos, ¿verdad? —quiso saber ella.

—Claro… cuando tú lo desees —sonrió—. Antes de irnos te mostraré un sitio especial —añadió y se levantó. Dulce lo siguió.

Caminaron hasta donde había algunas piedras que parecían de una antigua construcción, no estaba alejado del parque, pero sí era un sitio oscuro donde había una gran cantidad de parejas besándose.

—Dicen que este parque fue construido donde antes hubo un templo para no sé qué dios o diosa del amor —dijo él encogiéndose de hombros—. Mis padres siempre nos contaban esa historia cuando veníamos y venían aquí a darse un beso antes de irnos. Esto es todo lo que queda de aquel templo y dicen que, si las parejas se besan aquí, tendrán suerte en el amor —añadió—. Allá —señaló una carpa colocada a un lado de las piedras—, está la adivina que lee las manos y todas esas tonterías, normalmente las parejas vienen a que les lean la suerte, o solo a besarse —sonrió.

—Wow —respondió ella con diversión y se acercó para acariciar una de las piedras—. ¿Crees que es cierto?

—No en realidad —dijo él encogiéndose de hombros—. Pero a los seres humanos nos gusta creer en todos esos rituales o cualquier cosa que nos dé un poco de certezas, supongo que a los enamorados les gusta creer que durará para siempre.

Dulce notó el dejo de tristeza en la última frase y le tomó de la mano.

—¿Crees en el amor para siempre? —inquirió ella—. ¿Creías que tenías eso con Olivia?

Maxi negó.

—Sí y no… cuando estás enamorado crees en el para siempre —añadió—, quieres hacerlo… El amor es esperanza y nadie piensa en que algo puede no funcionar, o más bien no quiere creerlo —suspiró e hizo un silencio mientras levantaba la vista al cielo que ya presentaba el color púrpura previo al anochecer—. No creía que fuera a ser para siempre —se encogió de hombros —, somos muy jóvenes… Pero sí quiero creer que existe ese amor, bueno, mis padres han superado muchas cosas y siguen juntos, se los ve enamorados —comentó y miró a Dulce con una sonrisa—, no ha sido fácil… pero ahí están, deciden amarse cada día. Mi padre dice que el amor es una decisión que uno toma a diario…

—Vaya… Es esperanzador, ¿no? Que todavía existan en el mundo personas que nos muestren un lado distinto a lo que se ve actualmente, que todo parece tan descartable…

—Así es, a veces quiero pensar que conseguiré algo como lo de ellos, luego creo que vivo en otra época y que ya no existe, pero después decido creer otra vez… y así —dijo encogiéndose de hombros—. Un año, el año que ellos regresaron luego de aquella separación —comentó y Dulce asintió—, vinimos aquí. Celebramos en familia su aniversario en este parque, también vino Bastian —añadió—, y antes de partir, mis padres se dieron el beso de siempre. Angie y yo estábamos felices, nos sentíamos plenos, completos de nuevo —comentó—, y recuerdo que prometimos que vendríamos aquí con…

—¿Con quién? —quiso saber ella.

—Bueno, es curioso… no te traje aquí por eso y no quiero que pienses nada que no es —se adelantó a explicar—, pero nos prometimos que vendríamos aquí cuando encontráramos a la persona con quien queríamos el para siempre —añadió.

—¿Viniste aquí con Olivia? —inquirió ella.

—No, nunca, con nadie… —respondió él aparentemente sorprendido por su propia respuesta—. Ni siquiera se me ocurrió traerla, incluso cuando habíamos venido aquí una vez para acompañar a su primito con los compañeros de la escuela —comentó—. No lo pensé…

Dulce sonrió, su corazón latió muy fuerte en su pecho.

—Bueno… pues quizás el para siempre también podría ser una amistad, ¿no? —preguntó Dulce.

Porque la idea de ser el para siempre de alguien le generaba una emoción inexplicable, pero no quería que él la malinterpretara.

Él sonrió y se volvió a mirarla.

Maxi la miró a los ojos y sintió que podía leerle el alma. Una especie de bruma los envolvió. Él se preguntó por qué la había llevado allí, pero no quiso ahondar en la posible respuesta, era mejor pensar que había sido solo una casualidad.

—Quizá —respondió.

—Y para concretar la idea, como amigos que somos, te daré un beso en la mejilla. ¿Está bien?

—Está bien —respondió él comprendiendo que ella decía la palabra amigos muchas veces, pero sin ser capaz de entender que en realidad lo decía más para convencerse a sí misma que otra cosa.

Ella se acercó y se puso de puntillas para poder darle un beso en la mejilla. Esta vez, fue él quien la abrazó. No sabía bien porqué, pero de pronto se sentía correcto.

Se quedaron en silencio, disfrutando de ese abrazo y esa cercanía, ambos envueltos en una magia que ninguno de los dos era capaz de explicar. Quizá solo era la energía del templo abandonado.

—¿Amigos para siempre? —dijo Maxi con diversión.

—Seremos los únicos aquí que hacen un pacto de amistad —dijo ella mirando alrededor—, pero me parece genial —añadió.

Sellaron el pacto con un apretón de manos. El cielo ya estaba oscuro y Maxi la tomó de la mano para que regresaran hacia la salida. Antes de hacerlo volteó una vez más a ver el lugar, Dulce también lo hizo, y entonces, ambos se detuvieron. Eran solo unas sombras, pero los dos conocían muy bien los cuerpos que la provocaban.

Maxi creyó que se había vuelto loco y que tras aquel extraño pacto de amistad había ingresado a una especie de portal o mundo paralelo. Dulce, por su parte, creyó que ahora todo tenía sentido.

FUTURO

El calor entre los besos apasionados que compartían Angie y Bastian subía y subía, hasta que, entre suspiros y gemidos, los dos lograron apartarse y aclararse.
—Sería bueno que saliéramos a dar un paseo —dijo él todavía un poco agitado.

—Sí… creo que será lo mejor —respondió ella—. Podemos ir a comer algo y luego a caminar por el centro.

—Tengo una mejor idea —añadió él—. Además, si quieres pasar desapercibida el centro no es un buen lugar, la mayoría anda por allí los fines de semana.

—No sería raro vernos juntos, Bastian.

—Pero no pretenderás que me comporte como un amigo teniéndote a mi lado, no ahora, no así —añadió señalándose a ambos—. No puedo mantenerme alejado por demasiado tiempo.

Ella se sonrojó y sonrió.

—Bueno, ¿y cuál es esa idea? —inquirió.

—Admite que tú tampoco puedes alejarte de mí y te cuento.

—¿Yo? ¡Claro que puedo! —exclamó con una expresión divertida en el rostro.

Bastian se acercó a ella con lentitud, sin tocarla, la miró a los ojos y luego miró sus labios, la vio mordérselos y se pasó la lengua por los suyos. Angie se acercó a él, y entonces él se separó.

—¿Ves? No puedes —respondió con gloria.

Angie lo empujó.

—Juegas sucio, ¿eh? —inquirió—, cuidado que yo también puedo jugar si quiero.

—¿Quieres? —preguntó él.

—Si te portas mal… —respondió ella con un gesto que a Bastian se le hizo sexy.

—Me vuelves muy loco —susurró y se acercó para besarla, ella le respondió, pero se apartó a pocos segundos.

—¿Entonces? ¿A dónde?

—Vamos a comer algo y luego te digo…

—No, no soy una persona de sorpresas y lo sabes, me generan ansiedad…

—Sí, ya lo sé —respondió él—, pero me encanta esta parte de ti que se maneja por impulsos y espontaneidad y que estoy conociendo hoy. Es como si en tu interior hubiese dos personas,

Angie, y lo que más me gusta es que, al parecer, esta otra Angie, solo sale conmigo.

Angie sonrió.

—Debo admitir que eso es cierto, ni yo la conocía hasta ahora —admitió—, y aunque una parte de mí se está volviendo loca por todo esto, esa otra Angie está muy emocionada.

—Y también está loca, pero por mí —dijo él.

—Sí, sí, cuidado con el ego —añadió divertida.

Bastian se acercó a ella y se pegó mucho a sus labios, sin tocarlos.

—¿No estás loca por mí? —inquirió.

—Definitivamente sí —respondió ella y envolvió sus brazos por su cuello para acortar la distancia y atraerlo hacia sí.

Se separaron de nuevo y él sonrió.

—¿Vamos? —inquirió.

—Vamos —dijo ella levantándose y arreglándose un poco la ropa que se le había subido por todas partes.

Bajaron con destino a la salida, pero antes se cercioraron de que nadie los viera, después de todo, Dina creía que Angie estaba con Dulce. Corrieron hacia la salida del condominio y caminaron hasta una pizzería que había a cuatro cuadras, allí pidieron una pizza y comieron mientras conversaban y reían de cualquier cosa.

Angie se sentía libre, esa sensación de que su mente y su corazón estaban en disonancia había pasado a segundo plano, o quizás había acabado del todo, no lo sabía muy bien, pero hacía tiempo que su mente no le decía nada… Bastian estaba más que emocionado, había soñado con ese momento por demasiado tiempo y al fin se sentía a gusto, seguro, entusiasmado.

—¿No crees que vamos un poco rápido? —inquirió ella de pronto.

—¿Rápido? ¿En qué sentido? —preguntó él.

—No lo sé, hemos pasado la noche juntos y…

—Lo dices como si hubiéramos hecho algo —respondió con ironía.

—No, bueno, pero igual, llevamos menos de veinticuatro horas como… bueno… como lo que sea que somos y… se siente como si hubiésemos estado juntos hace años.

—Eso porque estamos juntos desde hace años, Angie. Y porque hemos tenido esto en pausa por un buen tiempo también —añadió—. ¿Qué te preocupa? No es como si no me conocieras…

—Bueno, te conozco desde siempre, pero esta es una nueva faceta… —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Exacto, lo es para ambos… y aun así se siente perfecto, ¿no?

—Sí…

—¿Entonces?

—No lo sé, deberás tenerme un poco de paciencia, no estoy acostumbrada a esto y… de pronto me pongo a pensar y…

—Lo sé, cariño, lo sé —respondió él acariciando su mano con ternura.

Acabaron de comer y se dirigieron a la parada de taxis donde Bastian se acercó a uno y le pidió que los llevara a la feria Las Piedras.

Durante el trayecto, no hicieron mucho más que besarse y mirarse a los ojos como si se conocieran por primera vez, y al llegar, Angie supo de inmediato a donde se dirigían.

Eran cerca de las cuatro cuando ingresaron al sitio y caminaron por allí para dirigirse directamente hasta las ruinas. Se sentaron sobre una de las piedras y Bastian la tomó de la mano.

—La última vez que vinimos aquí había pasado una semana de nuestro primer beso —comentó —, vinimos a celebrar el reencuentro de tus padres…

—Lo recuerdo…

—Lo único que podía pensar esa noche era que deseaba volver a besarte, aquí, donde todos buscan la esperanza… Cuando éramos pequeños y veníamos, adoraba ver a tus padres estirarnos hacia este lado para darse un tierno beso antes de regresar a la casa. Maxi lo odiaba, decía que era asqueroso…

—Lo sé —rio Angie—, admito que era un poco extraño…

—Y yo, lo único que podía pensar era que ojalá tuviera algo así… Al principio quería tener unos padres como los tuyos, que se amasen y se respetasen… y luego, comencé a soñar en que, ya que eso no fue posible, quizá yo podría hallar a alguien con quien tener eso tan especial…

—Bastian… no te sabía tan romántico —respondió ella sin tono de burla, más bien con dulzura.

—No me has dado demasiadas chances, ¿no crees? —susurró acercándose a ella.

—Pero siempre hay tiempo para cambiar, ¿no? Me gusta ese lado… ni siquiera te creía capaz…

—Crees muchas cosas de mí que no son —dijo él y suspiró—, y en otras me conoces más que nadie… Eso asusta.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque… no importa —añadió y negó con la cabeza, Bastian sabía que decirle que ella era la única persona capaz de destrozarle el corazón si lo de ellos no funcionaba era demasiada presión para la Angie que estaba emergiendo en esas horas—. El caso es que cuando vinimos aquí tras la reconciliación de tus padres y luego de nuestro beso secreto, solo pude desear que fueras tú… que tú fueras esa persona… Ya sé, crees que estoy loco y… no quiero asustarte o parecer un psicópata enamorado, pero es que… no puedo evitarlo, Angie…

Los dos quedaron en silencio hasta que él habló de nuevo.

—Perdón, quizás estoy siendo muy efusivo y temo que te asustes y te eches para atrás…

—Ey, no dejes de ser tú mismo por mí —dijo ella y sonrió—, no me asusto, Bastian… Estamos juntos en esto —añadió—, y, además, para que sepas, esa noche, lo único que pude pensar fue en nuestro beso. Es más, estuve a punto de hablarte del tema antes de que te fueras, pero entonces Maxi sugirió lo de que te quedaras a dormir y fuiste a su habitación y ya no tuve oportunidad…

—Vaya… No era nuestro momento, ¿no?

—No… —respondió ella.

—¿Y ahora?

Angie se encogió de hombros.

—Podemos hacer que lo sea, ¿no?

—Claro…

—¿Vamos a la adivina? —inquirió ella.

—¿Segura?

—¿No vinimos para eso? —preguntó.

—No, yo solo quería darte un beso aquí —respondió él con naturalidad—, pero vamos.

Caminaron hasta la tienda e hicieron cola para ingresar, cuando les tocó el turno, se encontraron con un espacio minúsculo, oscuro y cargado de humo con olores extraños. El rostro de la mujer que siempre habían imaginado anciana era inquietante, era joven, como de unos treinta años, estaba muy maquillada y traía un rodete alto como el que usan las bailarinas de ballet. Llevaba un vestido violeta y una especie de bufanda roja se le envolvía al cuello. La mujer, de tez más clara que la nieve, sonrió al verlos y les señaló las sillas para que se acomodaran.

—¿Por quién empezamos? —inquirió solicitando la mano de alguno de los dos.

Angie fue la primera en animarse, le encantaba la idea de que le dijeran algo sobre su futuro y esperaba que fuera algo que le diera un poco de certeza y paz. La mujer observó las líneas y sonrió.

—Tienes una personalidad muy fuerte y alcanzarás una vida próspera en todos los sentidos, serás muy feliz si logras aprender algunas cosas —añadió y luego la miró a los ojos.

—¿Cosas como qué?

—Como a equilibrar el orden y el caos —respondió la mujer. Luego desvió su mirada de los ojos de Angie y observó a Bastian—. Pásame tu mano —ordenó.

Bastian lo hizo y la mujer observó sus líneas sin soltar la mano de Angie.

—Tú eres un buen chico, pero cargas una sombra… alguien te ha dañado tanto que ha teñido tu mundo de desconfianza… Serás feliz, pero deberás enfrentar a esa sombra para poder librarte de ella —añadió.

Bastian hizo una mueca de disgusto.

La mujer unió las manos de ambos y sonrió.

—A pesar de que, a diario recibo a miles de parejas, esto no sucede a menudo… Se han encontrado, y eso es bien difícil en el mundo del desencuentro, y por lo que veo ha sucedido temprano. La química que los rodea es explosiva, pero si no la saben manejar, puede tornarse en su contra.

La mujer los soltó y asintió para que supieran que había terminado. Ambos se levantaron y Bastian dejó un billete en una caja justo al lado de la puerta.

—No nos dijo gran cosa —dijo ella.

—Bueno, adivinó con lo del caos y el orden y con lo de la sombra en mi vida, además, si lo

piensas, es cierto, entre nosotros la química es explosiva, antes se manifestaba en peleas, ahora… en besos —dijo antes de besarla.

—Ajá, pero ¿y? ¿El futuro? ¿Ganaremos la lotería o iremos a Dubai? —inquirió ella con diversión.

—El futuro no está escrito, Angie, no me dirás que esperabas que ella te dijera algo. Es mejor que no lo hiciera, porque eso incluso podría condicionarnos… Es decir, siempre he creído que, si una persona que dice ver el futuro te dice que mañana tendrás un accidente, ¿cómo vives esas horas? Es mejor no saber y crear el futuro que deseamos, o al menos creer que lo estamos creando, ¿no?

—Me confundí con el exceso de la palabra creer…

—Creer es crear —respondió él—. Siempre creí en nosotros —añadió antes de besarla.

Ninguno de los dos sabía cuánto tiempo había pasado desde que habían llegado allí, de pronto estaba oscuro y parecía que la noche había iniciado.

—¿Cómo haremos desde mañana? —quiso saber ella.

—Haremos lo que desees, nos ocultaremos hasta que consideres que podemos decirlo… no te preocupes, todo saldrá bien.

—No quiero ocultarme eternamente, solo hasta asegurarme que las cosas no nos explotarán y que no lastimaremos a nadie.

—Como tú digas, Angie…

Y entonces volvieron a besarse y dejaron que la magia de aquella noche en la que los dos experimentaban tantas emociones por primera vez, se llevara todo los miedos y las inseguridades. Se enfocaron en esas mariposas que revoloteaban alteradas en sus estómagos y en la piel erizada en sus brazos, en sus alientos mezclados y en el calor que el contacto les generaba. Se sentían a gusto en aquel único espacio que parecía seguro, en el cual todos estaban igual que concentrados que ellos en sus asuntos y en el que se hacían una promesa tácita de un para siempre con el cual en el fondo ambos soñaban, aunque fuera demasiado pronto para admitirlo.

Y Angie creyó que en aquellos besos el tiempo dejaba de existir, no había ayer, ni mañana, solo había un presente que lo abarcaba todo, y por primera vez comprendió el significado del para siempre de los amantes que antes le había parecido una tontería. ¿Cómo era que las personas podían creer que algo podía ser eterno? Y, sin embargo, en aquellos besos la eternidad estaba plasmada en cada aliento. ¿Quién querría que alguna vez algo así acabara? Y comprendió entonces que nada de lo que había vivido antes había sido como eso y que todo lo que había vivido antes la había conducido a eso.

Esa noche, luego de intentar despedirse a escondidas para no ser descubierta por Maxi que ya había llegado de regreso a la casa, Angie subió a su habitación sintiendo que flotaba sobre un arcoíris y que no podía borrarse la sonrisa del rostro, se recostó en su cama, observó el atrapasueños que él le había regalado y sacó su cuaderno de creencias para anotar.

> *Creo que hay un antes y un después de lo que he vivido este fin de semana. Creo que hay una Angie que acaba de despertar que no sabía que existía y cuya presencia me agrada. Creo que el amor transforma.*

VULNERABLE

Los dos se miraron como si pudiesen encontrar alguna explicación en el otro, pero ambos tenían la misma expresión de asombro.
—¿Tú sabías algo? —inquirió Maxi desconcertado.

—No… ¿Tú?

Él negó.

—Vamos, antes de que nos vean —dijo Dulce cuando los vio apartarse.

—No, voy a ir a preguntarles de qué se trata todo esto —añadió él y dio un par de pasos.

—No, Maxi —añadió Dulce y lo detuvo tomándolo del brazo—. Déjalos…

—¿Por qué? Se supone que somos tres en esta historia —añadió, Dulce sonrió—. ¡Vamos! Es mi hermana y mi mejor amigo —agregó como si eso fuera suficiente motivo.

—Vamos… si no han dicho nada ha de ser por algo, ¿no?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ocultan? ¿Por qué se están besando?

—¿No es obvio?

—No…

Dulce caminó hacia la salida estirando a Maxi para asegurarse de que no se quedara atrás y fuera a interferir en lo que acababan de descubrir, lo cierto era que, aunque estaba igual de desconcertada, no le parecía buen momento para ir a pedir explicaciones.

—Vamos a la casa, es tarde y debemos regresar —insistió.

—¿Dulce? ¿Cómo es que no estás alterada con todo esto?

—¿Con qué? ¿Con ver a mi mejor amiga besando a un chico? —preguntó como si nada.

—Un chico que de casualidad es tu ex —respondió Maxi siguiéndola.

Dulce se encogió de hombros, pero no dijo nada por un buen rato, era como si estuviera ordenando las ideas en su mente. Escuchaba que Maxi hablaba de fondo, pero no identificaba sus palabras, lo único que hacía era quejarse de que no le hubieran confiado el secreto.

Entonces, cuando por fin ingresaron a la casa, ella volteó a verlo.

—Escucha, entiendo que te sientas aislado o excluido, pero no tienes siete años, Bastian y Angie son grandes y pueden tomar sus propias decisiones. Tú estás aquí conmigo y ellos no lo saben, ¿no? ¿Por qué te enfadas tanto porque ellos no te hayan dicho nada?

—¡No es lo mismo! —se defendió Maxi—. Tú eres mi amiga… ellos… ¡se estaban besando!

—¿Y?

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso no te molesta en lo más mínimo?

—No, y lo que no comprendo es por qué te molesta a ti. ¿Acaso no son tu hermana y tu mejor amigo? ¿Qué puede ser mejor que eso? O sea, lo pienso y lo pienso y no lo comprendo, no desde tu punto de vista…

—No me molesta que estén juntos —respondió él a la defensiva—, me molesta que no me lo contaran…

—Quizá lo harán después, Maxi… vamos, cálmate que me estás asustando —respondió ella.

Maxi suspiró y la observó.

—¿Cómo es que a ti no te molesta? —quiso saber—. Digo… él y tú…

—Bastian fue alguien importante en mi vida, lo admito, pero fuimos solo buenos amigos en verdad. Yo necesitaba a alguien como él para darme cuenta de que existían chicos así en el mundo, para reivindicar lo que pensaba del sexo opuesto, qué sé yo… pero en el fondo siempre supe que no íbamos a durar… faltaba algo…

Maxi la observó, ella se encogió de hombros y se sentó en el sofá.

—Sin embargo, y aunque admito que me chocó verlos, creo que ahora todo tiene sentido… Él dijo que estaba enamorado de alguien más y que, aunque no fuera correspondido, él no quería engañarme. ¿No es lindo? Y ese alguien más tiene que ser Angie, ¿no? Por eso está con ella… Y si lo pienso, no puedo encontrar alguien mejor para ella que él, la saca de sus casillas por completo…

—¿Y eso es bueno? —inquirió Maxi confuso.

—¡Claro! Para alguien como Angie sí, ella es como un cubo Rubik todo ordenado, un color para cada lado del cubo… y viene él y lo desordena…

Maxi la miró como si buscara que le diera una explicación más contundente, pero ella solo rio.

—Si hay algo que aprendí a lo largo de mi corta vida es que nadie puede ser demasiado algo… Nada es demasiado negro o demasiado blanco, hay muchos tonos en medio —explicó—, tú mismo me has enseñado eso este fin de semana… Y Angie necesita que alguien como Bastian le haga sentir todos esos tonos en el medio —añadió.

—No comprendo…

—No importa —respondió ella—. Solo creo que hacen buena pareja. Ya te lo contarán, Maxi, déjalos ser…

Maxi suspiró.

—Supongo que me estoy portando como un niño chiquito…

—Sí, pero te comprendo —dijo ella con una sonrisa y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—¿Qué hacemos? ¿Fingimos que no los vimos y esperamos?

—Exacto… déjalos que lo digan cuando quieran hacerlo.

—No me parece justo —respondió él.

—Bueno, podríamos hacer algo al respecto —dijo ella y los ojos se le iluminaron traviesos.

—Te escucho…

—¿No tenías en mente hacerle creer a Angie que esa amistad con Luis podía ser algo más? —dijo y se frotó las manos con diversión.

—Sí, bueno… puede ser divertido —añadió—, se pondrá histérica si piensa que le estoy ocultando algo.

—¿Así como tú ahora mismo? —dijo ella para burlarse.

Él negó y achinó los ojos como si se ofendiera, pero Dulce le dio un leve golpe en el hombro y él terminó riendo.

—Le daré un poco de su propia medicina —añadió y levantó las cejas un par de veces.

—Me encanta cuando haces eso —dijo Dulce con una sonrisa llena de emoción.

—¿Qué?

—Eso con tus cejas —respondió ella y llevó sus manos a la cara de Maxi apoyando las palmas a ambos lados de su cien para levantar y bajar las cejas con los pulgares.

Maxi cerró los ojos al contacto de su piel, fue un acto reflejo, nada premeditado, pero sus caricias inocentes lo desarmaron. Dulce sonrió, pero como si el rostro de él la llamara a descubrirlo, borró su sonrisa y dejó que sus palmas bajaran hasta las mejillas de Maxi, él se mordió el labio y abrió de nuevo los ojos.

—Eres guapo —respondió ella avergonzada y apartó las manos con velocidad cuando se dio cuenta lo que sucedía entre ellos y lo extraña que le hacía sentir.

—Tú más —respondió él buscando sus manos de nuevo. Dulce se giró incómoda, confusa y asustada.

—Perdón… —dijo con un hilo de voz—, no sé qué me pasó —añadió.

—No tienes que pedirme perdón, no has hecho nada malo —dijo él acercándose para voltearla y que lo volviera a mirar, lo que menos quería era hacerla sentir incómoda.

Dulce lo miró con vergüenza.

—Oye… hemos pasado un fin de semana increíble, ¿no? —preguntó él.

—Sí…

—¿Entonces? ¿Qué sucede? No has hecho nada malo, que me toques el rostro no me molesta —añadió—, no le des más importancia.

Maxi había sentido como si una compuerta se abriera en su interior y vomitara mariposas gigantes que intentaban frenéticas salir de su cuerpo, pero eso no tenía por qué saberlo ella. Lo único que deseaba en ese momento era que no sintiera tanta vergüenza y no ver en sus ojos arrepentimiento por un gesto tan inocente.

—No quiero que pienses mal de mí, es todo…

—¿Mal? ¿Crees que puedo pensar mal de una chica como tú? ¿Después de todo lo que hemos compartido estos días? —inquirió y luego suspiró.

—No quiero que creas que busco algo o que soy fácil…

—¿Qué es ser fácil? —inquirió él y la tomó de la mano—. ¿Qué podrías buscar?

—Tú sabes a lo que me refiero…

—Dulce… no tienes que estar todo el tiempo refrenando tus impulsos o dejando de hacer algo por lo que la otra persona pudiera pensar, creo que ya lo hablamos… Además, yo solo pienso que eres fascinante y que si no estuvieras a mi lado hoy ya habría ido a gritarles de todo a Angie y Bastian, mientras, en cambio, estoy aquí a tu lado pasándola genial.

—Lo siento… —dijo ella con una media sonrisa.

—No lo sientas, somos amigos y puedes tocarme la cara las veces que lo desees —añadió con diversión.

Dulce notó el tono y asintió, se sentía cómoda con él y no sabía de dónde le había salido el impulso de acariciarlo, de mirarle el rostro, de imaginarse a qué sabrían sus besos. Algo dentro de ella se encendió y una Dulce interior enfadada comenzó a regañarla. Frases como ¿Otra vez? ¿Ves? Todos tienen razón, eres una cualquiera, o, Así nadie te va a respetar jamás. Comenzaron a fluir en su interior y la vergüenza comenzó a aflorar. No quería destruir esa amistad con Maxi, nunca se había sentido con nadie como con él, tan a gusto, tan libre, y definitivamente no quería estropearlo.

—Yo no pienso mal de ti —dijo él tomándola de la mano con dulzura y la miró a los ojos—, tampoco lo hagas tú… no pienses tú mal de ti misma por nada —añadió.

Era como si Maxi pudiera leerla, se miraron a los ojos y, por primera vez en toda su vida, Dulce se sintió desnuda. Parecía una especie de broma, comprendía perfectamente lo que él debió sentir esa mañana al verse expuesto y vulnerable, era lo mismo que sentía ella en ese momento… pero no se trataba de una ropa ni de un cuerpo físico, se trataba de algo mucho más profundo, algo que ella no había desnudado ante nadie, nunca: su alma.

Maxi supo de inmediato lo vulnerable que se sentía, lo podía ver tras su mirada que para él era trasparente. La vio asustarse y entonces, por miedo a que huyera, la atrajo hacia sí y la abrazó.

Dulce tardó en reaccionar, pero al final envolvió sus brazos por el cuerpo del chico. Le hubiera gustado decirle lo bien que se sentía en ese momento y en ese lugar, le hubiese gustado explicarle como unos minutos antes de que él la abrazara el mundo parecía un lugar hostil y en ese mismo instante era el sitio más seguro. ¿Qué significaba todo eso? ¿Por qué se sentía tan bien estar así?

Maxi la besó en la frente con la dulzura de un hermano, pero a ella el beso le despertó el alma. Pensó que así debió sentirse la bella durmiente cuando el príncipe la besó y la despertó. ¿Un beso en la frente podía ser tan poderoso? ¿Había ella estado dormida todos esos años hasta que él la besó en la frente y le despertó algo dentro? Había besado a muchos chicos en los labios y jamás había sentido como si las mismísimas estrellas le tintinearan en toda la piel. ¿Qué era lo que estaba sucediendo? Un beso en la frente le despertaba el alma, la hacía encontrarse consigo misma, con esa Dulce que había dejado de lado, la que se sentía vulnerable, atemorizada, la que tenía miedo a amar y a entregarse, a confiar, a sentir… Un beso en la frente de alguien que

parecía poder verla como era en realidad y que, a pesar de todo, no salía huyendo.

Cuando se separaron, Maxi suspiró. Quería respirar el aroma de esa chica que sabía a miel y cítricos y guardarse aquella sensación en la memoria para cuando esa noche ya no estuviera con ella. Habían estado juntos solo un par de días y de pronto ella se había convertido en alguien esencial. ¿Cómo es que una persona pasa a ser alguien tan importante en tan poco tiempo? ¿Qué tanto lo asustaba esa idea? ¿Por qué de pronto tenía la sensación de que no podía vivir sin ella?

Se separaron con ternura y sin decir más palabras fueron a buscar sus cosas para volver a la casa, ambos sabían que no había mucho que decir en ese momento, de hecho, ni siquiera encontraban palabras, por lo que los dos se tomaron su tiempo para preparar sus cosas y, cuando al fin estuvieron listos, bajaron y caminaron hasta la estación donde debían tomar el bus de regreso.

—Ha sido un fin de semana maravilloso —dijo Maxi cuando ya se habían sentado.

—Lo mismo digo —respondió ella—. ¿Seguiremos hablando? Digo…

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquirió él—. Somos amigos, ¿recuerdas?

—Sí… —Suspiró, de pronto la idea de alejarse de él le daba miedo, le daba frío.

—No le diremos a Bastian ni a Angie nada, ¿me ayudarás con lo de Luis?

—Claro —respondió ella con diversión, después de todo esa era una excusa para seguir unida a él, ¿no?

—Bien… tenemos mucho qué planear —añadió.

Maxi sabía que aquella idea era tonta y descabellada, pero el solo hecho de pensar en seguir cerca de Dulce, planear cosas y poder conocerla más y mejor, hacía que todo tuviera sentido y valiera la pena… Luego también estaba sus ganas de pagarle a su hermana y a su mejor amigo con la misma moneda. Si ellos tenían un secreto, ¿por qué él no podía tener uno?

Esa noche, cuando Maxi se recostó en su cama y cerró los ojos para fingir que dormía cuando escuchó que su hermana abría la puerta, pudo ver la sonrisa de Dulce en su imaginación, pudo oler el aroma de su piel mezclado con el del bloqueador solar, recordó sus formas y oyó el sonido de sus palabras en su oído. Y Maxi creyó que ella se había convertido en alguien esencial en su mundo, y aunque aún no sabía qué lugar exactamente ocupaba, estaba seguro de que era uno importante.

TEMEROSA

Cuando Angie abrió los ojos aquel lunes bien temprano, supo que algo había cambiado. No sabía muy bien cómo explicarlo, pero se sentía distinta. Siguió sus rutinas, aquellas que la hacían sentir tan segura, pero esa vez, al verse frente al espejo, por primera vez se sintió a gusto consigo misma.

—Tanto has criticado a las chicas por actuar así y ahora estás igual de perdida —se dijo a sí misma.

Angie creía firmemente que una mujer debía aprender a quererse y aceptarse a sí misma como era. Sin embargo, hay un refrán que dice que del dicho al hecho hay un buen trecho. Lo cierto era que ella aún no lo conseguía. Admiraba a todas esas chicas que posteaban fotos de sus cuerpos reales, con más curvas de las que la sociedad consideraba estéticamente bellas, con algunas estrías o celulitis, pero ella no se creía capaz de hacer aquello. A veces se preguntaba si acaso esas chicas no se estarían probando algo a sí mismas más que nada, si no hacían eso solo como un contrapeso que equilibrara la balanza en un mundo lleno de imágenes.

También pensaba que una mujer no debía usar a un hombre como escala de medida de su belleza, es decir, que una no podía sentirse más fea o más linda porque un chico la mirara o no. Angie creía que la belleza era subjetiva y que era un proceso largo y personal aprender a verse bella a una misma, incluso cuando el espejo te devolviera una imagen que distaba bastante de las bellezas de la televisión.

Pero esa mañana, Angie se sentía bella, y un poco torpe por sentirse así. ¿Acaso tenía que ver Bastian con la repentina aceptación de su propio cuerpo? Se molestó consigo misma por ser tan frívola y convertirse en lo que tanto había criticado.

Volvió a observarse.

¿Qué había de distinto entre la Angie pre y pos Bastian?

Suspiró. No lo sabía.

Su alarma comenzó a sonar lo que indicaba que era hora de despertar a Maxi, la noche anterior intentó conversar con él sobre su fin de semana, pero cuando ingresó a su cuarto dormía profundamente.

Se vistió con premura y salió hasta la habitación de su hermano. Y para su sorpresa, por primera vez en todo el tiempo que llevaba despertándolo cada mañana, Maxi estaba alistándose ya.

—¿Estás enfermo? —inquirió acercándose y colocando el dorso de su mano sobre su frente.

—No, solo creo que al fin estoy asumiendo la responsabilidad de levantarme solo.

—¡Bien! ¡Eso es un gran avance! ¡Estás creciendo! —exclamó ella con ironía.

Maxi puso los ojos en blanco y la observó. No podía creer que esa era la misma chica que se besaba con Bastian en la feria como si fueran novios de toda la vida y no los mismos que se habían declarado la guerra desde los seis años.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —inquirió Angie asustada. ¿Quizá sí había algo demasiado distinto en ella?

—¿Qué hiciste el fin de semana? —preguntó él.

—Nada… estudié un poco y leí…

—Ya veo… —respondió él.

—¿Tú? ¿Pescaste algo? Mamá dijo que no…

—No… no hubo suerte —respondió—, pero la pasé genial… Luis es una gran persona, no sé por qué no me di cuenta antes —añadió.

—Sí, es divertido —dijo ella encogiéndose de hombros—. Me iré a terminar de vestirme.

Angie salió del cuarto y observó el reloj de su celular, eran cerca de las ocho y Bastian no tardaría en llegar a desayunar. Las mariposas despertaron en su interior y se preguntó cómo haría para mantener la normalidad y que nadie se diera cuenta.

Sonrió de nuevo para su imagen en el espejo y se esmeró un poco más de lo normal en arreglar su cabello, hasta se pasó un poco de brillo labial, uno que no sabía ni qué hacía en su habitación, por cierto.

Bajó a desayunar y lo vio allí, ayudaba a su madre a preparar la mesa y sonreía con ella mientras Dina le contaba algo sobre quién sabe qué.

Angie se detuvo a mirarlos y el pinchazo de realidad la volvió a sacudir. Bastian era uno más de la familia y tenía mucho miedo de que si las cosas no funcionaban entre ellos, él lo perdiera todo… de nuevo.

—Hola, Mínima —dijo él cuando la vio allí. Su madre estaba de espaldas a Bastian así que no vio cuando él le tiró un beso.

—Ey, Bestian, ¿otra vez comiendo gratis? —inquirió ella y le guiñó un ojo, de pronto no le parecía tan divertido burlarse de él.

—Ya sabes… soy un indigente —respondió él.

Dina se volteó a verlos, le pareció raro que él apareciera más temprano y que ella estuviera tan preparada. Además, las bromas no parecían tener la misma intensidad, todo lo contrario a las mirada que intercalaban.

—Siempre serás bienvenido aquí, lo sabes, eres mi tercer hijo —dijo Dina dándole un golpecito cariñoso en el brazo.

—Por supuesto, el favorito —añadió él con diversión.

—Ya quisieras… —respondió Maxi que en ese momento ingresó a la cocina—. ¿Cómo estás hoy? ¿Qué hiciste el finde?

—Nada… anduve resolviendo algunas cuestiones personales —añadió.

—¿Sí? ¿Cómo qué? —dijo él sentándose a la mesa y mirándolo con intensidad.

—Bueno… asuntos que tenía que resolver hace un tiempo… nada divertido.

—Qué pena que no hayas pasado un finde interesante —dijo él con ironía—, yo sin embargo la pasé genial, debiste haber ido con nosotros.

—Pero si no pescaste nada —se quejó Angie.

—Eso no importa, uno no va de pesca para pescar —agregó.

—¿No? ¿Entonces? ¿Va a tomar el té o qué? Me perdí —dijo Angie con diversión.

—Me refiero a que lo que uno busca es ese momento de soledad, de conectarte con la naturaleza, de paz… de quietud —añadió.

De pronto sus palabras lo llevaron a recordar su fin de semana, se dedicó a dar la vuelta su café mientras analizaba lo que acababa de decir, eso mismo era lo que había experimentado, por lo que una sonrisa pícara apareció en su rostro.

—¿Tengo que ponerme celoso? —preguntó Bastian y Angie se echó a reír.

—Pobrecito, se siente desplazado —bromeó.

—¿Desplazado él? —dijo Maxi y se tuvo que morder la lengua para no seguir—. No, cariño —añadió entonces mirando a su mejor amigo—, no tienes por qué ponerte celoso, nadie nunca ocupará tu lugar en mi corazón —dijo haciendo un gesto exagerado. Todos rieron.

—Conmigo no quieres ir ni a la feria, pero con él vas un fin de semana completo a la pesca…

Maxi estuvo a punto de decirle que al parecer él no necesitaba que lo acompañara a la feria, y que, dado el caso, al parecer él sí que lo había reemplazado con facilidad. Pero pensó en Dulce y en el plan que tenían y se prometió a sí mismo que no caería tan fácil.

—Ya te llevaré un día y tendremos nuestro fin de semana romántico —añadió Maxi y Dina se echó a reír.

Cuando llegó la hora de partir, Maxi dijo que iría por sus cosas a su habitación mientras Angie y Bastian decidieron adelantarse y esperarlo afuera.

—¡Apúrate! —gritó Angie al verlo subir las escaleras, aunque en realidad lo único que deseaba era estar a solas por un segundo con Bastian. Aquello de ocultar la relación iba a ser más complicado de lo que pensaba.

—Ven aquí —la llamó Bastian cuando estuvieron afuera. La tomó de la mano y la escondió tras uno de los arbustos para que nadie los viera, entonces le plantó un beso.

—Nos pueden ver —se quejó Angie.

—Nadie nos verá, tenemos unos minutos —dijo él volviendo a besarla—. En el receso te espero atrás del gimnasio —dijo él.

—¿Cómo crees que lograré escapar de mis amigas?

—Ni siquiera tienes amigas —bromeó él.

Angie entrecerró los ojos y le dio un pequeño empujón.

—Claro que tengo, Dulce —respondió ella con fingida indignación.

—Inventa algo… —susurró y luego la miró con dulzura—. No aguantaré estar lejos de ti mucho tiempo.

Angie sonrió complacida por sus palabras y asintió. En ese momento, oyeron los pasos de Maxi bajando las escaleras y se alejaron para fingir que no estaban juntos.

Al salir de la casa, Maxi los observó, al parecer ninguno de los dos planeaba decirle nada sobre lo que había visto, y eso solo lo enfadaba aún más, por lo que caminó adelantándose y dejándolos de lado.

—¿Qué te pasa? —gritó Bastian acercándose.

—Nada, estoy apurado —dijo sin más.

Bastian se volteó para mirar a Angie y se encogió de hombros, ella solo frunció el labio. Maxi se veía algo enfadado o molesto, pero no sabía el motivo y algo le decía que no tocara el tema.

Caminaron en silencio, un silencio más bien incómodo y cargado de electricidad, y cuando llegaron frente al edificio de la escuela, los tres desaparecieron lo más pronto que pudieron cada quién por su lado. Los tres sabían que aquello resultaba extraño para todos, pero prefirieron eludir lo obvio y fingir que nada sucedía.

Angie abrazó a Dulce y ella le sonrió mientras intentaba ver a donde iba Maxi sin ser descubierta.

—¡Qué linda estás! —exclamó la muchacha—. ¿A qué se debe?

—No exageres, solo encontré un brillo labial y me lo puse pues traía el labio partido…

—Ya… —respondió Dulce sin insistir—. ¿Qué hiciste el fin de semana?

—Nada en especial.

Angie se sintió mal al ver a su amiga con aquella sonrisa tan limpia que le caracterizaba, se preocupó por la reacción que tendría cuando supiera que estaba con Bastian, al final de cuentas, era su exnovia, y, además, había sido ella misma quien la había arrojado a sus brazos incluso cuando Dulce se había rehusado. Ahora se arrepentía de aquello, ¿qué le había motivado a hacerlo? De pronto Angie se sentía una extraña en su propia piel, parecía que no se conocía a sí misma tanto como creía.

El timbre que anunciaba la entrada a clases sonó en ese momento y ambas se dirigieron a su clase. Por algún motivo, Angie se sentía nerviosa, no sabía bien qué hacer o qué decir, pero estaba comprendiendo que no le agradaba demasiado ocultar las cosas, o quizás era demasiado transparente y no estaba acostumbrada a actuar así.

Durante las primeras horas de aquella mañana, Angie pensó que el día sería interminable.

UN POCO LOCA

Durante las primeras horas de aquella mañana, Angie sintió como si algo dentro de ella la impulsara a levantarse de su silla para ir a sentarse al lado de Bastian, pero aquello sería algo completamente impensado para cualquiera que los conociera, y definitivamente muchísimo llamaría la atención. Sus pies se movían solos bajo el pupitre, como si estuviera nerviosa, o más bien ansiosa. Sus ojos se desviaban cada vez que podía para encontrarse fugazmente con los del chico, que parecía estar en las mismas condiciones que ella.
El caso era que, a pesar de ser buenos amigos de toda la vida, ellos nunca se habían sentado juntos en clase, salvo alguna que otra vez que un profesor intentó separar a Bastian de su hermano por conversar demasiado.

Dulce se había percatado de la ansiedad que carcomía a su amiga y también de las miradas cruzadas que se echaba con Bastian, y aunque moría por decirle algo, fingía que no sucedía nada raro y trataba de ignorarla.

Todo eso fue sencillo hasta que llegó el profesor de ciencias y dio las indicaciones para el proyecto final. Traía consigo un recipiente de vidrio con varios papelitos dentro y dijo que haría un sorteo para la elección de las parejas para el trabajo.

Angie cruzó los dedos y se rio para sí misma, todas las veces hacía lo mismo y rogaba que no le tocara con Bastian, no porque no quisiera trabajar con él, ya que era muy buen alumno, sino porque le resultaba mucho más divertido que ambos estuvieran en grupos diferentes, así podrían disputarse los mejores puntajes. Sin embargo, por primera vez en toda su historia, ahora pedía lo contrario, quería trabajar con él en ese trabajo, porque eso les daría muchas horas para pasar juntos sin que nadie se percatara lo de ellos, ya que nadie cuestionaba cuando ibas a la casa de un compañero o compañera para desarrollar un proyecto de la escuela.

Sus ruegos fueron escuchados y el profesor anunció que estaba muy contento porque dos de los mejores alumnos trabajarían juntos, luego dijo sus nombres y aseveró que estaba seguro de que presentarían un proyecto excelente. Dulce y Maxi se echaron un vistazo y Angie intentó ocultar su felicidad poniendo los ojos en blanco para fingir que aquella idea le desagradaba.

A Maxi, para su fortuna, le tocó hacer el trabajo con Luis, lo que ayudaría con su malévolo plan de hacer creer a su hermana que algo sucedía entre ellos. Dulce le guiñó un ojo sin que los demás se percataran y él hizo un gesto de alegría que al mismo Luis le pareció excesivo, ya que, aunque habían ya trabajado juntos, no tenían una relación de amistad demasiado cercana.

Dulce no tuvo la misma suerte que sus amigos y le tocó trabajar con Enrique, uno de esos chicos que no hacen más que relajarse en los trabajos de grupo y dejar que los demás hagan la parte pesada. Maxi la consoló con la mirada y ella se encogió de hombros.

A la hora del receso, Angie tuvo la excusa perfecta para alejarse de su amiga:

—¿Angie? ¿A dónde vas? —inquirió Dulce al verla salir con premura de la clase.

—A buscar a Bastian, tengo que coordinar con él lo del trabajo práctico, no pienso permitir que su decidida nos robe la nota final de Ciencias —aseveró.

—Hmmm —dijo Dulce fingiendo confusión—, pero si él es uno de los mejores estudiantes de la clase, te creería si me dijeras eso de Enrique —añadió señalando con su cabeza a su compañero de grupo que aún estaba en su sitio y dormitaba.

—Y tú deberías ir a hablar con él —añadió Angie con decisión—, debes delimitar bien cuál será la tarea de cada uno para que no se aproveche de ti…

—Ja —respondió la muchacha—, prefiero hacer el trabajo yo sola que confiar en lo que él puede llegar a hacer…

—Y así es como siempre lo logra —afirmó Angie al tiempo que negaba con la cabeza—. Te veo en un rato —añadió.

—Bien… —respondió Dulce encogiéndose de hombros mientras la veía marchar.

—¿A dónde va? —preguntó Maxi que acababa de acercarse.

—Dice que va a buscar a Bastian para hablar del trabajo de ciencias…

—Ya lo creo —respondió él y negó con la cabeza—. Tienen la excusa perfecta, suertudos… —afirmó.

—Y tú también, te ha tocado con Luis, podremos elaborar algunas situaciones que Angie pueda malinterpretar —rio.

—Tú eres malévola —añadió Maxi con diversión, pero su mirada se fijó en la de Dulce por más tiempo del que hubiera deseado.

Tanto que la muchacha se sonrojó y bajó la mirada.

—Siento… siento lo de Enrique —añadió—, a pesar de todo hubiese sido divertido si nos tocaba trabajar juntos, ¿no?

—Sí… —admitió Dulce aún un poco alterada por la intensidad con que la había mirado un poco antes.

—¿Quieres ir a comer algo? No creo que Angie vuelva enseguida y tengo la sospecha de que Bastian tampoco lo hará… —sonrió.

—Me encantaría —respondió ella y ambos caminaron hacia la cafetería.

Mientras tanto, Angie se encontró con Bastian en el punto en que él le había dicho, justo detrás del gimnasio. Cuando la vio la tomó de la mano y la estiró hacia un sitio que estaba un poco más aislado.

—¿A dónde vamos? —inquirió ella con una sonrisa nerviosa.

—Al lugar donde se guardan las pelotas, allí nadie nos encontrará —añadió.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé —dijo él al tiempo que entraban en la pequeña caseta.

—No sé si quiero saber por qué es que sabes estas cosas —dijo Angie sin ocultar su molestia.

—¿Eh?

—¿A cuántas has traído aquí? —quiso saber y puso los brazos en jarra.

—¿Estás celosa? —preguntó él con diversión.

—Responde, no quiero estar en un lugar donde has estado con un montón antes…

—No seas tontita…

—Es en serio, Bastian… no quiero…

El chico se acercó y la besó en los labios con tanta intensidad que, por unos instantes, Angie se olvidó de su reclamo; pero entonces, la imagen de su novio besando a alguien más de esa misma manera se le vino a la mente como un balde de agua helada y lo empujó tan fuerte que hizo que Bastian, que estaba desprevenido y completamente abocado al beso, fuera a parar contra el estante de pelotas de baloncesto y algunas de estas cayeran del mismo.

—¡Auch! —se quejó—. ¿Qué sucede?

—Ya te dije, no me gusta sentirme como una más de tus conquistas… —exclamó.

Bastian negó con la cabeza y respiró con profundidad, como si buscara tranquilizarse.

—Angie…

—Nada de Angie… No, creo que no voy a poder con esto… la sola idea de que tú y…

—Angie… —dijo él acercándose y colocando con ternura un pulgar sobre los labios de la muchacha, ella lo miró con los ojos empañados—. ¿Qué sucede?

—No lo sé… todo es muy nuevo y no sé manejarlo —respondió ella con la voz entrecortada, de pronto una ola de emocionalidad la llevaba de un lado al otro, por un instante deseaba arrojarse a sus brazos y al momento siguiente quería empujarlo de nuevo contra las pelotas—, no me gusta imaginarte con nadie…

—Y no lo hagas —dijo él acariciando con ternura sus cabellos—, imagíname solo contigo como yo lo he hecho siempre…

—¿Qué?

—Lo que oyes… siempre he pensado en ti, en cómo sería besarte, tomarte de la mano, estar a tu lado… No sabes las ganas que tenía hoy de sentarme contigo en clases, de tenerte cerca y poder disfrutar de la concentración con que atiendes las clases de Matemáticas o la manera en que mordisqueas el lápiz cuando piensas en las respuestas a los ejercicios —añadió, ella sonrió—. No he estado aquí con nadie más —susurró mientras volvía a acercar sus labios a los de ella—, conozco el sitio porque soy el encargado de guardar las pelotas luego de las clases de gimnasia —afirmó.

—¿Lo prometes?

—¿Por qué te mentiría?

Angie se encogió de hombros.

—Si dudas de mí esto no va a funcionar, Angie… No te miento, no quiero y no necesito

hacerlo… Esa idea que tienes de mí es equivocada, pero asumo la culpa por ello, ya que yo mismo di pie a que creas que soy un don Juan empedernido.

Angie asintió.

—Perdóname, no quiero que creas que soy una novia paranoica, aunque me comporto como una…

Bastian sonrió.

—No creo que seas paranoica… bueno, un poco quizás —afirmó divertido—, pero siempre lo has sido y aun así me gustas —añadió—, además, me agrada saber que puedo ponerte celosa.

—Quisiera discutir eso ahora, pero nos queda poco tiempo —dijo ella y él asintió antes de juntar sus labios de nuevo.

La intensidad de la pasión que los alborotaba se escapó por sus besos y comenzaron a prodigarse caricias de manera desenfrenada. Los minutos corrieron más rápido de lo que ambos hubieran deseado y el recreo acabó.

—No comimos nada —dijo Angie cuando caminaban hacia el salón de clases—. ¿No tienes hambre?

—De ti, siempre —respondió él y ella se sonrojó.

—Tonto… —se quejó apenas.

—Así te gusto —afirmó él.

Ella no lo negó, solo dejó que una sonrisa bobalicona le iluminara el rostro y caminó hasta el baño con premura antes de que el profesor de la siguiente hora ingresara al aula. Necesitaba refrescarse el rostro y arreglarse el uniforme.

—¿Te encontraste con Angie? —preguntó Dulce cuando vio a Bastian llegar a la clase.

—¿Yo? No… —mintió él nervioso—. ¿Por qué habría de encontrarme con esa pesada?

Dulce quiso reír, pero se contuvo y cruzó los brazos antes de mirarlo con una expresión fingida de confusión.

—Qué extraño, ella dijo que iría a buscarte para ver lo del trabajo práctico de Ciencias.

—¡Ahhh! Sí, eso… ¡Claro! —exclamó él aliviado—. Sí, me encontré con ella, quiso pasarme el calendario de trabajo, pero no le di mucha importancia. Es decir, no nos encargaron ese trabajo ni hace media hora y ella ya quiere darme órdenes —añadió con exageración.

—Claro… —dijo Dulce divertida—. ¿Y entonces? ¿Se encontraron o no? Porque primero dijiste que no y ahora…

—Bueno, es que no le presté atención, me dijo lo de encontrarnos para organizar el trabajo y le dije que sí y me fui con… con… Alan a tirar la pelota un rato…

—Ya veo… —dijo Dulce que estuvo a punto de rebatirle que Alan se había cruzado con ella en la cafetería, pero no lo hizo porque el profesor llegaba a la clase y porque le pareció demasiado malvado dado lo nervioso que veía a Bastian.

Las siguientes clases se desarrollaron con la normalidad de siempre, salvo por las miradas furtivas entre la nueva y secreta pareja. A la salida, y de camino a casa, Angie le informó a

Bastian que esa misma tarde iniciarían el trabajo a las dieciséis.

—Está bien —se quejó él—. ¿Por qué me tuvo que tocar con ella? —añadió mirando a Maxi en busca de apoyo moral.

—Pues no lo sé, al menos a mí me ha tocado con Luis, eso me parece de lo mejor —respondió él, que había quedado con Dulce en tomar un helado a la tarde para ordenar sus ideas acerca del nuevo plan.

—¿Es bueno en Ciencias? —inquirió Angie.

—Hmmm, no lo sé, pero me cae bien… —respondió él encogiéndose de hombros—, mejor que Enrique seguro —afirmó—, pobre Dulce…

—Sí… pobre… —dijo Angie en medio de un suspiro.

—Bueno, nos vemos luego entonces —añadió cuando llegaban ya a la puerta de su casa.

—Nos vemos —respondió Bastian que internamente moría de ganas por volver a besarla.

—Nos vemos más tarde —dijo Maxi y empujó a su hermana dentro de la casa en un gesto que parecía una broma, pero en realidad fue con toda la intención de no dejarlos solos ni por un segundo, ya que sabía que eso le molestaría, aunque claro, no iba a aceptarlo.

Angie se quejó por el empujón y se metió a la casa devolviendo el gesto con un golpe en el hombro a su hermano. Él rio y subió a su habitación, ella hizo lo mismo, y no pudo evitar pensar que había tenido suerte con lo del trabajo, ahora tenían una excusa para verse a solas, ya que con Maxi siempre en medio, hubiese sido todo mucho más complicado.

Se cambió de ropa y se sentó en su cama, observó su reloj y vio que eran casi las trece, habían estado juntos toda la mañana y se verían en unas horas más, pero a ella el tiempo separados o el que no podían estar juntos porque fingían no ser nada, le parecía eterno.

En ese momento, Angie creyó que estaba enloqueciendo… Negó con la cabeza y se levantó para mirarse al espejo, acarició sus labios recordando los besos apasionados de la caseta de las pelotas y sonrió para sí misma. Definitivamente todo era nuevo para ella, nuevo, emocionante, excitante, divertido y apasionante.

Y en ese momento Angie creyó que le gustaba estar un poco loca.

INTERESANTE

A las cuatro en punto, Angie abrió la puerta de la casa de Bastian. La verdad era que su puerta nunca estaba con llave y ellos solían entrar como si fuera su propia casa. Como siempre, el silencio inundaba la estancia, por lo que ella se dirigió sin dudarlo hacia su habitación.
Cuando estaba ya en frente oyó música fuerte y golpeó.

—Pasa —dijo él desde el otro lado con la certeza de que era ella. Siempre puntual, ni un minuto más, ni un minuto menos.

—Hola, mira —dijo ella pasándole un papel.

Bastian lo tomó y luego le dio un beso en los labios.

—Mira el papel —insistió ella apartándose un poco después.

—¿Qué es?

—Calendario de trabajo —dijo y Bastian se echó a reír—. ¿Qué te da risa?

—¿Es en serio?

—Sí, tenemos que aprovechar estos días y este tiempo para estar juntos, por lo que tenemos que organizar el trabajo para poder terminarlo más rápido de lo normal.

—Ajá —dijo él sentándose sobre la cama para verla deambular de un lado al otro en su habitación.

Sabía que Angie era una persona exageradamente organizada, pero eso ya le parecía demasiado.

—Normalmente —prosiguió ella—, me junto con las personas para hacer los trabajos en unas tres o cuatro horas, dependiendo un poco de la materia. Si estoy aquí desde las cuatro hasta las ocho, tendríamos que trabajar al menos dos horas sin distraernos para poder presentar un buen trabajo, y así tener dos horas para nosotros… Pero claro, eso es teniendo en cuenta que lo hagamos rápido, y rápido no quiere decir mal, no quiero bajar mi promedio porque seré la mejor egresada.

—¿Cómo estás tan segura? Hasta ahora te gano por unos puntos —dijo él y ella lo fulminó con la mirada.

—Eso no es nada, ya veremos —añadió—. Bueno, pongámonos a trabajar.

—¿Por qué mejor no comenzamos con las dos horas para nosotros?

—No, ¿acaso nunca te dijeron que primero se come la comida y luego el postre? —insistió ella.

—¿Me das al menos un besito para cargar fuerzas?

Angie suspiró y se acercó a él, enredó sus brazos por el cuello de Bastian y le plantó un beso muy dulce, luego se alejó.

—Si quieres más, ponte a trabajar. Enciende la computadora y empecemos a buscar los datos que necesitamos —ordenó.

—¡Sí, mi capitán! —dijo él haciendo un gesto militar.

Angie sonrió y luego los dos se pusieron manos a la obra. Él se sentó en su escritorio frente a su computadora y ella en la cama con su notebook. Mientras trabajaban cada uno por su parte, buscando información y recabando datos para organizar el trabajo, Angie no pudo dejar de pensar que la hora pasaba despacio, y Bastian no pudo dejar de mirarla de reojo de vez en cuando para observar lo bella que se veía concentrada en la lectura.

La alarma de Angie sonó a las seis de la tarde.

—¡Hora del postre! —gritó Bastian con emoción dejando de lado la máquina y saltando hacia ella.

—Espera…

—No, dijiste dos horas y ya han pasado dos horas que parecieron miles… Mañana sigues con eso… —dijo apartando la notebook y colocándola con cuidado sobre la mesa de noche.

Angie sonrió con emoción cuando lo sintió acercarse y ambos se entregaron sin más palabras a besos y caricias apasionadas por un buen rato.

Mientras tanto, Dulce y Maxi caminaban por un paseo de artesanías locales y tomaban un helado.

—¿A qué hora dijo Angie que regresa? —preguntó.

—Como a las ocho…

—¿Y qué te preocupa? —dijo ella mirándolo, se veía un poco alterado.

—No sé, me molesta un poco eso de que tengan esa relación a escondidas, no sé por qué lo hacen… —se encogió de hombros—. ¿Acaso creen que no les apoyaría?

—A lo mejor quieren estar seguros antes de decirlo, a lo mejor temen que no te guste la idea o que yo… Conociendo a Angie es probable que tenga miedo a que yo me enoje con ella…

—Tiene sentido, pero ¿acaso si lo ocultan no es peor?

Dulce se encogió de hombros, la verdad era que le daba lo mismo, es más, lo único que le importaba en ese momento era su amistad con Maxi, pero no lo dijo, no tenía sentido hacerlo.

—Déjalos, Maxi, a veces cuando uno está enamorado hace tonterías —dijo ella mirándolo con ternura.

Maxi le devolvió la mirada y ambos quedaron viéndose. Dulce se mordió los labios tras aquella intensa mirada y sintió que le sudaban las manos. Todavía tenía el helado en sus manos y este comenzaba a chorrear por su muñeca.

—El helado… se derrite —dijo Maxi con apenas un susurro.

Dulce asintió con nervios y se llevó la mano a la boca para chupársela. Lo hizo sin pensarlo, pero a Maxi de pronto el gesto le pareció de lo más erótico y sintió que la sangre se le calentaba. No podía sacarle la mirada de encima y cuando Dulce se percató de ello, lo miró con sorpresa.

Entonces se sintió incómoda, sabía reconocer las miradas de los chicos. Dio unos pasos para alejarse con la mente confundida. Esa solía ser la manera en que le gustaba que la vieran, así se sentía deseada o admirada, pero ella ya no quería ser así, y menos con Maxi. Su relación con él no era de esa clase y ella no quería que lo fuera. Maxi era su amigo, su confidente, no quería que se sintiese atraído por ella, no como mujer.

Maxi notó el cambio en la actitud de Dulce y recién en ese momento se percató de sus anteriores pensamientos. Caminó veloz hacia ella tratando de alcanzarla.

—¡Dulce! —gritó.

—Es tarde, tengo que ir a mi casa —dijo ella apresurando el paso, no tenía ganas de hablar porque no sabría qué decir.

—¡Espera!

Ella quiso correr, pero aquello lo empeoraría todo, no podía decirle por qué se había enfadado y mucho menos podría explicarle por qué salió corriendo, así que se detuvo y volteó a verlo.

—¿Qué?

Maxi se acercó a ella con el corazón apretujado. No sabía qué decirle, después de todo no tenía muy claro qué había sucedido instantes atrás, pero tampoco podía dejarla ir así, era obvio que se había enfadado.

—Lo siento…

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó ella.

—No sé —titubeó él—, lo que sea que te haya enfadado.

—Pues si no sabes lo que es, no tengo que decírtelo yo, ¿no?

—Dulce… por favor… —rogó Maxi—. ¿Qué quieres que haga para que me perdones? —inquirió—. Haré tu tarea de Ciencias con Enrique —añadió.

Dulce sonrió.

—No es necesario que hagas eso —musitó y bajó la mirada avergonzada—. Lo siento yo…

—No, no, yo lo siento… —dijo él.

Ninguno de los dos se animaba a decir qué era lo que sentían y por qué, pero ambos sabían que algo había sucedido algunos instantes atrás.

Dulce asintió y lo volvió a mirar.

—¿Te acompaño a casa? —inquirió él.

—Sí… —respondió ella.

Caminaron en un silencio incómodo cargado de sensaciones no dichas e ideas confusas. Maxi no tenía claro qué le molestó, pero seguro tenía que ver con su actitud ante aquel pequeño gesto que lo había hecho imaginar cosas que no debía. Dulce no sabía si Maxi era consciente de por qué se

disculpaba o solo lo hacía por haberla notado enojada, pero no deseaba preguntar porque eso los dejaría en una situación aún más incómoda.

Al llegar frente a la casa de la chica, se despidieron sin ninguna clase de contacto. Maxi temía que tocarla, aunque fuera de la manera más inocente, despertara algo en su interior que no estaba dispuesto a enfrentar, y Dulce sabía que era mejor así.

***

Más tarde esa noche, Angie fue a la habitación de Maxi.

—Hola —dijo y pasó a sentarse en su cama.

—Hola… ¿Qué tal tu trabajo con Bastian? —inquirió él.

—Mejor de lo que esperaba, bueno, digo… al menos es bueno en los estudios —añadió.

—Supongo que habrá otras cosas en las que también será bueno —dijo él y Angie se sonrojó, pero se movió para que su hermano no lo notara.

—No lo sé ni tengo ganas de averiguarlo —respondió poco convincente.

Maxi no dijo nada, no tenía ganas de discutir tonterías con Angie cuando sabía bien lo que estaba pasando a sus espaldas.

—¿Tú? ¿Qué hiciste hoy? —inquirió ella.

—Estuve tomando un helado con alguien —respondió él.

—¿Alguien? Vaya… ¿misterioso?

—Bueno, creo que hay muchos misterios alrededor últimamente —dijo él encogiéndose de hombros.

Angie frunció el ceño tras aquel comentario, pero no insistió.

—¿Es ese alguien una persona importante? —preguntó.

—Mucho… Demasiado… creo… —afirmó él y luego suspiró.

—Vaya, con suspiro y todo… sí que ha de ser importante —añadió.

Maxi se encogió de hombros y no dijo nada más.

—Te quiero… —comentó ella y se levantó para ir a su cuarto.

—Yo a ti, pero no sé por qué vienes a decírmelo… normalmente solo me lo dices cuando haces o hiciste algo que me molestará —afirmó mirándola con un gesto diabólico.

—Nada, no estoy haciendo nada malo —afirmó ella y salió de la habitación.

Maxi sonrió cuando se fue y comprendió que tenía razón, no había nada de malo en que ella y su mejor amigo estuvieran saliendo, de hecho, le parecía genial. Su hermana era una persona fantástica, un poco obsesiva, pero increíble… y Bastian era una de las personas más íntegras que Maxi conocía, ¿quién mejor que él para Angie?

En ese mismo momento, la imagen de Dulce volvió a colarse en sus pensamientos. Aquel gesto que lo llevó a enloquecer se repetía en su mente y de pronto anhelaba besarla. Se imaginó a sí mismo abrazándola, besándola y pasando sus manos por su piel, y se sintió mal por ello. Sabía que Dulce odiaba que la vieran así, pero no era su intención hacerlo, no quería dañarla, pero era

tan hermosa y él… al final solo era un muchacho de carne y hueso.

—Soy una mala persona —pensó para sí.

Por su parte, Angie regresó a su cuarto y se sentó sobre su cama, observó su celular porque había recibido un mensaje de Dulce y otro de Bastian. Ella le preguntaba qué tal la reunión con él y si no fue tan complicado comenzar el trabajo; él le deseaba buenas noches y le contaba que ya la extrañaba.

Sonrió. Le respondió a Dulce que había salido bien y que trabajar con él era sencillo, lo que en realidad era muy cierto. A él le respondió que también lo extrañaba y que anhelaba que sea de día para poder verlo de nuevo.

Angie se recostó en su cama y se sintió una persona nueva, no sabía si estar enamorada era lo que la hacía sentir así o es que en realidad estaba convirtiéndose en alguien más. De pronto, ser grande comenzaba a ser emocionante y crecer le estaba ofreciendo un montón de posibilidades, y aunque temía perder el control, también le agradaban esas nuevas sensaciones.

Esa noche, Angie creyó que la vida iba a ponerse interesante.

CAMBIOS

Las semanas fueron transcurriendo en la nueva normalidad que los chicos vivían entonces, Angie y Bastian se reunían todas las tardes para trabajar en el supuesto proyecto, pero cada vez trabajaban menos y dejaban más horas para ellos. Eso no significaba que dejaran de lado el trabajo, ya que lo que hacían era avanzar en las horas en las que no estaban juntos para poder regalarse más momentos de mimos y caricias.
Angie se sentía muy feliz y de a poco iba perdiendo el miedo a lo que podría salir mal en su nueva relación, estar con Bastian le parecía divertido, encontraba que podía hablar de lo que fuera con él y se deleitaba oyendo sus ideas sobre el tema que tratasen. Eso sin contar que el intercambio de besos y caricias la trasportaba a lugares en los cuales no había estado nunca y que le abrían un nuevo panorama que le encantaba explorar. En los brazos de Bastian se encontró con una versión de sí misma que le agradaba, además, creía que congeniaban muy bien y eso la hacía feliz.

Bastian, por su parte, también estaba en las nubes, no podía creer que tenía a su lado a la chica de la que había estado enamorado desde el inicio, sobre todo cuando en algún punto ya había decidido que aquella relación era imposible. Además, le gustaba conocer cada día un poco más a Angie, y a pesar de que seguía siendo estrictamente metódica y controladora, en los momentos más íntimos se dejaba ir y le gustaba explorar nuevos rumbos, eso a él lo enloquecía y lo hacía desear más y más de ella.

Sin embargo, la relación aún era secreta. Bastian le había insistido muchas veces para que dijeran la verdad, él estaba seguro de que ni Maxi ni Dulce tendrían ningún problema, y también le había ofrecido a Angie ser él quien lo dijera, su idea era organizar una de sus antiguas reuniones familiares y tirar la noticia en medio de la cena.

Pero Angie se negaba, estaba segura de que sería mejor esperar que pasara un poco más de tiempo. Ni siquiera ella sabía bien porqué, habían discutido por aquello en dos ocasiones: Bastian decía que no estaban haciendo nada malo y no debían ocultarse; pero Angie le retrucaba que no era por eso, sino que sería mejor esperar, pues tenía el presentimiento de que algo sucedía con Maxi que lo hacía estar bastante taciturno y deseaba primero averiguar de qué se trataba. Bastian no comprendía aquello, pero se ajustaba a los deseos de la chica que amaba.

Maxi, por su parte, pasaba mucho tiempo con Dulce, tiempo que Angie pensaba que estaba haciendo el proyecto con Luis. La verdad era que él y Luis hacían el proyecto de manera virtual cada noche, ya que Luis no tenía mucho tiempo para reuniones pues entrenaba natación y se preparaba para una competencia nacional. Pero eso no lo sabía nadie.

Lo cierto era que cada día él y Dulce se juntaban y él le ayudaba con el trabajo de ella, pues Enrique se había borrado por completo, como desde el inicio lo habían calculado. A Maxi no le

importaba, estaba a gusto en su casa, compartiendo con ella momentos que iban desde abrir un libro de Ciencias hasta escuchar música y hablar de la vida.

Dulce nunca había sentido tanta afinidad con alguien, estaba segura de que no había en el mundo nadie que le escuchara y le entendiera como Maxi, ni siquiera Angie. El problema era que cada día le parecía más guapo y muchas veces se encontró preguntándose a qué sabrían sus labios o cómo se sentirían sus caricias.

Luego de aquellos pensamientos, Dulce se regañaba a sí misma porque odiaba encontrarse siendo la misma de antes. Consideraba que había aprendido muchas cosas en ese año y que estaba logrando llegar mucho más lejos, convertirse en una mejor versión de sí misma y conseguir mayor control sobre sus temores y sus debilidades. Dulce creía que caer en los brazos de Maxi sería un grave error, se dejaría llevar por sus impulsos y destrozaría su tesoro más importante: la amistad que los unía. Y por nada del mundo ella quería perder aquello.

Además, Maxi a veces la confundía. Ella nunca había tenido una relación de amistad con un chico, por lo que no comprendía si estos funcionaban o no igual que las chicas. A veces, Maxi era muy cariñoso, la solía tomar de la mano o le daba besos en la mejilla que a ella le hacían tintinear el alma, Dulce no comprendía qué era aquello, si era solo amistad o si acaso Maxi sentía algo más. A veces lo pillaba mirándola de reojo mientras ella estaba concentrada en sus apuntes, otras, parecía distante, como sumergido en un mundo de pensamientos a los cuales ella no podía acceder. Sin embargo, no se animaba a preguntar porque no quería que le malinterpretara y temía que cualquier cosa que hiciera pudiese romper aquella armonía tan perfecta que los unía.

Pero Maxi estaba confundido, sentía que Dulce se había convertido en el centro de su mundo y todo lo que tenía que ver con ella le importaba. Le molestaba mucho la manera en la que vivía, tan sola y abandonada en esa casa donde ella y su padre parecían no cruzar más que un par de palabras al día. Maxi no comprendía esa relación tan poco afectiva, sobre todo por el contraste que hacía con su familia. Sentía que Dulce estaba muy sola y una enorme necesidad de estar con y para ella lo embargaba todo el tiempo. Él creía que Dulce se merecía muchas más cosas de las que tenía, y no se refería a cosas materiales sino de otra índole, ella se merecía el amor de su padre, el respeto de sus compañeros y la admiración de todos los que pasaran a su lado, después de todo ellos no tenían idea de todo lo que le había tocado atravesar. Y luego había secretos que Maxi pretendía ignorar, por ejemplo, las ganas que tenía de besarla, de mirarla a los ojos y perderse en ese océano profundo hasta llegar a su alma y abrazarla allí, el deseo que le brotaba en la sangre cuando a veces, Dulce ponía una melodía y se contorneaba al compás de esta como si el resto del mundo dejara de existir.

Maxi no podía decirle a nadie que en las noches la soñaba, a veces de manera inocente y otras de maneras mucho más secretas. Su mente deliraba sobre lo que había visto en aquella playa nudista y su cuerpo respondía a sus sueños llevándolo a los límites del deseo. Y Maxi despertaba enfadado, esos días se convertían en días malos, en los que se odiaba a sí mismo por faltarle el respeto así a una persona como Dulce. Ella no lo sabía y no lo sabría nunca, porque si llegara a suceder, lo odiaría para siempre. Él estaba seguro de que ella solo deseaba su amistad justamente por ser el único chico que no la miraba como la bella mujer que era y no la deseaba para sí, por lo que odiaba que su inconsciente se comportara como todos sus compañeros. Esos días se enfadaba tanto que solía preferir estar solo, entrenar más de la cuenta para cansar su cuerpo y de cierta manera castigarlo, apartarse hasta de ella por sentirse incapaz de verla a los ojos sin que ella descubriera sus secretos. Maxi se creía incapaz de soportar que ella se enojara con él y lo

echara de su vida.

Aquella tarde, Dulce le había dicho que tenía una idea. El proyecto de Ciencias llegaba a su fin y las exposiciones de los trabajos comenzarían en dos semanas. Además, el año escolar estaba acabando y pronto iniciarían los exámenes finales, por lo que Dulce creía que era el momento de darle forma al plan que habían iniciado.

—A estas alturas, Angie tiene que estar segura de que tú y Luis se ven todos los días, yo creo que mucho más allá de la exposición del trabajo no vas a poder seguir con esa farsa, ni tiene tanto sentido —dijo ella—, creo que, para coronar esta locura, deberías hablar con Angie y decirle que te gusta alguien —añadió la muchacha con diversión—, no le digas nombres, solo asegúrate de hacerle saber que estás confundido y que tienes miedo de las consecuencias que podría tener esa relación. Eso hará que ella ate cabos y saque conclusiones erradas —dijo Dulce con la certeza de que el nivel de control de su amiga la llevarían a concluir que Maxi tenía miedo de afrontar una relación con Luis.

—Suena bien, ¿y luego?

—Bueno, pues luego deja que pasen unos días en los que Angie se haga ideas locas…

—Yo lo que no comprendo es por qué ellos no lo dicen aún —se quejó Maxi—, es horrible, me siento completamente desplazado…

Dulce sonrió y se acercó a él sentándose a su lado.

—Nadie podría dejarte de lado, Maxi, solo andan en esa burbuja en la que están aquellos que se sienten enamorados y no ven nada más que corazones sobrevolando el mundo en el que viven, déjalos…

Maxi la miró a los ojos, en realidad hacía tiempo que lo que hicieran Angie y Bastian le daba igual, era cierto que le molestaba que siguieran ocultando su relación, pero en ningún momento se había sentido solo ni desplazado, porque su mundo en esos tiempos era Dulce, y si ella estaba alrededor no le faltaba nada.

—Lo que tendríamos que hacer es descubrirlos con las manos en la masa —ideó—. Eso sería muy divertido…

—Sí… y podríamos unir las dos cosas, la conozco bien y ella morirá de ganas y te presionará para que le digas de quién estás enamorado y tú le puedes decir que se lo dirás cuando ella y Bastian estén juntos, así lo dices de una sola vez, organizas una reunión de esas de los viernes y tratamos de descubrirlos, incluso podríamos hacer un juego de verdad o reto para ponerlos entre la espada y la pared.

—Me encanta, eres malvada —dijo él frotándose una mano contra la otra.

—Pero debes prometerme que cuando los descubras no te harás el enojado ni les arruinarás el romance, déjalos ser felices, Maxi, que los dos se lo merecen —añadió.

—Eres tan buena…

—¿No que era malvada? —inquirió ella con diversión.

—La mezcla perfecta —respondió él y se encontró sintiendo unas terribles ganas de acercarse a ella y besarla.

Dulce vio que la expresión de su rostro se transformaba y Maxi se levantó para ir hacia la

ventana y perder su vista en el horizonte.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

—Nada, ¿por?

—Puede que no te conozca demasiado aún, pero llevamos el suficiente tiempo como para que me dé cuenta de que algo te sucede, a veces parece que te pierdes en tus pensamientos, incluso parece que algo te molesta. ¿Es lo de Angie y Bastian? —inquirió.

—No, para nada… —respondió él y suspiró.

—¿Entonces? Sabes que puedes confiar en mí, Maxi, puedes decirme lo que sea, yo no te voy a juzgar…

Maxi meditó si decirle que a veces tenía pensamientos sobre besarla o abrazarla era una buena idea, pero llegó a la conclusión de que no. Él creía que había cosas que eran mejor guardarse para uno.

—No es nada, Dulce… es solo que… últimamente estoy un poco confundido…

—¿Con respecto a qué? —inquirió.

Él negó con la cabeza.

—No te enojes, pero no puedo decírtelo —susurró—, no estoy listo para hacerlo, no quiero que nada cambie entre nosotros.

Dulce hizo silencio, pero se acercó a él y lo abrazó por la espalda, Maxi sintió que se le aflojaban las rodillas ante aquel contacto tan íntimo y perfecto y enrolló sus manos alrededor de las de ella.

—Sabes que puedes confiar en mí y que nada de lo que digas hará que cambie esto que tenemos. Te has convertido en alguien muy importante y cercano a mí, quizás eres quien mejor me conoce —admitió ella—, pero no voy a presionarte para que me digas nada. Si algún día sientes que no puedes callar más ese secreto, solo quiero que sepas que puedes confiar en mí.

Maxi estuvo a punto de girarse y decirle que estaba confundido, que pensaba cada día más en ella, que se estaba volviendo indispensable, pero que sus pensamientos a veces no eran del tono de una simple amistad, pero no lo hizo.

Por dentro, Dulce sentía temor, no sabía qué era lo que Maxi ocultaba, pero algo en su interior se inquietaba ante aquella idea.

Y en ese mismo instante ambos callaron y se sumergieron en sus pensamientos y sus temores mientras sus cuerpos se abrazaban de una manera que vistos de afuera no se veían como amigos. Y Maxi supo que las cosas entre ellos habían cambiado.

TE AMO

Por la mañana del domingo Angie despertó al sentir el peso de un cuerpo sobre su cama.
—¿Maxi? ¿Qué hora es? —inquirió.

—Las nueve —respondió él.

—¿Qué haces aquí? Los domingos a estas horas no hay chance de que te despiertes. ¿Estás enfermo?

Maxi no respondió, solo dejó caer su torso sobre las piernas de su hermana.

—¿Max?

—No dormí nada —dijo él.

—¿Qué sucede?

—Necesito hablar con alguien —añadió y luego hizo silencio, al final sí iba a llevar a cabo el plan con Dulce, pero no por lo de Luis, sino por lo que en realidad le inquietaba.

—Aquí estoy, cuéntame qué te sucede —dijo Angie llevando una mano a la cabeza de su hermano para acariciarle los cabellos.

Hacía días que Angie sabía que nubes tormentosas se cernían sobre la cabeza de su hermano mellizo, pero también sabía que cuando él quisiera hablar de aquello la buscaría.

—Creo que estoy enamorado —dijo entonces.

—¿Y eso es malo? —inquirió Angie.

—No, pero no es tan sencillo.

La mente de Angie se aceleró a los hechos y pensó en miles de posibilidades mientras su hermano buscaba las palabras adecuadas. ¿De quién podría estar enamorado? Lo único que ella sabía de él en las últimas semanas era que se veía a diario con Luis para lo del trabajo. ¿Quién más podría estar en su vida y ella no lo notó? ¿Acaso andaba tan perdida en su propia historia de amor que olvidó a su hermano? ¿Acaso él estaba enamorado de Luis?

—Mira, solo te lo admito a ti porque es una manera de admitírmelo a mí —dijo entonces—, pero no quiero, no quiero estar enamorado de esta persona —susurró como si esa verdad le doliera.

Angie creyó que sabía de quién se trataba, ¿por qué o sino negaría un amor?

—¿Por? —preguntó de todas maneras.

—Porque… por mil cosas, porque las cosas cambiarán para siempre, porque si asumo lo que siento y es unilateral la relación que tenemos se terminará y no quiero que eso suceda, porque no

deseo que sienta que mis sentimientos son una presión…

—A ver… El cambio no siempre es malo —dijo ella pensando en que su relación con Bastian había cambiado más que para bien—, además, ¿cómo sabes que es unilateral? ¿Por qué esta persona se sentiría presionada? —inquirió ella.

—Porque no sé si está preparada para tener una relación romántica en serio —afirmó—, ni siquiera sé si yo lo estoy…

—¿Por qué no lo estarías? —quiso saber Angie que a esas alturas tenía la certeza de que se trataba de Luis—. Ya has estado con otras personas antes, Maxi…

—Pero no es lo mismo, Angie… lo que siento ahora es distinto a todo lo que he sentido antes, es mucho más grande y profundo…

—Díselo…

—No, no puedo… lo que tenemos es hermoso así como es y no quiero que se estropee, no podría vivir con la culpa de haber lastimado a alguien tan importante para mí.

—¿Por qué lastimarías? —quiso saber Angie.

—Porque a veces hay procesos que uno debe respetar, no puedes simplemente avasallar al otro con tus sentimientos y pretender que la otra persona responda igual, a veces uno está en un sitio y el otro en otro sitio, no sé si tiene sentido… Esta persona aún no está lista para enamorarse, o eso es lo que me hizo saber desde el inicio, no quiere hacerlo pues piensa que si lo hace se perderá a sí misma…

Angie en ese momento tuvo la certeza de que hablaban de Luis, quizá él no estaba listo para asumir una relación homosexual, quizá no tenía apoyo o sentía rechazo de sus padres, quizás era que no se aceptaba a sí mismo aún, por eso Maxi hablaba de procesos.

—Entonces quédate a su lado y acompáñale en esos procesos. Amar implica tener paciencia y acompañar al otro cuando aún debe atravesar algunas tormentas, ¿no? Eso es lo que nos enseñaron nuestros padres, ¿cierto?

—Cierto… pero cuando estamos juntos, cuando miro sus ojos, cuando siento su piel tan cerca de la mía… No lo puedo explicar, Angie, siento cosas tan fuertes que lo único que quiero es abrazarle y entregarle todo lo que soy.

Angie pensó que aquello sonaba hermoso y que describía muy bien sus sentimientos para con Bastian.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —inquirió Maxi que se volvió para mirarla a los ojos—. ¿Enamorada en serio? Porque sé muy bien que no estabas enamorada de Lucas —añadió.

Angie rio nerviosa, como si se sintiera descubierta.

—Sí, Maxi, sé lo que es estar enamorada —admitió—. Sé lo que es sentir esas cosas tan fuertes que dices y tener ese anhelo de darle al otro lo mejor de uno mismo.

Maxi sonrió, se alegraba de que su hermana y Bastian tuvieran esa clase de relación.

—Deberías decirle a esta persona lo que sientes, podrías aclararle primero que no quieres hacer ninguna clase de presión ni que deseas que las cosas cambien entre ustedes, pero que ya no puedes seguir ocultando lo que sientes. Le dices también que comprendes sus procesos y que

estarás a su lado como hasta ahora, que nada tiene que cambiar por contarle tu secreto, pero que tú ya no podías callarlo.

Maxi sopesó la idea.

—¿Y no crees que eso puede hacer que se asuste y se aleje? No lo soportaría.

—Podría, Maxi, pero si no arriesgas no ganas…

—¿Y tú desde cuando eres tan espontánea? Hasta donde yo sabía eras puro plan y cálculo seguro —bromeó.

—Parece que la vida a veces cambia los planes que uno tiene, de por ahí te sorprendes… —admitió volviendo a acariciar a su hermano.

—Teníamos tiempo de no hablar, hemos estado muy ocupados y te he extrañado.

—Tienes razón.

—¿Sabes algo de Dulce? —inquirió él a modo de saber si su hermana y ella habían hablado en los últimos tiempos.

—No hemos conversado mucho —admitió Angie—, en las clases hablamos de lo mismo de siempre, algunos chismes de otras chicas y tareas —añadió—, creo que la he dejado un poco de lado ahora que pienso… debería invitarla a merendar o algo así y preguntarle cómo va todo…

—Quizá sea buena idea —admitió él—. ¿Y Bastian? ¿Qué tal van con el trabajo? —quiso saber.

—Bien, pensé que nos iría peor, pero creo que cuando se trata de hacer tareas nos llevamos bien —respondió.

Maxi pensó para sí que probablemente se llevaban bien en muchas más cosas que hacer tareas, pero no dijo nada.

—Hace mucho que no hablamos, anda siempre ocupado y esquiva todas las conversaciones reales con sus bromas insoportables —añadió.

Angie sonrió. Bastian le había dicho que, en los entrenamientos, Maxi le decía que lo veía raro y que le dijera qué le sucedía.

—Bueno, pues mucho no sé de su vida —mintió Angie—, pero lo único que te puedo asegurar es que obtendremos la mejor nota en este trabajo.

Maxi sonrió y negó con la cabeza.

Los dos se quedaron en silencio, sumidos cada uno en sus pensamientos mientras sentían la calma que les daba saber que se tenían el uno al otro. Maxi se quedó dormido en minutos, y Angie lo dejó dormir, pues se veía cansado. Entonces, recibió un mensaje de texto y lo leyó.

«Volvió a venir. ¿Puedes creerlo? ¡Volvió a venir! Esa mujer caradura volvió a aparecerse aquí hace unos minutos y le pidió a mi padre para hablar. Se han encerrado en el estudio y no sé qué hora saldrán de allí. No entiendo como papá puede escucharla después de todo».

«Voy junto a ti».

Le respondió Angie y se levantó de la cama de la forma más silenciosa que pudo para no despertar a su hermano.

—¿A dónde vas? —inquirió Dina al verla salir.

—Necesito ir a casa de Bastian —respondió ella—. Tuvo un problema con el trabajo, no sé si se borró una parte o algo, pero estaré allí…

—Bien… —respondió su madre al verla partir.

Hacía días que Dina sabía que ella y Bastian estaban juntos, los había visto cuando una tarde salía del condominio y al pasar frente a la casa de Bastian los observó besarse en la sala. Eso explicaba la ausencia del muchacho por las mañanas, la falta de las peleas a las que estaban acostumbrados, la alegría de su hija y sus ganas de hacer el trabajo con el chico al que supuestamente detestaba. No dijo nada, ya Angie lo diría cuando se sintiera lista.

Cuando Angie llegó a casa de Bastian, él la esperaba afuera. La tomó de la mano y la llevó hasta su habitación, cerró la puerta y luego, nervioso, se dejó caer en la cama, dando golpes sobre el colchón.

—¡La odio! ¡La odio! —gritó ahogando sus gritos en una almohada.

Angie se acercó a él y se acostó encima suyo como si con su cuerpo pudiera contenerlo. Bastian se tranquilizó, ella tenía ese efecto directo en él.

—¿Por qué no la escuchas? —quiso saber—. Déjala que diga lo que tiene que decirte, Bas…

—¡No se lo merece! ¡Está muerta para mí! —exclamó.

Angie se recostó a su lado en la cama y le acarició el rostro con ternura.

—No está muerta, no puedes hacer nada al respecto, la realidad es que no está muerta —añadió —, pero puedes escuchar lo que tiene que decirte y luego le dices que ya no te vuelva a molestar, que ya la has escuchado y que ahora quieres continuar tu vida sin ella, como ha sido siempre.

Bastian comenzó a llorar en silencio y a Angie le dolió el alma al verlo así.

—No quiero escuchar algunas cosas, no quiero que me pida perdón ni que me diga que se arrepiente, no quiero que me diga que ella me ama… no lo toleraría, me enfadaría conmigo mismo por ser incapaz de perdonarla y me enfadaría más con ella por mentirme, alguien que ama no abandona —susurró como si de un niñito pequeño se tratara.

Angie suspiró.

—No puedes vivir con ese rencor dentro de ti, amor, no lograrás ser feliz así… Tarde o temprano deberás perdonar… aunque solo sea para seguir adelante —añadió.

—No lo entiendes… No podrías entenderlo, estás rodeada de amor y tu familia es perfecta —dijo con dolor.

Angie se acercó a él, secó las lágrimas que se derramaban de sus ojos y pensó en lo que ella misma le había dicho antes a su hermano sobre respetar los procesos de los demás.

—Te amo, Bastian —dijo entonces por primera vez—, y estoy aquí para ti.

Bastian la abrazó y comenzó a besarla, los dos se dejaron llevar por la pasión que enseguida los absorbió y, por un momento, las tormentas de Bastian se disiparon para dejar paso a otra clase de tempestad.

Se apartaron unos minutos después, Angie fue la que cortó el contacto.

—¿Qué sucede? —inquirió él.

—Nada, pero no estás bien, no es momento… ¿Quieres salir a caminar?

—Quiero estar contigo, Angie —dijo él.

—Y lo estamos —respondió ella—, pero ahora necesitas despejarte un poco… —añadió—. Hablemos de otra cosa…

Bastian aceptó, sabía que se había dejado llevar más de la cuenta y no quería presionar a su novia.

—Te contaré un secreto —dijo ella un rato después, cuando caminaban por el parque cercano a sus casas.

—Dime…

—Creo que Maxi está enamorado de Luis.

—¿Qué? No. Imposible —dijo él y negó.

—Es en serio…

—¿Te lo dijo? —preguntó él bastante confundido.

—No, pero esta mañana fue a mi habitación y hablamos…

Angie le contó todo lo que le dijo Maxi y Bastian se quedó helado ante las ideas de su novia.

—Estoy segura de que Luis no se acepta aún, pienso que tienen una amistad bonita y con límites difusos, pero están allí, un poco perdidos en eso.

—Pero Maxi no es homosexual, Angie, esto es imposible… yo lo conozco —dijo Bastian que conocía facetas de Maxi que su hermana melliza desconocía.

—A lo mejor lo acaba de descubrir —Angie se encogió de hombros—, quién sabe…

—No, no, esto no puede ser real.

—¿Estás celoso? —inquirió ella mirándolo con diversión.

Bastian entrecerró los ojos y le hizo un gesto de desagrado.

—Por supuesto que no, tonta, solo conozco a mi mejor amigo.

—Y yo conozco a mi hermano mellizo —respondió ella.

—No creo que lo conozcas lo suficiente —zanjo él.

—¿Quieres apostar? —inquirió ella colocando los brazos en jarra.

—¿Qué ganaría si gano?

Angie lo pensó por un buen rato.

—Si Maxi está enamorado de Luis y yo gano, tú admitirás delante de toda la clase que yo soy más inteligente que tú —dijo con diversión.

—Pero eso no es cierto y a mí no me gusta mentir —respondió él con tono bromista.

—Sabes que lo es —respondió ella como dando por seguro aquello.

—¿Y si yo gano?

—Si tú ganas yo te haré una tarea, la que quieras… y haré que sea mejor que la mía para que te ganes más puntos… Y eso es mucho, porque sabes que solo uno de los dos podrá ser mejor alumno —añadió.

Bastian rio.

—No, eso no me interesa —zanjó—. Si yo gano, tú… tú les dirás a todos que me amas con locura.

—¡Estás loco! —respondió ella.

—Tómalo o déjalo —añadió y comenzó a caminar.

—Bueno, total sé que ganaré —dijo ella con certeza.

Bastian se encogió de hombros y echó a correr, pero Angie corrió más rápido y lo alcanzó. Él la rodeó entre sus brazos y la besó.

—Haces que me sienta mejor, siempre lo logras —susurró.

—Me alegro mucho, solo quiero que seas feliz —dijo ella con dulzura.

—Tú me haces feliz…

—Y tú a mí —respondió Angie escondiendo su cara en su pecho y respirando su aroma—. Regresemos a tu casa, alguien podría vernos.

—Estoy cansado de estar escondiendo lo que sentimos —se quejó él.

—Lo sé —dijo ella y pensó que tenía razón, quizás era momento de contar la verdad.

Llegaron a la casa y se cruzaron con la madre de Bastian que salía de la casa con los ojos rojos.

—Bastian… —susurró.

—No quiero saber de ti… —dijo él e ingresó.

—Bastian, por favor —rogó la mujer, pero él ya se había ido—. ¿Eres su novia? —preguntó mirando a Angie.

—Sí —dijo ella—, dele tiempo —añadió.

La mujer asintió con dolor y Angie ingresó a la casa para encontrarse con Bastian increpando a su padre.

—¿Por qué la dejas entrar así? ¡Tú más que nadie deberías decirle que nos deje en paz! —exclamó.

—Bastian, por favor —rogó su padre—. No hagas las cosas más difíciles.

—¿Yo hago las cosas difíciles? ¿Yo? ¡Es ella la que nos hizo la vida difícil a ambos! ¡Es ella la que te engañó y nos abandonó sin importarle nada! ¿Con qué derecho viene ahora a buscarnos? ¿Pretende que le perdonemos? ¡Está loca!

—Solo le quedan unos meses de vida —dijo el padre de Bastian—, y cuando la muerte acecha, las personas reflexionan.

—¡Muy bien, que se muera entonces, total para mí ya se murió hace tiempo! —exclamó él antes

de salir de allí y volver a su habitación.

Angie lo siguió y lo vio volver a tirarse a la cama. Se sentó a su lado y esperó en silencio.

—No es justo… —murmuró Bastian al fin—, no quiero tener que oírla porque ese es su último deseo, no quiero tener que perdonarla porque está por morir…

—Lo comprendo —dijo Angie y suspiró.

—¿Crees que soy mala persona? —inquirió él.

—No lo creería jamás, Bas… estás en tu derecho de no querer hablar con ella ni escucharla, cuando uno comete errores sabe que hay consecuencias, estás en tu derecho de no perdonarla también. Pero me preocupa algo…

—¿Qué?

—Que cuando pase el tiempo, esta decisión te duela más… que te arrepientas por no haber escuchado aquello que tenía que decirte y ya no puedas cambiar el rumbo de los hechos… Que este dolor se te quede en el alma… A lo mejor si la escucharas sería más fácil sanar, no por ella, sino por ti…

—No veo como eso podría ser posible…

Angie negó.

—Piénsalo, sea cual sea tu decisión, yo estaré aquí para apoyarte —prometió.

—Eres la mejor, Angie —susurró él—, te amo.

—Y yo a ti, Bas…

JUNTOS

Era viernes por la noche, Angie estaba en la cocina de su casa preparando unas bebidas para subir a la terraza donde le esperaban Bastian, Dulce y Maxi. Hacía mucho que no se reunían así, pero era el cumpleaños de Dina, y sobre la hora, la madre de los mellizos había decidido dar una pequeña fiesta con sus amigos más íntimos.

—¿Angie? —dijo Dina cuando ingresó a la cocina—. ¿Has visto a tu padre?

—¿No está en el patio? Se supone que iba a prender el fuego para asar la carne —respondió.

—Ah, iré a buscarlo.

Dina se volteó como para salir, pero luego volvió a mirar a su hija.

—Qué bonita te ves con ese vestido —dijo entonces.

Y es que Angie no era de usar faldas, pero ese día le pareció que podía ser un buen momento para utilizar el vestido con flores que había comprado el verano pasado y que nunca se había puesto.

—Gracias —respondió con una media sonrisa.

Su madre se acercó a ella y le tomó de la mano con cariño.

—Parece que el amor te ha hecho florecer —sonrió.

Angie se quedó congelada tras aquellas palabras, no sabía qué decir y Dina sonrió ante su reacción. En ese mismo instante, Bastian ingresó a la cocina.

—Hola, vengo a buscar las salsas —dijo como si se escusara.

—Pasa… están allá —dijo Dina guiñándole un ojo—. ¿No te parece que Angie está hermosa hoy? —añadió.

—Está preciosa… siempre… —respondió él y Dina volvió a sonreír.

—Les dejo, voy a ir a buscar a tu padre. ¿Quieres que le lleve las salsas yo? —inquirió Dina.

Bastian no tuvo tiempo de responder, la mujer le sacó los potes de las manos y salió de la cocina no sin antes cerrar la puerta.

—Ella sabe algo… estoy segura de que ya nos descubrió —dijo Angie al verla salir.

—Me ofrecí a buscar las salsas porque sabía que estabas aquí y ya no puedo aguantarme las ganas de besarte, estás hermosa —dijo y se acercó a ella.

—Te digo que mi madre sabe lo nuestro… —replicó Angie ignorando al chico.

—Pues no le veo nada malo, si es por mí que lo sepan todos —agregó y colocó su mano derecha la nuca de Angie para atraerla a un beso.

La muchacha se dejó llevar, pero luego se separó.

—¿Dónde están Maxi y Dulce? —inquirió.

—En la terraza, nos esperan… —susurró casi sobre sus labios.

—Vamos…

Angie se apartó de él, tomó la bandeja con las bebidas y salió dejándolo allí. Bastian suspiró y esperó unos minutos antes de seguirla.

Un rato después, los cuatro estaban sentados sobre almohadones en la terraza que estaba iluminada por pequeños foquitos que le daban un aire muy romántico a la estancia. Las fragancias de las flores que cultivaba Dina les llegaban hasta las narices y los cuatro se encontraban en calma, disfrutando de la velada.

—¿Por qué dejamos de hacer esto? —quiso saber Dulce—, es cierto que solo los acompañé unas cuantas veces, pero me encanta…

—No lo sé, yo también lo he extrañado —admitió Angie—. La última vez fue hace demasiado tiempo…

—¿No creen que hemos crecido demasiado en este tiempo? —sugirió Maxi—. O quizá soy solo yo…

—Ahhh no, solo tú, y nosotros nos hemos quedado en la infancia temprana —bromeó Bastian.

—No me refiero a eso, torpe —respondió Maxi con una sonrisa divertida—, me refiero a que han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que creo que ya no somos los mismos que nos reunimos aquí la última vez… y a la vez seguimos siendo los mismos, ¿no?

—Sí… —añadió Angie—, es cierto lo que dices…

—Sigo insistiendo en que no deberíamos dejar de hacer estas cosas, es decir, ustedes tres no deberían dejar de hacerlo —se corrigió Dulce—, porque tienen una amistad muy bonita… de esas que no se encuentran con facilidad, y no hay que dejar que el tiempo, los problemas de la vida y ciertas situaciones interfieran en ello.

—Somos cuatro, eres parte de nosotros —dijo Angie mirando con cariño a su amiga. Dulce sonrió y miró de reojo a Maxi, que asintió ante las palabras de su hermana.

—Gracias… de verdad, no saben lo importante que son ustedes para mí…

Volvieron a hacer silencio por un rato.

—Me alegro de que hayas superado tu relación con Bastian —dijo entonces Maxi, Angie casi se atragantó con el jugo que en ese momento se había llevado a la boca—, son muy maduros para hacerlo —añadió y los miró a ambos.

Dulce no se molestó, sabía bien que Maxi en ocasiones tenía esa especie de necesidad de atacar a su hermana y a su mejor amigo por el secreto que aún guardaban.

—Bastian es un gran chico —dijo Dulce con una sonrisa—, terminamos bien, quedamos como amigos y no tenemos nada que reprocharnos —comentó.

—Tú eres una gran chica —dijo Maxi mirándola.

Si Angie y Bastian no se encontraran un poco bloqueados por lo que Maxi acababa de decir, se hubieran dado cuenta de la manera en que Maxi miró a Dulce en ese momento, pero no lo hicieron.

—Les contaré un secreto —dijo Dulce con la intención de recuperar el ambiente que se había perdido gracias a la intervención de Maxi—, nunca me he sentido tan bien en mi vida, creo que por fin estoy empezando a convertirme en la persona que realmente deseo ser y quiero que sepan que cada uno de ustedes tiene mucha influencia en eso…

Los tres sonrieron ante la confesión de Dulce y Angie se acercó a ella para abrazarla.

—Yo también quiero contarles un secreto —habló por fin Bastian.

Angie creyó que iba a hablar de ellos y la sangre se le heló en el cuerpo.

—Mi madre ha regresado y quiere hablar conmigo…

—¿No estaba muerta? —preguntó Maxi sin comprender.

—No…

Bastian procedió a contar la historia que Angie ya conocía y ella tuvo que atajarse las ganas de ir junto a él para darle soporte. La voz de Bastian temblaba ante la angustia de lo que iba narrando.

—Bastian… ¿por qué no me lo dijiste? —quiso saber Maxi.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Dulce.

—Nada… no quiero hablar con ella, no me importa…

—Pero dices que está por morir —insistió Dulce.

—Sí… pero para mí ya está muerta hace rato… —zanjó.

Los cuatro hicieron silencio y se sumieron en sus pensamientos, pero fueron llamados por Dina para cenar y la conversación quedó allí.

Dulce bajó primero y estiró a Angie con ella, Bastian fue detrás, pero entonces Maxi lo alcanzó y le puso una mano en el hombro para que se detuviera. Bastian se volteó a mirarlo y Maxi lo abrazó. Bastian respondió el abrazo de su mejor amigo, de su hermano y permanecieron allí por unos minutos.

—Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites, ¿verdad? —inquirió Maxi.

—Lo sé… gracias —respondió el muchacho y, sin más, bajaron a comer.

En la mesa el clima volvió a cambiar, los cuatro se sentaron juntos y luego de servirse comenzaron a hablar de cualquier cosa: del trabajo práctico, de que el curso estaba a nada de terminar y de la posibilidad de ir al viaje que se preparaba como excursión de fin de curso.

—Qué rápido pasó el año —dijo Angie—, el año que viene seremos adultos, iremos a la universidad y nuestra vida será completamente distinta a la que conocemos ahora…

—Así es, pero ahora hay que concentrarse en los finales —añadió Bastian—. No me ganarás, solo quería recordártelo.

—Sí, sigue soñando —respondió Angie con una sonrisa—, ya veremos quién es mejor.

—Ahhh… ya me preguntaba qué rayos pasaba entre ustedes para que no se dijeran nada en toda la noche —dijo Maxi con diversión.

—Maduramos —respondió Bastian—, al menos yo lo hice —añadió—, a ella no le pidas demasiado…

Maxi sonrió, le gustaba saber que las cosas no habían cambiado demasiado después de todo.

CONTROL

Eran cerca de las tres de la mañana cuando Angie fue al baño, Dulce dormía en su habitación y Bastian en la de Maxi, pero le había escrito un mensaje pidiendo que fuera hasta el baño y lo encontrara allí.

—¿Qué sucede? —inquirió la muchacha envuelta en su bata de noche.

—Necesitaba verte —respondió él—, ¿dormías?

—No, pensaba…

—¿En qué? —inquirió él y trancó la puerta para luego sentarse en el suelo, bajo la ducha, y llamarla para que se siente a su lado.

—En que estabas durmiendo bajo el mismo techo —respondió ella—, es estúpido, lo has hecho miles de veces, pero no desde que… tú y yo…

—Desde que somos novios —dijo él y ella asintió.

Se abrazaron entonces y comenzaron a besarse.

—Yo pensaba lo mismo —susurró—, moría de ganas de colarme en tu habitación y meterme a tu cama, si Dulce no se hubiese quedado, ten por seguro que lo hacía —añadió en medio de los besos.

—Tonto, si nos descubren mi padre te echará de la casa —zanjó ella con diversión.

—Es que quiero saber a qué huelen tus sábanas, quiero saber qué secreto me puede contar tu cama —susurró en su oído.

—Bastian… no me digas esas cosas —dijo ella sintiéndose sonrojada.

—¿Aquí te bañas? —inquirió él y observó la estancia.

—Sabes que sí —respondió ella y se mordió los labios.

—Quisiera que estas paredes hablaran…

—Basta, estás intenso —respondió ella con una risita nerviosa.

Bastian la besó con pasión.

—Te deseo —admitió.

—Y yo a ti —respondió ella.

Las palabras comenzaron a sobrar y él metió su mano derecha entre la ropa para acariciar la espalda de la muchacha. Angie se dejó ir y también palpó el cuerpo de su chico en busca de piel.

Los besos subieron de tono y las manos encontraron valles y montañas a su paso, los labios de Bastian bajaron por el cuello hasta toparse con uno de los botones del pijama que desabotonó con premura para seguir hacia abajo degustando el sabor de aquella mujer que lo enloquecía. Angie mandó la cabeza hacia atrás y dejó que él le terminara por sacar la parte superior de su pijama para besarle y mordisquearle en libertad, ella se aferraba a sus cabellos y sentía que se derretía en sus brazos mientras buscaba con sus manos brindarle a él el mismo placer que recibía.

Bastian la tomó entonces y la hizo sentar sobre él, ella percibió su dureza entre sus piernas y no pudo evitar contonearse sobre él mientras el chico escondía su rostro entre sus pechos y los devoraba.

—Si no nos detenemos ahora, no podré parar —susurró él.

—No sé si quiero detenerme… —dijo ella entre gemidos.

Era la primera vez que llegaban tan lejos y Angie sentía que había perdido el control por completo. Pero le gustaba, confiaba tanto en Bastian que había decidido que perder el control con él era seguro, nunca había experimentado esas sensaciones a tal nivel, y no deseaba parar, no deseaba perderse de nada.

—¿Estás segura? —inquirió él.

Angie no pensó para responder y solo dijo lo que en ese momento de pasión atravesaba sus pensamientos.

—Deseo que seas el primero, Bas…

Bastian se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó ella cuando sintió que él ya no la besaba.

—¿Cómo has dicho? —inquirió.

Angie supo lo que sucedía y se mordió el labio.

—¿En realidad creíste que tuve relaciones con Lucas? —preguntó la muchacha que avergonzada por el momento se movió hacia un lado y se cubrió el pecho con lo primero que encontró a mano.

Bastian no podía creer lo que estaba sucediendo.

—Por supuesto que sí, ¿por qué ibas a mentirnos? —inquirió.

Angie no respondió.

—¿Angie? —inquirió él.

—Creerás que soy una tonta —susurró—, pero sentía que tú y Maxi avanzaban más que yo. Tú habías estado con varias chicas y él ya había estado con Olivia, sentí que perdía, y tú sabes que no me gusta perder…

Bastian se llevó una mano a la frente y negó.

—Qué idiota soy —susurró.

—¿Qué demonios dices? —inquirió ella.

—Estuve a punto de dejarme llevar aquí mismo…

—¿Y? No te entiendo, creí que me deseabas… —respondió y unas inmensas ganas de llorar se apoderaron de ella—. ¿Acaso no deseas ser el primero? Ojalá yo fuera la primera para ti, Bas, así nunca me olvidarías…

Bastian suspiró al comprender, por el tono de voz de Angie, que se sentía vulnerable. La atrajo hacia sí, pero ella no se dejó, se había enfadado.

—No me malinterpretes. ¿Cómo podría no desearte? —inquirió él—. Solo… pensé que… si supieras lo nervioso que me sentía… —negó—. Angie, te conozco… has planeado cómo debería ser tu primera vez, ¿no es así? —inquirió.

—Bueno… lo he imaginado… un poco… —admitió ella con un hilo de voz.

—Y supongo que era algo como una noche soñada en un rincón romántico lleno de pétalos de rosas o algo así —añadió él.

—Bueno, eso no… pero… sí, lo planeé un poco.

Bastian sonrió.

—¿Crees que yo querría que tu primera vez fuera en el piso del baño? —susurró acercándola a él, Angie comprendió y se dejó llevar hacia su cuerpo—. Te deseo con locura, desde aquella noche en el lago o incluso antes, mucho antes… Morí de celos cuando supe que habías estado con Lucas y traté de borrar esa información de mi mente… no estaba pensando, no quería que lo hiciéramos aquí, solo me dejé llevar porque eres tan bella que no puedo resistirme, pero no quiero que este sea tu recuerdo, quiero que tengas tu noche soñada, Angie…

Ella no respondió, sus palabras la habían conmovido.

—¿Por qué estabas nervioso? —quiso saber.

—Porque no quiero hacer nada mal, no quiero lastimarte, no quiero hacer algo que no deseas, no quiero equivocarme contigo… Una vez dijiste que te gustaría aprender junto a la otra persona, ¿no? Que no te gustaba que el otro supiera más que tú y que sería bueno tener la chance de comenzar de cero con alguien, ¿no?

—Sí… pero he asumido que tú sabes más que yo y que no está tan mal que me enseñes —respondió con una sonrisa tímida.

—Pues no sé demasiado más que tú —admitió.

—¿A qué te refieres? —quiso saber ella.

—Pues a que he llegado lejos alguna que otra vez, pero nunca tan lejos…

—¿Bas? ¿Me estás diciendo que no te has acostado con nadie nunca? —inquirió ella mirándolo a los ojos.

—No…

—No te creo —respondió ella.

—Eso no quiere decir que no sea cierto —zanjó él—, nunca lo he hecho…

—¿Por qué? ¿Y las chicas con las que salías?

—Ya te dije que he inventado más cosas de las que he vivido… Sí, he sido un tonto, pero en algún momento pensé que tener una buena reputación podía darme chance con las chicas,

además, era divertido molestarte —zanjó.

—Pero Mariela dijo que había estado contigo…

—Mariela necesitaba que Hugo pensara que lo había superado y a mí no me molestaba que la gente pensara que ella y yo lo habíamos hecho…

—¿Es en serio?

—Lo prometo, Angie —susurró—, he sido un tonto, lo sé.

Angie se volteó a mirarlo y le plantó un beso en los labios.

—Un tonto que yo amo, gracias, gracias por esperarme —dijo con una sonrisa—. Nuestra primera vez será inolvidable para ambos y podremos aprender juntos.

—Lo será, por supuesto que sí —respondió él y la volvió a besar—, pero no va a ser en el baño, será como tú la has soñado.

—Yo solo he soñado que un día llegara a mi vida una persona con la que me sintiera lista para perder el control, y tú eres esa persona, Bas, tú eres la persona con la que quiero perder el control.

Él la abrazó y la besó con dulzura.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación, llevamos aquí demasiado tiempo —musitó—. Te amo, ¿lo sabes?

—Sí, y yo a ti.

Angie salió del baño luego de arreglarse la ropa y caminó sigilosamente hasta su habitación, se metió a la cama sin hacer ruido para evitar despertar a su amiga y sonrió.

Esa noche Angie creyó que estaba lista para perder el control.

IMPOTENCIA

Maxi escuchó cuando Bastian salió de la habitación y pensó que fue al baño, pero no regresó enseguida, por lo que decidió enviar un mensaje a Dulce esperando que ella estuviera despierta y lo escuchara.

«Ella también salió, ¿no?».

«Hace un buen rato. ¿Qué crees que hacen?».

«No sé si quiero saberlo. ¿Crees que debo ir a pillarlos?». Preguntó Maxi.

«Déjalos, Max, son muy lindos juntos, déjalos disfrutar».

«Tienes razón… ¿Qué haces?».

«Nada… estaba pensando en lo bien que pasé esta noche y en lo que dijo Angie… El año que viene todo será distinto y yo no quiero que las cosas cambien, no ahora que me siento tan bien…»

«Lo sé, pero estoy seguro de que los cambios que vengan para ti ya nada tendrán que ver con las cosas que te ponían triste, has crecido mucho y sé que lo seguirás haciendo. Eres una persona maravillosa, Dulce, debes comenzar a aceptarlo…».

Dulce no supo qué decir ante aquel piropo, pero sonrió y sintió sus mejillas sonrojadas.

Maxi esperó a que ella le respondiera, pero no lo hizo, mientras tanto deseó poder ir a la habitación de al lado, acostarse a su lado y abrazarla, decirle que, si le daba la oportunidad, él podría regalarle un mundo que la hiciera feliz. Pensó en su conversación con Angie y en lo que habían hablado. No era buen momento para asustar a Dulce, no ahora que estaba tan feliz con sus logros personales.

«¿Crees que algún día podré enamorarme de verdad? Quisiera tener algo como lo que tienen ellos, algo que sea real y profundo… no solo piel y calor». Comentó entonces.

«Algo me dice que lo que ellos están viviendo en este preciso momento es pura piel y calor… pero ¿sabes qué? Estoy seguro de que encontrarás ese amor que tanto anhelas, y serás feliz… muy feliz…».

«¿Cómo me daré cuenta? ¿Cómo sabré que es amor de verdad?»

«No lo sé, yo tampoco soy demasiado experto, lo único que sé es que cuando estás con una persona a la que deseas amar de verdad, todo tu ser te lo dice, tu alma te grita que no la dejes ir, que no la pierdas…». Contestó Maxi luego de pensar un buen tiempo qué decirle.

«¿Has sentido eso por Olivia?».

«No».

«¿Entonces cómo lo sabes?».

«No lo sé, solo pienso que será así».

«La mujer a la que ames será plenamente afortunada». Dijo entonces Dulce y sintió una pizca de envidia tras aquella frase. Entonces volvió a escribir. «Prométeme que siempre serás mi amigo, incluso aunque tengas novia».

«Por supuesto, Dulce, siempre serás la primera para mí».

«No mientas, cuando te enamores no seré la primera… pero me conformo con seguir siendo tu amiga, además a las chicas no le caigo bien, no creo que a tu novia le agrade que nos frecuentemos». Dijo y sintió temor de que eso en realidad sucediera.

«No me importa… Tú estás primera en mi lista y lo estarás siempre».

Dulce sabía que eso no era cierto, pero le gustó leer ese mensaje y lo hizo un par de veces, para guardarse la sensación de ser importante para alguien.

Se levantó y caminó hasta la ventana, se preguntó de qué clase de chica se enamoraría un chico como Maxi, se imaginó cómo sería su novia y una lágrima se derramó por sus ojos. En la película que se estaba pasando en la cabeza, Maxi estaba de novio con una chica muy distinta a ella, una muchacha de bien que no tenía un historial tan manchado como el suyo. Esa muchacha no querría que él siguiera hablando con ella, porque ¿qué novia permitiría eso? Ella terminaría por perder a Maxi o adaptarse a lo que él pudiera ofrecerle.

Pensó que lo que más le costaría sería verlo con ella en esos pequeños gestos que tienen las parejas, tomarse de la mano, darle un beso en la frente. Pensó en que odiaría imaginarlos juntos besándose o haciendo el amor y se preguntó por qué estaba pensando aquello.

«¿Te quedaste dormida?». Su celular volvió a sonar.

Dulce volvió a la cama y suspiró.

«No… pero tengo sueño…». Mintió.

«Está bien, descansa… es tarde».

Dijo Maxi justo cuando ambos escucharon el sonido de la puerta del baño.

Dulce cerró los ojos y fingió que dormía cuando Angie ingresó a la habitación y se acostó a su lado. Luego de unos minutos, se dejó llevar por el silencio y se encontró en un sueño en el cual ella y Maxi caminaban de la mano por lo que parecía ser una playa. Entonces, él se giraba y le daba un beso. En aquel beso onírico, Dulce experimentó sensaciones que nunca había vivido antes, se sintió amada, respetada, libre, valorada; se sintió importante y única para alguien.

Despertó sobresaltada, aún era oscuro y Angie dormía plácidamente a su lado, miró el reloj de su celular y había pasado un par de horas desde que habían dejado de hablar. Dulce llevó sus manos a sus labios y se preguntó qué tan parecido a sus sueños se sentirían los labios de Maxi, y entonces negó y se regañó a sí misma, debía sacar aquellos pensamientos de su mente lo antes posible. Un chico como él nunca se fijaría en alguien como ella, además, no era una buena idea, no funcionaría y ella lo perdería para siempre. Era mejor tenerlo como amigo que no tenerlo, además, ni siquiera sabía por qué pensaba en él de aquella manera, se sentía mal porque por momentos pensaba que no había cambiado en nada, apenas había conseguido un amigo y no

podía dejar de verlo como hombre. ¿Qué pensaría Maxi si supiera que ella soñaba con besarlo?

Esa madrugada, Dulce creyó que una chica como ella jamás se merecería el amor de un chico como Maxi, y se durmió agobiada por la tristeza

AMIGOS

La exposición de los trabajos salió perfecta y Angie y Bastian sacaron la mejor nota, a Maxi y a Luis también les fue bien y ni qué decir a Dulce, que presentó el trabajo sola, dejando expuesto a Enrique, que no había hecho nada.

—Por tu culpa voy a reprobar esta materia, imbécil —dijo Enrique aquella mañana cuando se acercó a Dulce a la salida.

—No es mi culpa que a ti no te preocupara el trabajo.

—Tenías que haber puesto mi nombre y me tendrías que haber dejado hablar. ¿Qué te costaba tanto?

—¿Sabes lo mucho que me llevó hacer este trabajo sola? ¡No es justo! —exclamó ella.

Maxi se acercó al ver que parecían discutir, pero los observó a la distancia.

—Eres una puta, Dulce, te hubiese convenido haberme tenido en cuenta porque yo podría haber limpiado un poco la reputación que tienes y podría haber hablado bien de ti, pero lo que haré ahora es todo lo contrario, les diré a todos que me excluiste del trabajo solo por despecho, porque luego del sexo no te volví a buscar.

—¡Idiota! —gritó ella.

Maxi se acercó a Enrique sin pensarlo y con los puños fruncidos.

—Si llegas a decir eso olvídate de tu nariz —lo increpó—, te la voy a romper en pedazos tan pequeños que no podrán reconstruirla jamás —añadió—. Sé hombre y afronta las consecuencias de tus actos —zanjó.

Enrique lo empujó.

—¿Quién demonios te crees? Has de ser el único en todo el colegio que no se acostó con esta y por eso andas atrás de ella todo el tiempo. Tranquilo, ya te llegará el turno, no creo que se resista demasiado —bromeó.

Maxi le dio un golpe que Enrique no se esperaba por lo que cayó al suelo. Entonces, Maxi subió sobre él y comenzó a pegarle una y otra vez.

En ese momento Bastian salía de la clase y lo vio, por lo que corrió a detener a su amigo o se metería en problemas. Angie, que había salido unos minutos después, corrió también hacia el sitio donde ya todos observaban la pelea.

Dos amigos de Enrique intentaban separarlos, pero Maxi, descontrolado, arremetía contra todos. Un profesor llegó a la escena justo en el momento en que Bastian y los amigos de Enrique

lograron separarlos. La furia en los ojos de Maxi era explosiva y Angie pensó que nunca lo había visto así.

—¿Qué sucedió? —le preguntó a Dulce, pero ella solo negó.

El profesor llamó al orden y les ordenó que fueran a ver al director. Dulce intentó explicarle que no había sido culpa de Maxi, pues solo la había defendido de las acusaciones de Enrique, por lo que ella también fue llamada para explicar aquella situación.

Bastian y Angie, junto con el resto de los compañeros, se quedaron cuchicheando mientras los veían alejarse.

—¿Qué es lo que sucedió? Maxi no se agarró a golpes con nadie nunca —susurró Angie.

—No tengo idea… tampoco lo había visto así jamás —respondió Bastian—. ¿Qué hacemos? ¿Les esperamos?

Angie asintió y ambos caminaron hasta una banqueta para sentarse y esperar mientras el resto de los compañeros comenzaron a dispersarse.

Habían pasado solo diez minutos cuando una mujer se acercó a ellos. Bastian la vio venir y se levantó sin decir palabras para marcharse. Angie no comprendió, estaba absorta en sus pensamientos sobre lo que acababa de suceder por lo que no entendía a dónde había ido hasta que la mujer se sentó a su lado y supo que era la madre de Bastian.

—¿Angie? —inquirió—. ¿Es ese tu nombre?

—Sí…

—Soy Laura…

—Hola —respondió ella incómoda mientras veía que Bastian había desaparecido.

—¿Podemos hablar?

—Sí… pero no creo que pueda ayudarle, señora… Él está completamente cerrado a todo lo que tenga que ver con usted, lo siento… —advirtió.

—Angie —dijo ella y la tomó de la mano, Angie se sintió mal, como si traicionara a Bastian, pero ya no podía marcharse—, yo sé que él no va a perdonarme, no merezco que lo haga, solo necesito que me escuche… no puedo irme sin que lo haga… por favor… te lo suplico…

—Yo no tengo nada que ver en esto, señora —dijo Angie confundida.

—Lo sé, pero puedes ayudarme, eres la única que puede hacerlo…

Angie lo pensó. Por un lado, creía que no era una buena idea intervenir en esa situación, pero por otro, le daba mucha pena esa mujer, que aunque lo que había hecho era horrible, se veía que sufría de verdad. Además, ella todavía creía que escucharla podría ser útil para Bastian.

—Lo pensaré —susurró.

La mujer extendió un papel con un número de teléfono en él y se lo pasó sin decir palabra. Angie asintió y lo guardó.

Cuando la mujer se marchó, ella se debatió entre ir tras Bastian o esperar a Maxi, pero no tuvo que pensarlo demasiado, pues un chico se acercó.

—Dice Maxi que no lo esperes —. Era Luis, que venía de hacia el interior del colegio.

—¿Dónde está?

—Ahora él entró con el director —comentó—, me lo crucé en el aula cuando yo estaba saliendo y a él lo dejaron esperando. Creo que Dulce entró primero.

—¿Qué pasó? ¿Lo sabes?

—No, al parecer Enrique le dijo algo a Dulce y él la defendió… —dijo el chico encogiéndose de hombros.

Angie suspiró.

—Estaba molesto porque ella lo excluyó del trabajo —explicó.

—Pero él no se merecía ni que lo nombrara, no hizo nada —concluyó el chico.

—Sí… pero Maxi se descontroló, esto va a traerle problemas —zanjó Angie.

—Sí, eso seguro, pero deberías estar orgullosa de él y de la manera en que defendió a Dulce —añadió.

Angie lo miró y sonrió, después de todo ese era el chico del cual su hermano estaba enamorado y, aunque no solía hablar mucho con él, parecía que lo admiraba.

—¿Te cae bien Maxi? —inquirió.

—Por supuesto, es una gran persona —respondió.

Angie sonrió.

—Bueno, creo que me iré entonces, ya me enteraré más adelante de qué es lo que le dicen —dijo Angie para ir en busca de Bastian y segura de que Luis esperaría a Maxi, cosa que en realidad no iba a suceder.

◆ ◆ ◆

Dulce salió de la escuela con una sensación de pesar en el alma, sentía que nada de lo que hiciera valía la pena, no podía borrar lo que era y lo que los demás pensaban de ella. Deseaba esperar a Maxi para saber qué le había dicho el director, pero prefirió no hacerlo, tenía miedo de que le dieran una sanción grave y él se enfadara con ella por haberlo orillado a defenderla.

¿Qué haría si Maxi se enfadara con ella?

Sabía que no podía depender de una persona para ser feliz, pero en ese momento, necesitaba amarrarse a algo para no caer en la tristeza una vez más.

Al final, acabó en aquel sitio donde Bastian la había llevado una vez, un pequeño y desvencijado muelle que había quedado casi abandonado tras la construcción de uno mejor en una zona más concurrida. Bastian le había mostrado su «sitio secreto para pensar» un día que ella se sentía bastante mal.

Cuando llegó allí, divisó un cuerpo sentado en la orilla. Primero pensó en regresar a su casa, no tenía ganas de compartir ese espacio con nadie, pero cuando notó que se trataba de Bastian,

caminó hasta allí y se sentó a su lado.

—¿Escondido del mundo? —preguntó.

—Algo así…

—¿Te molesta si te hago compañía? —inquirió y él solo negó.

Se quedaron allí en silencio, dejándose llevar por la calma del ambiente y la aparente profundidad de las aguas del mar que rompían bajo sus pies.

—¿Qué crees que pasaría si me tiro de aquí? —inquirió ella con curiosidad.

—Me obligarías a rescatarte y no estoy de humor para eso —respondió él. Dulce sonrió.

—La idea sería que no me rescates…

—Dulce… —dijo Bastian mirándola—, no digas tonterías, ¿sí?

Ella suspiró.

—No lo haría, lo sabes… si en realidad quisiera hacerlo lo hubiese hecho hace demasiado tiempo…

—¿Qué es lo que sucedió a la salida? —quiso saber él. Quizás enfocarse en el problema de otro le ayudaría a olvidar el suyo propio.

—Enrique estaba enfadado porque lo dejé fuera del trabajo y reprobará la materia, se acercó y comenzó a decirme cosas… ya sabes, nada que no sea cierto… me dijo que soy una puta y que él para vengarse, diría que yo le hice eso por despecho, porque él me dejó tirada…

—Idiota —murmuró Bastian.

—Maxi lo escuchó, al parecer, porque no sé ni de donde salió, cuando lo vi ya estaba encaramado a su cuello.

—Ese es un buen amigo —dijo él orgulloso.

—No tenía que hacerlo, Bastian, no valía la pena… Ahora lo castigarán por mi culpa… —susurró.

—No digas tonterías, si yo hubiese escuchado al estúpido de Enrique decir eso habría reaccionado igual. Dijiste que te gustaba estar con nosotros y Angie dijo que eras una de las nuestras, lo que hacemos es defendernos, estar el uno para el otro —comentó con dulzura—. Maxi hizo lo correcto y no vuelvas a decir que no valía la pena porque no es así —zanjó.

Dulce se sintió incómoda ante aquella declaración de amistad y se encogió de hombros.

—A veces siento que nada de lo que haga cambiará en esencia lo que soy y he sido siempre…

—¿Qué es lo que eres? No me vayas a decir que vas a creer lo que ese imbécil te dijo…

—Es la verdad, Bastian.

—No seas ridícula, Dulce, en serio —zanjó con poca paciencia—, no vas a dejar que te afecte lo que dice un bueno para nada como Enrique. ¿Estuviste con muchos chicos? ¡Bueno! ¿Y qué con eso? Da lo mismo con quién hayas estado o no, eso no te hace mejor ni peor que nadie. Si no te gusta ser así, entonces has algo al respecto y cambia, sé como te guste ser, como desees ser… y que te importe una mierda lo que los demás piensan o dicen…

—¿Puedo hacerte una pregunta y me la respondes con la mayor sinceridad posible? —inquirió.

—Sí.

—Si no estuvieras enamorado de otra persona, ¿podrías enamorarte de alguien como yo? ¿Me tomarías en serio?

—Fuiste mi novia, Dulce, por si no lo recuerdas… Y si lo nuestro terminó es justo porque te valoro demasiado como para lastimarte o usarte a sabiendas que mi corazón pertenece a alguien más. Si no pensara en que vales la pena ni siquiera me molestaría en hacerlo, ¿no? Pero yo no soy así, y deseo lo mejor para ti, y lo mejor para ti es que aprendas a valorarte y darte tu lugar… sé que el mundo ha sido un lugar frío para ti, pero no tiene por qué seguir siendo así…

—Gracias, Bastian… esa chica a la que amas es muy afortunada de tenerte —susurró con una sonrisa pensando en su mejor amiga.

—Hoy no estoy muy seguro de eso —alegó y perdió la vista en el horizonte—, creo que no es un buen momento para mí y no quiero arrastrar a nadie a mis turbulencias.

—Es mucho mejor cuando tienes a alguien con quien compartir el peso que te agobia, Bastian, y más si es una persona que te ama y desea lo mejor para ti… ¿Qué ha sucedido? ¿Quieres contarme? —preguntó.

—Angie y yo estábamos esperándoles afuera y apareció mi madre, no sé cómo supo dónde buscarme… —comentó—, apenas la vi salí de allí y vine aquí… ni siquiera esperé a que se acercara…

—¿Qué es lo que tanto temes? ¿Por qué no la quieres oír?

—Porque vendrá con su cara de víctima a decirme que está al borde de la muerte y desea mi perdón. ¿Cómo puedo negarle el perdón a alguien que está moribundo? No podría, no me da el corazón para ser tan duro… pero no la perdonaría en realidad, no puedo, duele mucho, siento mucha rabia… Mi vida entera podría haber sido distinta si ella no se hubiera ido.

—¿Distinta cómo? ¿Cómo podría haber sido tu vida? —quiso saber la muchacha.

—No lo sé, podría haber tenido una familia como la de Maxi y Angie, unos padres cariñosos que se preocuparan por mí, podría haber contado con ella para hablarle de mis cosas, la podría haber abrazado en las noches antes de dormir o me habría sentido seguro cuando estaba enfermo y era solo un niño… Podría haberle hecho regalos para el día de la madre y no haber tenido que dárselos a alguien más porque su asiento estaba vacío y dolía más en esas fechas…

Bastian dejó que la voz se le fuera apagando lentamente y Dulce percibió su dolor.

—¿Y no tienes ganas de decirle todo eso? ¿No te haría bien?

—Sí, quizás… o no lo sé… cuando la veo no puedo decir una sola palabra, es como si todo el dolor que sentí a lo largo de mi vida me hiciera un nudo en la garganta que no me deja hablar… ¿Por qué tenía que aparecer ahora?

—No lo sé… Si mi mamá volviera y quisiera hablar conmigo la escucharía, me gustaría preguntarle muchas cosas, por qué no me protegió, por qué no me creyó… si alguna vez pensó en mí, si me extrañó —dijo la muchacha con tristeza.

—¿Pero la perdonarías?

—No lo sé…

—¿Y si se estuviera muriendo? —inquirió él.

Dulce se encogió de hombros.

—Angie dice que más adelante podría arrepentirme si no la escucho ahora y ya sería tarde…

—Es posible… —admitió Dulce sin ahondar. Ella sabía que podía decirle que sabía de quién estaba enamorado y que se alegraba porque era correspondido, pero no quiso hacerlo, no era el momento.

—Pero no deseo hablar con ella, no estoy listo… Quisiera que me dejara de molestar… quisiera quedarme aquí hasta que se fuera…

—No hables entonces, Bastian, pero sea cual sea la decisión que tomes, tienes que actuar en consecuencia. Si no quieres oírla, déjaselo en claro y luego cierra el libro… no puedes vivir atado a esa historia si quieres avanzar… y te lo digo por experiencia.

—Gracias, Dulce, me ha hecho mucho bien conversar contigo…

—Y a mí…

—Me agrada que podamos ser amigos, ¿sabes? Ojalá todo siga así —dijo pensando en que quizás ella podría enfadarse cuando supiera que él estaba con Angie.

—Lo sé… espero que sí.

—¿Sabes? Yo nunca quise hacerte daño… no quiero que creas que no me importas o que no he pensado en que mis decisiones podrían dañarte… pero esa nunca fue mi intención, por si sirve de algo que lo diga —añadió.

—Lo sé, y no te preocupes, todo está y estará bien entre nosotros —respondió ella a sabiendas que el miedo de Bastian era que se enterara de su verdad.

Se quedaron allí mucho tiempo más, dejando las horas pasar y el dolor menguar, conversaron un poco sobre el clima, sobre el futuro, sobre las aves o sobre cualquier cosa que se les venía a la mente y así recuperaron el ánimo y las ganas de volver a sus vidas.

Y esa tarde, Bastian pensó que Dulce se merecía una persona que la amara por quien era y lo mucho que valía.

Y esa tarde, Dulce creyó que Bastian y Angie eran la mejor pareja que podía existir en la tierra y se sintió muy bien por ellos.

CHARLA

Cuando Bastian llegó a su casa e ingresó a su habitación se encontró con Angie sentada en su cama con el rostro cargado de enfado.
—¿Dónde demonios estabas? —inquirió.

—¿Eh?

—Desde que salimos del colegio han pasado cuatro horas. Te fuiste sin decir nada y no estabas por ningún lado, estaba desesperada, ya no sabía qué hacer o dónde buscarte…

—Lo siento, yo… necesitaba estar solo, pensar un rato.

—Ah, ¿sí? ¿Ahora necesitas estar solo? Porque ¿sabes qué? Eso es lo que haré, te dejaré solo…

—Angie, por favor…

—No, nada de por favor, me asusté, no sabía a dónde te habías ido, no vi llegar a tu madre y cuando levanté la vista no estabas tú y estaba ella. ¿Qué se supone que debía pensar? Temía que fueras a hacer una locura, Bastian.

—Angie… —dijo él acercándose a ella. La verdad era que no había pensado en lo mal que se pondría al no hallarlo.

—No, ahora yo soy la que necesita estar sola —dijo y se levantó.

Él la quiso tomar de la mano, pero ella se zafó y salió de la habitación, no sin antes cerrar la puerta fuerte tras de sí.

Bajó velozmente las escaleras para evitar que la siguiera, pero él no lo hizo, no se sentía con ánimos de hacerlo, solo se dejó caer en la cama y en cuestión de minutos se quedó dormido.

Angie corrió hasta su casa y se metió en su habitación, donde encontró a Dulce sentada en la cama con los ojos llorosos.

—¿Sabes algo de Maxi? —inquirió—. Lo busqué en su habitación, pero no está.

—Sí, volvió hace un par de horas y dijo que el director quiere ver a mis padres mañana. Le explicamos a ambos lo sucedido y dijeron que irán mañana a solucionar el problema. ¿Qué te sucede?

—Pensé que estaría enojado…

—No lo conoces, Maxi no se enoja nunca —comentó Angie y se sentó a su lado—. Además, mis padres dijeron que lo que había hecho estaba bien, así que lo apoyarán mañana.

—No quiero que tenga problemas por mi culpa… ya no queda nada para que el año acabe.

—No pasará nada, él ha ido a entrenar ahora… está tranquilo y tú también deberías de estarlo. Lo que Maxi hizo es lo que cualquiera que escuchara aquello debería haber hecho…

—Gracias, Angie —respondió la muchacha.

Quedaron un buen rato en silencio y luego Dulce comentó.

—Me encontré con Bastian un poco antes, me dijo que hoy su madre fue a buscarlo al colegio… dijo que estaba contigo cuando sucedió —comentó.

—Sí, y se mandó a mudar dejándome sola con la mujer… ¿Dónde lo encontraste? Lo estaba buscando…

—¿Qué te dijo la señora? —quiso saber Dulce.

—Me pidió que le ayudara para que él la escuchara… No creo poder hacer eso… —añadió.

—Lo encontré en un sitio al que él me había llevado cuando éramos novios —dijo y Angie sintió que se le revolvían las entrañas—, un sitio que él dice que lo ayuda a pensar y a calmarse cuando se siente mal…

—Ya… —murmuró Angie sin saber qué decir, no quería que pareciera que le importaba demasiado.

—Yo había ido porque me sentía mal también y pensé que ese lugar sería indicado para pasar el tiempo a solas, estuvimos allí conversando un poco…

—Ya…

—Es una gran persona… —dijo Dulce con una sonrisa.

Lo que ella pretendía era que Angie le dijera algo que pudiera usar para hacerle comprender que ya sabía lo de ellos, quería dale a Angie la tranquilidad de que ella estaba bien con eso y que no tenían por qué seguir ocultándose; pero Angie lo tomó por otro lado, pensó que era probable que Dulce siguiera sintiendo algo por él, después de todo, desde que habían terminado, nunca habían vuelto a tocar el tema. Quiso preguntarle, pero temió a la respuesta y decidió callar, no sabía qué haría si su amiga le decía que aún estaba enamorada de él, así que cambió de tema.

—Te contaré un secreto —dijo Angie y Dulce creyó que al fin se lo diría.

—Dime…

—Prométeme que no dirás nada —añadió.

—Lo prometo…

—Creo que Maxi está enamorado de Luis —susurró.

—¿Qué? —inquirió Dulce algo contrariada porque no era ese el secreto que esperaba.

—Sí… mira, has visto que han pasado mucho tiempo juntos últimamente, luego de ese viaje de pesca y ese trabajo práctico… El otro día Maxi vino a decirme que estaba confundido, que creía estar enamorado de alguien, pero que no sabía si era un buen momento para decirle a ese alguien lo que sentía.

—Ahh, pero ¿cómo sabes que se trata de él? —dijo Dulce fingiendo que aquello era una novedad y segura de que su plan había dado resultado.

—No me lo dijo, pero dijo que se trataba de una persona que estaba atravesando un proceso y que aún no se encontraba lista para una relación, o eso era lo que él pensaba… Dijo que tenían una amistad muy linda y no quería que las cosas cambiaran si decía la verdad, pero dijo que lo que él sentía era algo muy bello y profundo que nunca había sentido…

—Qué ternura —dijo Dulce suspirando. Por un momento se imaginó a Maxi diciendo todo aquello y su corazón latió con fuerza.

—Sí, la verdad es que lo vi realmente preocupado y enamorado —añadió.

Dulce creyó que Maxi debía de ser muy buen actor para que su hermana melliza no se diera cuenta de la mentira.

—¿Qué crees que hará? —inquirió Dulce.

—No lo sé, no creo que pueda callar esto demasiado tiempo, lo conozco… pero no estoy segura de que se anime a decir algo si es que la intensidad de sus sentimientos es tan grande que teme a perderlo de verdad…

—¿Cómo se lo tomarían tus padres? —quiso saber Dulce más que nada por curiosidad.

—Mis padres nos apoyan siempre, no creo que dijeran nada si él es feliz.

—Qué bonito…

—Hace mucho que no hablábamos, ¿eh? —inquirió Angie mirándola—. ¿Qué hay de nuevo por tu vida? —preguntó porque en realidad deseaba saber si aún sentía algo por Bastian, pero no quería ser directa.

—No sabría qué decirte, hoy no es un buen día para hablar de mí, me he sentido muy mal por lo sucedido —añadió—, he estado intentando cambiar algunas cosas, ser una mejor versión de mí misma, pensar en quién soy y quién quiero ser, pero hoy luego de lo de Enrique, parece que todo eso cayó por tierra y el avance que había venido logrando, no parece ser tanto.

Angie la abrazó.

—Solo falta que tú veas lo fantástica que eres, Dulce.

—Sí, lo dices tú, lo dice Bastian, lo dice Maxi… pero ustedes lo dicen porque son mis amigos…

—No, somos tus amigos porque eres fantástica —respondió Angie que no dejó pasar el comentario de la mención de Bastian—. Es normal que te sientas mal por lo que pasó, pero no dejes que ese mal rato haga caer el trabajo que estás llevando a modo personal.

—Gracias, Angie…

—Siento haber estado tan ocupada en otras cosas y haberte dejado de lado en este tiempo…

—No te preocupes, sé que estás ocupada y que a ti también te suceden cosas… —añadió sin ahondar—, sé que no ha sido fácil este año y que has vivido muchas situaciones intensas… No he estado sola —dijo y pensó en Maxi.

—¿No? ¿Hay alguien? —preguntó entonces Angie.

—Sí… un amigo —respondió.

—¿Amigo? —inquirió. Dulce asintió—. Cuéntame.

Dulce necesitaba hablar con alguien de Maxi y, aunque no sabía si Angie era la indicada, no tenía a nadie más.

—Es un chico que ha estado muy cerca últimamente, es solo un buen amigo… alguien que se preocupa por mí. A su lado me siento bien porque puedo ser yo misma, puedo ser como quiero porque sé que él nunca me juzgará…

—Eso suena muy bien… —dijo Angie con una sonrisa—. ¿Es solo un amigo o puede ser algo más? —quiso saber.

—No quiero que sea nada más porque no quiero perderlo. ¿Tiene sentido?

—No —respondió la muchacha.

—Las relaciones no funcionan conmigo y lo sabes —explicó Dulce—, no sé manejar eso… Si llegara a suceder, no funcionaría, terminaríamos y ya no podríamos ser los amigos que somos.

—Bueno, pero ¿por qué crees que no funcionaría?

—Porque siempre lo echo a perder… Es decir, es el primer chico que me mira a los ojos y no a los pechos —explicó—, es el primer chico que se preocupa por mi corazón y no por mi cuerpo… Si tuviéramos una relación de pareja, eso cambiaría inmediatamente porque la piel jugaría sus partidos y nuestra relación cambiaría de estado, dejaría de ser lo que es y se volvería algo más físico. Y yo tengo miedo de eso… no quiero caer en lo mismo.

Angie meditó sus palabras y luego habló.

—Yo creo que estás mezclando todo… Independientemente de que sea con este chico o con cualquier otro, si tienes una relación de pareja, en algún punto la cuestión física va a importar, es parte de lo que hace a una pareja… no puedes tener un romance platónico eternamente y no puedes huir de eso por miedo… Lo que pasa es que lo que hacías antes era tener relaciones puramente físicas, pero por lo que entiendo, esta no ha empezado así, ¿no?

—No…

—¿Y a ti te gusta él? Digo… ¿a nivel más que amigos?

—Me parece guapo, sí, y me he encontrado más de una vez pensando en cómo sabrían sus besos o sus caricias… pero cuando lo hago me regaño a mí misma por pensar así, siento que soy yo, que no puedo dejar de pensar en eso y que no está bien…

—Pero no es que seas tú, cuando te gusta alguien a ese nivel eso es normal, ¿no? —quiso saber Angie—. No creo que sintieras eso si no te gustara y no pensaras en él como algo más que amigos. No piensas así de todos los chicos, ¿cierto?

—No, claro que no —respondió Dulce encogiéndose de hombros—. Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si me dejo llevar y destruimos lo que tenemos?

—¿Y si no te equivocas? ¿Y si este es el chico para ti?

—No lo sé, Angie… además ni siquiera creo que él me vea así a mí…

—¿No? ¿Por qué? No creo que haya un chico en el mundo que no te vea bonita —añadió.

—Pues… no lo sé, solo no creo… me cuesta creer que un chico como él se fije en alguien como yo.

—Otra vez —dijo Angie y puso los ojos en blanco—. Cualquier chico puede fijarse en ti, Dulce, ya deja de pensar así —zanjó.

Dulce sonrió y miró a Angie con ternura.

—¿Tú? Has estado muy cambiada en los últimos tiempos… ¿Hay algo que deba saber?

Angie sintió que el rubor se le subió a las mejillas, pero pensó bien qué era lo que iba a decir.

—Hay alguien, pero aún no estoy lista para decir quién es… —admitió.

Dulce sonrió.

—Lo importante es que seas feliz, Angie…

—Tú también debes serlo…

CALOR

Hacía dos días que Angie no atendía las llamadas de Bastian ni le respondía los mensajes, en el colegio decidió ignorarlo por completo, lo que no era muy difícil, ya que en realidad allí no solían compartir mucho tiempo juntos.

Esa tarde, Bastian decidió ir a buscarla, ya se estaba cansando de su desplante y quería preguntarle de qué se trataba todo eso. Sabía que Maxi había ido al gimnasio y que sus padres aún no regresaban de trabajar, por lo que Angie estaría sola en casa.

Llegó e ingresó sin hacer ruido, golpeó la puerta de su habitación, pero nadie contestó. Abrió pensando que estaría dormida, pero no había nadie en la cama, así que se sentó allí y esperó.

No tuvo que esperar mucho, Angie envuelta con una bata rosada y con la cabeza liada en una toalla del mismo color, ingresó a su habitación.

—¿Qué haces aquí? —inquirió al verlo.

—No me atiendes el teléfono y no me contestas los mensajes, vengo a ver qué sucede —respondió él y luego la miró de arriba abajo con descaro.

—No me mires así, estoy enfadada —zanjó la muchacha y se sacó la toalla que tenía liada a la cabeza dejando suelto su cabello húmedo.

—¿Qué he hecho? —inquirió él—. Sé que te has enfadado porque no me encontrabas y comprendo que estabas preocupada, lo siento, solo necesitaba un tiempo para pensar y estar solo, no creí que fueras a enojarte por eso.

—No me enojo por eso sino porque al menos me hubieras escrito a avisar. Además… —dijo y se volteó a verlo—, solo no estuviste, ¿no? Dulce me dijo que estuvo contigo.

—Sí, bueno, pero yo no la llevé, ella llegó sola —explicó él—, yo ya estaba allí. Tampoco podía echarla —añadió.

—No… ¿Por qué ella conoce tu lugar especial y yo no? —se quejó entonces con un gesto de niña triste que a Bastian le removió las entrañas y se acercó a ella.

—Porque una vez ella se sintió mal por algo y la llevé allí, es un lugar de mucha paz donde suelo ir a pensar… solo eso…

—¿No es tu sitio con ella?

—No, tontita, no tengo un sitio con ella ni con nadie, pero podría tener uno contigo —susurró—. Buscaré un sitio perfecto para que sea solo nuestro, ¿quieres?

Angie asintió.

—¿Sigues enojada? —preguntó.

—Un poco, no me gusta que me excluyas de tu vida, yo solo quiero estar allí para ti —susurró.

—Lo sé, discúlpame por eso —respondió él—. ¿Me dejas abrazarte?

—Sí —dijo ella y él la envolvió en sus brazos.

Quedaron en silencio por un rato hasta que Bastian la separó un poco para mirarla a los ojos.

—¿Qué traes abajo?

—¿Abajo? ¿De la bata?

—Ajá…

—Nada —respondió ella—, salía de bañarme… —añadió y se mordió el labio inferior.

—¿Me dejas verte? —preguntó.

—Ya me preguntaste eso cuando teníamos ocho y te dije que no —respondió ella con nerviosismo y pudor.

—Pero si aquí ya he visto —dijo él y llevó su mano derecha a uno de sus pechos, Angie lanzó un suspiro—. ¿Por qué no me dejas ver más?

—Espera a que llegue el momento —susurró apenas.

—Está bien —dijo él y la volteó para que la espalda de ella quedara por el pecho de él—. Me gustas mucho, Angie —susurró en su oído y la besó en el cuello.

Angie movió a un lado la cabeza y lo dejó bajar por su cuello aún húmedo.

—Qué sabrosa eres —susurró y su aliento por la piel expuesta hizo que se le erizara el alma.

Bastian siguió bajando la parte superior de la bata sin que Angie se resistiera, la misma estaba atada por un cinturón en la cintura, por lo que toda la tela quedó aglomerada allí. Bastian llevó sus manos a ambos pechos y los acarició mientras se pegaba a ella para que sintiera el efecto que causaba en él.

Angie se dio vuelta y quedó pegada a su cuerpo, envolvió sus brazos alrededor de su cuello y lo besó con pasión.

—¿Tus padres no vendrán enseguida? —inquirió y ella negó.

Bastian caminó hasta la cama y la recostó con cuidado, la bata se había abierto, pero aún no se veía nada más que un poco de sus muslos.

Él se acostó a su lado y siguió observándola y llenándola de besos. Angie se incorporó y levantó la remera del muchacho para poder acariciar su torso y juguetear con sus pezones. Bastian se estremeció al tacto y casi se volvió loco cuando ella bajó sus dedos con suavidad e hizo círculos alrededor de su ombligo.

Él se dejó caer hacia atrás y ella bajó un poco más, metió un dedo entre el cinturón de sus pantalones y su piel y Bastian sintió que iba a explotar.

—Yo también quiero verte —dijo la muchacha.

Bastian la miró a los ojos, estaban nublados por el placer que experimentaba y sonrió.

—¿De verdad quieres que te muestre mi piolín o te vas a acobardar cuando te lo muestre? —preguntó con la voz ronca al tiempo que sus manos volvían a acariciar uno de los pechos de la muchacha.

Angie se echó a reír.

—No, no soy tan miedosa ni tan tonta —respondió ella con un coraje que en realidad no tenía.

Lo cierto era que nunca había visto desnudo a un chico real y mucho menos había tocado a uno. Y no contaba Maxi de pequeño, los libros de anatomía ni los videos que circulaban por los grupos.

—¿Segura? —dijo él y sonrió con picardía—. Yo creo que sí te acobardas —añadió más que nada para molestarla.

—Pruébame —respondió ella con decisión.

Bastian bajó sus manos hasta su propio pantalón, desabrochó el cinturón y abrió la bragueta dejando a la vista la tela blanca de algodón de sus boxers tensa por lo que abajo bullía.

Angie observó aquello y acercó sus manos a la zona más íntima de su novio, con un dedo recorrió aquella tela siguiendo toda su longitud y sintió que el calor le derretía las entrañas. Bastian gimió y se contoneó en la cama.

Angie necesitó más, por lo que metió la mano bajo la tela y dejó que la piel de sus dedos sintiera el contacto directo con la piel, esta vez fue ella quien gimió.

—¿Es la primera vez que lo haces? —preguntó Bastian y ella asintió.

Él la dejó explorar, la observó separar la tela para mirarlo y acariciarlo con curiosidad y pasión. Se movió para liberarse un poco más del ajuste del pantalón y quedar más expuesto para ella. Angie sonrió y encerró sus dedos alrededor de su miembro. Bastian encerró su mano por encima de la de ella y la guio para que lo acariciara.

—¿Así te gusta? —preguntó ella.

—Sí… —respondió él y ella siguió haciéndolo.

Bastian sintió que no tardaría en explotar, la visión de ella casi desnuda masturbándolo lo había vuelto loco, por lo que instintivamente llevó una de sus manos a los muslos de ella y subió hacia el punto en donde sus piernas se unían.

Angie gimió y entreabrió las piernas para darle mejor acceso, él recorrió sus pliegues bañando sus dedos con su humedad y deseando con ansias poder saborearla.

El calor comenzó a quemar los últimos resquicios de sus pensamientos y pronto la mente de ambos se vio embebida de placer. Ya no podían parar, la velocidad de sus movimientos aumentaba al mismo ritmo mientras los dos gemían y buscaban sus labios con desesperación. Apenas pudo Bastian esperar a que ella llegara para poder él descargarse también. Angie se dejó caer sobre su pecho, exhausta, con el pelo todavía húmedo desparramado por todo el torso de su novio. Su mano aún se aferraba al miembro masculino y, bañada en su humedad, ella se sintió poderosa, se sintió mujer.

Bastian recogió sus cabellos y los ordenó un poco, luego la abrazó.

—Eres perfecta —susurró—. Nunca pensé que tendríamos esto… así… con esta intensidad…

—¿A qué te refieres? —quiso saber ella sin moverse de donde estaba.

—Angie, no te enojes, pero no pensé que fueras a ser así… pensé que serías… menos arriesgada…

—¿Más recatada quieres decir? —preguntó ella y jugueteó con su lengua en el pecho de su novio.

—Sí, puede ser…

—¿Y no te gusto así? —inquirió.

—¿Estás loca? ¡Me encantas así!

—Yo tenía mucho temor de esto, ¿sabes? De no saber qué hacer, de no hacerlo bien, de mi poca experiencia… pero a tu lado no siento ese temor, quiero experimentarlo todo… nunca pensé que sería de esta manera.

—¿Te gusta?

—Me encanta… ¿A ti?

—También —respondió.

Volvieron a hacer silencio por unos minutos hasta que Bastian habló.

—Admítelo, aunque sea por una vez, admítelo, aunque sea para mí… admite que conmigo pierdes el control y la cabeza y que por un segundo dejas de pensar y calcular…

Angie se echó a reír y mordisqueó el pezón que tenía a su alcance.

—¡Ay! —se quejó él.

—Lo admito, lo admito, admito que me vuelves loca de todas las formas posibles y que cuando estamos juntos pierdo el control y me dejo llevar… ¿Feliz?

—Felicísimo —respondió él y la besó en la frente.

—¿Y tú? ¿Qué vas a admitir?

—Que eres mejor que yo en todo y siempre lo serás —susurró.

Angie sonrió y se incorporó para besarlo.

—Los dos somos los mejores —murmuró.

El beso volvió a subir de intensidad, pero justo en ese momento ambos escucharon un ruido. Angie sabía que eran los pasos de Maxi.

—Escóndete bajo la cama. ¡Ahora! —exclamó.

Bastian se tiró al suelo y se metió como pudo mientras Angie se arreglaba la bata. Maxi abrió la puerta.

—¡Aprende a tocar! —gritó Angie con más efusión de la que querría.

—Perdón… es que necesitaba decirte algo —dijo Maxi e ingresó a la habitación.

—¿Qué? —inquiriió Angie nerviosa preguntándose si él podría deducir lo que allí acababa de suceder.

—Estuve pensando mucho sobre nuestra conversación del otro día y creo que le diré lo que siento… Corro el riesgo de que lo nuestro cambie, pero también de perderla y que otro se me adelante…

—Está bien… —dijo Angie que por los nervios de que su hermano descubriera a Bastian, pasó por alto que él habló de una chica.

—Deséame suerte —dijo el chico.

—¿Lo harás ahora? —preguntó ella.

—Sí, porque si lo pienso más no lo haré nunca —zanjó.

Angie solo asintió y él salió de la habitación cerrando la puerta. El sonido de los pasos se alejó y cuando ambos oyeron la puerta del frente cerrarse, Bastian salió de debajo de la cama.

—Habló de una chica, no de un chico.

—¿Qué? —inquirió ella.

—Dijo que podía perderla… —añadió.

—No presté atención… estaba aterrorizada…

Bastian sonrió y la abrazó.

—Digamos de una vez lo que sentimos, estoy cansado de esconderme —susurró.

—Lo haremos, pronto —prometió ella y lo besó—. Ahora vete porque mamá no tardará en llegar y no puedo pasar por esto dos veces en un solo día.

—Te amo —dijo Bastian y la besó antes de marcharse.

Angie se sentó en la cama y suspiró. Recordó lo vivido un poco antes y sonrió, su cuerpo había experimentado cosas que nunca había sentido y le agradaba, le gustaba la manera en que todo aquello se iba dando.

Dejó pasar un rato, se vistió y salió camino a hacer unas compras que su madre le había pedido, y cuando estaba de regreso, alguien la esperaba en la esquina.

—Angie…

—Señora Laura —dijo saludándola.

—¿Podrías escucharme un rato? —quiso saber.

Angie vio el dolor en los ojos de la mujer y no le dio el corazón para negarse, asintió y fueron hasta una cafetería que quedaba a unas cuadras, allí se sentaron y la mujer comenzó a hablar.

Y esa tarde, Angie creyó que tenía una buena idea.

DECLARACIÓN

Maxi llegó a la casa de Dulce y golpeó, su padre le atendió y le dijo que la llamaría, solo fueron un par de minutos, pero para él fue una eternidad. Dulce bajó y salió a recibirlo.
—¿Maxi? ¿Qué haces aquí, sucede algo? —inquirió.

—¿Puedes hablar? ¿Tienes tiempo? Debo decirte algo…

—Sí, claro… ¿Quieres pasar?

—Mejor si vamos a algún sitio. Te invito un helado, ¿quieres?

Dulce asintió y le pidió que le esperara unos minutos, ingresó a la casa, trajo su teléfono, un poco de dinero y se despidió de su padre.

Caminaron en silencio hasta llegar a una heladería muy bonita que quedaba en un barrio tranquilo muy cerca de la casa de Dulce. Ella deseaba saber qué era lo que iba a decirle Maxi, pero esperaba que él comenzara a hablarle.

—Dulce… no sé ni siquiera por dónde empezar y no quiero que tomes a mal lo que vengo a decirte. Lo he pensado muchísimo y sé que puede salir todo mal, pero tampoco puedo quedarme con los brazos cruzados sin hacer nada y ver que la felicidad se me escapa de entre los dedos…

—Me estás asustando —dijo ella mirándolo.

—No, no quiero asustarte ni hacerte sentir mal, no quiero que nada cambie entre nosotros, tú seguirás siendo mi mejor amiga… eso no tiene por qué cambiar… quiero que lo tengas claro.

—Creo que ya sé por dónde vas a ir —susurró ella con temor.

—No creo que lo sepas… —dijo él y ella negó.

—Sabía que iba a llegar este momento, solo esperaba que no fuera tan pronto…

—¿De qué hablas? —inquirió él.

—Estás enamorado, ¿no? —quiso saber.

Maxi se quedó helado y un par de minutos después asintió.

—Lo sabía… —susurró.

—¿Y eso te pone mal? —inquirió él, ella se encogió de hombros.

—No… sabía que en algún momento iba a suceder, es lógico… solo no quiero perderte y sé que digas lo que digas va a pasar, porque ninguna muchacha en su sano juicio querrá que sigamos siendo amigos cercanos conociendo mi historial —dijo con tristeza.

—No entiendo nada… —zanjó Maxi.

—¿Quién es? Solo espero que sea una buena chica, alguien que te valore y te respete…

Maxi comprendió entonces que Dulce no tenía idea de que hablaba de ella.

—¿Ese era tu miedo? ¿Que yo me enamorara de alguien más y perdamos lo que tenemos? —preguntó.

—Sí… entre otros, pero todos incluyen que se esto acabe —dijo y se señaló a ella y luego a él. Maxi sonrió.

—Es una chica hermosa, perfecta, aunque ella no se ve así. Cuando estoy con ella siento que el mundo es un lugar mejor… a veces pienso que somos el uno para el otro, es como si tuviera la certeza de que ella es la indicada… puede ser que sea muy pronto para eso, pero es lo que siento —dijo mirándola con ternura.

Dulce sintió una profunda tristeza invadir su alma.

—¿Cómo pasó? —preguntó.

—No lo sé, cuando la conocí, ella me dejó muy en claro que solo seríamos amigos y yo no buscaba nada más, pero pasó el tiempo y yo… no pude evitar enamorarme de ella. Lo debo admitir, tengo mucho miedo porque no quiero perderla como amiga, pero si no lo intento, también podría perder mi mejor oportunidad de amar a la chica de mis sueños…

Dulce lo observó, al principio pensó que hablaba de alguien más, pero de pronto algunas de sus palabras tomaron otro sentido.

—Sé que tienes miedo, Dulce, yo también lo tengo… no quiero perder lo que tenemos y no quiero hacerte daño, pero me gustas tanto que ya no logro aguantar las ganas que tengo de besarte cada vez que te miro. Y no quiero que pienses que te busco como te buscan los demás, a mí me importas tú, toda tú, tu alma, tu corazón, tu mente, y por supuesto, también tu cuerpo. Yo quiero besarte cada vez que te veo y poder abrazarte, atraerte a mí, quiero secar tus lágrimas cuando estés triste y reír contigo cuando estés alegre, no quiero que perdamos esto que tenemos, solo quiero que sea mucho mejor…

Dulce se quedó inmóvil. Lo miraba absorta y no terminaba de procesar lo que oía.

—¿Estás enamorado de mí? —inquirió.

—Sí, estoy enamorado de ti, Dulce. Me gustas toda tú… y no sé cuándo comenzó, no lo sé, pero sé que cada instante que pasamos juntos me ha traído hasta aquí. Y hablé con Angie, ella cree que yo me refería a Luis, pero le hablé de ti y de lo especial que eres para mí, y ella me dijo que no perdía nada con decírtelo, y aquí estoy, abriéndote mi corazón. No tienes que responderme nada, no tienes que hacer nada que no desees, solo quería que lo supieras, Dulce…

—P-pero…

—Yo sé que tú estás en un proceso personal y lo comprendo, de verdad, no quiero presionarte a nada, ni siquiera sé si yo te gusto como tú a mí. A lo mejor ni me has pensado de esa manera, a lo mejor me ves como un hermano… y si es así, lo comprenderé. Lo único que quiero asegurarte es que nada cambiará, seguiremos siendo los mismos, lo prometo, pero ya no podía callar este secreto a mi mejor amiga, a la mujer que más me conoce en este mundo.

Dulce no sabía qué decir, estaba confundida, aturdida. Por un lado, se sentía feliz de saber que

era ella la chica de la que Maxi se había enamorado, pero por otro, no se sentía segura de poder ser lo que él se merecía.

—Maxi… yo…

—No tienes que decir nada, en serio, solo necesitaba que lo supieras.

—¿Cómo pretendes que luego de esto todo siga igual? —inquirió ella.

—Yo no volveré a hablar del tema —dijo él—, tú no tienes que hacer nada.

—Yo te dije que no quería nada más que una amistad, te lo dejé bien en claro —suspiró ella y se llevó las manos a la cabeza—, ahora todo será distinto…

—No tiene por qué ser así, Dulce…

—Sí, lo será, yo lo sé.

—Dulce, por favor…

—No, Maxi… esto era lo único que no podía pasar entre nosotros.

Luego de aquello, Dulce se levantó y se fue, dejándolo solo y confundido.

Toda la emoción que Maxi había sentido y que lo había llevado a declarar su amor se había convertido en tristeza y rabia. No comprendía muy bien la reacción de la muchacha, pero sabía que debía darle su espacio y él también necesitaba el suyo propio.

Volvió a su casa, se dio un baño y se metió a la cama. Esa noche no pudo parar de regañarse a sí mismo por haberse dejado llevar por el ímpetu de sus emociones y no haber pensado mejor las cosas.

Esa noche, Maxi creyó que la había perdido.

FUTURO

Las cosas se habían complicado para Maxi y Dulce. Los exámenes finales habían iniciado y ellos no se hablaban. Dulce evitaba a Maxi a toda costa y había dejado de responderle los mensajes, pero sabía, como todos los demás, que el que había sido suspendido fue Enrique, y no Maxi, y eso la dejaba más tranquila.

Angie, por su parte y como era de esperarse, se mantenía la mayor parte del tiempo estudiando, incluso le había dejado bien en claro a Bastian que no podrían verse como pareja o salir hasta que acabaran los exámenes. Al inicio decidieron estudiar juntos, pero la temperatura subía, por lo que ella decidió que no era buena idea, pues su meta de ser la mejor alumna se vería afectada. Sin embargo, todavía tenía tiempo para trazar el plan que hacía unas semanas se le había ocurrido.

La idea era invitar a Bastian a salir y llevarlo a un lugar donde pudiera pasar un tiempo con su madre y escuchar lo que ella tenía para decirle. Angie sabía que aquello era arriesgado, pero luego de escuchar a Laura, creía firmemente que su idea podría ayudar a su novio a curar ese dolor que tenía tan latente. Las cartas ya estaban echadas y Bastian había aceptado acompañarla un sábado, antes del último final, que tenían el lunes, se suponía que irían a visitar a una tía que estaba de cumpleaños a un pueblo cercano.

En el plan que había trazado Angie y para el cual aún faltaban dos semanas, ellos irían hasta la casa de Laura y allí podrían hablar. Estarían lejos de su ciudad y él no podría huir, solo esperaba que las cosas salieran bien porque incluso debieron adelantar la conversación una semana ya que la salud de la mujer iba de mal en peor.

Además de todo eso, los chicos también estaban participando de charlas vocacionales, el año estaba a nada de terminar y ellos debían prepararse para el futuro.

—Creo que ya sé lo que me gustaría estudiar —dijo Angie ese día cuando los tres caminaban de regreso a la casa.

—¿Qué? —quiso saber Bastian.

—Algo que se relacione con el turismo, Hotelería y turismo podría ser… o quizás Administración de empresas, estuve analizando todas mis opciones y creo que es lo que se alinearía más a mi idea del futuro.

—¿Y cuál es tu idea del futuro? —inquirió Bastian guiñándole un ojo sin que Maxi lo viera. Eso no era muy difícil, pues hacía días que Maxi parecía un zombi.

—Siempre quise ser dueña de un hotel —dijo Angie sonriendo ante el gesto de su novio—, uno de cinco estrellas… Yo podría vivir en el último piso. ¿No te parece increíble vivir en un hotel? Nunca tendría que hacer nada, tendría la habitación siempre linda, limpia y ordenada con aroma

a lavanda.

—Eso solo se te ocurrió luego de ver *Jane the virgin* —dijo Maxi de pronto.

—¡No! ¡Eso no es cierto! —se quejó—. De verdad que un hotel de lujo se me hace lo más parecido a lo que es el orden y la perfección.

—Es buena idea —dijo Bastian—, te imagino dando órdenes de aquí allá —añadió y luego comenzó a remedarla—. ¡Lucinda, la cama de la habitación C3 tiene una arruga de medio centímetro!

Angie se acercó a darle un golpe en la espalda y Bastian se echó a reír al tiempo que comenzaban una pequeña batalla que ambos hubiesen adorado terminar con un beso si Maxi no hubiese estado presente.

O más bien ausente, porque no parecía darse por enterado de nada.

—¿Y tú? —inquirió Angie mirando a Bastian.

—¿Medicina? —añadió y se encogió de hombros.

—¡Wow! ¿Serás millonario? —inquirió Angie y le guiñó un ojo.

—Que sea médico no quiere decir que seré millonario, pero está en mis planes serlo —respondió él con orgullo.

—¿Qué especialidad? —quiso saber Angie.

—¿Ginecólogo? —inquirió con diversión levantando las cejas en un gesto cargado de picardía.

Angie frunció los labios, pero no dijo nada.

—Podrías dejarme practicar contigo —bromeó Bastian.

—Sí, claro, en tus sueños —respondió coqueta.

Todo aquello podría haber llevado a Maxi a concluir que allí sucedía algo raro si no hubiese estado absorto en sus pensamientos mientras pateaba cualquier cosa que hallara en el camino.

—¿Y tú? —inquirió Bastian mirándolo.

—Yo… no lo sé —respondió.

—¿No tienes ninguna pista? ¿Qué es lo que más te gusta?

«Dulce».

Pensó él.

—Hmmm, ni idea —respondió.

—¿Qué te sucede? —inquirió Angie—. Has estado raro todos estos días… puedes contar con nosotros —añadió para que se animara a hablar.

—Lo sé, pero no quiero hablar de ello —susurró.

Angie miró a Bastian y se encogió de hombros.

—Voy a ir a caminar un rato, necesito pensar —dijo Maxi y se alejó de ellos. Después de todo no creía que lo fueran a extrañar.

—¿Sabes algo? —inquirió Bastian.

—No… solo que anda triste como cuando cortó con Olivia… o quizá peor… ¿Crees que tiene que ver con Luis? —preguntó.

—No lo sé, ni siquiera termino de tragarme esa historia de Luis —negó.

Angie se encogió de hombros.

—Me gustaría que confiara en mí, pero no puedo decir nada puesto que yo tampoco le he dicho lo nuestro.

—¿Cuándo lo haremos? —quiso saber Bastian—. Dijiste que pronto…

—Cuando acaben los exámenes, lo tengo todo planeado… A la vuelta del cumpleaños de mi tía, luego del examen de Matemáticas de ese lunes, que es el último —comentó firme.

—¿Segura?

—Sí… ya habrán terminado los exámenes y tendremos paz —añadió—. Puede ser un viernes, armamos una reunión o algo así.

—Y hablando de viernes ¿Crees que este viernes podamos salir? —inquirió Bastian cambiando de tema.

—¿A dónde? Ya te dije que durante los exámenes no era conveniente…

—Sí, pero este lunes solo rendimos Artes, solo se presenta trabajos, no se estudia nada… y a como te conozco, ya los tienes todos hechos —acotó.

—Cierto…

—Tengo un bonito plan para nosotros —dijo abrazándola por la espalda y dándole un beso en el cuello.

—Eso suena peligroso —murmuró ella sintiendo que las piernas se le aflojaban.

—Tú decidirás qué tan peligroso quieres que sea —respondió—, pero inventa algo… así dormimos juntos esa noche…

—Hablaré con Dulce, pero anda distante… no sé qué le sucede —añadió Angie.

—Todos están raros últimamente —comentó Bastian pensando en Maxi—. Hoy la clase de la profesora López me hizo pensar un poco. ¿Ya terminaste tu trabajo de las creencias? —inquirió.

—No, aún no… ¿Qué te hizo pensar? —quiso saber ella al tiempo que llegaban al condominio e iban directo a casa de Bastian, allí siempre tenían privacidad.

—No lo sé, ella habló del futuro, de dónde nos vemos en diez años, de qué cosas nos hacen felices… y no sé bien cómo responder a esas preguntas. ¿Qué me hace feliz además de ti? —inquirió y Angie sonrió—. ¿Dónde me veo en diez años? —preguntó.

—Yo te veo guapo, convertido en un ejecutivo importante, o si quieres en un médico… te veo con tu uniforme —dijo Angie y entrecerró los ojos como si realmente lo pudiera ver—, te veo guapo, muy guapo —insistió—, siempre rodeado de mujeres, enfermeras que quieren que les hagas caso —agregó y puso cara de disgusto.

—¿Soy millonario en tu imagen mental? —inquirió él y ella rio.

—No, yo gano más que tú —dijo ella con seguridad—, por lo que en la casa mando yo —añadió.

—O sea que seguimos juntos, ¿no? —preguntó él.

—Sí, vivimos juntos…

—¿Estamos casados? —quiso saber Bastian.

—Creo que sí, no estoy segura de que pudiese vivir con alguien sin casarme, soy un poco a la antigua en eso —explicó—. Tú eres médico y yo tengo un hotel en pleno crecimiento, estoy por abrir una sucursal en otra ciudad y estoy ocupada todo el día —añadió.

—¿Tenemos hijos? —preguntó él con diversión.

—No, todavía no, estamos muy ocupados los dos… —respondió—, pero lo estamos planeando para cuando tengamos treinta.

—¿Y vivimos en el hotel? —inquirió.

—Sí, tenemos un piso completo, el último…

—Como Rafael en tu serie —respondió con diversión.

—Sí, algo así…

—¿Y qué hacemos cuando no estamos trabajando? —preguntó.

Angie sonrió y levantó una ceja con sugestión.

—¿Qué piensas que podríamos hacer?

—El amor, todo el día y de todas las formas.

Angie se sonrojó y negó.

—Bastian —añadió avergonzada.

—Ay, no te hagas —bromeó el chico—, te gustará, ya lo verás… Te encantaré cuando use la bata de médico…

—Me encantas ahora —respondió ella colgándose por su cuello para darle un beso.

—Me gusta saberlo —susurró él sobre sus labios y le respondió el beso.

◆ ◆ ◆

Maxi caminó sin rumbo por un buen rato, estaba agotado, estudiar cuando se está mal de ánimos no es sencillo, las cosas que podrían haberle llevado una o dos horas le llevaban tres o cuatro porque no podía concentrarse, no podía dejar de pensar en su conversación con Dulce y en la manera en que ella lo ignoraba desde entonces.

—Fui un estúpido —se dijo a sí mismo.

En realidad, él había creído que lo de ellos era posible, se había animado a tirarse a la piscina porque pensó que estaba llena, pero se había estrellado de bruces y se había roto todo, las ilusiones, el corazón, la amistad tan bonita que tenían.

¿Acaso ella no sentía nada por él? ¿Cómo podía ella ignorarle como si nada cuando que hacía solo unos días eran carne y uña? ¿No lo extrañaba ni siquiera un poco?

Tuvo ganas de mandarle un mensaje, pero sabía que sería en vano, no lo contestaría. Esperaba que al menos ella estuviera pudiendo estudiar más que él y no le fuera mal en los exámenes. El sueño de Dulce era estudiar fuera y para ello necesitaba buenos promedios.

Se sentía solo, Angie y Bastian estaban en su burbuja y, aunque sabía que lo notaban distinto y ambos se habían acercado a preguntarle con preocupación si podían hacer algo por él, no quería arruinarles su momento con su propia desgracia. Al menos a ellos, que tenían lo que él tanto anhelaba.

La clase de la profesora López también lo había dejado pensando. ¿Qué quería estudiar? ¿Qué le gustaba? ¿Cuál era su pasión? ¿A dónde se veía en diez años?

Ni siquiera sabía cómo se vería al día siguiente, hasta cuando tendría que vivir sumido en esa tristeza y acompañado de esa nube negra que se había instalado sobre su cabeza desde que Dulce lo había dejado solo. Dos veces en un mismo año estaba experimentando una sensación de abandono que le dejaba helados los huesos. ¿Podría hallar de nuevo a una persona con la que se sintiera tan a gusto como con Dulce? ¿Por qué crecer tenía que ser tan difícil?

Pensó y pensó, intentó encontrarse con el Maxi de veintiocho años, pero no lo halló. De pronto se imaginó con ella, en diez años, eran pareja, estaban juntos y se amaban.

—¡Patético! —se dijo a sí mismo meneando la cabeza como si pudiera sacarse esas ideas de allí.

Cansado y con el sol del medio día quemándole la piel, decidió que era hora de regresar a su casa, darse un baño e intentar dormir un poco. Pero entonces, cuando ya solo faltaban un par de cuadras, la vio.

Sus miradas se cruzaron y pudo leer el alma de Dulce. Estaba conflictuada y definitivamente lo estaba yendo a buscar y por algún motivo no se había animado a llegar.

—Maxi… —le dijo.

—Dulce…

—Estás enfadado, ¿no? —inquirió.

—Tú estás enfadada —susurró él—, lo siento…

—No… yo lo siento…

—Las cosas no tienen por qué cambiar entre nosotros —ofreció Maxi con unas ganas locas de abrazarla, pero conteniéndose. Al final, era mejor tenerla como amiga que no tenerla.

Duce sonrió.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —respondió él—. Olvida todo lo que te dije el otro día.

Dulce sonrió y asintió con timidez. Lo cierto era que no podía olvidarlo, que sus palabras le habían encendido algo en el centro de su pecho, algo que quemaba y le abría un hueco en el alma.

—¿Amigos? —inquirió él y le pasó la mano.

—Amigos —respondió ella y asintió. Después de todo eso era mejor que nada.

Y en ese momento, Dulce creyó que su mundo volvía a girar.

PRIMERA VEZ

Angie daba vueltas en su habitación con el teléfono al oído mientras se miraba al espejo y decidía qué ropa se pondría.
—¿Y dónde vas a ir? —preguntó Dulce.

—No lo sé, se supone que es un sitio especial —respondió la muchacha—. No creo que mamá te llame, ni mucho menos Maxi, pero por cualquier cosa, estoy contigo.

—Claro, lo que no entiendo es por qué no dices la verdad. ¿Tu madre no te dejaría? —inquirió con diversión.

Maxi estaba con ella y ambos oían la conversación por altavoz.

—Es complicado, Dulce, tendría que dar muchas explicaciones que no estoy lista para dar… Te agradezco mucho tu comprensión y tu apoyo, eres una gran amiga.

—No hay por qué —respondió Dulce y dibujó una sonrisa en su rostro—, pero cuídate, ¿sí? ¿Estás segura de que la persona con la que sales es de confianza?

Maxi y ella se atajaron la risa.

—Sí, segura…

—No me gustaría que te sucediera algo… Me sentiría culpable —añadió.

—No va a suceder nada, es de confianza, de verdad, créeme —respondió Angie.

—Hmmm. ¿Vas a ir a acostarte con él, Angie? —preguntó su amiga, Maxi apretó los ojos y frunció la nariz como si no quisiera escuchar esa respuesta.

—No sabría decirlo —respondió Angie y sintió que los pómulos se le ponían del color de los tomates—. ¿Consejos?

—Cuídate, ¿tienes preservativos? —preguntó Dulce.

—No, pero robaré alguno del cajón de Maxi —dijo Angie con una risita boba—, sé dónde los guarda.

Dulce miró a Maxi y se atajó la risa, él puso cara de sorpresa y murmuró algo que ella no comprendió.

—Bien, además de eso solo… déjate llevar —aconsejó Dulce divertida.

—¿Duele? —preguntó Angie—, Dime la verdad, por favor…

—Puede que sí —respondió la muchacha y se mordió el labio, de pronto aquella conversación frente a Maxi le resultaba incómoda—, pero solo será un rato…

Angie suspiró.

—No sé qué ponerme —respondió.

—El vestido con florcitas, ese de color lavanda que tienes allí. Usa lencería delicada —añadió—, algo tierno…

—Ese vestido es muy corto, creo que se me ven los muslos muy gruesos —se quejó.

—Te queda hermoso —dijo Dulce con una sonrisa como si quisiera infundirle ánimos a su amiga —, y si estás planeando tener sexo, no sé qué tanto importa cómo se te vean los muslos —añadió.

—Tonta —respondió Angie riendo.

—Angie… —llamó Dulce.

—Dime…

—No lo planees, solo siéntelo —añadió—. Yo sé que tu cabeza es una especie de robot del control, pero estas cosas… hay que sentirlas, dejarse llevar…

—Lo tendré en cuenta —dijo Angie y pensó que con Bastian no tenía ese problema—. ¿Tú? ¿Qué harás? —quiso saber la muchacha.

—Definitivamente no lo mismo que tú —bromeó—, pero creo que estaré viendo alguna película o algo así. Papá está de viaje así que tengo la casa sola para mí.

—Muy bien —respondió Angie—. ¿Y qué hay del chico que me hablaste? —inquirió—. ¿Por qué no lo invitas a ver esa película contigo?

—Eh… no, no… —Dulce se sintió nerviosa ante aquella mención por lo que de inmediato sacó el altavoz. Maxi la miró y suspiró, aquello estaba más que claro, Dulce tenía alguien… un chico que le interesaba.

—¿Por qué no? —quiso saber Angie.

—Ya te lo expliqué —respondió Dulce casi en un susurro—, es complicado…

—Yo creo que tú lo haces complicado —dijo Angie y luego agregó—, voy a colgar, tengo que terminar de prepararme.

Dulce agradeció aquello.

—Bien… mañana me cuentas —añadió.

Maxi la observó cuando colgó la llamada, Dulce se sentía nerviosa y no sabía bien qué decir, por lo que habló de lo primero que se le ocurrió.

—Lo van a hacer, Bastian y Angie lo van a hacer…

—Así parece —respondió Maxi decidiendo que no hablaría de lo otro, al menos no en ese momento.

—¿Te molesta? —preguntó Dulce.

—No, ¿por qué me molestaría? —inquirió—. Ya asumí que son pareja, se llevan bien, los veo mirarse a escondidas y hasta a veces les envidio —añadió y luego suspiró—, son cómplices, amigos, amantes… ¿quién no querría algo así?

Dulce asintió.

—Además sé que él es un buen chico… es mi mejor amigo —comentó.

—Será la primera vez de ambos —mencionó Dulce y Maxi abrió los ojos.

—No, no creo que Bastian… y Angie dijo que estuvo con Lucas.

—Angie mintió solo para molestarlos a ustedes —zanjó la muchacha—. Y con respecto a Bastian, él me lo dijo —comentó Dulce ya más tranquila porque el otro tema, el de ella y un chico misterioso, parecía haber quedado en el olvido.

—Yo pensé que… Bueno, él nunca me contó directamente nada, pero asumí que había estado con alguna de las chicas con las que salió… Nunca lo desmintió tampoco, cuando yo dije o hice alguna broma.

—A mí me dijo que nunca llegó a eso… que simplemente quería que su primera vez fuera especial. ¿Puedes creerlo? Nunca pensé que un chico pensara así, creí que solo las chicas lo veían de ese modo —comentó.

—¿Por qué? Claro que pensamos así, Dulce… O bueno, algunos lo hacemos —se encogió de hombros.

—¿Tú lo hiciste con tu ex? —quiso saber ella.

—Sí… bueno, no fueron tantas veces, pero sí, sucedió… Yo estaba enamorado de ella, o al menos eso creía —comentó.

—¿Fue la primera? —preguntó.

—Sí… ¿Tú? ¿Quién fue el primero?

—Ya sabes… no cuenta si te han abusado —respondió con una tristeza y una simpleza que rompió el alma de Maxi.

—¿Cómo de que no? —inquirió él y la miró a los ojos. Los mismos tenían muchas lágrimas contenidas—. Yo no me refiero a esa escoria humana, ellos no cuentan para nada… me refiero a la primera vez que lo hiciste por amor, con alguien a quien de verdad querías entregarte y con quien deseabas compartir esa intimidad.

Dulce levantó la vista y lo miró con perplejidad.

—Nunca lo vi así —admitió.

—¿Cómo?

—Simplemente asumí que ya estaba manchada… que ya mi virginidad no valía nada y que no podía guardar esa ilusión de la primera vez y todas esas mariposas que Angie está viviendo ahora, ya no tenía ese derecho —comentó.

—¿Pero por qué asumiste eso? —quiso saber Maxi—. Además, Dulce, ¿qué es la virginidad? ¿Una telita que se rompe o no?

Dulce se encogió de hombros.

—No estamos en el siglo pasado, no vales más o menos que alguien por ser o no virgen, pero la virginidad no es un hecho físico de algo que dejó de existir, es un estado mental, Dulce. Hacer cualquier cosa por primera vez es siempre una experiencia, el primer día de clases de un niño, la

primera vez que te subes a un avión, o cuando ves el mar por primera vez… solo son hitos, momentos especiales que marcan que hay algo nuevo en tu vida. Veo la virginidad como eso, como un momento en el que haces algo por primera vez —mencionó y se detuvo a pensar un poco antes de continuar—, algo nuevo, algo que aportará nuevas experiencias a tu vida… y por eso quieres compartirlo con alguien que sea importante para ti, alguien que lo valore o al menos de quien guardes un buen recuerdo…

Dulce se quedó pensativa.

—Es la primera vez que lo veo así… lástima que ya sea tarde —admitió.

—¿Por qué? ¿Por qué sería tarde? Si es la primera vez que lo ves así y crees que tengo razón, la próxima vez que lo hagas y le des ese significado, será la primera vez para ti —sonrió.

—No lo creo —rio ella con ironía—, pero me agrada escucharte…

Maxi sonrió. Los dos estaban en la habitación de Dulce, ella sentada en la cama y él en el piso con la espalda recostada por la misma.

Dulce lo observó, Maxi estaba pensando y ella no sabía en qué, pero lo que sí sabía era que deseaba acariciar sus cabellos. Y lo hizo, acercó sus manos a su cabeza y enrolló un dedo en algunos rizos desordenados que halló por allí.

Maxi cerró los ojos, al mínimo contacto su piel se estremeció. Dulce sonrió.

—Quisiera que fueras tú —dijo ella y él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué fuera yo qué? —quiso saber él.

—La próxima vez que lo haga —murmuró avergonzada y dejó de tocar a Maxi—, es solo un pensamiento —añadió—, se me vino esa idea a la mente luego de escucharte…

Maxi se incorporó y se subió a su lado en la cama.

—Me encantaría ser yo —susurró muy cerca de ella—, pero no porque anheles lo que yo acabo de describir, sino porque me anheles a mí… —añadió.

—¿Y cómo sabes que no lo hago? —quiso saber Dulce.

—Porque cuando te dije lo que sentía te alteraste y dejaste de hablarme por semanas…

—Por miedo, por no querer perderte ni perder lo que teníamos…

—¿Quieres decir que tú también sientes algo? —preguntó Maxi al tiempo que su corazón comenzaba a vibrar en su pecho.

—Sí, pero no sé qué es… no quiero confundirme, no sé si eres tú o es solo la emoción de sentirme por primera vez al lado de alguien como tú… y eres tan importante y bueno que no quiero equivocarme, no puedo hacerlo, no puedo dañarte…

Maxi sonrió.

—Tomaría el riesgo por ti —susurró—, pero no quiero que hagas nada hasta que estés segura de lo que sientes y piensas… y no creo que lo estés aún —añadió y acarició con el dorso de sus manos la mejilla de la muchacha—. Y no, no es por mí, es por ti… te mereces ser amada y amar, Dulce, te mereces ser feliz…

Dulce suspiró.

—Dices esas cosas como si nada y pretendes que no me arroje a tus brazos —negó.

Maxi la envolvió en los suyos y la besó en la frente. Aspiró su aroma y se llenó de ella.

—No hay apuro, Dulce, no hay ningún apuro, tenemos toda la vida por delante… y yo no voy a ir a ningún lado…

—¿Me prometes que no te vas a ir?

—No iré a ningún lado sin ti —dijo él mirándola a los ojos.

Ella sonrió y se recostó por él, Maxi se dejó caer en la cama y la envolvió en sus brazos, ella los cubrió con una manta y escondió su cabeza en su pecho. Se sumergió en su aroma y en el calor de su piel.

—¿Vamos a ver una película? —quiso saber Maxi.

—Más tarde, ahora solo quiero quedarme aquí, así… —susurró ella.

—Está bien —respondió él y le dio otro beso en la frente.

—Me siento vulnerable contigo —admitió Dulce.

—Puedes sentirte como quieras conmigo —respondió él.

El silencio reinó por unos momentos hasta que Maxi preguntó.

—¿Quién era el chico que mencionó Angie?

—Sabes que eres tú, Maxi. ¿Quién más? —respondió ella y él sonrió. Una sensación de paz le llenó por dentro.

Y esa noche, Dulce creyó que nunca había estado enamorada antes y que esa era su primera vez.

MIEDOS

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Bastian llevó a Angie hasta el viejo mirador. Era un sitio abierto que alguna vez fue una atracción turística de la ciudad vecina. Quedaba a varios kilómetros de la casa de ellos por lo que prestó el auto de su padre para el fin de semana.

—Me costó un poco arreglar esto —explicó Bastian al tiempo que llegaban—, pero logré hacer algunos arreglos y, aunque no haya quedado perfecto como me imaginé, todavía creo que ha quedado bien.

Angie iba de la mano de Bastian por el antiguo sendero que atravesaba el viejo parque. Las sillas de cemento de lo que alguna vez fue el jardín principal del parque se veían ajadas, algunas partes estaban rotas u oscuras por la humedad.

—Me encantaba este sitio —dijo ella—, solíamos venir aquí cuando éramos chicos. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —respondió él.

—Pero ¿no es peligroso? Está abandonado hace mucho tiempo y sigue siendo propiedad privada.

—Soy amigo del hijo del cuidador —comentó Bastian—, no te preocupes, lo hemos preparado todo y será seguro y tranquilo.

—¿Y a dónde vamos?

—Allá —respondió Bastian y señaló con el dedo hacia la zona más alta del lugar.

El parque Felicidad era un antiguo parque ecológico donde unos diez años atrás la gente iba a pasar los fines de semana, allí antes había un aviario con aves típicas de la zona que eran rescatadas de la exportación ilegal o de accidentes en los cuales habían salido heridas y se las preparaba para volver a integrarlas a su hábitat. Además, había un cerro donde descansaba una antigua cabaña que había pertenecido a alguien de la zona y en cuyo techo había una terraza que, debido a la altura, hacía de mirador, pues la vista a los pies de ese sitio era imponente.

Llegar al cerro no era difícil, había un viejo camino por el cual la gente solía subir, pero hacía mucho que el sitio no estaba abierto al público.

Al llegar al pie del lugar, una moto los esperaba.

—¿De quién es? ¿De tu amigo? —preguntó Angie.

—Sí, pensé que no sería buena idea que subiéramos caminando —dijo él—, pero no te preocupes, el lugar está limpio y la cabaña bien cuidada.

—¿Vive alguien allí? —quiso saber la chica.

—No, pero Juan es encargado de mantenerla bien. Los hijos del dueño quieren vender la propiedad, así que está lista para el nuevo o la nueva dueña.

Angie lo vio montarse en la moto y luego le pasó la mano. Ella lo hizo y se abrazó a su cintura.

—¿Tienes miedo? —quiso saber Bastian.

—No puedo tener miedo si estoy contigo —respondió.

—Subir en moto es más sencillo que caminar —explicó—, es lo que me dijo Juan y por eso me prestó su moto.

Dicho aquello arrancó.

Unos minutos después estaban arriba.

Angie sonrió. La cabaña se veía igual que hacía diez años atrás, era pequeña y de madera, antes no se podía ingresar a la casa, pero si a la terraza, por una escalera de caracol que había hacia atrás y que era de metal.

Bastian le pasó la mano y ella la tomó, caminaron hasta la cabaña y Angie pudo ver que la terraza estaba iluminada. Subieron directo allí y observaron el lugar.

El sitio estaba limpio, una enorme manta circular se encontraba tendida en el suelo y dos almohadones grandes de distintos colores a uno de los lados de la manta. Había también una canasta tipo picnic con sándwiches, algunos snacks, dos botellas de refresco y jugo de frutas.

—Vaya… te has esmerado —dijo Angie dando algunos pasos por la terraza.

—Juan me dijo que él cuida personalmente esta cabaña, le agrada venir aquí a pensar y mirar el paisaje.

—Es hermoso el paisaje —aseguró Angie de pie en uno de los extremos con los brazos sobre los barrotes observando hacia abajo—. Quisiera volar… quisiera ser un ave y poder volar…

Bastian sonrió. Se acercó a ella y la abrazó por la espalda para besarla en el cuello.

—Querías un sitio para nosotros y no se me ocurrió un mejor lugar que aquí. Arriba, cerca del cielo, el sitio en el que me siento desde que estás conmigo.

Angie se volteó y lo abrazó, le plantó un beso en los labios y luego se alejó.

—Gracias, me encanta este sitio.

—Lastimosamente no podremos venir aquí cada vez que queramos —explicó Bastian—, si el parque se vende ya no podremos ingresar… ahora lo hago solo gracias a Juan.

—Nunca nos dijiste nada de ese tal Juan —comentó Angie y caminó para sentarse sobre la manta y recostarse por uno de los almohadones. El cielo se pintaba de anaranjado y llenaba de magia el lugar mientras el sol se iba escondiendo.

—Papá me trajo aquí una vez, yo estaba emocionado porque él nunca me llevaba a ningún lado —comentó al tiempo que se sentaba junto a Angie—, pensé que tendríamos una excursión… pero se encontró aquí con una mujer y al parecer tenían temas importantes que tratar. Me dijo que fuera a pasear y que lo encontrara por la tarde en la zona donde antes habían puestos de comida —explicó y señaló con el dedo, Angie asintió—, y me quedé solo…

—Oh…

—Y Juan jugaba en el parque… yo era un poco más pequeño que él, pero ese día él me dijo que podía quedarme con él y me mostró todo el parque.

—Eso es muy lindo —comentó Angie.

—Nos hicimos amigos… de esos que no están todos los días o no saben mucho de ti, pero que sabes que cuando necesites allí estarán. Yo he estado para él cuando surgió algo y ahora él ha preparado esto para nosotros —explicó.

—Me agrada Juan —sonrió Angie.

Se tomaron de las manos y perdieron la vista en el atardecer.

—¿Sabes? Creía que te conocía… al final hay muchas cosas que no sé de ti…

—¿Cosas? ¿Cómo qué?

—Lo de tu mamá, lo de Juan, lo de que no has estado con nadie… Creo que dimos por hecho que te conocíamos bien…

—En lo que es importante me conoces bien —dijo él con ternura.

—Creo que no hay que dar por hecho las cosas —afirmó ella—, usaré eso en mi tarea de las creencias —añadió con diversión como si lo que acababa de decir fuera una revelación.

—Angie… —susurró él y se acercó a ella, mandó un mechón de cabello tras su oreja y le plantó con ternura un beso en la mejilla—, estás muy bonita hoy…

—Gracias… —respondió ella con timidez—, tú estás guapo también.

El silencio se hizo entre ellos mientras el cielo se oscurecía y comenzaba a cubrirse de estrellas. Angie se recostó sobre el brazo de Bastian y dejó que este lo abrazara.

—Quiero quedarme así por siempre —susurró él y ella sonrió acurrucándose más en sus brazos.

—Si alguien me hubiera dicho a principios del año que hoy estaría así contigo…

—Le hubieras escupido en la cara —bromeó.

—Puede ser, o quizá no —susurró ella pensativa—. Me siento distinta… creo que estoy cambiando…

—Supongo que eso es parte de crecer, ¿no?

—Puede ser…

—Mientras no me cambies a mí —dijo él con diversión.

—No seas tonto…

—A vece tengo miedo —admitió él.

—¿De qué? —quiso saber ella levantando la vista para mirarlo.

—No lo sé, del futuro, quizá… De perderte…

—No me perderás, Bastian, yo creo que estamos destinados a estar juntos, lo estamos desde chicos…

—Antes nos odiábamos —susurró él.

—Bueno, pero ahora nos amamos… y sabes bien que nunca nos llegamos a odiarnos en realidad… creo que eso fue más bien la manera que encontramos para esconder lo que realmente sentíamos… los dos teníamos miedo…

—El otro día hablé con mi padre —confesó—. Lo encontré contactando con un médico famoso que él cree podría ayudarle a mi madre a, no sé, vivir un poco más o mejorar su calidad de vida…

—Eso es muy bonito de su parte…

—Yo no lo vi así, me enfadé mucho y le pregunté por qué ayudaba a la persona que nos abandonó, a la mujer que lo engañó, a la causante de su desdicha —comentó con la voz cargada de tristeza—, y me dijo que no lo hace por ella, sino por él… Me dijo que lo hace por el amor que alguna vez sintió por ella.

—Oh… —susurró ella mientras hacía caricias sobre su abdomen con ternura.

—Me contó su historia, yo nunca la supe, nunca la quise saber… porque no es real…

—¿Cómo que no es real? Se casaron y te tuvieron a ti —dijo Angie.

—Sí, pero no duraron, no como tus padres… Ellos sí se amaban por eso pudieron pasar por todas las dificultades que tuvieron e incluso volvieron luego de separarse… Pero mi madre y mi padre no solamente se separaron, sino que ella nos abandonó. ¿Qué clase de amor es ese?

—Lo sé… pero no puedes juzgar todo desde allí, y de todas formas, el hecho de que se hayan separado no significa que no haya sido real…

—Mi padre me dijo que eran amigos desde la infancia… se conocían de la escuela. Comenzaron a ser novios como a nuestra edad… y se casaron cuando acabaron la universidad —explicó.

—Es mucho tiempo…

—Y no fue suficiente —añadió él.

—Bastian… No seas tan intransigente…

—¿Y me lo dices tú? ¿La mujer más cuadrada que conozco? —inquirió y ella le dio un pequeño golpe en el estómago.

—Te dije que estoy cambiando…

—Tengo miedo, Angie —volvió a decir él—. Con todo lo que nos dijeron sobre el futuro, la felicidad y eso de cómo nos vemos en diez años… ¿Y si no lo logramos?

Angie volvió a levantar la mirada.

—El amor no parece ser garantía —añadió él—. No quiero, no quiero perder esto que tenemos…

—Yo creo que el secreto está en que aprendamos a comunicarnos… No lo sé, yo miro en mis padres y lo que veo es que ellos se respetan mucho, comparten una visión similar del futuro… Es como que estuvieran juntos en el mismo barco…

—Pero nos faltan muchas cosas por vivir…

Angie sintió el temor en la voz de Bastian y se incorporó para besarlo.

—Ojalá pudiera controlar el futuro y prometerte que en diez años estaremos juntos, te juro que lo anhelo —comentó—, pero si algo he aprendido este año, aunque me pese aceptarlo —añadió con una sonrisa— es que no controlamos eso… no controlamos lo que pueda pasar o no pasar… no controlamos lo que hacen las otras personas y lo que no…

—¿Y qué controlamos entonces? —inquirió.

—No lo sé y admito que me genera ansiedad —se sinceró Angie—, yo también tengo miedo a que algo suceda y nos separemos, también deseo que esto dure para siempre… pero sé que en algún punto tendremos problemas y que dependerá de nosotros que los vayamos superando…

Bastian suspiró.

—No te voy a abandonar, Bastian —prometió Angie—, estamos juntos en esto…

Bastian la besó en la frente, luego en la punta de la nariz y por último en los labios.

—No quiero amar a nadie como te amo a ti —susurró—. Ni hoy ni en diez años…

Angie sonrió y lo abrazó apretándose más a él.

—¿Quieres comer algo? —preguntó él y ella asintió.

Los dos se sentaron y atrajeron hacia sí la canasta para poder comer un poco mientras seguían conversando sobre el futuro y sus miedos.

> *Y esa tarde, Angie creyó que el amor de ellos era tan fuerte que lograría enfrentar todos los obstáculos.*

EL CIELO Y LAS ESTRELLAS

Era cerca de la media noche, Angie y Bastian bailaban abrazados a la luz de las estrellas y de los pequeños foquitos a pila con los que Juan había adornado el viejo mirador. La música provenía del celular de Bastian y habían estado intercambiando gustos musicales desde hacía una hora.

Con la cena, la conversación se había convertido en algo más ligera y el ambiente se había relajado entre ellos. La música que sonaba en ese momento era lenta, por lo que se hallaban abrazados.

—La última vez que bailamos fue en aquella fiesta… luego hablamos de nuestro primer beso y las cosas comenzaron a cambiar…

—Lo sé —susurró Angie—. Me alegra que hayas sido mi primer beso y ahora serás mi primera vez…

—¿Asumes que lo haremos hoy? —inquirió Bastian divertido.

—Claro, ¿no es para eso que preparaste todo?

—¡Qué romántica! —exclamó mirándola, pero sin separarse demasiado, lo justo para verla, Angie rio.

—¿No tienes ganas?

—¿Cómo no tenerlas? —preguntó Bastian—. Pero tampoco es como para que parezca que estamos haciendo un *check list*.

Bastian se separó, tomó una libreta y un lápiz imaginario y comenzó a tachar.

—Beso, listo. Cena, listo… Sexo… —sonrió y la miró levantando las cejas con picardía.

—Y vine preparada —añadió—, robé condones del cajón de Maxi.

—¡Angie! —exclamó él—. ¡Te desconozco! —exclamó fingiendo sorpresa.

—Ahhh ya, como si no me tuvieras ganas —dijo con diversión y volvió a abrazarlo.

—Claro que te tengo, pero hablando en serio —susurró y levantó la barbilla de su novia para que lo mirara—. No tenemos que hacer nada que no quieras.

—¡Pero si yo sí quiero! —exclamó ella y luego se echó a reír—. Me gusta la persona que soy cuando estoy contigo, me gusta ser esta Angie, me gusta sentirme libre…

—Me agrada saberlo —dijo él y la volvió a acercar a él.

La música estaba por acabar cuando ellos comenzaron a besarse, ninguno de los dos supo cuánto

tiempo pasaron abrazados, regalándose besos tiernos en cualquier parte del rostro o del cuello. Bastian miraba a Angie sin poder creer que al fin era suya. Y es que ¡cuántas veces la había soñado así desde que la había besado por primera vez! Y no se trataba de si tendrían o no relaciones en ese momento, sino de esa sensación de pertenencia que tanto le hacía falta.

—Toda la vida he sentido el dolor del abandono —murmuró entre besos. Los dos seguían moviéndose al compás de la música que ahora provenía del latir de sus corazones—, y es la primera vez que siento que pertenezco a algo… a alguien… Te pertenezco, Angie, y sé que será así por siempre —susurró en su oído.

Bastian se separó, volvió a poner una música en su celular y se acercó de nuevo para seguir bailando, pero esta vez cantó en el oído de su novia:

Si pudiera controlar el tiempo
Yo volvería a esperar de nuevo
Una y mil veces
Pa 'ver cómo amaneces

Por primera vez
Un amanecer bonito
Por primera vez
Lo que quiero y necesito
Por primera vez
Hoy duerme el cielo conmigo
Por primera vez

Por primera vez, Angie sintió que se le aflojaban las piernas al oír sus palabras tan dulces y al sentir el amor que le prodigaba. Siguieron allí por un buen rato, hasta que la temperatura comenzó a subir. Bastian acarició el muslo de Angie y subió sus manos por sus piernas levantando un poco el vestido, ella sintió que el calor le inundaba la piel y la sangre.

—Me gusta que sea tu primera vez también —susurró—, tengo un poco de miedo… no sé bien qué hacer —añadió.

—Nada, no hay que hacer nada, haz lo que tengas ganas y yo haré lo mismo —respondió él.

Angie asintió con timidez y dejó que él levantara su vestido para sacárselo, ella respondió alzando sus brazos para que lo hiciera y el fresco de la noche la abrazó contrastando con el calor que corría por sus venas. Tímida se acercó a él y dejó que la envolviera.

—No soy bonita, no soy como otras chicas y tengo miedo de que lo que veas no te guste.

—Me encantas, Angie —dijo él levantando con cuidado su barbilla para que lo mirase—, eres perfecta para mí. No sé quién te metió esas ideas en la cabeza porque para mí eres la chica más hermosa.

Ella sonrió y se acercó a él para sacarle la camiseta que traía y pasar luego sus dedos por aquellos músculos bien tonificados que solía admirar desde las gradas en cada partido de la escuela. No podía creer que lo tenía bajo sus manos.

La tenue luz de la luna sumada a los débiles foquitos a batería hacía que sus cuerpos bailaran entre sombras y luces. Él la tomó de la mano y la hizo girar, Angie sintió vergüenza y excitación

al mismo tiempo.

—Eres más perfecta de lo que te imaginé —susurró y Angie vio el fuego en su mirada.

Ella lo tomó de la mano y lo guio hasta la alfombra, donde se sentó con delicadeza para luego hacerle un gesto para que la acompañara.

Y los besos y caricias continuaron sobre la alfombra.

Bastian llevó la mano a la espalda de la muchacha para desabrochar el sostén, pero no pudo hacerlo con facilidad. Angie lo ayudó con una sonrisa pícara.

—Me falta práctica —murmuró cuando ella lo desabrochó.

—Mientras practiques solo conmigo… —dijo y dejó caer la tela que la cubría quedando expuesta para él. De pronto la timidez se le había escapado.

—Solo contigo, siempre contigo —respondió él antes de proceder a besar uno de sus pechos y acariciar el otro.

Angie se contorneó y echó la cabeza hacia atrás, la sensación era intensa y placentera. Con la mirada nublada de placer perdida en el cielo, ella pensó que las estrellas estaban más cerca de lo que parecían.

Bastian siguió con los besos y caricias hasta que ella decidió que era hora de que él se quitara los pantalones, así que, con un gesto, le pidió que lo hiciera. Él se incorporó para hacerlo, y también se quitó el bóxer.

—Oh.

Angie ahogó un suspiro al tenerlo así de frente a ella. Bastian sonrió y volvió a acercarse para seguir besándola.

El fuego que los poseía era demasiado intenso ya y los dos estaban más que ansiosos.

—¿Lista? —inquirió él.

—Sí —respondió ella cuando una sensación de vacío le inundó las entrañas.

Bastian buscó en sus bolsillos un condón y lo abrió.

—Yo también vine preparado —susurró.

—No esperaba menos —respondió ella acomodándose.

Él se acercó a gatas hacia ella y le sacó la ropa interior. Angie ahogó otra exclamación y se sintió completamente expuesta. Agradeció que la oscuridad ocultara el color rojo que seguro teñía sus mejillas en ese momento.

—Eres una diosa —susurró él acercándose para besarla. Sus dedos entonces buscaron entre los pliegues de Angie para descubrir que estaba más que lista para él.

Él la miró a los ojos y ella asintió. Se recostó hacia atrás sobre uno de los almohadones y mordiéndose el labio se abrió de piernas para esperarlo. Se sentía nerviosa, pero también excitada.

—Puede ser que duela un poco —susurró él—, pero tú solo dímelo.

Bastian había leído mucho sobre qué hacer y cómo, había visto también algunas películas y había

tratado de prepararse bien para ese momento, sin embargo, nada lo preparó para la sensación de calidez extrema que sintió cuando comenzó a introducirse en ella.

Angie cerró los ojos cuando un dolor agudo le avisó de la intromisión, pero no dijo nada, esperaba que pasara pronto. Bastian se mordió el labio para aguantar el deseo de llenarla por completo con ímpetu, de inmediato, y zambullirse del todo en esa especie de imán que lo atraía al placer infinito.

La miró y observó su gesto, se recordó a sí mismo que debía ser cuidadoso e ir despacio.

—Lo siento… —susurró.

Angie solo negó y esbozó una sonrisa, pero el dolor aún seguía. Bastian se detuvo allí y acarició con lentitud sus pechos para brindarle mayor placer, Angie se relajó.

—Eso, amor, relájate, estás en mis manos… yo te cuidaré —dijo él con dulzura al tiempo que bajaba su mano derecha para acariciar el clítoris.

Angie soltó el aire que no sabía que tenía retenido y se dejó llevar, Bastian sintió aquella especie de permiso que su cuerpo le daba para entrar más y lo hizo.

Se quedó allí, inmóvil, viéndola en sus brazos, esperando que se acostumbrara a su intromisión, y rogó que aquello no fuera demasiado para él y no terminara muy pronto. Sabía que normalmente era así las primeras veces y se propuso intentar controlar su mente para darle a su chica el mayor de los placeres.

Angie se acostumbró a la sensación de él llenándola por dentro y le agradó. Cuando el dolor menguó ella comenzó a mover sus caderas con suavidad, él supo que ya estaba mejor y le siguió el ritmo. Estuvieron así por unos minutos, mirándose a los ojos mientras se entregaban el uno al otro por primera vez.

La temperatura iba subiendo y Angie comenzaba a experimentar una nueva forma de placer que le parecía exquisita. Estaba cerca, lo sabía, muy cerca… pero Bastian lo estaba más y ya no podía aguantar.

Ella lo sintió explotar cuando su cuerpo sudoroso y trémulo se dejó caer sobre el de ella. Bastian había perdido el sentido momentáneamente y no podía seguir, era demasiado fuerte, era demasiado intenso.

Angie sonrió. Ella también había leído y se había preparado, sin embargo, su entrepierna todavía punzaba y rogaba por una liberación que no terminaba de llegar.

—Lo siento —murmuró Bastian avergonzado.

—No lo sientas —respondió Angie—, esto es genial de todas formas.

Bastian se sentía culpable y molesto consigo mismo, por lo que salió de ella y sin dudarlo comenzó a besarla de nuevo.

—¿Quieres que nos detengamos un rato?

Él negó con la cabeza y comenzó a bajar con sus besos por el cuello, los pechos y el ombligo de su chica.

—Bas… —murmuró ella cuando su cuerpo comenzó a temblar. La sensación era intensa y ella no sabía si el temblor era debido al placer o al contraste entre el frescor de los rastros de saliva

que quedaban en su piel y el viento del ambiente.

—Te haré tocar las estrellas —prometió él antes de bajar un poco más.

Y por primera vez la probó.

—B-bas… —murmuró Angie sintiendo una punzada de vergüenza ante aquel gesto tan íntimo.

—Eres deliciosa —murmuró él antes de que su lengua comenzara a bailar sobre su intimidad.

—Dios mío, Dios mío —murmuró Angie entre gemidos. Aquella sensación era increíble y sentía que ya no lo podía controlar.

—Déjate ir, déjate ir —pidió él que sabía que ella estaba intentando controlarlo—. Salta, yo te atraparé —prometió.

Y Angie se dejó ir.

> *Y por primera vez en su vida, Angie creyó que había tocado el cielo y se había convertido en estrella.*

YO CREO

Maxi acompañaba a Dulce hacia su casa, era jueves y ya se podía sentir en el ambiente que los exámenes estaban a nada de acabar.

—¿Qué harás este fin de semana? —preguntó ella—. ¿Quieres que estudiemos juntos? Solo queda el examen de mañana y el lunes Matemáticas. No puedo creer que ya terminemos la escuela.

—El sábado debo ir a comprar algo que papá me pidió, creo que es algo para su trabajo, no lo sé, pero me pidió que fuera a una especie de granja que queda como a unos veinte kilómetros de aquí. ¿Quieres ir conmigo?

—El sábado por la tarde no podré, tengo que acompañar a papá a saludar a la abuela —comentó —, pero el domingo podríamos juntarnos… si quieres.

—Me parece bien —dijo él y sonrió.

Caminaron en silencio un poco más mientras Maxi pensaba en lo mucho que deseaba besarla.

—¿Qué sabes de Angie y Bastian? —preguntó ella.

—Nada, dijeron que este fin de semana iban a reunirse para estudiar. La excusa es que como el puntaje de Matemática es lo único que los diferencia y ella va ganando, quieren estudiar juntos para definir quién de los dos será el mejor alumno.

Dulce se echó a reír.

—¿En serio creen que nos tragamos esas excusas? ¿Los mega archi enemigos estudiando juntos?

—Ya no pueden tener las manos separadas el uno del otro —rio Maxi—, se les escapan caricias que yo veo.

—¿Cuándo lo dirán? —preguntó Dulce—. Llevan meses en esa relación y no comprendo por qué el secreto. No creo que Angie aun tema que yo me enfade, ahora lo más lógico sería que tú te enfades cuando «te enteres» —dijo haciendo énfasis en las comillas.

Maxi negó.

—Ya me da lo mismo, la verdad… que hagan lo que les plazca —comentó y se encogió de hombros—, al principio me molesté porque me sentía excluido, pero ahora… ahora los comprendo…

—¿Sí? —preguntó Dulce—. ¿Ya no te sientes excluido?

—A veces… —respondió—, pero la verdad es que…

Se calló, no le parecía buena idea decir lo que se le había ocurrido.

—Dilo —dijo Dulce que lo conocía bastante bien.

Había días que Maxi pensaba que ella le podía leerle la mente.

—No…

—Dilo, por favor —rogó.

Maxi suspiró y la observó.

—Entiendo que estén enamorados y que solo deseen estar juntos todo el tiempo… lo entiendo porque también me pasa —admitió mirándola.

Dulce bajó la vista un, poco incómoda ante aquella confesión.

—¿Ves? Por eso no quería decirte…

—Somos amigos, puedes decirme lo que sea —respondió ella.

—¿Lo que sea? —inquirió él.

—Sí, lo que sea…

Estaban ingresando a una plaza por donde siempre solían pasar para acortar el camino de regreso.

—Estoy enamorado de una chica que no sabe fingir —dijo entonces despreocupado y se sentó en uno de los bancos.

—¿No? ¿Qué finge? —quiso saber Dulce.

—Que no siente nada por mí… o que lo siente, pero que no se anima…

—¿Sabes por qué no se anima? —quiso saber ella y se sentó a su lado.

—Sí, está lastimada y teme volver a sufrir —admitió Maxi.

—¿Y tú no la lastimarás? —preguntó Dulce.

—No es mi intención hacerlo —respondió él—, pero no puedo prometer algo que no sé si podré cumplir.

—Oh… —susurró Dulce y su semblante denotó confusión.

Maxi la miró, suspiró, se recostó por el respaldo del banco, cruzó los brazos y perdió la vista en el cielo.

—Recuerdo una noche cuando mis padres estaban separados y yo encontré a papá muy triste. Estaba sufriendo, nunca lo había visto así —comentó y Dulce lo escuchó con atención—, le pregunté si necesitaba algo y me dijo que necesitaba a mamá. Yo le dije que por qué no podían hablar e intentar solucionar sus problemas y él me dijo que se hacían más daño —hizo silencio como si buscara las palabras exactas—. Le pregunté qué sentía por ella y me dijo que la amaba con todo su ser…

—Oh…

—Yo no entendía que alguien amara a alguien y no estuvieran juntos y se lo pregunté. Me dijo que a veces, las personas que nos son más cercanas son a las que más lastimamos, que simplemente no nos damos cuenta porque los tenemos siempre, porque parece algo seguro… y que sin querer hacemos daño…

—Tiene sentido —dijo Dulce perdiendo la vista en el cielo también.

—Yo nunca haría algo que te hiciera daño adrede, pero no soy perfecto y en algún momento podría lastimarte. Si tu miedo es ese, nunca podrás amar a nadie, eso sería como intentar nadar sin mojarse la ropa.

—Mi miedo no es solo ese —admitió ella—. Es cierto, temo salir lastimada porque me he reconstruido tantas veces que no sé si tendré fuerza para hacerlo una vez más… pero lo que más temo es no estar a tu nivel.

—¿Qué nivel? —inquirió él y la observó con curiosidad.

—Tú eres un buen chico, Maxi, eres inocente y soñador…

—¿Tonto? —inquirió él con una sonrisa irónica.

—¡No! —exclamó ella negando—. Solo me siento distinta a ti, siento que no tengo nada de valor para ofrecerte y que tarde o temprano te darás cuenta. Quizá solo crees que estás enamorado de mí… o solo…

—Me dejo deslumbrar por tu belleza —completó él levantando las manos con hastío—. ¿Sabes? No quiero más hablar de esto, no sé ni por qué lo estamos haciendo de nuevo… Es una especie de callejón sin salidas —añadió—. Cuando nos hicimos amigos cercanos y me dijiste que no querías tener sexo conmigo, yo pensé que enloqueciste, la verdad era que ni lo había pensado. Vamos, eres hermosa, pero yo no pensé que te fueras a fijar en mí… tú eres un diez y yo apenas un seis o un siete, con suerte… pero resultó que te comenzaste a abrir a mí y yo me enamoré de tu vulnerabilidad, de tu dulzura, de tus palabras sabias y de tus consejos. Admiré tu fortaleza para afrontar todo lo que viviste y seguir entera… y no sé ni cómo ni cuándo, solo sé que pasó… me enamoré, y ya. ¡Qué pecado! ¿Verdad?

Maxi comenzó a subir el volumen.

—Maxi…

—No, estoy cansado —exclamó—. No puedo obligarte a que te enamores de mí, pero sé que te gusto, sé que no te soy indiferente porque me lo has dicho y porque lo leo en tus ojos. Entonces no comprendo por qué no te animas. ¿No quieres perder mi amistad? ¡Yo tampoco la tuya! Pero ya no puedo verte sin desear besarte, sin anhelar abrazarte… No sé cuánto vaya a funcionar este pacto que tenemos.

—Dijiste que nada iba a cambiar.

—Y no cambia. Eres y seguirás siendo mi mejor amiga, pero también podrías ser mi novia y eso podría ser bueno. ¿Te molesta que te mire y me parezcas preciosa? ¿Te molesta que desee besarte y descubrirte? Pues mira, escucha lo que tengo para decirte: ¡Me encantas! Toda tú: tu mente y tu cuerpo, tu alma y tu piel, y tendrás que aprender a vivir con eso porque no creo que eso cambie pronto… Entiendo que no quieras aceptarme como algo más que amigo, y aunque en este momento lo parezca, no te estoy presionando, querías que hablara con mi mejor amiga de lo que siento, ¿verdad? Y bueno, casualmente eres tú y necesitaba decirle todo esto a alguien.

Maxi se levantó y caminó hacia su casa, dejándola sola en la banca.

Dulce suspiró y lo miró marchar. Se sentía derrotada y por eso no lo siguió. ¿Qué iba a decirle? Maxi no lo comprendía, ella lo quería tanto que lo estaba protegiendo incluso de ella misma.

¿Qué iba a decirle? ¿Qué iba a ofrecerle?

Dejó que los minutos pasaran mientras su mente hablaba sin que ella pudiese comprender, entonces miró a su lado y observó una carpeta verde que se le había quedado a Maxi, la abrió y la leyó, era el trabajo de las creencias que habían presentado en esos días y que la profesora había devuelto esa mañana. Decidió leer la conclusión:

«Me he dado cuenta de que las creencias, en su mayoría, limitan a las personas, son como una jaula que delinea lo que somos, lo que queremos y hasta lo que logramos. Según lo que leí al respecto, se van formando en nuestra infancia, cuando vamos absorbiendo de nuestros padres y familiares sus propias creencias sobre ciertas cosas de la vida. También las obtenemos de nuestras propias experiencias y el problema muchas veces se da cuando una nueva creencia debe reemplazar una anterior, porque eso tambalea lo que creíamos ser.

Este año en particular, fue muy duro para mí y mi sistema de creencias, pensé que conocía a las personas y al final resulta que no los conocía tanto, creí que en mi grupo de amigos nos decíamos todo, y al final no era tan así. Creí que me enamoré de la mujer de mis sueños, hasta que conocí a la verdadera mujer de mis sueños y todo lo que antes había creído se esfumó ante su luz. Mi yo del inicio del año se desesperó y se sintió desplazado porque yo creía que, si no me decían las cosas, me excluían. Pero ahora comprendí que no es así… que nada es tan blanco ni tan negro, que hay un mundo de colores que no alcanzamos a ver y que a veces basta con dejarnos sorprender, sin tanto preconcepto, sin tanto prejuicio. Aprendí que es mejor dejarnos de tantas restricciones sobre cómo deben ser las cosas y mejor solo dejar que las cosas sean como deben ser.

Aprendí que a veces debemos revisar nuestras creencias y, si es necesario modificarlas, porque si no lo hacemos, corremos el riesgo de estancarnos en ellas, llenarnos de miedos y limitar las experiencias que podríamos llegar a vivir, podríamos perdernos de conocer gente nueva, o de amar y ser amados.

Después de este trabajo, yo elijo creer en todo lo que me haga feliz»

Dulce sonrió, cerró la carpeta y se la llevó al pecho. ¿Acaso ella estaba dejándose llevar por creencias arcaicas que venían de las voces de los demás y que la juzgaban o le decían cómo debía ser o no ser?

Como si su propia mente le respondiera aquello, algunas frases se repitieron en su interior, aquellas frases que la marcaron y que le recordaban que ella no valía nada y que nadie la quería lo suficiente como para mirar más allá de su belleza y amar su verdadero ser.

¿Acaso no era hora de modificar esas creencias y hacer lo que Maxi proponía en su trabajo? Creer en lo que a ella le hacía feliz… Sonaba bien…

Dulce sonrió. Ella también ya estaba cansada, ella también quería cortar los barrotes de la jaula en la que estaba metida, quería ser libre, quería ser quien ella quisiera sin temor a ser juzgada o criticada. Quería amar y ser amada, quería soñar, quería reír y llorar. Ella también quería besar y abrazar a Maxi y esconderse en su pecho rodeada por sus brazos.

Y en ese mismo momento, Dulce sintió que algo importante pasaría pronto en su vida y creyó que estaba lista para afrontarlo. En ese momento, Dulce creyó en ella misma.

BROMISTA

Maxi observó a Angie que estaba sentada en su cama, mascaba un chicle y mensajeaba sin dejar de sonreír.

—Si no te conociera a la perfección, si no fueras carne de mi carne, diría que estas completamente enamorada y hablando con tu novio por ese celular —bromeó. Angie lo miró con susto y casi tragó su goma de mascar.

—Eh… hablo con Dulce —mintió.

—¿Y qué te dice?

—No sé, parece que le gusta alguien, pero no se anima a dar el paso…

—¿Te lo dijo? —inquirió Maxi con curiosidad.

—Sí —respondió Angie. En parte era cierto, se lo había dicho, pero no ese día ya que no era con ella con quien hablaba—. Dice que es un chico demasiado bueno para ella, ya sabes, Dulce y sus pensamientos…

—¿Qué le dijiste?

—Que cualquier chico podría enamorarse de ella y que no debe sentirse menos, pero es cuestión de que ella se lo crea —añadió encogiéndose de hombros.

—Y sí… —respondió Maxi y suspiró.

—¿Y al final? Nunca me contaste si le dijiste o no a esa persona especial lo que sentías.

—Lo hice, pero no pasó gran cosa —admitió—, y prefiero no hablar de eso.

Angie se volvió a concentrar en el mensaje que le acababa de mandar Bastian y no dijo más. Maxi abrió su cajón para buscar algo y entonces encontró sus preservativos.

—Oye, yo creo que alguien ha entrado a esta habitación —murmuró a modo de divertirse de su hermana.

—¿Eh? —preguntó ella volviendo a prestarle atención.

—Sí… estaba seguro de que tenía tres cajas de condones y solo me quedan dos —añadió. Angie sintió que la sangre se le iba a las mejillas—. Y no es como que yo los haya usado en este tiempo…

—Yo de eso no tengo idea —mintió.

—Hmmm, ¿quién podría ser el ladrón de condones? —preguntó y se llevó la mano a la barbilla exagerando un gesto de analizar.

—Papá, seguro que él fue —respondió Angie.

—No lo creo, de hecho, estos se lo robé yo a él —añadió el chico y comenzó a reír.

Angie se mordió el labio.

—A lo mejor solo tenías dos y te confundiste.

—No, yo sé bien lo que tengo aquí. ¿No habrás sido tú? —preguntó entonces mirándola directamente.

—¡Ay! ¡Maxi! No seas tonto —exclamó fingiéndose indignada—. ¿Para qué yo me llevaría tus condones? Si voy a acostarme con alguien espero que al menos esa persona se encargue de cuidarse y cuidarme, ¿no?

Maxi asintió y se encogió de hombros. El rostro de Angie estaba demasiado sonrojado como para seguir molestándola, pero no pudo evitarlo.

—Si no te conociera tan bien como te conozco y no fueras sangre de mi sangre diría que algo me ocultas —zanjó.

—Ideas tuyas —respondió ella—. Estás muy pesado hoy, voy a salir, nos vemos más tarde.

—¿A dónde vas? —inquirió él.

—Con Dulce, me pidió que le acompañe a un cumpleaños —mintió—. Volveré a la tarde.

—Yo no estaré a la tarde —dijo él a sabiendas de que ella le estaba mintiendo y de que seguro tenía planes con Bastian—, tengo que ir a comprar eso que papá me pidió.

—Ahhh, sí… cierto… —respondió ella—, bueno, nos vemos cuando regreses entonces.

—Puede ser, porque yo esta noche tengo ganas de salir… —dijo él.

—El lunes rendimos Matemáticas, Maxi, hay que estudiar —regañó.

—Ya sé todo, creo que mejor le invito a Bastian a salir y nos vamos a buscar chicas en algún bar.

La cara de Angie fue un poema que Maxi disfrutó con diversión, le hubiese gustado tomarle una foto en ese momento y encuadrarla para mostrársela cada vez que quisiera avergonzarla.

—No creo que él se prenda para eso.

—¿Por? A él le encanta salir con chicas y creo que desde Dulce no ha estado con nadie interesante —musitó—. Le hace falta un poco de acción y yo soy un buen amigo.

Angie entrecerró los ojos.

—Si no te conociera como te conozco y no fueras carne de mi carne diría que me estás molestando adrede —zanjó ella y se cruzó de brazos.

—¿Y en qué te molesta a ti que Bastian y yo salgamos de fiesta? —quiso saber y también se cruzó de brazos. La estaba retando.

Angie no iba a caer, no ahora, no le iba a dar ese placer, aunque comenzaba a sospechar que Maxi sabía algo.

—Bueno, ¿sabes qué? Mejor que sí, es buena idea que salgan, así se distrae y el lunes saca bajo puntaje en la prueba… así seré la mejor… Ya lo soy, obvio, pero al fin lo tendrá bien claro —añadió y levantó las cejas en un gesto desafiante.

Maxi se largó a reír.

—Y mejor si lo emborrachas, así el domingo no estudia nada de nada —añadió.

—Vaya… Espero que nunca nadie me odie de esa manera —respondió el chico y eso molestó más a Angie.

—¡Yo no lo odio! —zanjó.

—¿No?... ¿Acaso lo amas? —inquirió divertido y desafiante.

Angie frunció los labios y entrecerró los ojos, se acercó a él y le clavó un dedo en el pecho. Iba a decirle algo, pero entonces prefirió callar. Maxi ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Lo odias? ¿Lo amas? —preguntó—. No me queda claro…

—Te odio a ti —dijo Angie entre dientes y salió de la habitación de su hermano dando un portazo.

—¡Devuélveme los condones! —gritó Maxi con diversión.

—¡Los usé todos! —respondió ella.

Cuando ella salió de la habitación, Maxi aun riendo tomó su teléfono y marcó a Bastian.

—Ey, ¿qué cuentas? —saludó él.

—Creo que Angie se está acostando con alguien —respondió Maxi. Definitivamente le había encontrado el gusto a la diversión.

—¿Eh? ¿P-por qué lo dices? —inquirió Bastian en un intento de sonar normal.

—Me robó una caja de condones —explicó.

—¿Cómo sabes que fue ella?

—¿Quién más sería? Lo único que espero es que el tipo dé la cara, porque si llega a joder a mi hermana se las verá conmigo.

Bastian sonrió nervioso y agradeció no estar de cara a cara con Maxi en ese momento.

—¿Quién crees que sea?

—No lo sé, ¿tienes idea tú?

—¿Eh? ¿Yo? ¿Por qué iba yo a saber con quién sale Angie?

—No lo sé, últimamente parecen más amigos —respondió Maxi atajándose las ganas de reír—. Aunque recién Angie me dijo que te odiaba, así que supongo que nada ha cambiado… —añadió pensativo.

—¿Que me odiaba? ¿Y eso? —quiso saber.

—Pues le dije que te invitaría a salir con chicas esta noche y se alteró bastante —mencionó Maxi con un tono de voz de lo más casual—. Le pregunté por qué se molestaba y me dijo que no tenía por qué molestarse ya que te odiaba…

—Ah, y sí —respondió él sin saber qué más decir.

—¿Entonces? ¿Salimos esta noche? Tengo un par de conocidas, una te puede gustar…

—Eh… no, Maxi… Yo tengo que estudiar Matemáticas.

—¡Bastian! ¿Cuándo un examen detuvo una salida? —exclamó.

—Es el final y tengo dos puntos menos que Angie —replicó.

—Qué pena… en realidad tenía a estas dos amigas bastante interesadas en salir hoy… ¿Y si lo hacemos mañana? Podría reagendar…

—Eh… no creo que sea buena idea… —murmuró Bastian.

—Si no te conociera pensaría que tienes alguna chica que va en serio por eso no quieres salir con otras chicas… Pero solo si no te conociera, porque como te conozco, sé muy bien que yo sería el primero en saber si hubiera alguien importante, ¿no es así?

Bastian no supo qué responder.

—Sí, claro —respondió apenas.

Maxi sonrió. De pronto le divertía la incomodidad que generaba en su amigo y en su hermana.

—¿Y por qué no vienes ahora? Podríamos estudiar —comentó.

—No puedo, debo salir con… con mi padre…

—Ajá —añadió Maxi—. Bueno, entonces nos vemos otro día… —dijo y cortó sin darle tiempo a despedirse.

Y Bastian supuso que Maxi sabía algo.

El teléfono de Maxi volvió a sonar, pero esta vez era Dulce, por lo que la sonrisa se le esfumó del rostro. Creía haber sido un tonto el día anterior, odiaba presionarla y hacerla sentir incómoda.

—Maxi —saludó.

—Dul… ¿Cómo estás?

—Bien, ¿tú? —inquirió ella.

—Me estaba divirtiendo con Angie y Bastian. Según Angie ella te acompañará a no sé dónde hoy…

—Sí, ya me avisó que soy su coartada —comentó la muchacha—. Quería preguntarte si podríamos vernos más tarde, a la noche, cuando vengas del sitio al cual tienes que ir y yo regrese de lo de mi abuela… Tengo algo importante que decir.

—No me asustes… —pidió él—. Lo de ayer no significó nada, no me hagas caso… estaba un poco…

—Ayer dijiste muchas cosas ciertas —lo interrumpió Dulce—, y he estado pensando en otras… Por favor, ven a mi casa esta noche.

—Bien… ahí estaré… —aceptó él.

—Te esperaré ansiosa —susurró ella antes de colgar.

Y en ese instante, Maxi creyó que algo importante pasaría muy pronto.

EL PLAN

Angie y Bastian salieron en la mañana de ese mismo sábado, él creía que iban a una fiesta de cumpleaños de una tía lejana en la que su novia tenía la responsabilidad de representar a la familia. El plan era llegar en una hora o una hora y media, comer allí y regresar a la siesta. O eso era lo que creía, porque Angie pensaba que la cosa se retrasaría un poco más cuando él se encontrase con su madre.
Ella estaba segura de que era un buen plan, de que era saludable para él hacer aquello y que tarde o temprano terminaría por comprenderlo.

—No veo la hora de que terminen los exámenes para que podamos pasar más tiempo juntos —comentó él—. No veo la hora de repetir lo de la otra noche para poder hacerte sentir mejor esta vez.

—¿Quién dijo que estuvo mal? —preguntó Angie—. Bastian, ya lo hablamos… ha sido perfecto… es normal lo que sucedió… la práctica nos irá perfeccionando.

Bastian sonrió.

—Fue la mejor primera vez que pude haber imaginado —añadió ella.

—Recuerdo que una vez en una conversación dijiste que las últimas veces eran más importantes que las primeras…

—Sí, pero cuando eso no calculaba que tú fueras el primero —respondió ella con una sonrisa.

—¿Calculabas que fuera el último? —inquirió él.

—No, tampoco —respondió encogiéndose de hombros—, pero ahora quiero que seas el primero, el único y el último.

—Yo también lo quiero así —dijo él.

—¿Crees que no necesitarás probar a otras mujeres? —preguntó ella—. Es decir, hoy en día… estar con una sola mujer toda tu vida…

—¿Y para qué quiero a alguien más? Tú eres todo lo que necesito —susurró.

Angie sonrió con emoción.

—Y en poco tiempo seré el mejor en la cama y tú estarás orgullosa de mí —prometió.

Angie se echó a reír.

—¿Orgullosa?

—Claro, porque te dejaré siempre satisfecha. —Le guiñó un ojo.

—Hablando de eso, creo que Maxi lo sabe… No… Estoy segura de que lo sabe.

—¿Por qué lo dices? Hoy estuvo extraño…

—Exacto.

Angie procedió a contarle la conversación con su hermano y luego Bastian le contó la suya.

—Está clarísimo, lo sabe —zanjó Angie.

—Pero no está enojado, sino no bromearía ¿No es eso genial? —inquirió Bastian.

—Nos va a echar en cara esto hasta que tengamos cuarenta años… —musitó Angie.

—Lo sé… tocará aguantar… Recuérdame ¿por qué no lo dijimos antes?

—Pesado —se quejó ella—, por él, por Dulce… por miedo…

—Miedo…

Bastian tomó de la mano a Angie y ella sonrió.

El resto del camino hablaron de música y discutieron sobre cual dejar puesta en la radio hasta que llegaron a destino.

Angie le dictó la dirección exacta y cuando estuvieron frente a la casa ella lo miró.

—Prométeme que pase lo que pase no te irás.

—¿A dónde me iría?

—No lo sé… solo prométemelo… Confía en mí —pidió.

—Estás extraña…

Entonces ella tocó el timbre y dos minutos después la madre de Bastian abrió la puerta.

—¿¡Qué demonios!? —exclamó Bastian mirando de la una a la otra.

—Por favor, solo escúchala —pidió Angie—. Hazlo por mí…

—No, no puedo creer que me hayas traicionado así —dijo mirando a su novia con dolor—. No lo puedo creer, pensé que estabas de mi lado… creí en ti —añadió con la voz desgarrada por el dolor antes de girarse para regresar al vehículo.

Angie se quedó estupefacta viéndolo marchar y debatiéndose entre seguirlo o llamarlo, pero luego de hacer la mitad del camino, él se detuvo. Se quedó allí clavado en el piso por unos minutos y se volteó a mirar a la mujer.

—Está bien, voy a escucharte, lo haré porque estoy cansado de esto, no por ti —zanjó con la mirada más fría que Angie le hubiese visto jamás—. Pero debes prometerme que una vez que acabes de hablar, me dejarás ir y desaparecerás de mi vida para siempre, como ya lo has hecho una vez y al parecer te ha ido bien —comentó con dolor.

La mujer asintió con lágrimas en los ojos y los dejó pasar a la casa.

Angie quiso tomarlo de la mano, pero él se zafó. Ingresaron a la sala y tomaron asiento en un sofá. Bastian se aseguró de quedar alejado de Angie.

—¿Quieren algo para beber? —preguntó la mujer, incómoda.

—Habla —ordenó Bastian.

—Yo puedo esperar afuera —comentó Angie nerviosa, conteniendo las lágrimas. De pronto sentía que no lo conocía y que algo se había roto en él.

—Quédate —ordenó de nuevo sin siquiera mirarla.

Un silencio se hizo en la sala, un silencio que pareció eterno y helado, la mujer miraba a Bastian con dolor, pero en la mirada de él no había nada, solo un vacío tan inmenso, que Angie tuvo miedo.

—No voy a pedirte que me perdones —dijo la mujer.

—Mejor, porque no lo voy a hacer —respondió él duro e implacable. Angie no conocía esa faceta y el miedo volvió a alojarse en su estómago.

La mujer parecía no encontrar las palabras para seguir.

—No tengo excusas, no me va a alcanzar la vida para arrepentirme de lo que hice… Estaba equivocada, a veces tomamos decisiones que nos cuestan toda la vida…

Bastian no respondió. No había un gramo de compasión en él solo dolor, mucho dolor, un dolor infinito y tan grande que Angie pensó que los tragaría a los tres en ese momento.

—Quiero dejarte algo… sé que nada material va a saldar el daño que te hice —Bastian asintió—, pero me parece lo justo… Estar cerca de la muerte hace que uno se replantee muchas cosas…

—Lo ideal sería replanteárselas cuando uno está bien, sin necesidad de estar por morir —dictaminó él.

—Eres mejor persona que yo —afirmó la mujer con una mezcla de dolor y orgullo.

—Lo sé, cualquiera lo es —respondió Bastian.

—Lo que decía es que… —continuó ella. Angie notó que las palabras de ella chocaban con el muro de frialdad tras el que se protegía Bastian de una manera que también a ella le helaba el alma—, a lo largo de la vida he conseguido mucho dinero —explicó—, y ahora eso no me lo puedo llevar… Estoy sola… abandonada…

—Tan abandonada como lo estuve yo, con la diferencia de que tú eres adulta y yo era solo un niño…

—Lo sé —volvió a decir ella—, y ahora me doy cuenta de que nada de lo que sembré vale la pena… Me equivoqué en todas mis decisiones…

—Tarde…

—Así es… —suspiró la mujer.

Sacó entonces una carpeta de color rojo y se la pasó a Bastian, él dudó en aceptar, pero luego lo hizo.

—Ábrela… todo eso es tuyo —respondió.

—No lo quiero —zanjó el muchacho y apartó la carpeta sin mirarla—. No quiero nada que venga de ti… Lo único que yo quería era un abrazo de buenas noches y que me leyeras el cuento de los colibríes, ese que tanto me gustaba…

—Lo siento, Bastian… —susurró la mujer y se largó a llorar—, pero tómalo… Al menos así sabré que tendrás la vida asegurada y que no te faltará nada para ser feliz.

—¿Aún no has aprendido que el dinero no da la felicidad? Me faltaste tú para ser feliz —respondió él.

La mujer se quedó en silencio y bajó la mirada.

Bastian iba a levantarse, pero entonces se volvió a sentar y tomó la carpeta, observó lo que había adentro sin expresión alguna. Luego la cerró, se quedó en silencio y perdió la vista en una ventana que estaba a su derecha. Entonces habló.

—¿Por qué? Quiero entender por qué lo hiciste… —pidió.

La voz le sonó cortada, le sonó frágil. Parecía la voz del Bastian niño. Angie lo miró, sus ojos estaban bañados en lágrimas y su fortaleza de hacía algunos minutos se había esfumado. Ella se acercó, pero él la rechazó.

—En aquel entonces estaba equivocada —susurró la mujer—, había crecido en una familia conservadora en la que nunca pude decidir… Mis padres eligieron mi carrera, mi forma de vestir, eligieron todo… Tu padre era un buen partido, yo lo amé mucho —añadió—, pero un día desperté, me miré al espejo y no me sentí feliz. Pensé que no era yo misma, tuve una sensación de irrealidad que me llenó por completo. No sabía quién era ni qué quería… Nunca había sido yo, era el resultado de lo que los demás hicieron de mí. Todos planearon mi vida…

—Pero a papá lo elegiste tú ¿o no? —respondió él con temor. No sabía si estaba listo para descubrir más verdades dolorosas.

—Sí, pero no tuve opción… Era mi mejor amigo desde que éramos pequeños… mis padres lo querían e hicieron todo para que estuviéramos juntos. Hubo una época en la que yo me enamoré de alguien más, pero no fui lo suficientemente valiente como para jugarme por esa relación. Tu padre y yo cortamos por un tiempo y luego regresamos. Él era la seguridad para mí…

Bastian bajó la mirada y se concentró en juguetear con la esquina superior de la carpeta roja.

—Hicimos todo lo que estaba planeado: nos casamos, compramos la casa y te tuvimos a ti. A la vista de la sociedad eso era lo que estaba bien… pero yo no era feliz, sentía que me faltaba algo… Y entonces nos reencontramos, él y yo, en una fiesta de la oficina de tu padre…

—Eran compañeros… —añadió Bastian.

—Eran compañeros y amigos… y estaba mal, muy mal… pero yo me sentía viva, como nunca lo había sentido.

—Y él te descubrió.

La mujer asintió.

—Estaba embarazada de Anne —continuó—, tu media hermana.

—Yo no tengo hermanos ni hermanas —respondió él tajante.

—Me debatí entre quedarme en casa o ir con él… Tu padre me dijo que me fuera y me pidió que me olvidara de ustedes para siempre. Él dijo que se haría cargo de ti…

—Y tú lo hiciste como si nada… —escupió Bastian con dolor.

—No tuve opción, mis padres me cerraron las puertas y…

—¡Siempre hay una opción! —gritó Bastian con fuego en la voz—. ¡Abandonar a un hijo no es una opción! —exclamó.

—Lo sé… —Lloró ella—. Pero pensé que estarías mejor sin mí. ¿Qué clase de madre tenías? ¿Cómo podría mirarte a los ojos y decirte lo que hice? No podría aguantar la decepción en tu mirada… Fui una cobarde, Bastian…

—Criaste a otra hija y le diste a ella todo lo que no me diste a mí —comentó con dolor—. Me dejaste en las noches solo, sintiendo frío y miedo, soñando con que me abandonabas cada noche y ese dolor se repetía una y otra vez, un dolor que yo no sabía explicar y no podía entender. Papá estaba, pero tan lastimado y dolido con sus propios problemas que no me supo ver. Me crie solo, como una planta silvestre en medio de un baldío… Si no fuera por los padres de ella —añadió y señaló a Angie—, hoy yo no sé ni quien sería… A nadie le importé, esa es la verdad —zanjó—. ¿Y tu hija? ¿Ella sí te tuvo cada noche? ¿Ella si te tuvo al lado cuando tenía fiebre y se sentía enferma? ¿Estuviste allí cuando ella actuó de princesa en el cuento de la escuela por el día de la madre? ¿Estuviste para ella cada noche para darle un beso en la frente antes de arroparla en la cama?

La mujer no respondió, solo lloró en silencio y con dolor. Angie también lo hizo.

—Lo siento tanto, Caballito…

—No me llames así —zanjó él con dolor—. Ya no tienes ese derecho. No te pertenezco, no soy nada de ti, y no fue porque yo lo quise…

—Bastian, voy a morir pronto —dijo la mujer.

—Y espero que la justicia divina se encargue de ti —zanjó él con un dolor que heló la habitación.

—Lo siento, de verdad…

Bastian se levantó, tomó la carpeta roja y salió de la casa con dirección al vehículo.

El cielo se había puesto gris y amenazaba con llover. De pronto hacía frío y todo estaba oscuro e inestable. Angie sintió miedo, pero lo siguió.

—Gracias —le dijo la mujer al verla partir.

Angie asintió apenas y corrió al vehículo.

Bastian arrancó e hizo chirriar las ruedas, apretó tan fuerte sus dedos por el volante que sus nudillos se pusieron blancos y Angie pensó que traspasarían el material.

—No puedes manejar así, vamos a tener un accidente… Va a llover —dijo Angie asustada.

—¡Yo puedo hacer lo que quiera! —exclamó él con autoridad. El tono de su voz era duro y seco.

Angie lo observó y supo que tenía que hacer algo.

—¡Detente! —le ordenó entonces—. Detente allí, al costado de la calle —zanjó y señaló un sitio en la banquina—. ¡Ahora!

Y Bastian lo hizo de golpe, tanto que ella terminó golpeando con su frente el vidrio delantero, aún no se había puesto el cinturón de seguridad.

—Auch —se quejó.

Bastian se quedó duro, imperturbable, con los dedos apretados al volante.

—Habla, dime lo que sientes y lo que piensas… no me gusta verte así —pidió la muchacha y quiso colocar su mano en la rodilla del chico, pero él la alejó.

—No, no quiero hablar, no contigo. ¿Qué demonios, Angie? —inquirió—. ¿Qué tenías en tu cabeza? —añadió y señaló su propia sien con su dedo índice, tan fuerte, que se hizo daño.

—Solo quería ayudar… creí que debías escucharla, no por ella, Bastian, lo hice por ti…

—¡No tienes derecho! ¡No tienes el maldito derecho de meterte así en mi vida! ¡Soy tu novio no tu juguete! —gritó—. Una cosa es que estés acostumbrada a organizarlo todo, pero la vida no es así, maldita sea… No puedes andar por la vida diciéndole al resto lo que debe hacer o debe sentir. ¿Qué no te das cuenta, Angie? ¡No puedes controlar a los demás!

—¡Esa no era mi intención! —gritó ella.

—¿Cuál era entonces?

—Quería ayudarte —susurró—, solo tenía buenas intenciones…

—«El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones» —citó con ironía.

—Bastian… ¡por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Quieres vivir lleno de rencor toda tu vida? ¿Quieres seguir sintiéndote como ese pequeño niño abandonado que no merece el amor ni el respeto de nadie más? ¿Quieres que este dolor delinee la persona en la que te vas a convertir? —zanjó—. Pensé que enfrentarte a ella te ayudaría a reparar lo que sientes y mirar más allá, ver el futuro en vez del pasado.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó él—. ¡No eres nadie, Angie, no eres nadie para meterte en esto!

—Soy tu novia —respondió ella con dolor—. Soy tu amiga…

—Y eso no te da derecho a obligarme a hacer un camino que no quería hacer. Somos dos personas, tú y yo… Somos distintos… —zanjó y aflojó los hombros como si se rindiera.

—Pero nos amamos… dijimos que queremos que esto durase para siempre. El amor es estar para el otro y velar por él… es tratar de ayudarlo cuando las cosas no van bien… eso es lo que hacen mis padres, se cuidan, se protegen, se aman… y yo quiero eso para nosotros, dijiste que tú también lo querías.

Bastian no respondió.

—Lo sé, me extralimité, quise ayudarte… Eres una de las mejores personas que conozco, Bastian, estoy orgullosa de lo que has logrado a pesar de todo a lo que te has enfrentado, pero esto es una sombra, una sombra que te daña y que te hace infeliz, incompleto, es una sombra que oscurece tu alma y tu corazón. Yo pensé que haciendo esto, podríamos poner luz sobre esa sombra. Lo siento, sé que tienes razón, ahora lo comprendo, yo no era quién para decidir si tú la escuchabas o no. No debí forzar la situación…

Bastian golpeó el volante e hizo sonar la bocina en consecuencia.

—¡Yo no quería escucharla! —lloriqueó—. Es más fácil odiarla…

Entonces se puso a llorar de una manera tan desesperada, que Angie no supo cómo consolarlo. La lluvia comenzaba a caer y arremetía contra el parabrisas del vehículo. Angie no sabía qué sonaba más fuerte, si los sollozos de Bastian o la tormenta sobre ellos.

Se acercó a él y lo abrazó, parecía un niño pequeño, ella lo recostó sobre su pecho y lo envolvió en sus brazos.

—Te amo —susurró—. Te amaré por siempre, pase lo que pase… te lo prometo.

Bastian siguió llorando y ella solo se quedó allí, esperando a que se calmara, a que el dolor menguara. La tormenta afuera parecía empeorar, pero él por dentro empezaba a calmarse.

Un vehículo se detuvo al lado. De él salió la madre de Bastian con un paraguas.

—¿Están bien? Me preocupé —susurró luego de golpear la ventanilla—, está feo el tiempo, volvamos a la casa hasta que mejore.

—Vamos —dijo Angie mirando a su novio—. No podemos conducir así.

Bastian asintió, estaba rendido, cansado, perdido… y no se sentía capaz de conducirse ni a sí mismo, menos el vehículo.

Manejó el par de cuadras de regreso y bajó.

Una vez dentro, la mujer les preparó dos tazas de chocolate caliente y volvieron a la sala.

Bastian dejó que su mirada se perdiera en la ventana una vez más.

—Hace mucho que no tomaba esto —murmuró—. La última vez que lo hice fue cuando me caí de la bicicleta… pensé que nunca lograría andar sin las rueditas de apoyo y tú me diste una taza de chocolate caliente y me dijiste que sí lo haría, que solo tenía que volver a intentarlo y no rendirme… que yo era bueno en andar en bicicleta —musitó.

—¿No volviste a tomar chocolate desde entonces? —inquirió su madre.

—No, esta bebida la usabas para calentarme el alma, pero sin ti… solo me daba más frío —murmuró él—. Aprendí a tomar café… no era rico, pero me hacía fuerte… y yo necesitaba ser fuerte —suspiró.

—Me gustaría volver el tiempo atrás —susurró la mujer con tristeza.

—¿Y qué harías? —quiso saber él.

—Nunca irme, nunca dejarte…

—¿Nunca meterte con otro hombre?

—Bastian, él era el amor de mi vida —dijo la mujer—, solo hice mal las cosas…

Bastian no respondió.

—Me hubiera gustado tenerte conmigo, verte crecer… que conocieras a Anne, es muy parecida a ti… podrían haberse llevado muy bien… Si volviera en el tiempo, hijo, no volvería a dejarte solo…

—Lástima que eso no se puede hacer…

Angie lo miró con tristeza y se acercó a él.

—Si volvieras en el tiempo no hubieras vivido en el condominio y nunca nos hubiésemos

conocido —dijo ella con un hilo de voz, Bastian la miró.

—Te hubiera conocido igual, quizá más adelante… Quizá cuando yo fuera mejor…

—No digas eso —pidió ella—. Me gusta nuestra historia como fue… tenerte desde niños a mi lado hizo mi vida más divertida —susurró.

Bastian volvió a perder la vista en la ventana.

—Prométeme que aceptarás todo lo que te he dado —dijo la mujer—, solo promételo, Bastian…

—No me compras con eso, no lo necesito…

—Lo sé, no es mi intención comprarte… solo… quiero darte lo que te pertenece… Cada día de trabajo, cada logro mío fue por ti, para ti… eras mi motor…

—Tú juntándome cosas materiales y yo solo quería un abrazo tuyo —bufó.

—Puedo dártelo ahora si me lo permites —dijo la mujer.

Bastian la miró, dudó, pero las lágrimas volvieron a caer en cascada de sus ojos.

—No voy a perdonarte…

—No lo hagas, solo déjame abrazarte, una última vez antes de irme… —pidió ella con lágrimas también.

Bastian no dijo que sí, pero tampoco dijo que no y ella se acercó con la lentitud con la que se acerca alguien a un animal herido. Se sentó a su lado y envolvió sus brazos por el cuerpo de su hijo.

—Mi caballito… —susurró y lo besó en la frente.

Y Bastian se quebró.

—Todo estará bien, lo prometo… Si hay una vida después de esta me encargaré de cuidarte desde donde esté… haré desde allá lo que no hice acá… y serás feliz —prometió ella—. Serás amado, muy amado… alcanzarás todos tus sueños…

—¿Cómo puedo creer en ti? —preguntó él sin despegarse del abrazo.

Su mundo interno estaba al borde de un precipicio, ese era el abrazo que tantas noches había anhelado, ese era el beso con el que había soñado. Esa sensación de protección era la que tano había necesitado de niño y que lo había orillado a crecer con un vacío interno que nunca se llenaba con nada.

—Te amaba tanto, mamá… —murmuró con el alma desgarrada.

—Estarás bien… yo lo sé… lo mereces —prometió la mujer—. Yo también te amo.

—El amor se demuestra… con acciones, no con palabras —se quejó.

La mujer no dijo nada, solo lo abrazó más fuerte y lo volvió a besar en la frente. Y se quedaron allí un sinfín de minutos, hasta que la tormenta menguó y un pequeño rayo de sol se coló entre las nubes.

Bastian sentía el alma adormecida, cansada, pero a la vez liberada, como si ese abrazo que duró una eternidad hubiera sido una especie de bálsamo que curó sus heridas. Se sentía más liviano, el dolor dejaba de ser una sombra y se colaba en los resquicios de su alma un poco de luz, al igual

que aquellos rayos que afuera peleaban por atravesar las pesadas nubes.

—Es hora de regresar —suspiró.

La mujer asintió, volvió a plantarle un beso en la frente y se levantó para dejarlos ir.

—Gracias… —dijo entonces ella mirándolos a ambos—. Estoy contenta de que te tenga a ti —añadió mirando a Angie.

Ella solo asintió.

Caminaron hasta la salida de la casa, y cuando estaban a pasos del auto, Bastian se detuvo, se dio media vuelta y la miró.

Era su madre, la misma que recordaba en sus sueños, solo con más arrugas y ojeras, cansada, enferma. Destrozada por una vida que no la hizo feliz a causa de una carga que arrastró encima por no haberse hecho cargo de las consecuencias de sus decisiones.

Y sintió compasión.

—Te perdono… —susurró.

La mujer exclamó un sollozo y se llevó la mano al pecho.

—Te perdono, de verdad —anunció él y volvió a caminar hasta el auto.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando salieron de allí de regreso a la casa. Bastian no dijo nada en todo el camino, su mente vagaba confusa entre recuerdos del pasado y temores del futuro. Angie respetó su silencio, pero cada cierto tiempo lo observaba, se veía dolido y a la vez tranquilo.

Angie pensó que ese día Bastian había crecido mil años, algo había cambiado en su interior para siempre, ya no era el niño dolido de seis años. Ese día Bastian se había convertido en un hombre. Y Angie se sintió muy orgullosa de él.

AMOR

Sin decir palabras Bastian dejó a Angie en su casa y se fue a la suya, y Angie comprendió que necesitaba estar solo. Ese día ella había aprendido muchas cosas, y una de ellas era que, aunque fueran pareja, cada quién tenía su espacio y su mundo interior, y que el otro debía respetarlo, no avasallarlo.

Esa tarde Angie aprendió que no sabía muchas cosas, y tuvo miedo, sintió temor de la incertidumbre que el futuro podía presentarle. Hasta ese momento todo había sido relativamente sencillo, ella controlaba sus rutinas y sabía que, aunque algunas cosas no salieran como imaginaba, ella podía mantenerse a flote. Pero esa tarde comprendió que hay decisiones que salen caro, demasiado caro, que hay situaciones que no pueden juzgarse, incluso a pesar de no ser comprensibles desde el punto de vista de uno mismo… Que hay momentos en la vida en que no vale la pena aferrarse a nada, que es mejor soltar… liberarse del dolor… y dejarse llevar…

Estaba en su habitación meditando sobre todo lo vivido y repitiendo en su mente lo que había sucedido cuando Dina ingresó.

—¿A dónde fuiste? Y no me digas que estabas con Dulce porque ella llamó hace un rato pidiendo hablar con Maxi.

—Estaba con Bastian —respondió la muchacha y su madre se sentó en la cama a su lado.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí… solo… estoy un poco… aturdida…

—¿Qué pasó? ¿Quieres hablar?

Angie miró a su madre y asintió. Le contó entonces la historia de Bastian con su madre y lo que habían vivido esa tarde.

—No debí haber planeado eso…

—Pero al final terminó bien —dijo Dina.

—Sí, pero pudo haber salido mal… pude haber dañado más a Bastian e incluso a su madre —añadió—. No puedo planearlo todo… —dijo y miró a su madre.

—Es lo que siempre te digo —respondió Dina con una sonrisa—, pero no te preocupes, Bastian estará bien… y lo que hiciste no fue tan malo, de verdad… Créeme.

—Puede ser que se enfade conmigo…

—No lo creo…

—No lo viste, estaba nervioso, me dijo que no debí meterme… Estaba frío, muy frío…

—Según has dicho, eso fue antes de que volvieran a la casa y él se dejara abrazar por su madre —respondió Dina.

—Sí, pero aún puede ser que esté enojado. Siento que he pasado un límite que no debí cruzar —suspiró.

—Eso es normal, Angie… Cuando estamos enamoradas queremos lo mejor para el otro, pensaste que esto sería lo mejor, por eso lo hiciste… No te juzgues…

Angie miró a su madre.

—Y no me digas que no amas a Bastian —añadió Dina levantando el dedo índice—, porque yo veo la forma en que lo miras y cómo te comportas cuando estás con él.

—Mamá… —musitó Angie avergonzada y bajó la vista.

—¿Qué? ¿Qué hay de malo? —dijo la mujer y levantó con su dedo la barbilla de su hija para que la mirara—. Es un buen chico, lo conoces, él también te conoce y te ama incluso en tus peores versiones, allí donde te vuelves una competitiva insufrible —bromeó.

Angie sonrió.

—¿También lo ves en sus ojos? —quiso saber con ilusión.

Dina asintió.

—Lo he visto siempre en sus ojos —musitó la mujer.

Angie suspiró.

—Espero que me perdone por esto… Soy capaz de darle hasta los puntos de Matemáticas… —añadió y Dina se echó a reír.

—Eso es amor de verdad —bromeó para aligerar la tensión que notaba en su hija y luego le tendió la mano—. ¿Hace cuanto estás con él?

—Casi siete meses —susurró. Dina pareció sorprendida—. Lo siento, tenía miedo de que las cosas cambiaran… Lo callé por Dulce, tenía miedo de que Maxi no nos aceptara… temía que si no funcionaba Bastian nos perdiera a todos, no solo a mí, sino a ustedes… son los padres que nunca tuvo —agregó.

Dina acarició con dulzura la mano de su hija.

—Está bien… ¿Eres feliz? —quiso saber.

—Sí… mucho, cuando estoy con él me encuentro con una faceta mía que no conocía. La vida se vuelve más divertida, más ligera… Me dejo ser un poco más y dejo de pensarlo y estructurarlo todo. Me siento a gusto a su lado y confío en él… siento que nada puede salir mal —comentó—, pero últimamente tengo miedo… —admitió.

—¿De qué?

—Del futuro… —suspiró—. Odio la incertidumbre y el futuro es eso, todo incertidumbre… Somos demasiado jóvenes, mamá… y yo ya siento que solo quiero estar con él, no quiero estar nunca con nadie más, ¿comprendes? —inquirió—. Pero nos queda muchísimo por vivir… la universidad… conoceremos a nuevas personas… Solo este año nuestras vidas cambiaron por completo. ¿Qué será el año siguiente? ¿Y si no lo logramos, má?

Dina suspiró.

—No puedes vivir con miedo a lo que pueda o no pasar… construye tu futuro en tu presente, Angie… y confía. Hoy estás feliz con él, vive y disfruta este momento… No lo desperdicies pensando en lo que mañana podría salir mal. La vida es corta, hija, y el tiempo pasa rápido…

—¿Y si lo pierdo? Por un instante hoy sentí que lo perdía y casi muero allí mismo —suspiró—, ya sé, crees que soy patética… Nunca quise ser esa clase de chicas —añadió enfurruñada consigo misma.

Dina rio.

—No creo que seas patética, solo que estás enamorada y eso es hermoso… también lo viví, así como tú —añadió—, y comprendo ese temor del que hablas… Pero lo único que puedes hacer es confiar… confiar en la vida, en el amor, en el equilibrio de la naturaleza. Lo que debe ser será y lo que no, no se puede forzar. Lo que tenga que suceder, inevitablemente sucederá…

—Eso parece conformismo —dijo ella.

—No, es confianza. Confianza en que el futuro siempre será bueno para nosotros, confianza en que lo que nos suceda será lo mejor que nos puede suceder porque incluso las cosas malas nos ayudan a crecer y a ser mejores personas. No digo que no planifiques tu futuro, pero no te obsesiones con ello, deja espacio a los cambios, sé flexible… Ama a Bastian y disfruta del amor de él hacia ti. Si funciona, genial; pero si no, será un buen recuerdo, el mejor quizás, uno que cuando tengas mi edad y mires hacia atrás te hará sentir orgullosa de lo que fuiste.

Angie sonrió y se acercó a su madre.

—Lo amo tanto que a veces me duele aquí —dijo y señaló su pecho.

—El amor no tiene que doler —comentó la mujer—, lo que te duele es tu miedo a perderlo… es normal en esta etapa —añadió—, pero el amor es libertad, Angie… Recuerda siempre esto: no se puede retener a nadie por amor, el amor se convierte en obsesión cuando se fuerza algo que ya no es… No sé lo que sucederá entre ustedes mañana, pero lo que sí sé es que, si lo amas, querrás siempre su felicidad…

—Le daré los puntos de Matemáticas, dejaré que me gane —bromeó Angie.

—Sí, ahí lo tienes, el amor es eso… No me refiero a los puntos en sí —explicó—, cada quién hará su esfuerzo por ese examen y el resultado se dirá solo, pero el amor es no querer ser mejor que el otro, dejar que gane, en ocasiones, porque cuando el otro gana también ganas tú… es ser un equipo…

Angie sonrió.

—Gracias, mamá, eres la mejor —susurró.

Dina la abrazó y la besó en la frente. Se quedaron allí por un instante, el tiempo afuera estaba oscuro ya.

—Son cerca de las nueve, ¿dónde está Maxi? —quiso saber Angie.

—No lo sé, debió regresar hace un par de horas —comentó Dina—, quizá la tormenta lo retrasó.

Entonces ambas se miraron.

—Algo pasó —dijo entonces la muchacha.

No podía explicar lo que sentía, quizás era esa conexión de hermana melliza.

—¿Qué quieres decir?

—Maxi… algo pasó…

Dina no terminó de comprender, pero solo necesitó cinco minutos para hacerlo. Su celular sonó y ella atendió la llamada, su rostro se puso lívido y sintió que el alma se le ponía en pausa.

—Está en el hospital —dijo con la mirada fija en su hija cuando acababa de cortar la llamada—. Ha tenido un accidente y lo acaban de traer en la ambulancia.

El resto de lo que sucedió en los siguientes minutos, nadie lo recuerda. Angie sintió que moría, Dina llamó a su marido para que fueran lo antes posible. Y el mundo pareció detenerse por un minuto.

> *Minuto en el cual Angie creyó que, si algo le sucedía a su hermano, ella no podría seguir viviendo.*

DESPERTAR

Dina y Mateo habían ido a comer algo al restaurante del hospital, los dos necesitaban calmarse, el susto había sido demasiado y sentían que necesitaban respirar. Angie se había quedado en la habitación de Maxi, se miraba las manos y buscaba encontrar de nuevo el ritmo de su respiración.

—Me las vas a pagar, Máximo —se quejó—, me asustaste tanto que pensé que mi corazón se iba a detener en cualquier momento —añadió y las lágrimas se derramaron por sus ojos—. Eres un idiota, te odio —añadió.

—No lo odias, lo amas, es parte de ti.

Bastian apareció en la puerta de la habitación e ingresó.

—Llegaste… —susurró la muchacha.

—Sí, vine lo más rápido que pude. ¿Cómo está?

—Bien… está dormido. Al parecer la pista mojada hizo que perdiera la dirección y se estrelló contra un árbol. La cosa salió bien porque traía el cinturón y porque no venía con mucha velocidad… Solo tiene golpes leves y una fractura en el brazo.

—Me asustaste —dijo Bastian—, cuando llamaste… Yo… Maxi es mi mejor amigo…

—Lo sé, lo sé —respondió Angie—, yo estaba asustada, no nos dijeron nada hasta que llegamos aquí…

Bastian la abrazó y la besó en la frente.

—¿Estamos bien? —inquirió—, ¿estás enfadada conmigo?

—Pensé que tú estarías enfadado conmigo —dijo ella encogiéndose en sus brazos—. Me extralimité, lo sé, perdón…

—Sé que tenías buenas intenciones —respondió él.

—Dijiste que eso no era suficiente…

—Esta vez lo fue —añadió—. Estoy bien… gracias por preocuparte así por mí…

—Prometo que no volveré a inmiscuirme —dijo ella con una sonrisa dulce—. Ya aprendí…

Bastian rio.

—Puedes inmiscuirte en mis cosas, pero la próxima vez solo dímelo antes —agregó.

—Si te lo hubiese dicho no habrías accedido…

—En eso tienes razón.

Los dos hicieron silencio.

Maxi despertó, los observó mirarse desde su cama y supo que era importante, no quiso interrumpir, por lo que volvió a cerrar sus ojos para fingir que seguía dormido.

—Te amo, Angie, con el alma —susurró él.

—Y yo a ti, Bas… Estoy orgullosa de ti, hoy te vi crecer en un solo día…

—No lo habría logrado si no fuera por ti —dijo entonces y la besó.

Maxi se debatía sobre si era el momento de abrir los ojos y sorprenderlos, entonces sonrió y lo hizo.

—Vaya, parece que desperté en una realidad alternativa —musitó y se llevó la mano a la cabeza —. Yo sabía que había mundos paralelos, estaba seguro de eso, lo vi en un documental — explicó.

Angie y Bastian se separaron al verlo despierto.

—¡Idiota! —gritó Angie y se acercó a abrazarlo—. Me asustaste muy feo —zanjó.

—Lo siento —dijo él correspondiéndole el abrazo como podía.

—Nosotros… —Bastian quiso explicar.

—Sí, lo sé todo: se aman, son novios desde hace meses y se han acostado por primera vez el viernes pasado, el día que Angie me robó los condones —dijo como si nada y disfrutó de la cara de asombro de su hermana y su mejor amigo—. Incluso lo llevaste a Las piedras —añadió mirando a su hermana—, quieres el para siempre con él… no lo puedo creer —agregó con diversión—. Mi hermana y mi mejor amigo, quién lo iba a decir, los archienemigos de toda la historia, de toda mí historia… ¿Imaginan? Toda mi niñez y adolescencia estuve en medio de ustedes, tratando de que no se mataran, de que Angie no se soltara por ti y te cortara la garganta con el cuchillo de mamá o intentando que tú no pusieras una víbora venenosa escondida entre sus almohadas… Y de pronto, dejé de estar en el medio para quedarme a un lado —los miró con reproche—. Qué mal amigo eres, qué mala hermana.

—Maxi… no digas eso —rogó Angie. Maxi parecía consternado, sin embargo, él solo estaba fingiendo y divirtiéndose a costa de esos dos a los que quería hacer pagar—. Tenía miedo de que no te gustara la idea…

—¿Qué no me gustara la idea? —preguntó incorporándose en la cama—. ¿Qué ridiculez es esa, Ángeles? Él es el mejor tipo que te puedes conseguir y, a pesar de todo, el único que podría aguantarte.

—¡Maxi! —se quejó ella.

Maxi sonrió.

—Lo siento, Maxi —dijo Bastian—. No quisimos excluirte…

—Pero lo hicieron… Tú, mi mejor amigo, mi hermano… Se suponía que sabíamos todo el uno del otro —dijo señalándolo con el dedo índice de su brazo sano—… y no era así, tú no me contaste lo de tu madre ni me contaste que estabas enamorado de Angie… y yo que creía en ti…

Bastian sintió como si un puñal se le incrustara en el corazón.

Maxi estaba disfrutando de su actuación y de ver lo que sus palabras provocaban en su amigo y su hermana, pero entonces alguien abrió la puerta con fuerza y todo sucedió demasiado rápido.

Una Dulce llena de lágrimas se abalanzó sobre él.

—Oh, Maxi, Dios, por un instante pensé que iba a perderte y no podría vivir sin ti. ¡Me prometiste que no ibas a dejarme y que tendríamos mucho tiempo! ¡Toda una vida, dijiste! Se quejó y le dio un pequeño golpe en el hombro.

—¡Auch! —Maxi se quejó confundido por la avalancha de Dulce encima suyo.

Ella lo abrazó y se largó a llorar.

—No vuelvas a asustarme así, ¿ok?

—Bueno… —dijo Maxi aturdido.

Bastian y Angie no comprendían nada.

—Te amo, ¿lo escuchas? Tú también eres el amor de mi vida, el chico de mis sueños… Yo he sido una tonta y necesito que me perdones. Tenía miedo de no ser suficiente para ti, de no estar a tu altura, pero lo comprendí… Había planificado salir contigo esta noche, decírtelo de una vez, pero entonces no llegaste ni llamaste y fui a tu casa a buscarte y no había nadie. El portero del condominio me dijo que había sucedido algo y que habían venido aquí. ¡Estaba muerta de miedo! —gritó—. No podría perdonarme que te pasara algo sin que yo te hubiese dicho que te amo, que quiero estar contigo y ser tu novia. Nunca amé a nadie, Maxi, no así… y eso me dio miedo —decía ella mientras le acariciaba el rostro y le daba pequeños besos desesperados en la mejilla.

—Dulce, cariño —respondió Maxi acariciándole el cabello y el rostro con su mano sana—, estoy bien, tranquila… de hecho, estoy magnífico… tanto que volvería a accidentarme si supiera que al despertar me encontraría en tus brazos.

Bastian y Angie se quedaron absortos en lo que observaban y escuchaban. Ambos preguntándose en qué momento sucedió todo eso y cómo se lo habían perdido.

—No bromees así —dijo Dulce secándose las lágrimas—, me asusté… mucho.

—Estoy bien, estamos bien —repitió Maxi y la acercó—, pero hablas mucho y yo necesito besarte… necesito que me beses… He soñado con esto demasiado tiempo.

No necesitó decir más, Dulce se acercó a él y le plantó un beso tan tierno que Maxi pudo sentir como si cada rincón de su alma sanara en ese momento. Ya no le dolía nada, ni el brazo, ni los golpes en la frente, ni el de la espalda… La acompañó en el beso más perfecto que había dado y recibido hasta ese momento, sintió que volaba, sintió que al fin estaba completo, sintió que ya no necesitaba nada más.

—Ehhhhhhmmmmm —dijo Angie interrumpiéndolos y cruzándose—. ¿Qué es todo esto? —inquirió.

Bastian le dio un codazo, pero ella no se detuvo.

—¿Me explican?

—Creo que gané la apuesta —susurró Bastian acercándose a su novia—. Era una ella, no un él

—añadió—, ahora tendrás que aceptar tu amor frente a todos.

—Shhh —lo calló Angie—. ¿Maxi?

Maxi le hizo un gesto para que se callara y no dejó de besar a la chica que tenía enfrente.

Ella, descolocada, miró a su novio confundida y este solo se encogió de hombros.

Maxi se apartó con suavidad de Dulce y le regaló una sonrisa, luego le hizo un gesto para que se colocara a su lado. Dulce lo hizo y lo abrazó con ternura, besándolo en la frente y acomodando las almohadas de la cama.

—¿Y quiénes son ahora los sorprendidos? —preguntó Maxi con diversión—. Los que quisieron sorprendernos —miró a su chica y le guiñó un ojo.

—Sí, ¿verdad? Las vueltas que da la vida —respondió Dulce con diversión.

—¿Los dos lo sabían? —inquirió Bastian.

—Desde el día en que los vimos en Las piedras besándose como si fuera el último día antes del fin del mundo —asintió Maxi.

—¿Por qué no lo dijeron? —inquirió Angie—. ¿Por qué no nos dijeron que lo sabían? ¿Por qué no nos dijeron lo de ustedes?

—Esperamos que nos lo dijeran ustedes —dijo Dulce encogiéndose de hombros—. Esa noche tuve que sujetar a Maxi para que no fuera contra ustedes, estaba enojado porque lo dejaron fuera —comentó con diversión—. Lo tuve que sujetar muchas veces los siguientes días.

—La pregunta es por qué no lo dijeron ustedes —acotó Maxi.

—Teníamos miedo —zanjó Bastian—, bueno, Angie lo tenía.

—¡Ey! —se quejó la muchacha.

—Es la verdad —respondió él encogiéndose de hombros.

—Pensé que tú… —dijo Angie mirando a Dulce—, no quería que te enfadaras conmigo por enamorarme de tu exnovio… no quería perder tu amistad… sentía que te estaba traicionando… Y tú —señaló a Maxi—, no sabía cómo lo ibas a tomar…

Maxi negó con la cabeza.

—Dulce lo aceptó mejor que yo desde un principio —afirmó Maxi—, ella estaba feliz por ustedes, decía que se merecían el uno al otro…

—¿En serio? —preguntó Angie mirando a su amiga.

—Claro… Bastian dijo que estaba enamorado de alguien más y que no quería lastimarme… yo quería que él fuera feliz y que la chica a la que amaba supiera valorarlo. Cuando supe que eras tú, no pude pensar en nadie mejor para él… Estaba feliz también por ti, porque al fin te estabas abriendo al mundo —comentó.

—Mi novia es la mejor —dijo Maxi y la miró con orgullo—. Porque sí eres mi novia, ¿verdad?

—No me lo has pedido —respondió ella.

Angie sonrió.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó Maxi.

—Es lo que más quiero —respondió ella.

—¿Cómo pasó esto? —preguntó Angie señalándolos a ambos.

Maxi sonrió.

—La encontré una noche cuando salía de una fiesta, esa a la que no quisiste acompañarme —recriminó a su amigo.

—Y parece que fue bueno que no lo hiciera —respondió Bastian guiñándole un ojo.

—Sí, ese día estaba triste y dolido, y ella supo estar allí para mí… Nos hicimos amigos y comenzamos a compartir cada vez más tiempo —comentó Maxi—, el tiempo que ustedes ocupaban en besarse y explorar su amor —añadió. Dulce rio divertida.

—Ese día que ustedes estaban en el parque, los vimos de casualidad… y luego de que Maxi se calmara, decidimos que les haríamos una broma…

—¿Ese no fue el fin de semana que se suponía que estabas con Luis? —preguntó Angie pensativa.

—Así es, se suponía —comentó Maxi—, en realidad estaba con Dulce divirtiéndome en la playa y luego en la feria. Éramos amigos, nos estábamos conociendo y pasábamos bien juntos…

—Maxi quería vengarse de ustedes —añadió Dulce—, por lo que creamos todo ese plan para que creyeran que él estaba enamorado de Luis.

—Así que me mentiste cuando viniste a hablar conmigo —zanjó Angie.

—No… yo estaba enamorado de Dulce en ese momento, y lo que te dije aplicaba a ella, pero tú pensaste que aplicaba a Luis… No es mi culpa lo que tú pienses.

—¡Te dije que esa vez que entró a tu habitación había mencionado a una «ella»! —exclamó Bastian.

Maxi frunció el ceño.

—¿Cuál vez? —inquirió.

—La vez que le dijiste que habías tomado coraje e ibas a decirle a la chica lo que sentías —comentó Bastian.

—Pero esa vez estabas sola… y en bata —dijo Maxi divertido.

—Bueno… yo… ehmmm —Angie se tiñó de rojo, pero tanto Maxi como Dulce se echaron a reír.

—¿Y era de él que me hablaste? —quiso saber Bastian mirando ahora a Dulce, ella asintió.

Los tres suspiraron. Bastian abrazó a Angie y Maxi tomó de la mano a Dulce.

—No puedo creer que nos hayamos alejado tanto como para perdernos lo que sucedía en sus vidas —dijo Bastian—, perdón…

—No hay nada que perdonar —contestó Dulce—, ustedes estaban metidos en las suyas y también se merecían ese espacio.

—¿Estás enojado? —inquirió Angie mirando a su hermano.

—¿Cómo crees que estaría enojado? No puedo enojarme con mi hermana del alma y mi mejor

amigo —comentó con una sonrisa—. Pero si le haces daño, te mataré —amenazó. Dulce se echó a reír.

—¡Se supone que me defiendas a mí! —exclamó Angie.

—Sí, pero te conozco también… Bastian es bueno —afirmó.

Bastian asintió con diversión.

—¿Y yo no? —quiso saber Angie cruzándose de brazos.

Maxi pareció pensarlo, pero luego sonrió.

—Tú no te aproveches de ella —amenazó a su amigo.

—La amo, Maxi… de verdad —dijo Bastian con una sonrisa atrayéndola hacia sí.

—Ya bésense —pidió Dulce haciendo pequeños aplausos y dando brinquitos en su sitio.

—Bueno —dijo Maxi y la estiró para volver a besarla.

Angie y Bastian sonrieron y también se dieron un beso.

—De hoy en más vamos a ser sinceros, somos cuatro ahora —dijo Maxi mirando a su novia—, y somos amigos… somos un equipo…

—Tienes razón —aceptó Angie—, somos los mejores… los cuatro —añadió y se acercó a su hermano y a su amiga para abrazarlos. Bastian se unió al abrazo hasta que Maxi se quejó del dolor porque le aplastaban el brazo.

—¿Qué sucede aquí? —quiso saber Dina cuando ingresó a la habitación.

—Tus hijos están enamorados —comentó Bastian con diversión.

—¿Ah sí? —preguntó Dina mirando a Angie y luego a Maxi. Entonces vio a Dulce, que avergonzada, bajó la vista.

Dina sabía cosas de Dulce que Angie le había contado.

—Sí —dijo Maxi mirando a su chica.

—Y somos felices —aclaró Angie.

—Y eso es lo que yo más quiero en la vida —acotó Dina—. A ti no te digo bienvenido porque ya eres parte —comentó mirando a Bastian—, pero a ti sí, bienvenida a esta familia, Dulce —susurró.

La muchacha levantó la vista y sonrió.

—Gracias, señora.

—Llámame Dina —corrigió ella—. ¿Maxi? ¿Qué dijimos sobre manejar con lluvia?

—Que debía quedarme en un lugar seguro a esperar que pasara —murmuró él.

—¿Entonces? Esto pudo haber salido muy mal, hijo —regañó.

—Lo sé, mamá, es que… quería llegar a tiempo, Dulce me había dicho que tenía algo importante que decirme.

—No debiste arriesgarte así —se quejó Dulce—. Lo siento… —se disculpó mirando a Dina.

—No es tu culpa —respondió la mujer—. Bueno, lo importante ahora es que estás bien y que has aprendido la lección —dijo mirando a su hijo—, y lo más importante es que están felices.

Y en ese momento Angie creyó que el mundo era un hermoso lugar para vivir y que ya no temía al futuro, por lo que esa misma noche, cuando llegó a su casa reflexionó sobre todo lo que había vivido en el año, sacó su libreta y terminó su ensayo sobre las creencias.

EPÍLOGO

Angie estaba de pie junto al atril, sus manos temblaban sujetando la hoja que estaba a punto de comenzar a leer. En primera fila la observaban atentos su hermano, su novio y su mejor amiga. Un poco más atrás sus padres la miraban con orgullo.
—Cuando supe que tenía que dar este discurso no tenía muy en claro qué iba a decirles… Es extraño, todo el año he peleado por este puntaje —bromeó y miró a su novio—, y podría decirse que tendría que haber tenido este discurso listo para cuando llegara el momento, pero entonces, ninguna idea me parecía lo suficientemente buena.

»Para mí este ha sido un año de cambios y aprendizajes, creo que para muchos ha sido así… un periodo de transición que nos prepara para el futuro que aún no conocemos y que a mí me genera tanta ansiedad… El proyecto de las creencias fue de gran ayuda, revisé cada una de las cosas que escribí y me fui dando cuenta de cómo la vida nos va cambiando, nos va moldeando a su paso…

»Antes creía tantas cosas… Creía que el éxito tenía que ver con las calificaciones, que ciertas cosas eran o no eran, que podía planear mi vida como yo quisiera y que el secreto estaba en no salirme de ese plan, que podía incluso planear ciertas situaciones en la vida de las personas que más quería… Le busqué el novio perfecto a mi mejor amiga —comentó con diversión—, y al final resultó que mi hermano era su novio perfecto y que el chico que le conseguí, era mejor para mí —añadió y todos rieron—. Comprendí que puedo planear la hora a la que me levantaré al día siguiente, lo que haré, las calles que tomaré para llegar a un sitio, pero no puedo planear otras cosas, no puedo planear sobre el amor, la amistad, los sentimientos míos, ni mucho menos, los de los de los demás. Y eso me asustó…

»Entendí que no puedo controlar el futuro y no puedo andar por la vida como si fuera un tablero de ajedrez en el que yo muevo fichas para que las cosas sucedan como yo quiero de manera a minimizar el riesgo y, en consecuencia, el dolor. Eso es en realidad arriesgado y produce más dolor. He lastimado a mucha gente en este proceso —dijo y miró a Lucas—, y no lo hice con intención… Pero hace poco alguien me dijo que el infierno está pavimentado con buenas intenciones… y yo me pregunté, ¿entonces qué es lo que en realidad vale?

Todos hicieron silencio y Angie miró a sus compañeros para luego volver la vista a su hoja.

—Y hoy creo que vale el amor; el amor de nuestros padres que han hecho todo para hacer de nosotros lo que hoy somos; el amor de nuestros maestros, que nos han acompañado en este proceso que hoy termina; el amor de nuestros familiares, de nuestros amigos, los que están allí cuando ni siquiera tú estás, los que te sujetan cuando el mundo se tambalea, los que te animan a

seguir y te aceptan como eres. Antes creía que yo sola podía, que no necesitaba de nadie más que de mí misma y mi tenacidad para lograr todo lo que quería, hoy sé que no es así… Es bueno creer en uno mismo, pero también es bueno confiar en los demás, tener esa red de apoyo con la que sabes que puedes contar cuando las cosas no salgan como las has planeado…

»Porque las cosas tienden a torcerse de vez en cuando, y es allí cuando debemos ser flexibles, doblar el timón y buscar una nueva alternativa. Confiar, me dijo mi madre —añadió y observó a Dina que le regaló una sonrisa—, en la vida, en Dios, en las personas que nos aman y a quienes amamos… en el futuro…

»No sé qué nos deparará este… no sé dónde estaremos en diez años —dijo y miró a la profesora que les había hablado de ello—, puedo intentar imaginarlo, pero no creo que eso sirva de mucho más que de una simple guía… Prefiero vivir el camino, prefiero disfrutar cada año, cada mes, cada segundo de mi vida junto a las personas que amo, disfrutar también de sus logros y estar allí para darles una mano si me necesitan. Prefiero construir mi futuro viviendo mi presente, de a poco, sin prisas… Lo único que espero es que dentro de diez o de veinte años, todos los que estamos hoy aquí, podamos mirar hacia atrás y sentirnos orgullosos del camino que hemos elegido.

»Antes creía que la felicidad estaba en los logros, hoy creo que está en el proceso.

EXTRA: LA VERDADERA PRIMERA VEZ

Eran cerca de las dos de la mañana cuando la puerta de la habitación se abrió, igual que las dos noches anteriores y probablemente las tres que quedaban, Dulce ingresó al cuarto y fue directo a la cama de Maxi.

—No puedo creer que otra vez me hayan desterrado —se quejó—. ¿Será así todas las noches?

—Me temo que sí —murmuró Maxi medio dormido—. Después de todo es el viaje de egresados, ¿no? Aunque Angie y Bastian lo toman como una luna de miel.

—Si alguien los descubre…

—¿Qué podría pasar? Ya acabamos la escuela, ¿no?

—Y sí… —rio Dulce—. De todas maneras, no me quejo, dormir en tus brazos es lo mejor de este viaje —añadió antes de acomodarse.

Esa noche Dulce tenía un pijama de color violeta compuesto de una blusita con botones y un pantalón corto, se colocó de lado y se dejó abrazar por su novio, que la pegó a su cuerpo y escondió su nariz en su cuello para hacer lo que hicieron las dos noches antes: dormir juntos.

Dulce cerró los ojos con la sensación de estar completa en ese lugar y de esa forma, a pesar de todo le agradecía a su mejor amiga que cada noche, desde que habían llegado, la echara de la habitación cuando Bastian la visitaba.

Maxi aspiró el aroma de su cuello, movió su nariz entre sus cabellos como si quisiera zambullirse en ella y la besó. Y no supo exactamente por qué, pero ese gesto lo despertó de inmediato.

Dulce lo sintió, sintió su excitación en su espalda baja y sonrió complacida.

Maxi no dijo nada, avergonzado y con temor a que ella se sintiera mal dio media vuelta y le dio la espalda, pese a lo bien que estaba con ella en brazos.

—¿Qué sucede? —inquirió Dulce con apenas un hilo de voz.

—Nada… vamos a dormir —respondió él.

Dulce dejó pasar un par de minutos debatiéndose si había o no llegado el momento, si sería correcto seguir o no. Nunca lo había pensado demasiado, en otro momento y en una situación así hubiera avanzado y ya… pero no quería dar un paso en falso, no quería que él pensara que ella era demasiado fácil.

¿Qué haría una chica normal en su situación? ¿Qué haría Angie?

Sonrió otra vez, segura de que la Angie que salía con Bastian no dejaría pasar un momento como ese, porque si algo tenía claro era que ellos no se reunían a meditar cada noche a escondidas.

Suspiró.

¿Por qué simplemente no se dejaba llevar? Era Maxi y ella lo amaba… y quizás era por eso por lo que le daba miedo hacer algo mal y que él lo malinterpretara.

Pero la sensación de frío y vacío cuando él se apartó despertó en ella una necesidad profunda, y desde algún punto de su alma y su cuerpo, el deseo comenzó a bullir como si fuera un volcán a punto de erupcionar. Y no era el mismo deseo que antes pudiera haber sentido por alguien más, era algo nuevo, demasiado intenso y arrebatador.

Dulce se volteó y ella lo abrazó esta vuelta. Maxi se acomodó en sus brazos, consciente de que no lograba acallar a su mente. Haberla olfateado así había encendido una llama en su piel que no podía apagar, se estaba incendiando por dentro, pero no haría nada que la hiciera pensar que él no la amaba lo suficiente como para aplacar sus deseos y esperar lo que ella necesitara.

Dulce bajó su mano derecha y buscó el punto más íntimo de Maxi, ese mismo que hacía un rato se había estirado sobre su espalda, metió sin ninguna dificultad ni pudor su mano bajo los pantalones de algodón y lo tocó, lo abrazó con sus dedos.

—Dulce… —susurró él al borde del abismo—, por favor.

—Por favor qué… —preguntó ella al tiempo que comenzaba a acariciarlo.

—Ay… no lo sé.

Dulce, completamente incendiada, se incorporó volteándolo. Todavía vestida, se sentó sobre él y comenzó a besarlo mientras sus manos buscaban bajo la parte superior de su camiseta y lo acariciaba.

Maxi no sabía qué hacer, estaba obnubilado entre el placer y la sorpresa. A ella no le importó, se desprendió lentamente cada uno de los botones de su blusa y la dejo caer.

—¿Querías tocarme la vez que estuvimos en aquella playa? —inquirió.

Maxi no respondió, la vista que tenía ante sí era fenomenal, perfecta, increíble. Ni todas las vistas a las playas paradisiacas podían igualarla. Recordó aquel momento que ya parecía tan lejano.

—Sí… —musitó.

—Pues tócame ahora —dijo ella y buscó sus manos guiándolas a sus pechos.

Maxi sintió que iba a explotar al simple contacto de sus manos con la piel de los pechos níveos y firmes de aquella muchacha que tenía sobre él. Ella se contoneó sobre sus caderas, frotándose contra su erección.

—Oh, por Dios, Dulce… —susurró él extasiado.

Ella volvió a agacharse en busca de sus labios y luego de un beso eterno en donde sus lenguas lucharon una batalla de placer, se apartó un poco, subiendo casi por su rostro, besándole la nariz, los ojos, la coronilla, hasta que sus pechos quedaron a merced de su boca.

—Tortúrame, despacio —pidió.

Maxi obedeció. Lamió, mordisqueó, chupó como si en ello se le fuera la vida.

Dulce suspiró, el calor que la inundaba era inmenso y la hacía sentir plena y poderosa. Se incorporó un poco más, alejando sus pechos de la boca de su novio y regalándole una sonrisa. Maxi la vio preciosa, sus mejillas sonrosadas y su mirada rebosante de placer. Ella bajó a gatas, pegada a él, mientras dejaba besos por el torso de su chico y permitía que la suave piel de sus senos acariciaran cualquier sitio a su paso.

Cuando llegó hasta donde quería, bajó el pantalón pasando el elástico por sobre la erección. Maxi levantó las caderas para que lo desvistiera y ella lo hizo, y luego se posicionó entre sus piernas, llevándose el miembro de su novio a la boca, todo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Oh… Dulce… —susurró él, al límite.

—Mírame hacerlo —pidió la muchacha.

Él abrió los ojos y levantó la cabeza para observarla devorarlo y sintió que no aguantaría mucho. Por supuesto que ella ya lo sabía y ese era su objetivo.

—Tienes que detenerte… —pidió él apenas.

—¿Por? —inquirió ella fingiendo inocencia.

—Porque ya no puedo a-a-aguantar —suplicó.

—Derrámate en mí entonces —ordenó ella con seguridad y el volvió a mirarla.

—¿Segura?

—¿Qué esperas? —preguntó ella y él se dejó ir.

Luego de saborearlo como si fuera el helado de vainilla más delicioso que había probado alguna vez, Dulce se recostó en sus brazos. Maxi aún flotaba en una realidad alternativa, pero supo que era momento de continuar.

Dejó que sus manos la recorrieran, la acostó en el centro de la cama y la terminó de desvestir.

—¿Me deseas? —quiso saber la muchacha.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —susurró él con el fuego otra vez incendiándole la piel.

Y es que tenerla allí, en su cama, o bueno, en esa cama de hotel, era algo tan magnífico que ni en sus mejores sueños lo había imaginado… o quizás un poco sí, pero siempre intentaba acallar sus pensamientos para no dar ningún paso en falso.

Dulce sonrió y se contoneó presa del deseo producido por la anticipación de lo que estaba por llegar.

—Voy a recorrer cada centímetro de tu piel con mis labios, te voy a colonizar —murmuró él sin dejar de verla a los ojos—, voy a conquistar tu cuerpo para mí, solo para mí —añadió.

Dulce sonrió, le gustaba ese Maxi sexy y posesivo.

Y Maxi comenzó a cumplir su palabra, besó cada centímetro de su cuerpo desde el dedo más pequeño de sus pies hasta llegar al centro más alto de su cabeza dejando rastros de saliva, mordiscos y caricias con lengua alrededor de toda ella. Para ello la puso de frente, de costado y de espaldas y se tomó todo el tiempo que podría haber necesitado para deleitarse en ella y deleitarla, sobre todo en los sitios donde más respuesta obtenía.

Y Dulce ya no podía aguantar.

Cuando acabó de besarla se recostó con todo su peso sobre ella y la besó, dejó que su lengua recorriera el interior de su boca para dejarle en claro que también allí la estaba recorriendo.

—Ya… ya no aguanto más —dijo ella desesperada.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él con la voz cargada de una inocencia sugerente.

—Tú sabes lo que quiero.

—No, no lo sé, dímelo… pídemelo —respondió él al tiempo que se apartaba de ella.

Dulce lo atrajo de nuevo hacia sí y lo miró con ojos de fuego.

—Fo…

—Shhh —Maxi colocó un dedo sobre sus labios.

—Maxi… por favor —rogó.

—Hoy no…

—¿Qué? —chilló ella casi desesperada.

Maxi sonrió.

—Hoy voy a hacerte el amor, Dulce… y voy a ser el primero —susurró.

Ella gimió anticipando que aquello sería intenso y abrió sus piernas para darle paso.

Maxi se estiró en busca de la mesita de luz que quedaba entre su cama y la de Bastian y sacó un condón.

—Menos mal que no se los llevó todos —musitó mientras se lo ponía.

Dulce no comprendía nada, se movía cargada de deseo y de necesidad entre las sábanas, esperando a que él la llenara.

Él la observó, se deleitó con esa vista antes de ingresar en ella, y cuando lo hizo, lo hizo con tanta suavidad y lentitud que Dulce pensó que no soportaría un segundo más.

—Mírame —pidió.

Dulce abrió los ojos y lo observó. Él se introducía en ella con suavidad, como si fuera a hacerle daño, como si pretendiera evitarle el dolor de la primera vez, aunque sabía ya no existía. Ella se resistió a las ganas de empujarlo con fuerza hacia sí y disfrutó de la manera en la que se abría paso en su interior.

—¿Me ves? Te estoy amando —dijo él—, estoy venerando tu cuerpo y tu alma —añadió.

Las lágrimas de Dulce salieron sin avisar, ella no sabía de dónde ni como, pero a él no le molestaron.

—No dejes de mirarme, no dejes de grabar en tu mente este momento —pidió—, el momento en el que estás siendo amada por primera vez de esta manera…

Dulce se movía ansiosa entre el deseo y la emoción, el primero la convertía en fuego y el segundo en agua que caía por sus ojos.

Maxi entonces la llenó por fin y ella exclamó su nombre en medio de un gemido de placer. Y el comenzó a moverse despacio, como si bailara en ella, como si nadara en ella.

—Te amo, Dulce —susurró en su oído mientras secaba sus lágrimas con sus besos.

Eso fue suficiente para ella que no pudo aguantar más la agonía de aquella tortura y comenzó a acelerar sus movimientos, él le siguió el ritmo con facilidad y placer y se obligó a esperar a que ella alcanzara el cielo.

Lo supo por el grito desesperado de su nombre que tuvo que ahogar con sus labios, lo supo por los temblores en todo su cuerpo, por esas descargas que la hacían sacudirse, lo supo porque ella fue como los fuegos artificiales más hermosos explotando bajo su cuerpo, y entonces, él se dejó ir también.

Sudados, cansados, extasiados, envueltos en una especie de capa invisible de placer, Dulce se aferró a él, escondió la cabeza en su pecho y ronroneó como si quisiera pegarse a él y fusionarse en una sola persona.

—Te amo —dijo él abrazándola y besándola en la frente—. ¿Te sientes bien?

Dulce lo miró como si le preguntara algo completamente estúpido y sin sentido.

—Me siento fenomenal…

—¿Te acuerdas de que cuando comenzamos a ser amigos me dijiste que no querías volver a tener sexo? —inquirió con diversión.

—Bueno, sí…

—Y encima luego de eso me llevaste a una playa nudista —se quejó.

—Esa era tu fantasía, yo solo me dispuse a cumplirla —añadió ella con inocencia.

—Jugaste con fuego, Dulcinea —susurró mirándola con diversión y mucho amor, sobre todo mucho, mucho amor—, y ahora me voy a encargar de que te quemes cada vez que estamos juntos.

—Ya lo he notado —dijo ella y le dio un pequeño mordisco en el hombro que le quedaba cerca —, y quiero quemarme contigo cada noche, todos los días, cada día de mi vida…

—No prometas lo que luego no vas a cumplir —bromeó él.

—Eres perfecto, Máximo —dijo ella tomando sus mejillas en sus manos—, eres perfecto para mí.

—Y tú te mereces todo lo que soy y mucho más… —dijo él mirándola—. Dímelo, dime que tú te mereces mi amor, que tú te mereces ser feliz, que tú te mereces que todo mi cuerpo te haga vibrar, que tú te mereces que yo te haga tocar el cielo con el cuerpo y con el corazón, dímelo, Dulce.

—Sí… yo me lo merezco —admitió ella.

—Más fuerte.

—Me merezco tu amor —repitió ella con seguridad y una sonrisa que le iluminaba todo el rostro.

—Y yo me merezco el tuyo —susurró él y la besó en la frente.

—Ahora solo espero que Bastian siga visitando a Angie las noches que nos quedan aquí, porque no sé cómo aguantaré separarme de ti un minuto luego de esto —admitió ella.

Maxi rio.

—¿Tan bueno estuvo? —bromeó.

Ella rodó los ojos.

—Menos mal que tenemos toda la vida para seguir haciendo esto, y, aun así, no creo que sea suficiente —añadió.

—Cuando seamos viejitos y arrugados ¿lo seguiremos haciendo? ¿Me lo prometes? —pidió él.

—Te lo juro —respondió ella—, hasta tus arrugas serán sexys.

Los dos rieron, ella se acomodó entre sus brazos y cerró los ojos, respiró su aroma que ahora era una mezcla del de los dos y sonrió. Se sentía plena, segura, amada y feliz… y lo mejor de todo era que se lo merecía.

Y esa noche Dulce creyó que su primera vez había sido perfecta.

AGRADECIMIENTO

Tengo bonitos recuerdos de esta historia. De cuando la estaba escribiendo, de cuando la estaba subiendo a Wattpad, de cuando le estaba leyendo a mi hija en voz alta mientras la corregía por primera vez.

Creo que Angie es un personaje al que le guardo muchísimo cariño, me parece alguien que fácilmente podría ser real, un ser cargado de matices y que lucha cada día consigo misma para ser mejor. ¿Quién no hace eso? ¿Quién no se ha enfrentado cara a cara con aquellas creencias que nos marcaron desde chicos alguna vez?

Gracias a todos y cada uno de mis lectores. A los de ayer, a los de hoy y a los de siempre. Sin ustedes ninguno de mis personajes cobraría vida en sus mentes y en sus corazones.

Gracias a mi familia, por estar siempre allí para mí.

Y gracias a Dios, que me ha dado el don de tocar corazones a través de las palabras.

ABOUT THE AUTHOR

Araceli Samudio



Nace y vive en Asunción, Paraguay. Mujer, madre, esposa, docente, emprendedora y amante de las letras, se considera a sí misma como un alma en constante movimiento.

Novelas publicadas:

- Serie Amor en un mundo inclusivo, por Nova Casa Editorial: La chica de los colores, Tu música en mi silencio y Con los ojos del alma.

- Trilogía Lo que me queda de ti, por Nova Casa Editorial: Lo que me queda de ti, Lo que aprendí de ti, Lo que tengo para ti.

- Sueños de Cristal, por Nova Casa Editorial.

- Ni príncipe ni princesa, por Nova Casa Editorial.

- La pareja Imperfecta, por Selecta Editorial.

- Ni el cielo ni el infierno, por El Lector Editorial.

- Cuéntame un secreto, por Sin Fronteras Editorial.

- Finalista del Certamen de Novela Romántica de VeRa Editorial, año 2022.

Autopublicadas:

- Quiero bailarme la vida contigo.

- El amor después del dolor.

- Epifanía.

- Desde abajo.

- ¿Qué pasó con los niños?

- Hagamos un trato.

- Mil veces (me) te perdí.

- Una chica como yo.

- El veráno que derritió tu corazón

www.aracelisamudio.com